ALFAGUARA

Fernando Butazzoni

Nosotros los vencidos

Narrativa Hispánica

Fernando Butazzoni

Nosotros los vencidos

ALFAGUARA

Primera parte
INTEMPERIES

I

«Visto: la Ley de 24 de junio de 1834, que creó el Escudo de Armas de la República, y el decreto de Guerra 2271, de 4 de septiembre de 1920, que fijó el modelo oficial para su confección, decreto: El Escudo de Armas presenta una estrella de plata de cinco picos al centro de un campo cortado, azul turquí el superior y rojo el inferior, y su forma es la fijada por el modelo oficial aprobado por decreto de Guerra 2271 de 4 de septiembre de 1920, conforme a la ley, y el cual, además, tiene por timbre un plumaje tricolor de azul turquí, blanco y rojo; por soportes un huemul rampante a su derecha y un cóndor a su izquierda en la posición que fija ese modelo, coronado cada uno de estos animales con una corona naval de oro; y por base un encaracolado cruzado por una cinta con el lema "POR LA RAZÓN O LA FUERZA", todo en conformidad al referido modelo. Anótese, tómese razón, comuníquese y publíquese».

Decreto Supremo del 18 de octubre de 1967, firmado por Eduardo Frei Montalva, presidente de la República de Chile

«Ante la pertinaz actitud de algunos elementos subversivos que pretenden resistir la decisión patriótica adoptada por las Fuerzas Armadas y de Orden que todo el país conoce, la Junta de Gobierno otorga un plazo hasta las 15 horas de hoy para que todas aquellas personas, o grupos de personas, que están oponiendo resistencia armada al nuevo gobierno de los chilenos depongan su actitud y entreguen sus armas a los representantes de las FFAA y de Carabineros. Todas aquellas personas que insistan en la actitud suicida e irresponsable antes señalada, serán objeto de un ataque definitivo por parte de los efectivos de las Fuerzas Armadas y de Carabineros. Los que fueran tomados prisioneros serán fusilados en el acto».

Bando n.° 24, Junta de Gobierno, Santiago, 12 de septiembre de 1973

Limpio y frío. Muy frío. Así estaba el aire aquel día de septiembre. Los ocupantes de la casa de la colina, los que lograron sobrevivir, recuerdan tantos años después el aire diáfano que descendía de las montañas en algunos atardeceres. Llegaba junto con la quietud y el silencio de las últimas luces. La ubicación de la cabaña, sobre una de esas terrazas floridas que aún se conservan en El Ingenio, les permitía tales contemplaciones. Para ello disponían de un ventanal, el porche y un patio delantero con césped y unos arbustos a manera de seto. Desde ahí apreciaban los esplendores del Cajón del Maipo: la cordillera, adelante el valle y el río, a lo lejos la blanca cima de un volcán. Un aire purísimo, dice él. Lleno de brillos y cristales, agrega ella. Es una evocación compartida, una tristeza común ante la pérdida de un paisaje que acabó borrado para siempre hace medio siglo. Quienes lo mencionan no saben ni por qué lo hacen. Solo dicen que allí está, brillante y purísimo como las montañas, el recuerdo del aire en aquellos atardeceres.

Los vieron venir desde el pueblo por el camino del desfiladero, en la hondonada. Primero asomó un *jeep* con cuatro soldados. Pese a la distancia, desde la casa se podía distinguir con precisión cada detalle: los fusiles que erizaban las figuras de aquellos hombres, los cascos que coronaban sus cabezas, el escudo azul y rojo en el costado del vehículo, el polvo que se levantaba a su paso. Pensaron que debía ser una ilusión esa nitidez en las imágenes, pues la claridad ya menguaba. Después, con una especie de rugido apareció un camión que trepó la cuesta hasta mostrarse entero, imponente. Luego otro, y otro más. El que cerraba la columna llevaba de tiro una cureña, cargada con algo cubierto por una lona. Podía ser una pieza de artillería o municiones. O un féretro.

A lo lejos, las cajas de los camiones parecían mecerse con suavidad, como si fueran barcos que navegaban en el polvo. Pasaban sin prisa rumbo al sur. Transportaban tropas hacia alguna parte. Fusiles, ruido de motores, el ocaso. El *jeep* era el único vehículo de la caravana con los faros encendidos, unos focos que derramaban sobre la grava su luz

mustia. El convoy siguió la marcha hasta perderse detrás de un cerro, por la desembocadura del río Yeso. Fue el miércoles 12 de septiembre de 1973, a la hora del crepúsculo.

Para los habitantes de la casa esa fue la primera estampa de algo que podía interpretarse como la guerra verdadera. A través de la radio estaban al tanto de los muertos en las calles, de los ametrallamientos y bombardeos, del toque de queda y la ley marcial. Pero recién allí, ante el paso lento de aquel destacamento, comprendieron que el final llegaba rápido, sin darles tiempo a preparar una retirada en orden, como debían hacerlo quienes se consideraban a sí mismos combatientes, integrantes de una milicia que acababa de ser vencida sin tener la oportunidad de luchar. Un par de semanas antes, en una reunión celebrada allí mismo, un dirigente tan exiliado como ellos les había advertido que a diario se fomentaba una gran inquina hacia los extranjeros, y que cuando estallara la revuelta la única salvación sería la resistencia.

El grupo era una escuadra desarmada, integrada por civiles del bando perdedor. Si los capturaban, era probable que terminaran frente a un pelotón de fusilamiento. Cinco hombres y dos mujeres, todos demasiado jóvenes y tiernos para esos rigores. Muchachos de ciudad, estudiantes de alma urbana que no conocían el terreno ni las usanzas del lugar ni sabían cómo encajar el peor de los infortunios: la derrota. El mismo día del golpe, tras enterarse del bombardeo a La Moneda, se descubrieron desnudos y a la intemperie. Nadie los ayudaría. Eran extranjeros en suelo enemigo.

Dos mujeres y cinco hombres que vivían clandestinos en Chile, a la espera de un milagro que los librara de esa trampa. Asumieron que los riesgos eran enormes, que la guerra había comenzado y que estaban indefensos, abandonados en tierra ocupada por tropas hostiles. No existía manera de organizar un repliegue que no se asemejara a una estampida, pero tampoco tenían hacia dónde huir, ni un lugar de refugio. Recorrer setenta kilómetros, meterse en Santiago y tratar de colarse en una embajada hubiera sido suicida o, en todo caso, una claudicación. Los documentos falsos que portaban eran de mala calidad y resultaba impensable tentar la salida por algún puesto de frontera. Tampoco podían permanecer ocultos en esa casa, pues sabían

que en el regimiento cercano operaba un grupo de inteligencia del Ejército y que el lugar estaba marcado.

La encerrona los dejó sin opciones. Durante las siguientes jornadas observaron más camiones con soldados que pasaban una y otra vez por el camino, hacia un lado y hacia el otro, primero rumbo al sur y después de regreso a su base en el cuartel de Puente Alto. En la casa todos estaban crispados y al acecho, desbordados por la certeza de que tarde o temprano irían a buscarlos. Cualquier movimiento en el valle les resultaba amenazante, cualquier ruido lo percibían como sospechoso. Hasta el paisaje era visto con recelo porque imaginaban que, en alguna ladera de esas montañas, alguien podía estar cavando sus tumbas.

Un avioncito de fuselaje gris pasó en dirección a la frontera, y de noche oyeron un tiroteo distante. Por un momento pensaron que esa podía ser una buena señal. Especularon, se dieron ánimo unos a otros. Quisieron creer que no todo estaba perdido, que aún se combatía. Era fácil imaginar que en alguna parte se peleaba, aunque las noticias y el sentido común indicaran lo contrario. En todo el país la resistencia había sido insignificante y vana. La única posibilidad de zafar era irse, lanzarse a una expedición para huir de los militares, pero el territorio les imponía reglas durísimas: el amparo se hallaba del otro lado de la cordillera, y para alcanzarlo debían recorrer a pie cien kilómetros por las montañas hasta llegar a suelo argentino. Era eso o nada. Y eso era mejor que nada.

Al principio eran siete, pero luego fueron seis porque uno de ellos fue arrestado por una patrulla militar en Puente Alto. Entonces el mundo se les empequeñeció de pronto, se les hizo diminuto y los puso ante un dilema de hierro. Allí no había espacio para el miedo ni tiempo para la espera. Las noticias de la radio repetían que el palacio de La Moneda había sido demolido a bombazos, que Salvador Allende estaba muerto y que un general llamado Augusto Pinochet encabezaba el nuevo gobierno. Era evidente que la cacería iba a empezar en cualquier momento.

II

«El deber categórico de la gente sensata es poner fin al saqueo y al desorden, estimulados y amparados por el gobierno inepto o enloquecido que nos aplasta. Para llevar a cabo esta empresa política salvadora hay que renunciar a los partidos, a la mascarada electoral, a la propaganda mentirosa envenenada, y entregar a un corto número de militares escogidos la tarea de poner fin a la anarquía política».

EDITORIAL DEL DIARIO *EL MERCURIO*, 6 DE JULIO DE 1973

«Los trabajadores de todo el país se han organizado en los cordones industriales, comandos comunales, consejos campesinos, comités de defensa y vigilancia y otros organismos, que constituyen los gérmenes de un incipiente pero ya poderoso poder popular, y configuran una barricada inexpugnable ante cualquier tentativa insurreccional de la burguesía».

ARTÍCULO DE CARLOS ALTAMIRANO, *CHILE HOY*, 13 DE JULIO DE 1973

El helicóptero, operado por el Comando de Aviación del Ejército, fue despachado desde el aeródromo de Tobalaba, en La Reina, a las 14:00 del día 25, o quizá fue el 26 o el 27. El mes era septiembre, eso es seguro. Sin embargo, la fecha exacta se pierde en una maraña de órdenes de vuelo, turnos, misiones de vigilancia y traslados. Son papeles escritos a las apuradas, con abreviaturas indescifrables. De todas formas, es raro que se conozca con precisión la hora, pero no el día. Eso ocurre porque fueron confusos los testimonios de quienes estuvieron vinculados con aquella tragedia. Todos coincidieron en la hora del despegue, pero en el tribunal unos dijeron un día y otros dijeron otro. Hubo quien situó la fecha a comienzos de octubre o incluso en noviembre, lo que debe descartarse. Pudo haber sido el martes 25, el miércoles 26 o el jueves 27, siempre en septiembre. Ese es un dato firme: fue a fines de septiembre de 1973.

Se sabe con certeza que las condiciones meteorológicas en Santiago y sus alrededores eran óptimas, y que la resistencia armada al golpe de Estado había sido sofocada por completo. No había vientos fuertes ni tiradores emboscados. Eso permitió que el helicóptero realizara sin ningún recaudo especial el trayecto desde La Reina hasta Puente Alto, localidad ubicada al sur de la ciudad y considerada por los tácticos del Comando una mera extensión de la capital.

El aparato, un Huey como los de Vietnam, se posó diez minutos después en el regimiento de Ferrocarrileros de Puente Alto y quedó a la espera, con sus hélices girando a mínimas, listo para seguir hacia el sur en cuanto abordara la tropa. En esos días de tanto ajetreo, la cancha ubicada en el costado oriente del cuartel fue usada en numerosas ocasiones como pista alternativa para los helicópteros que rondaban por aquella zona. Artillados con ametralladoras Rheinmetall, de forma regular hacían vuelos a Buin, a Las Melosas, a la casa de piedra de Volpone. Muchos vecinos del pueblo han hablado de eso. Medio siglo después, todavía recuerdan el temor. También el ruido, y la polvareda cuando llegaban al campo y cuando se iban. Dicen que entraban y salían hasta con lluvia y cerrazón. Con el campo convertido

en un barrial no había torbellinos de polvo, pero el ruido era más lacerante y los retumbos parecían taladrar el cielo encapotado.

Aún faltaban veinte años para que la expansión de Santiago absorbiera por completo a Puente Alto, que por ese tiempo era poco más que un pueblo de provincia. Construcciones bajas, calles arboladas, tres o cuatro edificios que se alzaban apenas unos pisos para quebrar aquel horizonte de aldea. Las montañas cercanas estaban presentes en el ánimo de todos, como si esos picos escarpados fueran el destino. A unas cuadras de la plaza principal, hacia el sur, se podía contemplar el impetuoso paso del río Maipo, que seguía entre espumas rumbo al Pacífico. Del otro lado, más allá de los rancheríos, los caminos de tierra y los viñedos, el desfiladero conocido como Cajón del Maipo se arrimaba a la cordillera infranqueable.

Esa tarde, en aquella primera escala subieron al helicóptero el teniente Gabriel Montero, un sargento de nombre Juan Urbina —que pertenecía a la sección de inteligencia del regimiento— y dos conscriptos que durante el juicio no fueron identificados. Sí se sabe que cada soldado llevaba un fusil FAL con varios cargadores suplementarios, que el sargento iba armado con un SIG 7.62 y que Montero, el jefe de la partida, portaba además su pistola de reglamento y el cuchillo corvo propio de los comandos, del que estaba orgulloso.

El teniente Montero tenía, a sus 23 años, una prometedora carrera por delante. No era un joven muy inteligente, pero hacía valer su físico privilegiado, y en la infantería eso contaba casi tanto como la falta de sesera: dos méritos apreciados por los mandos. De buena estatura, fortalecía sus músculos a diario, practicaba esquí con regularidad y había sido subcampeón del Ejército en pentatlón militar. Recibió entrenamiento como instructor de montaña en Tejas Verdes, y antes había estado en Fort Gulick, en la Escuela de las Américas. Tras su paso por Panamá realizó, con el patrocinio del Pentágono, una breve gira por otros países de Centroamérica y allí pudo confraternizar con jóvenes oficiales de la Guardia Nacional de Nicaragua y de los Ejércitos de Honduras y Guatemala.

Aunque en sentido estricto Montero no era un «boina negra», pues nunca cursó la escuela de paracaidistas y fuerzas especiales, él

presumía de serlo y actuaba como tal. Además, solía usar una boina de color verde —que aún no estaba reglamentada— porque se especializaba en tácticas de montaña. La similitud de esos distintivos lo beneficiaba en igual medida que sus habilidades deportivas. En la adolescencia su ídolo favorito había sido el coronel de las Waffen-SS Otto Skorzeny, de quien quedó prendado al ver una fotografía de aquel rostro surcado por la cicatriz de un sablazo.

—Un hombre con esa cara no puede ser un cobarde.

Después, aunque fuera menos exótica —o tal vez por eso mismo— le resultó más fascinante la figura de un tipo de Miami llamado William Calley, un teniente que se hizo famoso tras pasar la guadaña en una aldea vietnamita llamada My Lai: quinientos cuatro muertos. Gracias a él, Montero se convirtió en un admirador de la cultura militar estadounidense.

En Chile las Fuerzas Armadas aún estaban imbuidas del viejo empaque prusiano, pero él trataba de actuar y lucirse como un graduado al mejor estilo de West Point. Las evaluaciones de la época, incorporadas a su currículo y finalmente anexadas al expediente penal con el sello de Documento Reservado, dejan constancia de que cuando se produjo el golpe de Estado era un oficial «atento, caballeroso, cuidadoso de sus deberes y un gran deportista». Siempre se mostró atraído por los avatares de la guerra en Vietnam. Por eso se entusiasmaba cada vez que debía subirse a un helicóptero.

En cierta ocasión, sin que viniera a cuento, ante el Tribunal de Apelaciones de San Miguel declaró lo siguiente: «La lucha contra los rojos en las selvas del sudeste asiático fue ejemplar en todo sentido». Eso lo dijo décadas después de la caída de Saigón, por lo que puede suponerse que nunca se enteró de lo ocurrido en aquella ciudad en abril de 1975. Sus lecturas juveniles se habían focalizado primero en libros de Salgari, en especial los de Sandokán, que le resultaban «fáciles y divertidos». Sin embargo, sus gustos cambiaron luego de leer *Luchamos y perdimos*. El nazi de la cara cortada le hizo ver la vida desde otro ángulo. Se pasó a ciertas obras de Jean Lartéguy y más tarde a los artículos del *Reader's Digest*, revista de la cual llegó a ser coleccionista. Esos eran los pilares de su formación humanística.

Cuando en marzo de 2004 se le preguntó en sede judicial por la

misión llevada a cabo en el Cajón del Maipo a fines de septiembre de 1973, Gabriel Montero tenía 58 años, ya estaba retirado como brigadier del Ejército y se consideraba a sí mismo un hombre exitoso, aunque le había faltado subir el último peldaño para llegar al generalato. Las sospechas en su contra lo acorralaban desde hacía tiempo, pero ante el magistrado se mostró altanero y muy seguro de sí. Con la edad y los ascensos había adquirido las ínfulas de un guerrero invicto. Esos humos los exhibía donde fuera, con un desparpajo que no era fruto de la soberbia sino de la ignorancia.

Previo a la audiencia, a modo de apunte autobiográfico Montero comentó que era un luchador por la libertad, y soltó una frase de matriz pinochetera: «Fui un soldado de la patria y eso me hace feliz». Luego, ya más formal, declaró ante la jueza subrogante Carmen Garay que «tras el pronunciamiento militar» había participado en una misión en el Cajón del Maipo que consistía en «detectar a personas sospechosas que estuvieran merodeando por los caminos que iban a la frontera».

Esa afirmación era inexacta. La misión asignada al teniente Montero a bordo del helicóptero en la tarde del 25, 26 o 27 de septiembre de 1973, tenía como objetivo específico interceptar y detener a dos jóvenes uruguayos que habían logrado escapar de las autoridades en un par de ocasiones. La primera vez fue en la madrugada del 21 de septiembre, cuando huyeron junto a cuatro de sus compañeros de la vivienda donde se alojaban, en un sector del Cajón del Maipo llamado El Ingenio, un área rural ubicada en las estribaciones andinas. Al llegar un pelotón de la infantería para registrar la casa, ellos ya no estaban.

—Se metieron en las montañas.

Pocos días después, una patrulla de carabineros integrada por diez efectivos, se acercó a media mañana hasta las ruinas de un campamento minero abandonado, en la desolada zona de Lo Valdés, ya en la cordillera. Iban con la orden de arrestar a unas personas que, al parecer, se dirigían a pie hacia la frontera.

Lo primero que vieron los carabineros fue una leve traza de humo. De todas formas, tuvieron que caminar dos kilómetros cuesta arriba porque había mucha nieve, el sendero tenía piedras sueltas y las camionetas en las que se trasladaban no contaban con la tracción

necesaria para realizar esa parte del trayecto. Al mando iba un sargento llamado Ramón Miranda, quien le ordenó a uno de sus hombres que se quedara de guardia en el lugar. Luego marchó con el resto de la tropa hacia un galpón de madera que allí había, y procedió al arresto de cuatro personas.

Eran uruguayos, todos jóvenes. Estaban en buenas condiciones físicas, aunque muy sucios y desaliñados. Dos hombres y dos mujeres. Dijeron ser turistas que iban de paseo, que buscaban las termas. Los carabineros se echaron a reír. El sargento Miranda no les creyó porque, dijo, se veían demacrados y hambrientos. Uno de los arrestados se sobresaltó al escuchar la pregunta:

—¿Dónde está el rucio?

Pese a que el procedimiento se realizó sin inconvenientes, los agentes actuaron con malas artes. No esperaban encontrar mujeres allá arriba, así que cuando tuvieron a las dos uruguayas a su disposición, las llevaron aparte para manosearlas, mofarse de ellas e insultarlas. A los hombres los obligaron a tenderse boca abajo en la nieve. Al rato los hicieron incorporarse y les anunciaron que los iban a fusilar. Tras propinarles algunos golpes, los colocaron contra unas rocas. El sargento le dijo a uno de los suyos que era mejor matarlos de una vez. Los forzaron a quedar de cara a las rocas, sin poder ver nada de lo que ocurría alrededor. Pasaron unos minutos, hasta que se escuchó la voz de un carabinero y el ruido de las armas al ser montadas.

—Preparen.

Los dos jóvenes temblaban, con la vista clavada en las rocas. Iban a morir allí, en la cordillera, sin que nadie lo supiera nunca. Las mujeres estaban un poco alejadas, vigiladas por varios carabineros. Sin embargo, ellas también pudieron escuchar las órdenes dadas al pelotón de fusilamiento y el ruido de las armas. Los uruguayos sabían que, tras el golpe de Estado, los militares procedían a la ejecución inmediata de los extranjeros capturados. Al instante debieron comprender que ese era el final de la aventura.

—Apunten.

Uno de los uniformados se dedicó durante todo el rato a explorar con binoculares los cerros más cercanos, quizá para comprobar que no había nadie en los alrededores. Vistas a la distancia, algunas

elevaciones mostraban terraplenes no demasiado abruptos en los que se distinguían huellas de animales en la nieve. Había laderas cubiertas con una vegetación rala. Otros cerros, por el contrario, eran agujas de piedra con escarpas cortadas a pique, que caían casi perpendiculares sobre el pequeño valle donde se hallaban las ruinas del campamento minero.

—¡Fuego!

Sonaron unos disparos que hicieron eco en las quebradas. Luego hubo un silencio más bien teatral y después alguien empezó con un carcajeo sofocado, una risa que parecía un rebuzno. Se trataba de una burla, pues ni siquiera eran esas las voces de mando estipuladas para los fusilamientos. Por fin, el sargento se recuperó de su ataque de risa y les dijo a los detenidos que eso había sido nada más que un simulacro y que por el momento iba a perdonarles la vida, aunque no lo merecieran.

—Por el momento—subrayó.

Ordenó a uno de sus hombres que apagara la fogata y se puso a registrar con más detalle las pertenencias de los capturados. Halló seis bultos, unos hatillos de pordiosero que pretendían ser mochilas. Contenían víveres y cacharros. Como los detenidos eran cuatro, el sargento preguntó dónde estaban los otros dos.

Los arrestados negaron que hubiera más personas en el grupo, lo que les valió una nueva ronda de golpes y amenazas. Luego esposaron a los cuatro y emprendieron el descenso hacia las camionetas. Cuando llegaron a los vehículos, el sargento Miranda informó por radio que había dos prófugos. Dijo que esos ya irían camino a Baños Colina, junto al límite fronterizo.

Una vez recibida en San José de Maipo, la información se transmitió a la jefatura policial, instalada en la comisaría 2.ª de Puente Alto, y de ahí al regimiento de Ferrocarrileros. Todo fue rápido. El dato proporcionado por los carabineros confirmó que se trataba del grupo de uruguayos que había huido unos días antes de El Ingenio. Los fugitivos eran seis, los apresados eran cuatro: faltaban dos. El teniente coronel Mateo Durruty, comandante del regimiento y gobernador militar de la provincia, consideró muy probable que fueran tupamaros, instructores de alguna de las escuelas de guerrillas que, decía él,

operaban en esa parte de la cordillera. La respuesta debía ser inmediata.

El mayor Francisco Martínez Benavides, jefe de batallón y en los hechos segundo al mando del cuartel, se entusiasmó con las novedades, así que pidió autorización para disponer la persecución. Solicitó apoyo aéreo al comando de Tobalaba y ordenó que la compañía de ingenieros de montaña organizara una misión de búsqueda y captura. Se designó como encargado de conducirla al teniente Montero. Había que peinar la zona en helicóptero.

Tras levantar vuelo de Puente Alto, a las 14:20 del día 25, 26 o 27 de septiembre, el Huey se dirigió durante un par de kilómetros hacia el este, pasó sobre un caserío llamado La Obra, ubicado en la boca del Cajón del Maipo, y después torció al sur para seguir el curso del río y adentrarse en la cordillera. Las versiones sobre lo ocurrido a partir de ese momento difieren.

Se ha dicho que el teniente Montero pudo ver desde el aire, en unos roquedales ubicados cerca de El Volcán, a dos caminantes que intentaban ocultarse detrás de un arbolito, un lun ya añoso. De inmediato comprendió que se trataba de los uruguayos fugitivos. Ordenó que el aparato se posara en el valle, echó pie a tierra, desplegó a sus hombres y capturó a los prófugos. Otro relato indica que el personal del Ejército halló a esos muchachos por la zona de Lo Valdés, «en el camino de regreso, quebrados por el frío y el hambre». Agotados y con hipotermia, fueron presa fácil. Y la tercera versión, relatada por el propio Montero ante el juez en el año 2008, es que la misión encomendada era otra: ir en helicóptero hasta las cercanías de San Gabriel y revisar las hondonadas de la cordillera para capturar a «todos los que allí se encontraran». En esa misión, de acuerdo con lo que declaró, iba vestido de civil, llevaba su fusil desarmado en una mochila, estuvo todo el tiempo muerto de miedo y no logró detectar a nadie en las montañas.

No fue la única asignación de ese tipo encargada a Montero. Entre septiembre y octubre hizo por lo menos otros tres recorridos en la misma zona, como parte de las «misiones de vigilancia» del regimiento. En esas ocasiones también fue al mando de un grupo reducido de conscriptos, ya que el helicóptero permitía transportar

hasta doce personas, sin contar la tripulación. Con facilidad podrían cargar a quienes fueran hechos prisioneros durante las operaciones, lo que según Montero nunca ocurrió.

Sin embargo, en los archivos del Ejército consta que el teniente recibió una felicitación reglamentaria, firmada por su jefe de batallón Martínez Benavides. La anotación dice que se dispuso felicitar al teniente Gabriel Bernardo Montero Uranga por ir al Cajón del Maipo «donde procedió a la eliminación de grupos de extremistas». No hay dos lecturas posibles de ese documento.

Durante las primeras semanas del gobierno de Pinochet, pese al revuelo imperante en las estructuras castrenses chilenas, muchos incidentes por mínimos que fueran quedaban asentados en algún papel. La práctica se abandonó prontamente, pero ese impulso notarial de los mandos acabó por ser, a la vuelta de los años, un conjunto de valiosas evidencias de aquel tiempo. Muchas acciones quedaron acreditadas allí, en formularios, planillas, evaluaciones y órdenes de servicio. Así pasó con Gabriel Montero, quien tres décadas después del episodio debió enfrentarse con un documento del Estado Mayor que contradecía su versión de lo ocurrido.

En su confortable retiro, desde el lustre que le otorgaban sus charreteras con cuatro estrellas y alamares bordados, el brigadier Montero jamás hubiera podido imaginar que aquel vuelo de su juventud, aquella redada a bordo de un helicóptero en septiembre de 1973, sería el comienzo de su desgracia. Esa sombra, agitada en un tribunal tantos años después, lo iba a perseguir sin tregua por el resto de sus días y sus noches. Le pisaría los talones hasta el último instante sin darle descanso ni permitirle un respiro, sería la mala sangre de su tormento hasta el mismísimo final, que llegó cuando ya estaba en presidio y el cáncer vaciaba su cuerpo a tarascones. Logró salir de la cárcel, pero fue para ir a morirse solo y en lo oscuro, entre tubos de oxígeno, mechas de drenaje, cables y sondas, en una cama del Hospital Militar de Santiago.

Tramitado en los tribunales de Chile durante quince años, en el expediente quedó probado que, cuando tuvieron lugar los hechos, el

entonces teniente coronel Mateo Durruty era quien estaba al mando del regimiento de Ferrocarrileros de Puente Alto. El legajo tiene la carátula «Rol 2182-98. Episodio Uruguayos», y allí figuran los datos completos de ese oficial: Mateo Durruty Blanco, estudios superiores, coronel retirado del Ejército de Chile, exgobernador militar de Puente Alto, cédula de identidad 1.704.839-2, nacido en Santiago en 1929, casado, domiciliado en la comuna de Las Condes, Santiago.

Durante el juicio se acumularon, en varios tomos, 2636 páginas de declaraciones, pruebas, careos, testimonios y documentos oficiales, unos públicos, otros reservados y algunos caratulados como secretos. En esos mamotretos se detallan las circunstancias en las que fueron apresados varios jóvenes en un área de la cordillera de los Andes denominada Cajón del Maipo, a unos setenta kilómetros al sur de Santiago. Aunque la fecha no se ha podido establecer con precisión, casi todos los involucrados coincidieron en que fue a fines de septiembre de 1973, entre dos y tres semanas después del golpe de Estado.

La acusación señaló que, para esas fechas y en esa zona, en un operativo llevado a cabo por agentes locales de la Fuerza de Carabineros, se detuvo a cuatro ciudadanos uruguayos —dos hombres y dos mujeres—, quienes integraban una expedición que pretendía cruzar la frontera hacia Argentina a través de las montañas y que, en una acción similar realizada posteriormente por personal del Ejército, se arrestó a otros dos miembros del mismo grupo. Todos quedaron a disposición de efectivos militares en el regimiento de Ferrocarrileros. De esos seis detenidos, tres se encuentran desaparecidos.

Como correspondía, se establecieron los datos filiatorios de cada uno: Ariel Arcos Latorre, de estado civil soltero, nacido en el departamento de Rivera (Uruguay), con domicilio en su país en calle B esquina calle 17, balneario Las Toscas, departamento de Canelones, estudiante de Ingeniería y de ocupación mecánico, con 22 años en el momento de su arresto; Juan Antonio Povaschuk Galeazzo, de estado civil casado, nacido en el departamento de Montevideo (Uruguay), con domicilio en su país en calle Juan Arteaga 4017, departamento de Montevideo, estudiante de Ciencias Económicas y de ocupación fotógrafo, con 24 años en el momento de su arresto; y Enrique Julio

Pagardoy Saquieres, de estado civil soltero, natural del departamento de Montevideo (Uruguay), con domicilio en su país en calle 18 entre calles 5 y 7, ciudad de Atlántida, departamento de Canelones, estudiante de Enseñanza Secundaria y de ocupación empleado, con 21 años en el momento de su arresto. Además, en el mismo documento judicial se consignó la identidad de los otros tres uruguayos detenidos durante esa misma operación, todos supérstites del episodio: Gonzalo Fernández, de 18 años, Socorro Crosa, de 21 y quien aquí se llamará Cristina Rosas, de 22. Se afirmaba en el sumario que los sobrevivientes, tras padecer vejámenes en el cuartel de Puente Alto, fueron trasladados al centro de detención establecido por las Fuerzas Armadas en el predio del estadio Nacional de Santiago, mientras que los tres desaparecidos habían quedado bajo custodia de las tropas del regimiento.

A los seis capturados se los conoció en su momento como «los uruguayos del Cajón del Maipo», aunque tal denominación debe considerarse fortuita. Para que esta historia cobre su verdadero sentido, a ese grupo habrá que agregarle otros tres integrantes, quienes fueron ignorados durante el proceso judicial. Uno de ellos, llamado Daniel Fernández, no participó de la expedición a la cordillera porque había sido detenido unas horas antes; otro era un rescatista de nombre Fernando Barreiro, que viajó desde Santiago hasta Puente Alto, entró al caserío de El Ingenio en pleno allanamiento, arriesgó su vida para proteger a los perseguidos y se salvó apenas de ser abatido por un francotirador; el tercero, quien llegó a la zona sin saber siquiera dónde se metía, era Fernando Mazzeo, un adolescente que buscaba refugio tras pasar dos meses escondido en una población próxima al aeropuerto de Pudahuel.

En 1973, después del golpe de Estado, los destinos de todos ellos se entrelazaron justo allí, al pie de esas montañas. Quien trenzaba el dogal era Mateo Durruty, el comandante de los soldados ferrocarrileros. En total, entonces, no fueron seis sino nueve los uruguayos del Cajón del Maipo. Y sus historias estarán para siempre unidas por el sello de aquella tragedia.

En la página 2283 del expediente, en la sentencia de primera instancia dictada el 10 de septiembre de 2012 por el magistrado

Joaquín Billard, se puede leer que, transcurridas casi cuatro décadas de los hechos ventilados en el juicio, los ciudadanos uruguayos Ariel Arcos, Juan Povaschuk y Enrique Pagardoy continuaban desaparecidos. Dos años más tarde, el 23 de mayo de 2014, una sala de la Corte de Apelaciones de Santiago consignó de manera expresa que la situación se mantenía, y que Arcos, Povaschuk y Pagardoy estaban, a esa fecha, desaparecidos. Por último, la Corte Suprema de Chile dictaminó en la sentencia definitiva del caso, fechada el 13 de abril de 2015, que los delitos tipificados quedaban firmes en su comisión, de lo que se infiere que los tres seguían desaparecidos.

Al final de ese larguísimo juicio, tras los correspondientes recursos interpuestos y los requerimientos de nulidad tramitados ante la Corte Suprema, seis militares de alta graduación fueron hallados culpables y condenados por la desaparición de los tres uruguayos, ocurrida cuarenta y dos años antes. Las condenas recayeron en el principal inculpado, el coronel Mateo Durruty, y además en el general Francisco Martínez Benavides, los brigadieres Gabriel Montero y Lander Uriarte y los coroneles Moisés Retamal y Guillermo Vargas. Todos eran, cuando se produjeron las desapariciones, oficiales en activo del Ejército de Chile, y todos prestaban servicio en el regimiento de Puente Alto, cuyo comandante era Durruty.

Ninguno admitió su responsabilidad ni brindó pistas que pudieran llevar al tribunal a conocer los hechos en detalle. Por el contrario, una lectura minuciosa de los escritos presentados ante la justicia, y el repaso de las declaraciones y los careos a que fueron sometidos los reos, permite apreciar cómo Durruty intentó cargar la culpa en los demás acusados, y cómo los demás acusados se echaron las culpas unos a otros y también se las cargaron a Durruty porque, dijeron, él era el jefe. Todos abundaron en piruetas semánticas.

Como tenían cuentas pendientes en distintas sedes judiciales por delitos tales como homicidios, torturas y desapariciones, entre ellos hubo severos enfrentamientos. En uno de esos juicios, también por el delito de secuestro calificado, Durruty dijo que sus antiguos subalternos formaban «una tropa de desleales», y sus antiguos subordinados lo acusaron a él de haber sido el único responsable de «las decisiones más drásticas». Para remate, un día entró en escena el

célebre general Manuel Contreras, exdirector de la DINA, quien no dudó en enfrentar a Durruty en el juzgado. Allí lo tildó de mentiroso y lo acusó de traidor.

Quizá Contreras, conocido en todo Chile por el apodo de «Mamo», ese día se había levantado con ganas de remover el tacho de excrementos que guardaba en el armario. Es probable que la carga judicial le pesara demasiado o simplemente no quería sobarle el lomo a zánganos como Durruty. Tampoco tenía ya nada para perder, y no le importaba lo que pensaran jueces, ministros, secretarios y presidentes. A todos los acusaba de apóstatas, les recriminaba flojeras, los llamaba prevaricadores. Ni Pinochet se salvaba de sus diatribas, las que supuraban rencor.

Con el tiempo, esa conducta se volvería más y más agresiva. Al final, con quinientos cuarenta y nueve años de cárcel por delante, más dos sentencias de cadena perpetua, el general Contreras emprendía excursiones al pasado para decir lo que se le antojaba, fueran verdades o mentiras. Tal vez la mente del Mamo había construido un túnel del tiempo para permitirse regresar triunfante al comienzo, al torbellino de los inicios y aun antes, a la vela de armas que precedió a su labor de matarife.

La telaraña de la conspiración contra Allende era densa, estaba bien armada y venía de lejos. Para mediados de 1973 ya era una malla de múltiples hilos locales y extranjeros, que convergían en un punto central: voltear al gobierno. Algunas hebras estaban a la vista, se aireaban en la prensa y en la televisión. Otras, en cambio, actuaban con sigilo.

El reporte de una conversación (código: MEMCON), cuyo autor y destinatario aparecen tachados por la censura previa a la desclasificación, da cuenta del diálogo sostenido entre un oficial de inteligencia de Estados Unidos que operaba en Chile, y alguien que no puede ser sino el teniente coronel Mateo Durruty, exenlace del Ejército con la Embajada norteamericana en Santiago. La charla, de apariencia anodina, tuvo lugar en el restaurante Portada Colonial, en la calle Merced, durante un almuerzo en el que solo participaron el

«funcionario», que no se identifica en el texto —algunos entendidos suponen que era Jack Devine—, y el «invitado», que es como se designa, según todos los indicios, a Durruty.

La fecha de esa reunión también está tachada, aunque por lo conversado se deduce que fue a mediados de junio de 1973, unos tres meses antes del golpe de Estado y previo al alzamiento de Roberto Souper —un teniente coronel bastante salvaje que era hijo, nieto, bisnieto y tataranieto de militares—, quien a fines de ese mismo mes fracasaría en el intento de voltear a Allende por su cuenta y meterse en el palacio de La Moneda con seis tanques y un puñado de soldados. Por cierto: uno de los que detuvo la revuelta fue Pinochet, quien para la ocasión se disfrazó de general Patton.

El reporte es insignificante desde el punto de vista político y tiene varias tachaduras, pero es muy prolijo en los detalles. El diálogo se reproduce a la usanza de esos documentos. Tras indicar que había pocas mesas ocupadas en el restaurante, y que el «invitado llegó a la cita vestido de civil y con puntualidad», el funcionario se pone a glosar aquella conversación. De esos apuntes surge con nitidez la preocupación que transmitió el agente por la amenaza que, dijo, representaban los «terroristas extranjeros en Chile».

Para el funcionario el motivo principal del encuentro parece haber sido apurar a su interlocutor, infundirle zozobra y, tal vez, sondear el ánimo imperante entre algunos oficiales con mando de tropa. Tras acomodarse «en un privado de la planta baja», el funcionario le comentó al invitado que (tachadura) estaban preocupados por la progresiva concentración de terroristas de otros países en Chile:

—Me han dicho que es un verdadero grupo de combate.

—Con esa gente no habrá contemplaciones —dijo el invitado—. Son un peligro, pero los vamos a eliminar enseguida. A ustedes no les quedará trabajo por hacer.

—Mis fuentes afirman que están ocultos en las montañas. También (tachadura) dice que hay cientos o tal vez miles.

—Los vamos a aplastar.

El funcionario insistió:

—(Dos líneas completas tachadas) están bien armados. No debería descartarse la posibilidad de que haya algunos asesores del Vietcong.

De acuerdo con el reporte, al llegar a este punto el invitado se puso algo nervioso *(«He altered a bit»)*, posiblemente por la perspectiva de tener que vérselas con los vietnamitas, y realizó una pregunta reveladora de su inquietud:

—¿Esos tipos tendrán artillería?

—No consta —respondió el funcionario—, pero parece lógico suponerlo. Yo diría que es una hipótesis probable. En cualquier caso, nosotros no podremos intervenir de manera directa. Usted lo sabe.

—No será necesario. Tengo a mi tropa ahí mismo. Nuestro (tachado) servirá para movilizarlas rápido. Tenemos cañones, morteros, ametralladoras. Mis oficiales están preparados.

—Hay rumores (tachado) prepara una especie de autogolpe. (Tachado) un plan para clausurar el Congreso. Quieren descabezar a las Fuerzas Armadas, matar a los jefes. Eso es gravísimo. Sería como Cuba o Corea del Norte.

—Son comunistas, miristas, esas cosas.

—¿Usted ha escuchado algo al respecto?

—Muchas cosas se dicen en los cuarteles —respondió el invitado.

Es la única nota de cautela que aparece registrada en el reporte. No se subraya, pero está ahí.

—Es importante saber —dijo el tipo de la Embajada.

—Lo importante es saber que nosotros impediremos un golpe comunista.

Luego la charla dio un giro, tal vez propiciado por el vino servido con el almuerzo, y se deslizó hacia la fanfarronería del invitado, aprovechada por el funcionario para sonsacarle algún otro dato. En el escrito se sugiere que la siguiente pregunta fue realizada con delicadeza:

—¿Le parecería correcto afirmar que es una cuestión de tiempo?

—Me parece que sería erróneo afirmar eso —respondió el invitado.

—¿Por qué?

—Porque nosotros vamos a llegar primero. No nos van a ganar de mano. Y si no podemos llegar antes, igual los vamos a destruir. De esta no se salvan. Si es necesario pelearemos.

Salta a la vista que ese no pudo ser el lenguaje del comandante Durruty durante la conversación. Él hablaba inglés con soltura y

estaba acostumbrado a tratar con gente de la Embajada. De hecho, en numerosas ocasiones había oficiado de intérprete. «Los vamos a destruir» (*We will destroy them* en el original) y «Si es necesario pelearemos» (*He said they would fight, if necessary*) suenan a síntesis formal de conceptos vertidos originalmente en un inglés más coloquial y, quizá, más crudo. Lo mismo ocurre con otros giros. Sin embargo, así es como figuran en el documento, y lo mejor es traducirlos de la manera más literal posible. La transcripción termina con una frase del funcionario:

—Eso sería muy heroico —dijo.

Lo que está escrito es: *Finally, I said that would be very heroic*. Es probable que haya sido una especie de cumplido, o una forma de atizar el ánimo belicoso del invitado, o las dos cosas a la vez, aunque leída a la distancia y en inglés la frase suena a puro sarcasmo. En el MEMCON no hay más referencias a la conversación. El menú no fue tachado por la censura: ambos optaron por solomillo de ciervo rojo. Bebieron vino y agua mineral. Al parecer no se entretuvieron con los postres. La reunión duró una hora y media, tiempo suficiente para que los comensales profundizaran en ese tema o en cualquier otro. La cuenta, como correspondía, la pagó el funcionario.

Por supuesto que el encuentro debió ser rico en detalles. Seguro que además se cruzaron gestos, énfasis y silencios, que pueden haber sido de satisfacción y entendimiento, quizá de complicidad. Después de todo eran dos hombres del mismo bando que charlaban en uno de los restaurantes más distinguidos de la capital, a salvo de las escaseces y los turbulentos actos de barricada de esos días. La comida allí siempre era excelente, y el ruido de la ciudad no llegaba hasta el salón. Del otro lado de la ventana pasaban los coches y las liebres que iban hacia Providencia, y enfrente se hallaba el último jardín del Parque Forestal, que alegraba la vista por más que estuviera algo descuidado. El toque oscuro podía darlo, si acaso, la sombra que proyectaba la fuente alemana del parque. Dadas las circunstancias, esos bronces quizá resultaran un mal presagio.

No hay nada nuevo en esa nota, que es apenas una minúscula pieza de la burocracia conspirativa. Los vínculos de la CIA y del gobierno de Estados Unidos con quienes dieron el golpe de Estado son bien

conocidos. Hay miles de documentos que muestran los entretelones de esa connivencia. Y también ha quedado asentada la falsedad de los cuentos sobre terroristas extranjeros, un cuco inventado por algunos genios de la propaganda que trabajaron a tiempo completo durante tres años. La propia Junta Militar usó esos embustes al asumir el poder, y lo hizo a sabiendas.

A pesar de todo, el conocimiento sobre aquello que se ha dado en llamar piadosamente «lo que pasó en Chile» suele tener un halo de superficialidad que resulta desagradable. Hay anécdotas de apariencia nimia que dicen lo que nadie quiere que se diga. Hay documentos tachados y vueltos a tachar para que no se conozca lo que debería conocerse. Hay sombras y versiones, cizaña sembrada en cada surco, en cada memoria, de un lado y del otro, arriba y abajo. Hay allí un espesor que no se ha explorado lo suficiente, una densidad que lastima. Se sabe menos de lo que se supone. Se ignora más de lo que se admite. Ahora, medio siglo después, de toda aquella papelería lo que queda y escuece es ese adjetivo, anotado en el reporte: *Heroic*.

La palabra aparece mencionada en un informe elaborado por un agente de inteligencia de Estados Unidos en el Chile de Allende, y eso debería ser motivo suficiente para recelar ante cualquier eco que de allí naciera. Hay razones de sobra para la malquerencia. Pero ese eco puede arrojar luz sobre el lance de los uruguayos en Chile, y en especial el de quienes fueron atrapados en las montañas del Cajón del Maipo. Aunque esa resonancia no comparta ningún vínculo con las bravuras aludidas por el «funcionario» durante el almuerzo con Durruty, la peripecia de los uruguayos acabará por ser una consecuencia de esa palabra entonces pronunciada: *Heroic*. Las palabras no son inocentes. A veces matan, a veces hacen que la gente desaparezca.

Eso mismo había ocurrido un año antes en Montevideo. Con sobriedad, el ya casi dictador Juan María Bordaberry defendió a aquellos de sus compatriotas que se dedicaban a la tortura. Él lo hizo como si fuera el jefe, aunque a esas alturas era un subordinado. Fue en junio de 1972 —cuando aún debía ser considerado presidente

constitucional de Uruguay—, en una carta enviada como respuesta a los obispos católicos que criticaban los tormentos aplicados a los presos políticos. Bordaberry escribió: «Defiendo el rigor y la exigencia del interrogatorio». No negaba las torturas, sino que las avalaba.

Fue una simple frase que avivó la hoguera. Todos interpretaron esa afirmación como un respaldo a los expertos en picana y en violaciones grupales, quienes se dedicaron a partir de ese momento, con redoblado empuje, a confirmar la creencia manifestada por Bordaberry. Esa oración, tan correcta desde el punto de vista gramatical, sin plurales mayestáticos ni adornos innecesarios, influyó de manera decisiva en la partida de cientos de uruguayos hacia Chile, país que por aquellas fechas era el único de la región en donde se podía estar a salvo de palizas o escuadrones asesinos. Las palabras, a veces, hacen que la gente huya para conservar la vida, aunque después la pierda.

Los uruguayos varados en el Cajón del Maipo nunca se habían planteado huir de Uruguay para conservar la vida, sino que se limitaron a acatar la decisión de la Orga de sacarlos del país hacia la retaguardia en Chile. Aunque no deseaban marcharse, pese a su juventud accedieron a ello porque eran disciplinados, y eran disciplinados porque eran tupamaros, tupas, militantes de la guerrilla más aplaudida de América, la célebre Orga, la organización clandestina que en sus buenos tiempos funcionaba, decían, como una máquina de alta precisión. Esos buenos tiempos habían quedado atrás y lejos, del otro lado de las montañas, pero a pesar de los reveses los tupamaros seguían disfrutando de la amplia fama internacional obtenida en su primera época, cuando actuaban con ingenio y de guante blanco.

Prueba perdurable de esa fama es el registro de la palabra «tupamaro» a partir de la 21.ª edición del *Diccionario de la Lengua* de la Real Academia Española. Es verdad que el diccionario recogió tal palabra con cierta imprecisión, atribuible tal vez al momento histórico, pero eso no debería quitarles mérito a los ilustres académicos de entonces, por más que ellos, lejos de las convulsiones latinoamericanas, estuvieran contemplando el fulgor de una estrella ya extinta. Ahí estaba y ahí quedaría, fijada y esplendorosa, incluida con enmiendas en ediciones sucesivas. La versión actual indica: *«tupamaro,*

ra/ 1. adj. Perteneciente o relativo a la organización guerrillera uruguaya Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros./ 2. m. y f. Miembro del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros». En ocasiones, como observaba Salvador Puig en su poema, «las palabras no entienden lo que pasa».

En el Cajón del Maipo, los tupas enfrentaban a diario muchos desafíos. A excepción de Socorro, los demás integrantes del grupo habían sido presos políticos en Uruguay, y algunos debieron soportar una vida clandestina durante meses, con enormes riesgos y la incertidumbre en cada cuadra, en cada esquina. Después se habían exiliado, y por lo tanto estaban llenos de añoranzas más allá de cualquier entusiasmo. A eso se agregaba su condición de recién llegados a Chile, de personas que no encajaban en el entorno, no entendían ni la mitad de las palabras que pronunciaban los chilenos y tampoco tenían mucha idea de cómo lidiar con las costumbres locales.

En las historias personales de esos muchachos había desdichas y amarguras, aunque como buenos insurrectos se esforzaban por ser alegres, y también audaces hasta la temeridad. Estaban jugados con la Orga, y lo abandonaron todo para perseguir el sueño de la revolución. No se trataba de llevar a cabo un alzamiento, ni de provocar una revuelta y obtener determinadas conquistas. Ni siquiera se trataba de actualizar una de las tantas revoluciones del pasado. Esta vez se trataba de hacer una revolución definitiva y absoluta, o sea La Revolución. El proceso político chileno de ese momento era un capítulo más de la historia grandiosa que estaban escribiendo.

Pensaban en la revolución con mayúsculas, y ardían en deseos de actuar en consecuencia. Se creían dispuestos a todo. Como proseaba Benedetti en un poema, la intención era «borrar y empezar de nuevo/ empezar pese a quien pese». Cuando triunfaran muchos cambios iban a suceder: las fronteras nacionales eran un invento de los poderosos para separar a los pueblos, y por lo tanto había que borrarlas y empezar de nuevo; las fábricas eran cárceles apenas disimuladas para explotar a los obreros, y por lo tanto había que expropiarlas y empezar de nuevo; los bancos eran templos diseñados para extraer el dinero de los países, y por lo tanto había que nacionalizarlos y empezar de nuevo; las tierras estaban en manos de latifundistas hambreadores, y

por lo tanto había que confiscarlas y empezar de nuevo. La lista era interminable y la lucha se llenaba de planes, se henchía de consignas, se animaba con viejas canciones de la guerra civil española, con lecturas de Sartre y Galeano, con discursos de Fidel Castro y proclamas de Angela Davies, la *Sweet Black Angel* de los Rolling Stones.

Ese surtido ideológico, que mostraba cierta propensión al desmadre, se completaba con el rechazo a todo lo que oliera a imperialismo norteamericano («*Yankees Go Home*»), el menosprecio por los partidos comunistas y socialistas («reformistas inoperantes»), la descalificación de los políticos tradicionales («cipayos corruptos») y los ardorosos debates internos sobre asuntos tales como la religión («el opio de los pueblos»), las teorías de la lucha armada («la acción nos une, las palabras nos separan»), la dictadura del proletariado y la sociedad del futuro («el hombre nuevo»). En las góndolas de aquel supermercado insurreccional había productos de sobra para elegir. Muchas cosas se podían agregar al carrito. El resultado, más allá de las combinaciones particulares de cada quien, era la convicción de que la Orga iba a dar vuelta la tortilla para poner el continente cabeza abajo desde México hasta Tierra del Fuego. Iba, de patria o muerte, a tomar el cielo por asalto, a incendiar la pradera y de paso crear dos, tres, muchos Vietnam. En otros ámbitos esa prédica provocaba pánico: para un sector mayoritario de la población uruguaya, la Orga era la Ogra.

Muchos años después surgiría un relato confitado, acorde a los nuevos tiempos: que los tupamaros nacieron con el objetivo de proteger la democracia, que su lucha se enfocó en prepararse para resistir a un golpe de Estado inevitable, que los acontecimientos posteriores les dieron la razón. Sin embargo, en 1973 la historia era otra: los llamados «manuales de formación ideológica», impresos a mimeógrafo y puestos a circular de mano en mano, aseguraban que la revolución iba a ser «el fruto maduro de la lucha armada de las vanguardias latinoamericanas». Sería un fruto internacionalista, popular, liberador, tercermundista, participativo, antimperialista, campesino y proletario. Se trataba de organizar la fiesta más grande de los tiempos para llenar las plazas y avenidas del planeta. Habría banderas rojas y discursos. Habría felicidad repartida en montones pequeños que alcanzaran para todos: a cada cual según su necesidad.

Esta gran humanidad ha dicho basta y ha echado a andar, anunció Guevara. Más temprano que tarde se abrirán las grandes alamedas, profetizó Allende. Los dos estaban muertos y enterrados.

Las severas derrotas sufridas por las guerrillas latinoamericanas entre octubre de 1967 y septiembre de 1973 acabaron por convertir los sueños revolucionarios en un desvarío continental. Quienes dijeron basta y echaron a andar fueron los generales con sus tropas en Bolivia, Uruguay y Chile, y así se sumaron a los que antes habían hecho lo mismo en Argentina, Brasil y otros países. Las grandes alamedas por fin se abrieron, pero fue para que los tanques, los cañones y las ametralladoras entraran en escena con más holgura, como escolta de los dictadores. Desde el hierático Médici de Bagé hasta Hugo Banzer, pasando por Stroessner, Velasco Alvarado y Lanusse, la flor y nata del gorilaje marchaba bajo palio con las bandas presidenciales previamente arrebatadas. En el caso del uruguayo Bordaberry, monárquico confeso, la banda se la arrebató a sí mismo para evitar discusiones estériles.

Tal era el paisaje de la batalla ya perdida. En Chile, en el Cajón del Maipo, los siete uruguayos trataron de enfrentar ese destino. El golpe del 11 de septiembre los había dejado aislados de la Orga y desorientados. Si bien existían algunos lugares señalados para hacer contactos automáticos o de «reenganche», sitios prefijados para establecer el vínculo con la jefatura de los Tupamaros en caso de emergencia (una esquina, la puerta de un comercio, cierta cuadra), el problema era que esos sitios estaban en Santiago, una ciudad saturada de tropas.

El grupo se asemejaba a una de esas patrullas extraviadas en la media luz del atardecer, detrás de las líneas enemigas. Hay tantas historias sobre eso. Películas, relatos, novelas: un destacamento con pocos infantes, la incertidumbre a cada paso, el adversario en todas partes. Tal era el caso de aquellos uruguayos que caminaron a tientas desde el mismo día del golpe de Estado, y también el de muchos otros desperdigados por todo Chile. Fue una marcha ilusoria, siempre ensimismada, con el terror pisándoles los talones, sin órdenes concretas ni brújula ni otro recurso que el de sus propias decisiones. No tenían armas, portaban documentos falsos, cada uno usaba un *nom*

de guerre y hasta un apodo inventado para la ocasión. Decían que eran argentinos y trataban de construir identidades ficticias, pasar inadvertidos, diluirse en el montón. Pero eran ellos: Socorro, Daniel, Gonzalo, Cristina, Juan, Enrique y Ariel. Siete jóvenes, siete destinos en suspenso.

En el año 1993 se publicó en Montevideo el libro *Chile roto*, una recopilación testimonial de algunos uruguayos que padecieron el golpe militar de Pinochet. Los autores fueron Graciela Jorge y Eleuterio Fernández Huidobro, dos guerrilleros de la vieja guardia que veinte años antes, cuando ocurrieron los hechos, estaban en rigurosas condiciones de prisión en Uruguay, en absoluto aislamiento y torturados. En el volumen aparecen —brevemente y dispersos en sus páginas— unos pocos recuerdos de Socorro y de Gonzalo, quienes fueron enmascarados en el texto con nombres ficticios.

Esos materiales llegaron a formar parte del expediente judicial sobre la desaparición de los uruguayos del Cajón del Maipo, pese a que desde el mismo prólogo del libro se advertía que «para no brindar datos que puedan ser peligrosos acá y allá, desfiguramos, sin cambiar lo esencial, muchos relatos». En efecto, hay fragmentos alterados o desfigurados, y disociados entre sí en tiempo y espacio. Varios episodios son narrados con distorsiones importantes, y hay numerosos datos erróneos. No obstante, el itinerario de los tupamaros en las montañas se puede rastrear en esas páginas con certeza: tanto Socorro como Gonzalo dieron por veraz lo allí escrito.

Aquellos muchachos no eran soldados, ni tenían tampoco la preparación mínima de cualquier combatiente regular. Sin embargo, acabaron por formar un aguerrido piquete de fugitivos, sin comprender la envergadura del desafío que enfrentaban. El más joven del grupo era Gonzalo. Cara de niño, piernas flacas, 18 años. En el expediente judicial figura con su nombre y además con el apodo de «El Chancleta». En Montevideo lo habían metido preso antes de alcanzar la mayoría de edad. Tuvo que intervenir un juez de menores en el asunto para que lo dejaran libre. Viajó a Chile con un documento falso, porque en el verdadero figuraba su fecha de nacimiento y

necesitaría un permiso especial de sus padres para abandonar el país.

El mayor, Juan Povaschuk, se comportaba como una especie de líder natural en cualquier circunstancia. Un macho alfa barbudo, de pelo rubio y ojos claros, siempre enérgico, al borde del enojo. A sus 24 años era un tipo bien plantado, cuya sola presencia imponía respeto. En Uruguay había sido detenido en varias ocasiones, y en una de estas remitido a la cárcel por subversivo. Estuvo preso diecisiete meses. Los partes policiales de la época daban cuenta de una condición que se catalogaba, genéricamente, como de «extrema peligrosidad». Y para ejemplificar esos calificativos, en uno de esos partes se lo acusaba de estar en actitud sospechosa en la esquina de su propio domicilio. El autor del informe era un comisario de la Dirección de Inteligencia llamado Toribio Chaves Olano. En otro parte se decía que se habían hallado «papeles comprometedores» en su poder. Lo enviaron a prisión por el delito de asociación para delinquir, que si bien era grave no lo era tanto como el de atentado a la Constitución en el grado de conspiración, el favorito de las autoridades.

Las de Juan y Gonzalo eran historias representativas del talante de muchos jóvenes uruguayos. Esos dos muchachos también marcaban, en cierto sentido, los extremos del grupo: Gonzalo vivía, con su adolescencia a cuestas, una madurez precoz y algo atropellada; era ingenuo y de espíritu radiante. Juan, quien parecía tener el aplomo de alguien dispuesto a asumir las responsabilidades con firmeza, lidiaba con un temperamento irascible que enmascaraba una depresión muy seria y le generaba continuos problemas con sus propios compañeros. Entre ambos, más cerca o más lejos en edad y carácter, se situaban los otros cinco integrantes del destacamento perdido. Daniel, quien había estado preso durante dos años en Montevideo, fue designado responsable del grupo. Era el único que conocía la manera de establecer contacto con la Orga en Santiago, y además debía tomar la decisión final para resolver los problemas urgentes que se presentaban, que básicamente eran dos: conseguir comida y evitar que los mataran.

Todos aseguraban estar llenos de bríos y tener conciencia del peligro. La casa donde vivían era un local clandestino del Movimiento de Liberación Nacional, uno de los muchos cantones chilenos de la derrotada guerrilla de los tupamaros. Era el lugar que les habían

asignado unas semanas antes como refugio en la retaguardia. Por allí pasaron prófugos exhaustos, dirigentes a la espera de un pasaporte, muchachas embarazadas, combatientes recién llegados a Chile sin dinero ni posibilidades de acomodarse en las pensiones de Santiago, ni aun en las más humildes.

Ese local había sido discreto y seguro, hasta que dejó de serlo. Antes de que ellos llegaran, hubo durante meses un desfile de gente cuyo aspecto era tan delator como el ajetreo que generaba su presencia. Así que luego, cuando Pinochet empezó a arrasar con todo y parecía evidente que no iba a dejar piedra sobre piedra, los habitantes de la vivienda comprendieron que, utilizada en exceso y sin criterio, la casa ya estaría marcada por los servicios de inteligencia y, muy probablemente, en la mira de los militares.

Si bien era espaciosa, la cabaña no resultaba confortable. Por alguna razón no había ningún electrodoméstico. Lo más avanzado en tecnología era una pequeña radio a transistores. Los ocupantes no disponían de agua caliente ni de refrigerador, ni siquiera de un calefactor. Apenas unas ollas, algunas escudillas y unos pocos cubiertos. La construcción tenía dos dormitorios y un estar con estufa a leña, donde cocinaban. Ese ambiente cumplía además las funciones de sala, comedor, lugar de reuniones y sitio de esparcimiento común. Gracias a un gran ventanal era posible observar el valle, pues la casa estaba emplazada en la falda de una colina, a medio camino entre Puente Alto y la frontera.

Esos jóvenes vivían allí como si se tratara de una minúscula comunidad espiritual, aunque ellos creyeran que se trataba de una fraternidad ideológica. No poseían bienes personales, no tenían dinero propio y ni siquiera sus angustias familiares quedaban fuera del grupo, es decir de la Orga. Por el contrario, la lejanía y el desconcierto parecía devolverlos una y otra vez al hogar perdido, a los ruidos de la infancia, a los árboles de la cuadra donde habían crecido. Otro país, otro planeta. Sin brindar referencias precisas, sus padres y abuelos y hermanos estaban presentes en los recuerdos y, cada tanto, eran parte de las conversaciones. Entre todos cocinaban, aseaban la vivienda, mantenían el fuego de la estufa, discutían los asuntos más peliagudos, se confortaban unos a otros y esperaban instrucciones. También hacían

caminatas por las montañas, se bañaban en los arroyos, jugaban al fútbol y cantaban.

En El Ingenio apenas había unas pocas residencias de veraneo, pertenecientes a familias acomodadas de Santiago. Eran chalés de estilo alpino, con techos a dos aguas, verandas pintadas de blanco y amplios jardines. Al norte estaba el pueblo San José de Maipo y al sur el cañón que llevaba al villorrio El Volcán. Un poco más abajo, en el valle, se veía el río Maipo, que en ese tramo fluye de sur a norte antes de desviarse al oeste en su ruta hacia el Pacífico. Muy a lo lejos se podía divisar la boca de un desfiladero que se adentraba en lo profundo de la cordillera, hacia la frontera con Argentina. Y allá, del otro lado del terraplén, corría la línea del ferrocarril que estaba a cargo de los militares del regimiento.

Aquel trencito había sido durante décadas la principal atracción de la zona y el orgullo de la tropa que lo operaba. A fines de los años cuarenta, un folleto de promoción turística publicado en Santiago daba cuenta de la oferta:

«Un veraneo delicioso e inolvidable. Visite los maravillosos paisajes de la cordillera, que reúnen las cualidades de belleza, magnificencia y clima sin igual. Viaje por el cajón del río Maipo, exponente andino de belleza, utilizando los cómodos automotores del Ferrocarril Militar de Puente Alto al Volcán. Sobradas garantías de seguridad, exacto itinerario y precios reducidos, son los exponentes máximos de este servicio. El turista podrá admirar la cordillera en toda la plenitud de su belleza, con sus altos y nevados picachos, sus torrentes y todo un horizonte radiante de magnificencia que jamás se borrará de su memoria».

El teniente coronel Durruty podría haber rubricado esa última afirmación con entusiasmo. Él, que conocía los paisajes del Cajón del Maipo como la palma de su mano, sabía que jamás se le borrarían de la memoria. Imaginaba que eran coloridas mariposas atravesadas por alfileres y expuestas para su disfrute. Una colección de mariposas, a cual más bella. Había mariposas azules de cabeza blanca, mariposas pardas de alas plegadas, maripositas grises, otras verdes y rojas, otras

de un amarillo intenso. Las montañas, los mogotes y hasta las suaves colinas eran mariposas.

Estaba el río. Y la vía férrea, los puentes de madera y los *cottages* dispersos en las laderas de los cerros. Esos paisajes le pertenecían, y además ya formaban parte de sus nuevos dominios: el mismo día del golpe, al comandante del regimiento de Ferrocarrileros lo designaron gobernador militar de una amplia zona que incluía, además de Puente Alto, La Florida, San José de Maipo y Pirque. Lo habían puesto al mando, y eso lo colmaba.

La designación calzó como un guante en sus ambiciones personales y en los sueños que se permitía tener. Con cuarenta y cuatro años recién cumplidos, tras una esforzada carrera en el Ejército por fin veía el futuro con optimismo. Se consideraba a sí mismo un hombre recto y justo, buen padre y esposo, dispuesto a sacrificarse por su familia y por sus camaradas, sin otro vicio que un cigarrillo de vez en cuando. Detestaba el alcohol y gustaba de los deportes y la vida al aire libre. Cuidaba las formas, pues sostenía que un ingeniero militar debía ser especialmente pulcro y ordenado. La raya del pantalón le caía impecable y los botones de su chaqueta brillaban cual pequeños soles. Ojos claros, voz rotunda, un bigote que recortaba día por medio. «Rutina y sacrificio», ese era su lema. Todo un comandante. Confiaba en la colaboración de sus hermanos masones para llevar adelante la tarea y, además, tenía buenos contactos. Su nombramiento en el regimiento lo había firmado a fines de 1972 el entonces jefe del Estado Mayor del Ejército, el general Augusto Pinochet.

A primera vista podía parecer poco, pues un cuartel cuya principal misión había sido durante décadas la operativa de un trencito de montaña no era, en apariencia, algo relevante. Sin embargo, el regimiento se asentaba casi a las puertas de la capital, controlaba los accesos desde el sur cordillerano y, por si fuera poco, varias de las mayores fortunas de Chile tenían allí sus señoríos. Ese era su minúsculo virreinato, al que él llamaba con jactancia «mi provincia». Cinco mil quinientos kilómetros cuadrados con mucha miseria en las poblaciones y los barrios, varias aldeas, las montañas, un par de valles pedregosos y algunas hondonadas. Sin embargo, en la zona también había riquezas inmensas, y si había riquezas había poder, un poder

con el cual codearse de igual a igual. Estaban los viñedos de Concha y Toro, con su casa patronal en Pirque; estaba la empresa papelera de los Matte, instalada en Puente Alto; estaban las minas, los fundos, el embalse, y hasta la legendaria casa de piedra de Volpone en el camino a Lagunillas, que representaba otra clase de poder o, por lo menos, otra forma de ejercerlo.

Todo en esa zona cordillerana tenía un alto valor estratégico. La papelera de la familia Matte, fundada en 1920, era una de las principales empresas del país, con facturaciones astronómicas. El agua potable llegaba a las casas de los santiaguinos gracias a los cauces que arrancaban en las montañas del Cajón, al embalse del río Yeso y a la gran cuenca del Maipo. Y desde el camino que llevaba al pueblito El Volcán se podía bloquear cualquier intento de invasión proveniente de Argentina.

Durruty descubrió muy pronto que los habitantes de esa región, sobre todo quienes vivían en las aldeas del desfiladero, eran por pura costumbre bastante supersticiosos. Eso él lo consideraba expresión de una profunda ignorancia, y le resultaba una peste. Sin embargo, el asunto tenía la ventaja de mantener viva la credulidad provinciana, lo que siempre se podría utilizar en favor de la causa. Algunos opinaban que eran rasgos más bien folclóricos, otros que se trataba de sabidurías ancestrales. El comandante los consideraba pamplinas, pintorescas pero difíciles de controlar. Por eso, y por lealtad a unos ideales masónicos que profesaba según su estilo, se propuso porfiar dentro de la unidad contra semejantes supercherías. Se indignaba de solo pensar que integrantes de las Fuerzas Armadas creyeran en tales cosas.

El teniente coronel Mateo Durruty había estudiado, tenía una amplia cultura y sólidos conocimientos científicos, era un as de las ecuaciones diferenciales, y se consideraba por encima de cuentos absurdos como el del llamado Hombre de las Cadenas, un demonio que según decían deambulaba algunas noches por el camino de San José de Maipo «bramando en el lenguaje de Lucifer». También estaba la estantigua del Carruaje del Diablo, estaba la ignota Cueva de la Chancha y otras idioteces por el estilo. Eran resabios antiguos, fantasías pertinaces que iban y venían por la zona en boca de buhoneros y lavanderas. Se cuenta que unas semanas antes del 11 de septiembre, el comandante

sorprendió a un grupo de oficiales cuando comentaban detalles de una incursión de La Calchona, que era una bruja greñuda que flotaba de madrugada en la zona de El Toyo.

—¡Déjense de leseras! —dicen que les gritó, muy ofuscado—. No quiero historias de aparecidos en mi regimiento.

Puente Alto había adquirido un sentido simbólico que rebasaba fronteras. Casi frente a la sede del regimiento se erigía esa fábrica de papel, la mayor de Latinoamérica, que elaboraba entre otros productos las bobinas para imprimir cada mañana y cada tarde los diarios chilenos, entre otros *El Mercurio*, el más importante del país y supremo baluarte ideológico de los conservadores. Antes de asumir, Allende anunció que iba a expropiar la papelera, y los opositores pusieron el grito en el cielo porque, argumentaban, era una forma embozada de atacar la libertad de prensa. El asunto se convirtió casi en una pulseada estratégica y en un elemento más de la Guerra Fría: Moscú, Washington, Puente Alto. Tras el golpe militar, a Durruty le correspondió asegurar la custodia de la planta y protegerla para tranquilidad de sus propietarios.

Pese a que tanto la comandancia del regimiento como el edificio de la gobernación se hallaban en Puente Alto, cuando Mateo Durruty asumió el mando dio la orden de vigilar con rigor los movimientos en la zona del Cajón del Maipo, pues resonaban en su cabeza las advertencias del agente de la CIA:

—Esas montañas están infestadas de guerrilleros.

Treinta años después, él mismo lo contó durante el juicio por la desaparición de los uruguayos: «Estuve asignado como enlace a la Embajada de los Estados Unidos en Santiago, y allí tuve contacto con gente de la CIA. Me dijeron que en la cordillera había un ejército guerrillero». Durruty afirmó que estaba tan alarmado como la mayoría de los mandos de las Fuerzas Armadas, a quienes se les informaba cada día de las «operaciones marxistas subversivas» desarrolladas en distintos puntos del país con la complicidad del propio gobierno de la Unidad Popular.

—Sería como Cuba o Corea del Norte.

Esas escuelas de guerrilleros fueron una fantasía elaborada con todo detalle a partir de datos manipulados hasta el delirio. Una vasta documentación, desclasificada a partir del año 1999 por el gobierno de Estados Unidos, permite concluir que Raymond Warren, el jefe de la estación CIA en Santiago en 1973, orientaba a algunos de sus hombres para que instalaran «dudas razonables y temores fundados» en militares chilenos que tuvieran mando de tropa, es decir tenientes coroneles y coroneles al frente de batallones o regimientos.

Warren no actuaba por su propia iniciativa, sino que seguía al pie de la letra las órdenes de Thomas Karamessines, uno de los capos en Langley, quien en su momento había emitido una directiva precisa con el objetivo de socavar el mandato de Salvador Allende: «Revise todas sus actividades presentes y posiblemente nuevas para incluir propaganda, operaciones encubiertas o cualquier otra cosa que su imaginación pueda idear». Esa orientación ya tenía tres años, pero era como un versículo de la Biblia de Washington, que incluso se podía citar con números de referencia, igual que el texto sagrado: «Karamessines 8:6». OK, dijeron los apóstoles allá en Santiago. Así fue como varios agentes abrieron las compuertas de la imaginación estadounidense y con el caudal resultante estuvieron durante meses secreteando con muchos oficiales, incluido el comandante Durruty.

La tarea fue implementada por Jack Devine, aunque también participaron otros agentes, todos jóvenes esforzados que, de ser necesario, estaban dispuestos a caminar sobre las aguas de la inundación que ellos mismos iban a provocar. Se turnaban en la prédica porque era parte del trabajo, en medio de las intrigas que se irradiaban desde la Embajada, entretener a los oficiales de enlace de las Fuerzas Armadas chilenas con historias que, si bien contenían elementos de veracidad comprobable, eran falsas en la esencia y también en el relato.

Una de esas historias narraba la implantación, a lo largo de la cordillera de los Andes, de numerosas escuelas de entrenamiento para combatientes de distintas nacionalidades que por esa época llegaban exiliados a Chile. Los autores de la falacia se apoyaban en el descubrimiento, varios años antes, de un refugio clandestino del Partido Socialista en una casa del sector conocido como Guayacán, en

el Cajón del Maipo.

—Es probable que haya algunos asesores del Vietcong.

La cantinela se la repitieron durante el otoño y el invierno de 1973 a varios oficiales del Ejército, a pilotos de combate de la Fuerza Aérea y a algunos aristócratas de la Armada. De acuerdo con esa versión, los alumnos de tales campos de entrenamiento estaban listos para «encabezar un asalto a Santiago, ocupar el poder, instaurar una dictadura del proletariado y luego invadir Argentina y otros países».

Durruty, tan apegado a la razón del Supremo Arquitecto, se dejó sin embargo envenenar con la fábula de las escuelas de guerrillas en la cordillera, y luego concluyó que el mejor sitio para implantar esos centros de entrenamiento subversivo era, por sus características topográficas y su proximidad con la frontera, el Cajón del Maipo. Recordó el dato del local en Guayacán y, pese a que ese asunto se había destapado cuatro años antes, él llevó la ponzoña a Puente Alto como si fuera una novedad y la esparció durante meses entre sus oficiales. Fue fácil: el regimiento de Ferrocarrileros era una fábrica de leyendas desde hacía décadas. Hablar de guerrilleros feroces era como mentar a La Calchona.

En la tarde del 10 de septiembre el teniente coronel Durruty se reunió en Santiago con el general Herman Brady, fue impuesto del plan golpista, recibió la orden de acuartelar a sus tropas y regresó al regimiento. El día 11 por la mañana, ya con la sublevación en marcha, se dispuso a bloquear un hipotético avance guerrillero desde las montañas. Lloviznaba en Puente Alto.

Eufórico por la evolución de los acontecimientos en la capital, Durruty ordenó que sus soldados colocaran durmientes de ferrocarril en las calles del pueblo y en el camino a Pirque, lo que impediría el paso de cualquier contingente motorizado que, según supuso, podía atacar desde el sur. Por si acaso desplegó a una sección completa de la primera compañía del regimiento en Las Vizcachas, un área rural cercana donde, de acuerdo a sus sospechas, también era probable que iniciara su embestida la furibunda turba marxista.

—Quieren descabezar a las Fuerzas Armadas.

—Asesinar a los jefes.

—Una dictadura del proletariado.

—El comunismo.

A las diez de la mañana, mientras en Santiago se registraban tiroteos alrededor del palacio de La Moneda, en Puente Alto un grupo de conscriptos del regimiento comenzó a cargar en camiones los durmientes estibados a los fondos del cuartel. Esas vigas de roble pellín, que pesaban cuarenta y cinco kilogramos cada una, eran parte del lote destinado al mantenimiento de la vía de trocha angosta.

La sede del regimiento ocupaba casi ocho hectáreas en el extremo sur del pueblo. Era una superficie difícil de vigilar con una tropa que nunca había superado los cuatrocientos hombres. El frente del establecimiento (poco menos de trescientos metros sobre la avenida Eyzaguirre) contaba con tabiques de panderete en un tramo y tejido de alambre en el resto. Toda un área del predio, originalmente destinada a la maestranza, acabó por ser el lugar de acopio de materiales ferroviarios. Allí había una gran cantidad de durmientes, rieles de ocho metros de largo, montículos de balasto, varios vagones de carga y dos locomotoras fuera de uso.

Un desvío de la línea principal del tren que ingresaba al cuartel permitía efectuar algunas movidas en su interior antes de desembocar en una pequeña estación. Con el paso de los años, la sede del regimiento, que entre muchos usos servía al funcionamiento del tren, acabó por ser el principal depósito de insumos ferroviarios. Y, como a partir del 11 de septiembre las prioridades cambiaron, los vagones estacionados en la playa de maniobras se convirtieron en calabozos para encerrar a quienes eran arrestados en jurisdicción del gobernador militar.

Sobre la hora 10:50, cuando los aviones Hawker Hunter de la Fuerza Aérea ya habían despegado de Talcahuano y esperaban órdenes para iniciar su raid sobre La Moneda, en Puente Alto los primeros camiones cargados con durmientes, más otros camiones con una dotación de ocho soldados cada uno, todos con sus arreos de combate, salieron del regimiento por la avenida Eyzaguirre. Iban en una caravana encabezada por un *jeep* en el que viajaba, además del chofer, un teniente que estaba al mando del despliegue.

Durante cuatro horas, varios grupos de conscriptos se dedicaron, azuzados por los gritos de los suboficiales, a bloquear las principales

calles y avenidas, así como todas las entradas desde el sur. Apenas si dejaron un corredor franco hacia el norte, en dirección a Santiago, que comprendía una parte de Eyzaguirre y luego torcía a la derecha para buscar la avenida Concha y Toro y Vicuña Mackenna hasta el cruce con Américo Vespucio, donde las operaciones ya estaban a cargo de otro regimiento. Un segundo corredor, menos importante, llegaba a un punto conocido como Vuelta de Cachencho, en la esquina de Eyzaguirre con Santa Rosa.

Al principio, algunos vecinos observaban el trabajo de los soldados de reojo, entre sorprendidos y atemorizados. Pero como se anunció que a las tres de la tarde entraría en vigor un estricto toque de queda, y además se oían algunas ráfagas y explosiones a lo lejos, cada cual seguía su camino para llegar a refugio seguro lo antes posible. Una escuadrilla de cazas hizo un vuelo rasante a eso de las doce, así que luego del mediodía las calles de Puente Alto se vaciaron sin necesidad de recurrir a los carabineros.

Los soldados pudieron trabajar sin civiles a la vista. Cada durmiente era cargado por dos conscriptos y depositado en el lugar que indicaba el suboficial. También llevaban sacos de arena y piedra, rollos de alambres de púas y unas piezas fabricadas con rieles de ferrocarril llamadas erizos, diseñadas como obstáculos antitanques. En eso estuvieron durante varias horas: mientras algunos colocaban los travesaños de madera, otros desenrollaban los alambres o hacían fuerza para acomodar los erizos, y otros más se disponían alrededor de los camiones, con los fusiles listos.

La operación fue de envergadura, y a media tarde había unos cien durmientes diseminados por todo Puente Alto, algunas trincheras fabricadas con sacos de arena y piedra partida y unos pocos erizos como de un metro de alto cada uno, ubicados en puntos estratégicos. Aquello parecía Omaha Beach. Se puede decir que esa fue la primera maniobra de combate en la historia del regimiento de Ferrocarrileros de Puente Alto. Fue también un operativo de guerra psicológica. Cuando se dio por cumplida la misión y los soldados regresaron al cuartel, en Santiago el palacio de La Moneda ya ardía por los cuatro costados y Allende se había suicidado.

III

«El 17 de septiembre era el día. Miles de extremistas chilenos y extranjeros, pertrechados con armas importadas de países como URSS, Cuba y otros, y adiestrados en las propias residencias de Allende, se lanzarían al asesinato de oficiales, dirigentes políticos, periodistas y profesionales, en una primera etapa para someter al país a una dictadura totalitaria. No alcanzaron a cumplir sus propósitos».

INFORME DE LA REVISTA *ERCILLA*, 26 DE SEPTIEMBRE DE 1973

Entre las muchas historias que brotaron como leyendas a la sombra del regimiento de Ferrocarrileros a lo largo del tiempo, hubo una que tuvo como protagonista a Juan Urbina, el sargento de inteligencia que viajó con el teniente Montero en helicóptero hacia el Cajón del Maipo en septiembre de 1973. Al parecer, Urbina ya había vivido su bautismo de fuego un año y medio antes de su aventura aerotransportada, pero se dijo que él no estaba para nada orgulloso del episodio y que, por lo tanto, no le gustaba hacer referencia al tema sino de manera indirecta, a través de una parábola conocida en su momento como «el cuento de los dos centímetros».

Afirma la leyenda que el fabuloso trance ocurrió durante una práctica de tiro en el polígono ubicado en la falda del cerro La Ballena, a pocos kilómetros del regimiento. Ahí comenzó todo, y fue el día 2 de mayo de 1972, dieciséis meses antes del golpe de Estado. Un grupo de conscriptos recién ingresados al Ejército estaba recibiendo su instrucción reglamentaria de tiro con fuego real, y para eso se empleaban unas viejas carabinas M1, de las últimas que aún quedaban en servicio. El instructor al mando de los reclutas era el sargento Urbina, y tenía como ayudante a un cabo de intendencia de apellido Casanova. Todo discurría de la forma previamente establecida: una fila con ocho tiradores, pelo cortado al rape, cara de susto, cuerpo a tierra, blanco a cien metros, fuego, alto el fuego, todos de pie, descarga del arma, revisión, cambio de fila.

La leyenda sostiene que fue una fatalidad. A uno de los reclutas se le escapó un tiro mientras manipulaba el arma que —según la investigación posterior— estaba apuntando al suelo, como correspondía, pero sin el seguro puesto. El cabo Casanova lo explicó de forma minuciosa a petición de la comandancia: «Vi el fogonazo. Vi todo en detalle. Era una de esas carabinas que usábamos para las prácticas, una M1 del calibre 30. La bala salió hacia abajo, rebotó en una planchuela de acero usada como marcador para los reclutas, sacó una chispa y se alejó a ras del suelo unos veinte metros más o menos, fue hasta un bloque de granito que habíamos colocado meses antes a

los solos efectos de que sirviera como asiento ocasional a los señores instructores, apenitas si rozó la piedra, volvió zumbando hasta la mera línea de tiradores y finalmente fue a darle fortuitamente a mi sargento don Juan Urbina Calderón justo ahí, allí mismito, en la entrepierna».

La bala se alojó en el escroto del sargento, del lado derecho. Él dijo haber sentido «un guascazo» que lo dejó sin aire y enseguida un calambre que le adormeció las caderas. La sangre, el dolor y sobre todo la ubicación de la herida llevaron a los conscriptos a asustarse, y al propio Urbina a pensar lo peor: «Creí que se me había desgraciado la hombría», explicaría después. El cabo Casanova también informó que, en medio de la confusión y el alboroto provocado por el accidente, se escuchaban los gritos del sargento ordenando que su esposa no fuera informada del asunto. Para Casanova la conducta del instructor resultó lógica: tenía apenas veintiocho años, su esposa veinte, una vida por delante y un balazo «justo ahí».

La crónica del embeleco es prolija: lo atendieron de urgencia en la enfermería del cuartel y le brindaron los primeros auxilios para contener la hemorragia, que al parecer era importante. Luego de unas horas fue enviado en ambulancia al hospital militar de Santiago por orden del mismísimo Carol Urzúa, quien en esa época tenía el grado de teniente coronel y era el comandante del regimiento. A Juan Urbina le extrajeron el proyectil, le cosieron el escroto y le dieron antibióticos. Estuvo diez días internado y quedó pronto.

Según la relación de los rapsodas puentealtinos, fue el médico de los Ferrocarrileros, un mayor asimilado de nombre Sergio Villagrán, quien debió revisar la herida cuando Urbina regresó a filas con un certificado de «apto para todo servicio». Lo que hizo el doctor Villagrán fue palpar aquel saco escrotal con sumo cuidado, más que nada para comprobar la cicatrización de la costura. Enseguida se puso a alabar la buena suerte del sargento, tal vez como forma de ahuyentarle las preocupaciones:

—Esto sí que fue milagroso —le dijo—. Dos centímetros más arriba y te seccionaba el pene. Dos centímetros más a la izquierda y te volaba el testículo, dos centímetros más a la derecha y te agujereaba la femoral.

Como Urbina estaba bien conceptuado y era un hombre instruido, lo

dejaron durante varios meses adscripto a la ayudantía de la comandancia, donde no tenía nada para hacer excepto mejorar sus destrezas mecanográficas. Fue allí, en las horas muertas del cuartel, que comenzó a obsesionarse con la milagrosa trayectoria de aquella bala que casi lo deja ciclán. Pensó en los dos centímetros, en el destino, en su buena suerte, en la mala suerte y en la suerte como concepto universal. Hasta que una de esas tardes sucedió, o dicen que sucedió: cayó en sus manos un viejo artículo de la revista *Life en español* dedicado al asesinato del presidente Kennedy. Con la ayuda de diagramas y fotos espectaculares, se explicaba de manera detallada la teoría de la «bala mágica» disparada por Lee Harvey Oswald en noviembre de 1963.

Suponen los bardos ferrocarrileros que el sargento Urbina tuvo en ese momento una especie de epifanía. A partir de entonces se pasaba horas dibujando planos, realizaba comparaciones, estudiaba viejos manuales de balística. Se volvió un experto en el atentado de Dallas y andaba todo el tiempo haciendo comentarios alusivos al magnicidio. El doctor Villagrán, consultado por el jefe de compañía donde servía el accidentado, opinó que esa obsesión —por demás notoria— no debía ser motivo de preocupación para los mandos. Se trataba de un desorden seguramente pasajero, diríase una especie de sublimación postraumática de la desgracia que había estado a punto de acontecerle. En otras palabras: Urbina pensaba en la cabeza de Kennedy para no pensar en su propio escroto.

Cada vez más el sargento se fue interesando por los pormenores del atentado de Dallas, analizaba antiguos reportes, sacaba sus conclusiones y construía su relato. Entre los suboficiales del regimiento cosechó fama, y llegó a ser considerado toda una autoridad en la materia. Lo apasionaba el tema, y más aún hablar de eso y explicar a sus ocasionales contertulios los detalles de lo que él llamaba «el disparo más famoso en la historia de la humanidad». Locuaz y exagerado, disertaba como si fuera un especialista. Y, aunque sus conocimientos eran rudimentarios y estaban llenos de errores y confusiones, el cabo Casanova dijo que las charlas que brindaba resultaban de lo más entretenidas. Se conserva —gracias al médico Villagrán— la transcripción de un breve fragmento de una de aquellas

peroratas:

«Una bala revestida de cobre fabricada especialmente por los rusos y metida de contrabando en suelo norteamericano nadie sabe cómo fue la que atravesó el cuello del presidente John Fitzgerald Kennedy, que en paz descanse, a una velocidad aproximada de ochocientos metros por segundo. Ese proyectil lo tiene que haber disparado un francotirador experto con un fusil de cerrojo dotado de mira telescópica a una distancia de entre veinte y treinta metros y desde arriba. La bala llegó al blanco en trayectoria descendente pero después empezó a subir por efecto del primer impacto, partió una vértebra, rompió la cabeza y salió por el cogote del presidente, siguió su carrera y le dio en el pecho al gobernador de Texas que estaba sentado en la misma línea y adelante del pobre Kennedy. El proyectil le reventó varias costillas al gobernador y luego empezó a bajar por efecto del segundo impacto, disminuyó su velocidad y perdió mucha energía impelente cuando desvió su trayecto, le traspasó la muñeca izquierda y se le alojó en el pernil. Como quien dice esa bala fue y vino de arriba abajo y de abajo arriba, para atrás y para adelante, y por eso la llaman la bala mágica, aunque también podían haberla llamado la bala rusa o la bala comunista o alguna huevada por el estilo. Una mínima desviación y el muerto hubiera sido el señor gobernador o la esposa del presidente o sea la primera dama que iba sentada a su lado, o la esposa del gobernador que iba a la izquierda de su esposo y delante de la primera dama. Si la bala iba dos centímetros más arriba le volaba la cabeza al chofer del automóvil que era un pailón del servicio secreto, si iba dos centímetros más abajo le daba a uno de los escoltas que también era del servicio secreto y estaba junto a la limusina, pero resultó que fue justo ahí, el destino le dio la trayectoria y la velocidad y la potencia para que el muerto de ese día fuera don John Fitzgerald Kennedy, el trigésimo quinto presidente de los Estados Unidos de América. En balística, doctor, dos centímetros son como de aquí a Isla de Pascua».

Hay quienes afirman que el accidente en el polígono de tiro no fue tan grave, o que se trató de una creación de Urbina en complicidad con el cabo Casanova, y quizá con sus superiores, como tapadera y excusa para labores de inteligencia. Se rumorea también que los

rapsodas que echaron a correr la bola no eran sino charlatanes de feria, facundos al servicio de los militares, muertos de hambre capaces de mentir a cambio de unas sopaipillas. De todos modos, haya sido verdad o ficción, leyenda popular nacida a partir de una bala perdida o simple enredo de cuentamusas foráneos, lo cierto fue que el sargento no tuvo problema en redondear la historia y utilizar ese disparo accidental, treinta años después, cuando el tribunal que investigaba la desaparición de los uruguayos le pidió explicaciones sobre su trabajo en el regimiento. Tenía la coartada perfecta, y la expuso como si estuviera hablando para la televisión:

—Yo sabía mucho de balística —dijo—, y mis camaradas me consideraban un experto, pero me encontraba en la ayudantía del regimiento donde me desempeñaba como dactilógrafo, o sea en tareas de oficina. En efecto, pasé a la ayudantía debido a ese accidente en una práctica de tiro, un disparo fortuito con una trayectoria que aún hoy me desconcierta y producto del cual no pude seguir haciendo instrucción.

La historia urdida por el sargento o por sus jefes ya enseñaba, en 1972, un mecanismo de enmascaramiento que se propagaría por las Fuerzas Armadas como una plaga a partir del golpe de Estado. Desde simples embustes de ocasión a elaboradas ficciones grupales, los mandos militares se apropiaban del contexto para construir una realidad alternativa que muy pronto fue replicada por toda la escala jerárquica. La verdad de los hechos quedaba camuflada en una realidad hecha de palabras. Así había surgido, a mediados de 1973, la ficción del inminente asalto guerrillero al poder, que también tuvo sus rapsodas, sus cuentamusas. Claro que esa ficción cumplía con una premisa básica: como toda fábula bien elaborada, contenía elementos verdaderos que sirvieron para volverla creíble.

Durante los treinta y cuatro meses que Allende estuvo en el gobierno, tanto los chilenos del MIR, del Partido Socialista y del MAPU, así como algunos grupos provenientes de otros países (los restos del aniquilado Ejército de Liberación Nacional de Bolivia, el Partido Revolucionario de los Trabajadores de Argentina y los

Tupamaros uruguayos) habían llevado adelante una serie de iniciativas destinadas a la preparación de sus militantes para la gesta partisana. Entre esos emprendimientos hubo uno muy curioso llamado «escuela de cuadros», que era una mezcla de noviciado marxista-leninista con campamento de los Boy Scouts. La escuela estaba ubicada en Farellones, unos treinta kilómetros al este de Santiago. Su funcionamiento fue breve y, según las evaluaciones posteriores, deficiente en todo sentido.

Esa iniciativa resultó la más estéril, aunque no la más problemática. Los grupos guerrilleros afincados en Chile se empeñaban en cocinar el potaje insurreccional latinoamericano, y lo hacían con ahínco. Como siempre, los tupamaros estuvieron en la vanguardia organizativa, que por algo se autodenominaban «La Orga». En 1972 ya tenían montados cuatro talleres clandestinos: uno para fabricar metralletas, otro dedicado a la falsificación de documentos, otro al diseño y confección de granadas de mano y otro más especializado en la construcción de escondites subterráneos, conocidos en Uruguay con el nombre de berretines, y en Chile como barretines.

Una de esos era el llamado «barretín vip». Fue un trabajo supersecreto realizado a pedido del aparato militar del Partido Socialista chileno. Estaba destinado al resguardo de Salvador Allende en caso de golpe de Estado. El mandatario se negó a esconderse y, como se sabe, el 11 de septiembre fue a encontrarse con la muerte desde la residencia presidencial de la calle Tomás Moro. Pero eso no desmerece la labor realizada en el refugio oculto. Es una construcción de tal excelencia que nunca fue descubierta. Ahí está todavía el barretín vip. Sólido, enmascarado tres metros bajo tierra con gran talento. Realizado en 1972, dispone de dos habitaciones amplias y un baño, conexión a un precario sistema de alcantarillado, un equipo de ventilación y otro de comunicaciones (ya obsoletos, por supuesto). Cuando se construyó contaba además con electricidad y agua potable.

El maestro de obra, un tupamaro ahora afincado en Europa, se ha negado una y otra vez a dar más detalles, ni siquiera a sus íntimos. Apenas dos o tres personas saben con exactitud dónde se encuentra y —lo más importante— cómo acceder al refugio. Está ubicado en un predio de las afueras, entre los cerros, debajo de una hermosa casona

convertida desde hace años en hotel. Después del golpe la casa fue vendida, y los sucesivos propietarios nunca se enteraron de lo que había bajo sus pies; tampoco los encargados del establecimiento, ni los empleados ni los huéspedes. Han sido décadas de idas y venidas, pasos, conversaciones, almuerzos, cenas y desvelos vividos justo encima de ese aire estancado durante medio siglo.

A principios del 72 Allende había recibido de manera secreta al dirigente tupamaro Mauricio Rosencof, con el fin de establecer ciertas reglas de comportamiento para los tupamaros que llegaban a Chile en busca de refugio. El mandatario puso dos condiciones: que los uruguayos no se involucraran de forma directa en el tormentoso proceso chileno y que no establecieran vínculos orgánicos con el MIR, organización que propugnaba la lucha armada y el enfrentamiento con «la burguesía y sus cipayos».

Lo primero que hicieron los tupas una vez instalados en Chile fue desconocer ese acuerdo. Comenzaron un proceso de cercanía con el MIR, con la rama chilena del ELN boliviano, con los sectores más radicales del Partido Socialista y con el MAPU. Para mediados de 1972 ya Rosencof estaba preso en Uruguay, aislado en un cuartel, enterrado en vida. Allende conocía en detalle las «actividades no autorizadas» de los tupamaros en Chile, pero al parecer optó por hacer la vista gorda para evitarse más problemas.

Como expertos que eran, los tupas en Chile asesoraban a otros camaradas de lucha. En unos casos lo hacían por pura solidaridad, y en otros por intereses materiales muy concretos. Ayudaron al ERP argentino a llevar armas de contrabando hacia Buenos Aires, ayudaron a los cubanos del G2 a infiltrar espías en Estados Unidos, ayudaron a los vascos de ETA a trasegar gente de un lado para otro y ayudaron a los escoltas presidenciales de Allende a ser más desconfiados. Así surgieron en aquel exilio los talleres de los tupamaros, su cooperación internacionalista y también un cierto aire de superioridad. Con sus habilidades técnicas a pleno rendimiento, los conjurados elegidos para esas tareas funcionaban en el destierro como un auténtico grupo de elite, y operaban al margen del grueso de los militantes, quienes eran considerados harina de otro costal.

Para esos otros, tenidos por combatientes del montón, los rectores

de la Orga en Chile disponían de un conjunto de casas y apartamentos obtenidos en préstamo o alquilados para darles cobijo. Eran oleadas de jóvenes militantes, muchos de ellos periféricos, que llegaban de Uruguay sin dinero y con el corazón estrujado. El arriendo de locales y la concentración allí de grupos de ocho, diez y hasta veinte tupamaros, en su mayoría bisoños, fue una de las consecuencias de la estampida de 1972, cuando se produjo en Montevideo el desastre de la guerrilla urbana.

Sin embargo, la complejidad política chilena, el hacinamiento de gente y el costo económico de la operativa eran asuntos de tal magnitud que muy pronto representaron un problema difícil de manejar. Los cubanos enviaban desde La Habana remesas mensuales que rondaban los veinte mil dólares. Como eso resultaba insuficiente, se procedió a efectuar algunas «expropiaciones», pues era necesario equilibrar el presupuesto.

El déficit tenía múltiples causas, pero una era muy irritante. Se trataba del espíritu dispendioso de varios dirigentes, quienes llevaban vidas principescas en Santiago mientras sus dirigidos soportaban penurias sin cuento y en muchos casos no tenían ni para comer. Hubo jefes que fueron todo un ejemplo de austeridad, pero otros resultaron ser muy habilidosos en esquivar las estrecheces. A su favor, los manirrotos argüían que era necesario «tener coberturas apropiadas» para las tareas secretas que realizaban.

Las anécdotas sobre aquella naciente nomenklatura tupamara casi no han trascendido, ya que hasta los militantes más severos en las críticas se negaron después a ventilarlas, quizá porque los había avergonzado semejante comportamiento de sus compañeros, o porque consideraron que al hacer públicas tales conductas iban a llevar agua a los molinos enemigos. Esas historias, comprobadas una y otra vez, indican que en Santiago de Chile la plata se gastaba a manos llenas en colegios privados para los hijos de algunos dirigentes, lujosas residencias en el Barrio Alto, reuniones cupulares que eran meros pretextos para catar vinos caros, y viajes a Europa que se hacían «con el objetivo de forjar alianzas estratégicas».

Y fue uno de esos señoritos de la guerrilla quien tuvo la ocurrencia de que era necesario convertir a la muchachada pequeñoburguesa

huida de Uruguay en una columna de recios proletarios, para lo cual nada mejor que mandarlos a vivir a la intemperie. Con esa medida, además, se bajarían los costos de mantenimiento del aparato. Tras analizar la iniciativa, rápidamente se decidió implementar la concentración de aquella masa de revolucionarios convalecientes en lugares adecuados. Se instalaron campamentos en áreas rurales cercanas a la cordillera o a orillas del Pacífico, todos ubicados a una distancia prudencial de cualquier centro urbano de importancia. No había un plan, los movilizados no tenían armas y no recibían ningún tipo de preparación.

Esos sitios parecían elegidos para tratar a enfermos de tuberculosis y no para estacionar a combatientes de la reserva: cerros y prados, playas desiertas, paisajes tranquilizadores y aire puro. Así fue como, en pocas semanas, unos trescientos tupamaros, de los más de mil que se habían exiliado en el Chile de Salvador Allende, se trasladaron a esos emplazamientos y quedaron invisibles y al raso, sin ningún vínculo con la sociedad en la que vivían. La idea, que al principio fue muy satisfactoria para los dirigentes revolucionarios, al final resultó ser de mucha utilidad para los ideólogos golpistas.

Los adalides tupas, tan expatriados y perplejos como sus dirigidos, creyeron encontrar en esos espacios un ámbito adecuado para la sana formación de los combatientes, y también una buena manera de mantener entretenidos y fuera del ojo público a cientos de advenedizos que habían estado dando vueltas por Santiago sin nada para hacer. Fue una iniciativa balsámica, sobre todo a principios de 1973, cuando la silueta del golpe de Estado se recortaba cada vez más nítida en el horizonte y la capital chilena se había convertido en un hervidero de marchas, huelgas, atentados y enfrentamientos callejeros entre partidarios de Allende y opositores a su gobierno.

Pero, si para los tupamaros esa experiencia era a primera vista positiva, pues hacía más llevadero el exilio de muchos, para quienes eran los fogoneros de la conspiración golpista aquello fue miel sobre hojuelas. Tales concentraciones de militantes les sirvieron como coartada y brindaron nuevos argumentos para atizar a la opinión pública: «Están ahí», decían. «Se entrenan para romperle la cresta a nuestra democracia», explicaban. «Fidel Castro los adoctrina a

distancia», denunciaban. «Son miles, armados hasta los dientes», mentían.

Hubo un hecho que subrayó tales advertencias. En febrero de 1973, un grupo de tupamaros instalado en uno de esos campamentos en la costa del Pacífico mezcló de mala manera el hambre con la tilinguería y procedió, durante una incursión nocturna en unos campos cerca de Cachagua, a robar una oveja, carnearla y ponerla sobre un asador. A las pocas horas, los carabineros llegaron al campamento y los acusaron de abigeato. Todos los tupas presentes, hombres y mujeres, negaron lo evidente y hasta se manifestaron ofendidos ante semejante inculpación. Eso no evitó que de inmediato fueran detenidos y enviados a la cárcel de La Ligua.

Al día siguiente el revuelo llegó a Santiago y fue titular de tapa en *El Mercurio* y otros periódicos. Por supuesto que se habló de «un campamento guerrillero» con las connotaciones que esas dos palabras encerraban para la opinión pública. Los abigeos lograron escapar de prisión pocos días después, sin violencia. La Orga pagó con discreción dos peajes: uno al director de la cárcel y el otro al jefe de los carabineros del pueblo. Y parece que, en Santiago, alguien del gobierno se deshizo en disculpas con el dueño del ovino sacrificado, que era el alcalde de Zapallar y un férreo opositor a la Unidad Popular.

Las prédicas de la derecha, variantes de las ideas sembradas por los funcionarios de la Embajada de Estados Unidos, serían aprovechadas tras el golpe en una maniobra de guerra psicológica que consistió en publicar un informe de 264 páginas titulado *Libro blanco del cambio de gobierno en Chile*, en el que se explicaban las causas que habían provocado el derrocamiento de Allende. Lo único blanco de ese libro era la palabra del título. La tapa mostraba un color pringoso, entre el gris y un verde fúngico. Sus páginas eran de un *beige* suave, típico del papel prensa de poco gramaje y baja calidad, y su contenido, impreso en letras negras, era una diatriba contra los rojos de un amarillismo rabioso.

En ese libro, cuyo redactor principal (y anónimo) fue el historiador Gonzalo Vial Correa, se difundió un supuesto documento secreto llamado Plan Zeta, atribuido a la izquierda más radical, en donde se

detallaba la planificación —atribuida al MIR y al Partido Socialista— del asesinato de todos los jefes de las Fuerzas Armadas y la inmediata instauración en Chile de una dictadura del proletariado. El documento era de una falsedad notoria, pero tuvo gran repercusión en la prensa. Décadas después se supo que había sido elaborado por especialistas de la inteligencia naval chilena.

Cada invento noticioso propiciado por la Junta Militar recibía la más amplia cobertura periodística, pues los medios de comunicación estaban, por las buenas o por las malas, al servicio de Pinochet. Desde el mismo momento del golpe, el Bando N.° 1 de los sublevados contenía instrucciones tan claras como amenazantes: «La prensa, radiodifusoras y canales de televisión adictos a la Unidad Popular deben suspender sus actividades informativas a partir de este instante. De lo contrario recibirán castigo aéreo y terrestre».

Algo similar, aunque con el lenguaje amortiguado propio de la idiosincrasia uruguaya, había ocurrido apenas dos meses antes en Montevideo. Al día siguiente del autogolpe de Estado, el gobierno de Bordaberry entregó un «instructivo» a los medios de comunicación que decía: «Se prohíbe a la prensa oral, escrita o televisada, todo tipo de noticias o comentarios que afecten negativamente el prestigio del Poder Ejecutivo y/o de las Fuerzas Armadas, o que atenten contra la seguridad y el orden público. Se prohíben versiones relacionadas con la disolución del parlamento, y versiones de líderes políticos, legisladores y cualquier otra persona, que contravengan lo dispuesto. La transgresión a cualquiera de estas medidas dará lugar a las sanciones correspondientes».

En el *Libro blanco* la embestida contra los extranjeros era muy virulenta. Allí se aseguraba que el entrenamiento de los extremistas chilenos «exigía expertos en guerrillas, que vinieron de todas partes y en especial de Cuba, Brasil, Argentina, etc., reclutados entre los terroristas de esos países. Se calcula que su número oscilaba entre los diez mil y los trece mil». A los tupamaros uruguayos los dejaba aparte, para dedicarles íntegramente la página 74, una parte de la 75, más dos extensas menciones en las páginas 69 y 70. Como colofón, el texto subrayaba «el potencial subversivo de los “turistas”, “estudiantes” y asilados extranjeros acogidos por la Unidad Popular». Al otro día del

golpe, a través de radios, canales de televisión y octavillas lanzadas desde avionetas, se incitaba a la población a delatar a cualquier extranjero del que se tuviera conocimiento: «Ciudadano: ¡Denúncielo!» Ese texto fue reproducido por varios periódicos.

Los chilenos se las ingeniaron desde siempre para encajar motes ocurrentes aun en las peores circunstancias. Ya en los tiempos iniciales de la república a los conservadores se les llamaba «pelucones» y a los liberales «pipiolos». Y después, a los pelirrojos les decían «colorines», a quienes profesaban el protestantismo «canutos», a los descuidistas «lanzas», a los peripuestos «siúticos», y así. En los años de la guerrilla del Che surgieron «los elenos», militantes socialistas que habían formado la rama chilena del ELN boliviano. Después del 11 de septiembre vendrían los pinocheteros, el pinochetismo y el pinochetazo. Y en los meses previos estaban los «momios», que eran los simpatizantes de la derecha más recalcitrante, y los «upelientos», que eran los partidarios de la UP y en especial aquellos de la izquierda más radical.

Esas dos expresiones tenían connotaciones fuertemente despectivas y mostraban la polarización social y política que se vivía. En el medio había muchas personas de derecha o de izquierda que no se consideraban ni momios ni upelientos. Eran ciudadanos que asistían a un enfrentamiento que no querían, porque llevaba a una colisión desastrosa. Y estaban los eternos vacilantes, que un día apoyaban a unos y al día siguiente apoyaban a otros; y los que no entendían nada y callaban; y la mayoría de la población, compuesta por quienes habían sido inoculados con el virus del miedo.

Como ocurre casi siempre, la realidad y la verdad no coincidían, pero a los principales actores del drama esa discrepancia no les interesaba demasiado. Lo que querían unos era defender al gobierno de Allende a toda costa porque argumentaban que era constitucional y había sido votado por el pueblo, y lo que querían otros era voltearlo de cualquier modo porque decían que era inconstitucional y había traicionado el voto del pueblo. Aquella parte de la población que alentaba un golpe de Estado tenía sus razones, agitadas desde dentro y desde fuera: pavura al comunismo comeguaguas, a los barbudos en general y a Fidel Castro en particular; hartazgo del desabastecimiento,

de las colas para obtener alimentos; cansancio de las retóricas apocalípticas, de las manifestaciones que entorpecían el tránsito, del griterío y las discusiones por televisión; miedo a que se instalara un dictadura marxista leninista. Y aquella parte de la población que defendía al gobierno contra viento y marea hablaba de un hambre vieja y de gente que, pese a todo, se permitía soñar; de mujeres y hombres que, después de muchas décadas de penurias y peleas, por fin comenzaban a ver una luz en la oscuridad de sus vidas; de mineros con salarios decentes, de campesinos con sus propias tierras, de obreros que podían administrar las fábricas expropiadas y nacionalizadas; de aquellos que reclamaban más justicia, que no tenían miedo y querían más comida, más trabajo y más igualdad. Era poco, pero era demasiado.

El 11 de septiembre, tras recibir la orden de hacerse cargo de la provincia, el comandante Durruty asumió como un hecho que en cualquier momento iba a ser atacado por oleadas de combatientes enemigos, para peor extranjeros y comunistas. Más que upelientos, él supuso (o eso dijo, al menos) que serían barbudos de la Sierra Maestra, o guerreros del Vietcong, tan escuálidos como sanguinarios, tocados con sus típicos sombreritos de paja y armados con fusiles AK-47. El regimiento de Ferrocarrileros, una unidad compuesta por muchachos sin preparación (la mayoría eran conscriptos reclutados en la zona, a quienes los civiles llamaban «pelaos» por su característico corte de pelo al rape), fue puesto en estado de máxima alerta.

Según Durruty, al principio de las acciones se podía notar que el estado anímico de su tropa no era el mejor. «Faltaba confianza. Muchos jóvenes conscriptos estaban asustados», comentó de lo más condescendiente treinta y dos años después, mientras los juicios en su contra avanzaban a paso de tortuga. Es de suponer que, en los primeros días del nuevo régimen, hasta el propio comandante debió sentir temor ante el embate de lo que sería, de acuerdo a las descripciones machaconas de los meses previos, «una horda sedienta de sangre» que bajaría de las montañas. Sin embargo, el desvelo por la amenaza de ese animal de varias zarpas (una cubana, otra vietnamita,

una tercera tupamara y hasta una cuarta de origen checoslovaco) no le impidió a Durruty celebrar su cumpleaños el día 12 de septiembre.

El convite con motivo de sus cuarenta y cuatro años fue una sosegada tertulia en la casa donde vivía en el cuartel. Durruty se emocionó al escuchar aquel *«Happy Birthday, comandante»* cantado con reciedumbre por sus camaradas de armas como homenaje a un soldado victorioso que se permitía un momento de solaz en medio de las tribulaciones. Durante el día había recibido el cumplido de algunos superiores que lo llamaron desde Santiago, quizá para asegurarse de que seguía firme en su puesto. Y su amigo, el general Brady, fue al cuartel a saludarlo. «Un honor inmenso», dijo el comandante.

Los zalameros que nunca faltan —en este caso sus asistentes de baja jerarquía en el regimiento— hicieron lo propio, aunque se cuidaron de actuar en posición de firmes y pidiendo el permiso previo. De esa manera, por demás discreta, había llegado el toque de queda. Todos estaban contentos, pese a que de tanto en tanto sonaba algún tiro a la distancia. Ahí hubo tiempo para reunir a cuatro o cinco oficiales y brindar con Sorbete Letelier por el futuro de la patria. Cada quien se comió su guinda.

La leyenda dice que ese mismo día, temprano en la mañana, una columna de guerrilleros había atacado el regimiento con nutrido fuego de fusilería. En realidad, se trató de uno o dos tiradores (nunca se pudo establecer con precisión), que efectuaron al pasar varios disparos contra una de las casetas de vigilancia, sin causar bajas. Ese episodio fue magnificado, tuvo múltiples versiones, provocó felicitaciones entre los mandos y mentiras colosales. El propio Durruty lo repetiría muchos años después, con pintorescos detalles de su propia inspiración.

Estaba dentro de la lógica militar que, durante aquella primera semana y frente a los peligros anunciados, Durruty adoptara medidas de seguridad extraordinarias y a primera vista un tanto desproporcionadas, como la de atravesar durmientes en calles y caminos, y custodiar la ruta del Cajón del Maipo con soldados protegidos por ametralladoras con cargadores de cinta, cada una con su correspondiente dotación de personal y municiones.

Era una lógica de desmesuras que adquirió enseguida un perfil bien definido. El día 14 de septiembre, en uso de sus nuevas potestades, el

comandante Durruty mandó fusilar a un poblador de La Florida, un muchacho de veinticuatro años calificado después por *El Mercurio* como «un extremista insensato y muy peligroso». Tales adjetivaciones aparecían con bastante frecuencia en ese periódico. En aquella época, en la redacción del diario algunas cosas se consideraban insensatas y muy peligrosas, y otras eran tenidas por sensatas, aunque a primera vista pareciera justo lo contrario.

Dos meses antes del golpe, al editorializar a propósito de la situación política, en la página de opinión del diario se indicaba cuál era el «deber categórico» de la gente sensata, que para el editorialista consistía en acabar con el desorden de un «gobierno inepto o enloquecido». *El Mercurio* recomendaba a viva voz un golpe de Estado: renunciar a los procesos electorales y darle el poder a las Fuerzas Armadas. Dicho y hecho. Después, el fusilamiento de ese poblador de La Florida fue parte de aquel deber categórico de la gente sensata.

Los siete tupamaros del Cajón del Maipo se esforzaron en tomar recaudos. Durante una reunión clandestina realizada a mediados o fines de agosto en la casa de El Ingenio, el dirigente en el exilio William Whitelaw —cuyo nombre clandestino era Maciel, pero al que todos conocían como Willy— había desgranado un inquietante análisis referido a la inminencia del golpe de Estado. Les dijo que la amenaza estaba a punto de concretarse y que iba a ser muy poca la ayuda de la organización a sus militantes. También les informó que cuando el golpe se produjera iba a ser sangriento, ya que la campaña contra el gobierno y sus aliados no paraba de crecer.

Según su razonamiento, cuando ocurriera el levantamiento militar los sublevados tratarían de eliminar a todos los extranjeros sospechosos, pues la prédica insistía sobre aquel cuento de que en Chile había una «verdadera invasión» de extremistas de otros países, de quienes se decía que eran peligrosísimos, que estaban preparados para combatir y que gozaban de la protección del propio Salvador Allende. En ese sombrío análisis, no obstante, despuntaba una luz de esperanza: ciertas versiones indicaban que la mayor parte de la izquierda chilena estaba bien armada, que ya tenía organizada la

resistencia, pues miles de obreros y campesinos se encontraban listos para el combate. Por desgracia Willy estaba mal informado. Como se vio después, la suya era una exageración inducida, demasiado optimista.

Era tan optimista como las cotidianas filípicas de Carlos Altamirano contra la burguesía. El flamígero dirigente del Partido Socialista, se aseguraba, encabezaría la resistencia armada contra cualquier intento de golpe de Estado. Ya en las elecciones parlamentarias celebradas en marzo de ese año, los socialistas habían empleado una consigna que apelaba a la radicalización, al pedir el voto con un eslogan de tono boxístico: *«¡Duro con Altamirano, que les duele más!»*.

Él no hacía ningún esfuerzo para desmentir los rumores sobre su ánimo combativo. Por el contrario, cada día daba lugar a nuevos equívocos. Se hizo célebre su incendiario discurso del domingo 9 de septiembre en el estadio Chile, pero en ese momento la suerte ya estaba echada y el golpe a punto de iniciarse. Sus palabras, por lo tanto, fueron una bravuconada inútil. Más relevante, en cambio, fue el artículo de opinión que publicó a mediados de julio, menos de dos meses antes del levantamiento militar, en *Chile Hoy*, el semanario de Marta Harnecker. Allí Altamirano aseguraba que en las organizaciones sociales radicaba el auténtico «poder popular», y que los trabajadores construirían «una barricada inexpugnable» para detener a quienes intentaran un golpe de Estado.

Lo que pasó después es conocido: las barricadas inexpugnables ni siquiera fueron levantadas, el poder popular se desvaneció de un soplo y Altamirano, buscado con denuedo por los golpistas, tuvo que vivir clandestino durante semanas, hasta que desde la República Democrática Alemana Erich Honecker dio el visto bueno para que lo sacaran de Chile. Se fue del país por Uspallata, oculto en el maletero de un auto conducido por un agente de la Stasi.

A finales de agosto, entonces, cuando faltaban dos o tres semanas para el golpe, las conclusiones operativas de los uruguayos del Cajón del Maipo fueron dramáticas: los contactos se cancelaban salvo emergencias, los movimientos se restringían y, sobre todo, se tornaba imperioso que pensaran en un plan de evacuación hacia Argentina, por si la lucha contra los golpistas en Santiago se perdía. Aunque Willy no

lo dijo, en lenguaje crudo esas conclusiones significaban que, muy probablemente, deberían arreglárselas como pudieran. Si los militares lograban voltear a Allende irían a continuación tras los extranjeros, y no tendrían miramientos.

Los tupamaros refugiados en Chile formaban parte, cuando se consumó el golpe, de una poblada multinacional más grande aún, llegada al país durante los tres años anteriores, integrada por gente tan perdida como ellos detrás de las líneas enemigas. Eran miles. Muchos jóvenes, madres con niños pequeños, veteranos luchadores obreros, líderes barriales, campesinos iletrados, antiguos presos políticos. En ese tumulto había quienes se decían bolivianos, peruanos, españoles, brasileños, soviéticos, nicaragüenses, argentinos, estadounidenses, húngaros, franceses, paraguayos, panameños, uruguayos. Había de todo, desde médicos hasta costureras, oficinistas, maestras y metalúrgicos. Y también avivados de toma y daca, navajeros sin escrúpulos, agentes de inteligencia infiltrados, confidentes de la policía y atolondrados de variada extracción social.

Y estudiantes. Montones de estudiantes que iban y venían, se trepaban, se colgaban y hacían piruetas. Inquietos, daban saltos por toda la fronda del saber universitario. Eran jóvenes guevaristas en su mayoría, utopistas de pelo largo, barba y boina, muchachas que en sus países cursaban humanidades, admiradoras de Joan Báez, aspirantes a guitarreros, futuras maestras, futuras odontólogas, futuros abogados, futuros agrónomos. Era una masa que quizá tuviera, además, alguna clase de futuro revolucionario, pero que vivía en un presente de desconciertos, dispersa y sin ninguna posibilidad de combatir. Muchos, además, cargaban con el vicio de un sectarismo sañudo: los prosoviéticos contra los antisoviéticos, los ateos furibundos contra los cristianos de la liberación, los reformistas contra los anarquistas, los obreristas contra los maoístas, los allendistas contra los miristas. Había hasta un minúsculo grupo de seguidores del caudillo comunista albanés Enver Hoxha, unos pintorescos hoxhaístas *avant la lettre* que ni siquiera se ponían de acuerdo entre ellos y estaban en contra de sí mismos.

Esa era la situación el 11 de septiembre. Los tupas de El Ingenio, enterados por las noticias de la radio del bombardeo a La Moneda, la muerte de Allende y la frenética represión desatada en la capital, comprendieron que estaban acorralados. Uno de esos días Daniel resolvió tantear a su contacto automático en Santiago. Pese a los riesgos, consideró que como responsable del grupo tenía el deber de intentarlo, y que era lo más razonable antes de tomar cualquier decisión. Plantearía la necesidad de ejecutar un plan de urgencia, que consistía en huir los siete a pie hacia Argentina, a través de la cordillera de los Andes, con la ayuda de un guía, tal vez un arriero de la zona o un contrabandista.

En esa ocasión llegó a la ciudad sin percances y pudo establecer el contacto, pero allí recibió la orden de no hacer nada, esperar unos días hasta que el ambiente represivo fuera menos sofocante, y recién entonces decidir. De todas formas, su contacto le informó que los golpistas estaban fusilando gente, y le entregó dinero «por si acaso, para una emergencia». Doscientos ochenta dólares y cuatro mil pesos argentinos, a repartir entre siete.

En El Ingenio se organizaron por turnos para hacer parejas de guardia las veinticuatro horas, porque estaban convencidos de que tarde o temprano los carabineros irían a buscarlos. Trataban de estar alertas en todo momento y, aunque no tenían armas, querían suponer que era posible resistir de algún modo. Hubo quien manejó para sí ideas disparatadas: acumular piedras en la casa, fabricar cócteles molotov con keroseno, afilar los cuchillos de cocina y si acaso los tenedores, hacer trampas con clavos y colocarlas en los alrededores. Era evidente que ese tipo de resistencia no tendría ninguna utilidad práctica, y por eso ni siquiera lo habló en el grupo. Después de todo, pensar con cabeza de mártir no ayudaría a sostener el ánimo.

Y el ánimo allí podía flaquear en cualquier momento. Casi todos habían estado presos en Uruguay, en la cárcel o en cuarteles, algunos por largos períodos. Juan soportaba la carga abrumadora de haber dejado en Montevideo a su hija pequeña. Gonzalo apenas si había cumplido los dieciocho años, era un adolescente —fogueado, es cierto — y, aunque no se quejaba y mantenía un carácter entusiasta, resultaba evidente que sufría los esfuerzos y las privaciones más que el

resto. Ariel y Enrique se conocían desde la infancia, se bancaban el uno al otro con bromas, recuerdos compartidos y planes para el futuro. Socorro, la pareja de Daniel, gozaba de un cierto estatus legal, pues era la única integrante del grupo que no estaba requerida por las autoridades en Uruguay y que nunca había sido encarcelada: usaba sus documentos verdaderos. Y Cristina se mostraba firme, pero su ánimo era volátil y provocaba roces, pese a que trataba de adaptarse a la situación. Con quien mejor se entendía era con Juan. De rostro anguloso, enmarcado en una melena enrulada con esmero, quienes la conocieron en aquella época han coincidido en señalar su singular belleza y sus complejidades emocionales: «Siempre analizaba las cosas de una manera torcida».

Las dos muchachas demostrarían en los días siguientes un coraje y una tenacidad a toda prueba. Los hombres del grupo las trataban como a iguales, sin ningún reparo, sin pretender de las mujeres nada diferente, ni menos ni más: mismos derechos, mismas obligaciones que cualquiera. La lógica de la Orga indicaba que eran compañeras, así que debían seguir los usos y costumbres de una convivencia de apariencia igualitaria pero pensada, hasta en sus menores detalles, según criterios masculinos. Ellas tenían aguante, incluso para soportar las comidas que los varones preparaban con fruición. Eran unos guisos volcánicos, hechos con porotos y algunas tiras de carne de conejo, recargados con pimienta y otras especias.

Animados por un estado de exaltación que definían como «espíritu de lucha», fue que de común acuerdo planearon, sin detenerse en minucias, la opción más desesperada de todas, que a esas alturas aparentaba ser la única con alguna probabilidad de éxito. La idea era internarse por alguno de los desfiladeros que corrían desde el Cajón hacia el este, hasta alcanzar la frontera. Una variante, que parecía la más apropiada, era trepar por la ribera del río Yeso. La otra consistía en seguir en dirección al sur, luego recorrer el cañón hacia el este y, más allá del pueblito marcado en el mapa como El Volcán, buscar senderos practicables para avanzar hacia Lo Valdés, bastante próximo al límite con Argentina. De Lo Valdés en adelante, todo era una incógnita. Había dos sitios marcados como probables cruces: el Paso Piuquenes y el de las Nieves Negras, ambos situados a unos cuatro mil

metros de altura. Ese era el plan de retirada.

Tenían un mapa de regular calidad, y durante la semana previa se habían dedicado a reconocer de forma prolija las quebradas en los alrededores de El Ingenio, así que los cálculos de distancias, la planificación de las acampadas y los accidentes del terreno que les servirían de guía fueron establecidos con una precisión razonable. Todos creían ser conscientes de los desafíos a los que iban a enfrentarse. De entrada, los obstáculos resultaban de una enormidad aplastante, aunque no tanto como si hubieran considerado un problema extra que es de vida o muerte en la cordillera: las trampas de la escala.

Ninguno de aquellos improvisados expedicionarios tenía idea de los peligros que entraña la apreciación errónea del paisaje en una cadena montañosa de ese porte. Vista de lejos y en profundidad, una sucesión de elevaciones rodeadas por otras de altura aún mayor, con cumbres nevadas y hondonadas oscuras, se muestra ante el observador como una serie de escollos similares entre sí, que se perciben más cerca de lo que están y más accesibles de lo que son. La monumentalidad siempre traiciona, y en la cordillera lo hace por partida doble. El cálculo de las distancias se distorsiona, todo parece más próximo y convergente, la escala se vuelve humana y la mente tiende a descartar las connotaciones amenazantes. Es una variante de la llamada Ilusión de Ponzo, un conocido fenómeno óptico que trastoca la perspectiva.

Los siete uruguayos sabían que la única manera de no ser atrapados en las primeras jornadas de marcha era hacer el recorrido de noche y ocultarse durante el día para alimentarse y descansar. Lo que no sabían era que caminar por las montañas en la oscuridad resultaba, además de difícil, muy arriesgado. También iban a necesitar abrigos adecuados con los que soportar las temperaturas de la alta cordillera. Estaban en una casa en el valle, a unos mil doscientos metros sobre el nivel del mar, y en septiembre aún hacía mucho frío. Cuando nevaba los senderos quedaban intransitables.

Si pretendían cruzar esas montañas tendrían que enfrentar, a partir de los tres mil metros, temperaturas que bajaban con facilidad a diez o quince grados bajo cero. No habría caminos sino ocasionales trillos que la nieve ocultaba hasta noviembre o principios de diciembre. A

medida que ascendieran, las quebradas serían más empinadas y los despeñaderos más peligrosos. La temperatura descendería más y más.

Para colmo, aunque lograran llegar a las proximidades del borde fronterizo, ese punto sería una referencia puramente imaginaria, pues deberían intentar el cruce por el único sitio apto para eso, que no era el paso Piuquenes —infranqueable en esa época— sino el de las Nieves Negras. Y, si lograban tal hazaña, a partir de allí les quedarían por lo menos otros cincuenta kilómetros de recorrido en la alta montaña antes de alcanzar los primeros valles, en la provincia argentina de Mendoza.

Era una locura, pero más locura era permanecer en El Ingenio con los brazos cruzados, a la espera de que llegaran a matarlos. Con buen criterio, pusieron en marcha dos operaciones simultáneas, ambas muy audaces. Por un lado, prepararían siete mochilas, una por cada integrante de la expedición, y las ocultarían durante la noche en algún lugar montaña arriba, tan lejos como pudieran. En esas mochilas (fabricadas de apuro, con telas, bolsas, cintos de cuero y pedazos de cuerda) iban a colocar mantas, unos pocos utensilios y algunos paquetes de alimentos, más todas las barras de chocolate que consiguieran. Esa sería la logística de la expedición: chocolate y frazadas. Las mochilas deberían estar listas y esperándolos, para ser recogidas en el camino, al emprender la retirada.

Por otro lado, como último recurso acordaron que Daniel iría nuevamente a Santiago, esta vez acompañado de Cristina, con la misión de hacer un nuevo contacto con el enlace del grupo, un tupamaro llamado Fernando Barreiro cuyo nombre de guerra era Aníbal. Daniel debía informarle de la decisión de emprender enseguida la travesía por la cordillera y pedir instrucciones para cuando llegaran a la Argentina.

No resultaba fácil viajar en un ómnibus a la capital, porque era meterse en la boca del lobo. Sabían que, además de los numerosos controles, para llegar a Santiago el bus necesariamente debía pasar por Puente Alto, donde los militares mantenían una vigilancia absoluta. Daniel ya había visto las trincheras improvisadas, los sacos de arena en la entrada de los principales edificios, muchas calles con obstáculos. A eso se le sumaban las patrullas de carabineros que pedían

documentos de identidad al voleo.

Pero no les quedaban opciones, así que el acuerdo al que llegaron fue jugarse al todo o nada: si los enviados a Santiago no lograban contactarse con Barreiro, a su regreso a El Ingenio los siete emprenderían la marcha por las montañas. Si por algún motivo esos dos no podían regresar, los otros cinco emprenderían la marcha. Si comenzaban las batidas en la zona, se cancelaba el viaje a Santiago y el grupo emprendería la marcha. Si alguno de los siete caía preso, sin importar las circunstancias en que eso ocurriera, el resto emprendería de inmediato la marcha rumbo a la frontera. La duda o la pasividad no tenían lugar en semejante situación.

Fue una decisión difícil. Dejar compañeros abandonados podía parecerse demasiado a un gesto de cobardía o de traición. Incluso a los muertos era necesario rescatarlos del campo de batalla. Era una afrenta inadmisible que los caídos en combate quedaran a merced del enemigo. Esa era la norma, la tradición, lo que enseñaban los escritos sobre la guerra revolucionaria, lo que dictaban los manuales, el camarada Mao, las buenas prácticas guerrilleras.

Pero allí no había combate porque no había batalla, ni guerra revolucionaria ni resistencia. Eso pertenecía al reino de la imaginería insurreccional, que siempre era pródiga en heroísmos individuales, sacrificios colectivos y entregas a la causa. Tampoco había un lugar donde llevar a quienes pudieran ser rescatados, aunque fueran ya cadáveres, porque la retaguardia era territorio ocupado. Lo único que de verdad existía era el enemigo, y estaba en todas partes. Al atardecer del 12 de septiembre se espabilaron al observar las tropas que marchaban hacia el sur. Ese tránsito se volvió rutina en las jornadas siguientes.

Una transmisión de radio, captada en la madrugada por uno de los ocupantes de la casa, reforzó la convicción de que debían huir. El locutor de la frecuencia latinoamericana de la BBC leía un cable llegado a Londres desde Buenos Aires, en el que se denunciaba la represión de los golpistas a ciudadanos extranjeros en Chile. De acuerdo con el despacho, muchos de los arrestados ya habían sido pasados por las armas.

Lo de la BBC era cierto. En los días inmediatos al golpe, entre los cientos de asesinatos cometidos por las Fuerzas Armadas, los Carabineros y la Policía de Investigaciones, hubo decenas de ejecuciones de extranjeros. Las víctimas eran ciudadanos latinoamericanos, europeos y estadounidenses. Se trataba de simples asesinatos llevados adelante por un oficial, sin formalidades de ningún tipo: tres o cuatro hombres a su orden, unos balazos y listo. Ni siquiera recogían los cadáveres. Cualquier extranjero sabía que, de caer preso en esos días, las posibilidades de morir por bala eran bastante altas.

Uno de los candidatos al fusilamiento automático era Fernando Mazzeo, quien dos meses después iría a dar con sus huesos a un refugio en Pirque, para convertirse así en el noveno uruguayo del Cajón del Maipo. Tenía 17 años y subsistía en Santiago trabajando como ayudante en una chapistería, con la identidad falsa de alguien llamado Martín José Galván Torres. Un par de semanas antes había sido designado por sus compañeros tupamaros como responsable de la casa donde vivía. En esa finca llegaron a alojarse seis adultos y seis niños. Además de Fernando, allí vivían Daniel Astapenco (18 años) con su pareja Elena Sena (18 años), Inés Cardona (30 años, embarazada de siete meses), una mujer llamada Rita con cinco hijos, y Yenny Itté (24 años) con su hija Carolina, de dos años. Era una pequeña multitud instalada de manera precaria en una casa ubicada en el corazón de Providencia. Funcionaba con el nombre clave de «El Pantano» y todos suponían que el lugar ya estaba marcado por los golpistas.

La historia previa de Fernando Mazzeo certificaba que tenía entusiasmo y agallas, y por eso lo designaron responsable del grupo. Contra lo que aconsejaba el sentido común, con 17 años había resuelto unirse a los Tupamaros en Montevideo a fines de 1972, cuando la guerrilla en desbandada iba de muerto en muerto y de derrota en derrota. A raíz de una delación lo metieron preso apenas cinco meses después, en mayo de 1973, en el cuartel del noveno de Caballería. Allí lo torturaron con saña, a golpes le reventaron un riñón y lo dejaron sordo del oído derecho. Luego, tras la intervención judicial, lo encerraron en una cárcel para adolescentes conocida como

«reformatorio de menores». A los quince días logró fugarse y anduvo casi un mes clandestino, buscado por el Ejército y la Policía, hasta que sus compañeros le dijeron que la situación ya era imposible de sostener y que debía irse del país.

Le proporcionaron documentos falsos y se marchó para Buenos Aires, donde logró contactarse con otros integrantes de la Orga, quienes le dieron el dinero y las instrucciones para viajar a Chile y reportarse al comando de la retaguardia, cosa que hizo a comienzos de julio. Al igual que lo ocurrido en el Cajón del Maipo con Gonzalo Fernández —a quien no conocía—, él tuvo que crecer de apuro y acomodar su corazón a esa nueva realidad de madurez y exilio. Ahí estaba, siempre al filo del desastre, con una nueva piel a nombre de Martín Galván, en el barrio de Providencia, rodeado de los conservadores más rancios de todo Chile.

Así eran las cosas por aquellas fechas. Un adolescente que recién había terminado la secundaria, desgajado de su familia y de su vida, se encontraba a mil trescientos kilómetros de su casa, en tierra extraña y sin recursos, a cargo de un grupo de tupamaros exiliados con sus hijos justo cuando todo se venía abajo, desde los helicópteros ametrallaban cualquier vehículo sospechoso y los extranjeros se habían convertido en carne de paredón. El mismo 11 de septiembre por la mañana, él debió correr entre balas y explosiones para regresar a refugiarse en el local de Providencia, pues las primeras escaramuzas lo sorprendieron en el centro de la ciudad, a pocas cuadras de La Moneda.

Al otro día, Fernando y sus compañeros de infortunio recibieron en El Pantano la visita de una pareja de militantes que, dijeron, trataban de organizar a la tropa que mantenía, con un candor casi suicida, la ilusión revolucionaria: esperaban que ocurriera algo, que estallara la resistencia, que el MIR iniciara un contragolpe, que la gente saliera a la calle portando fusiles y Pinochet tuviera que huir con el rabo entre las piernas. Pero no. Esa tarde debieron escuchar las peores noticias. Los visitantes, que se comportaron como heraldos negros, les informaron con caras compungidas que la situación era calamitosa, que no habría lucha ni resistencia ni armas ni lugares de refugio. No habría auxilio ni dinero ni pasaportes falsos para salir del país.

A diferencia de lo ocurrido en la reunión de Willy Whitelaw con los

militantes del Cajón del Maipo unas semanas antes, allí en Santiago ya no parecía quedar espacio para la esperanza. Ni siquiera había planes de fuga alternativos. Todo era fatal. Uno de los heraldos lo proclamó con una claridad ofensiva:

—Sepan morir como tupamaros.

Acorralados y sin ganas de morir, ni como tupamaros ni de ninguna otra forma, los habitantes de El Pantano se pusieron a organizar de apuro la evacuación de la vivienda donde se alojaban. Pudieron hacerlo porque llegó a buscarlos un joven llamado José Prieto para llevarlos a unas callampas próximas a Pudahuel. Había patrullajes y controles, las calles estaban desiertas y transitar por Providencia en tales circunstancias era muy arriesgado.

—Él fue nuestro rescatista —dice Mazzeo con un énfasis que nace de la gratitud ante aquel gesto que implicaba un riesgo extremo.

Bajo la identidad ficticia de Galván Torres, comenzó entonces para Fernando y sus compañeros un viaje de dos meses por calles de tierra, ranchos en una población de Barrancas, noches en vela, balazos, encuentros clandestinos en el centro de Santiago y, al final, una rendija a través de la cual escapar de la celada: era probable, quizá, que pudieran colarlo en un establecimiento para refugiados al sur de la capital, en Pirque. Ese sitio era patrocinado por el recién creado Comité Nacional de Ayuda a los Refugiados, una organización dirigida por las iglesias protestantes y evangélicas.

Todo el grupo logró salvarse, pero eso ocurriría recién dos meses después, en noviembre. Varios de sus integrantes fueron admitidos en el centro de refugiados Padre Hurtado, y otros en distintas sedes diplomáticas como solicitantes de asilo. Fernando, en cambio, fue trasladado bajo escolta a las cabañas de Pirque que estaban al amparo de la ONU y la Cruz Roja. En total allí había unos veinte perseguidos de distintas nacionalidades, protegidos por dos funcionarios holandeses y vigilados de cerca por soldados del regimiento de Ferrocarrileros, pues Pirque se hallaba en su jurisdicción. Ubicado frente a Puente Alto, del otro lado del río, el pequeño poblado casi flanqueaba la entrada al desfiladero. De ese modo, Fernando Mazzeo llegó a los dominios del comandante Durruty y pasó a ser, tardíamente y sin proponérselo, uno de los uruguayos del Cajón del Maipo.

En Montevideo, la madre del muchacho ya lo daba por muerto. Lilita Sena no era mujer de lágrimas ni aspavientos, pero en la misma madrugada del 11 de septiembre se había despertado llorando, segura de que su primogénito estaba en un grave peligro. Agitada, con los puños cerrados, sentada en el borde de la cama dijo esas palabras:

—Fernando está en un grave peligro.

Omar, su marido, quiso calmarla. Murmuró algo acerca del bebé que dormía en la misma habitación, y eso fue suficiente para que ella retrucara con un susurro cortante: «Lo van a matar». Fueron palabras desbordadas de angustia. «Lo van a matar», repitió. Y más tarde, cuando se levantó con el pelo revuelto y la tos de todas las mañanas, fue directo a la cocina para decirle lo mismo a su madre. La abuela Juvenal no vivía con ellos, pero era habitual que estuviera en la casa para ayudar en lo que fuera:

—A Fernando lo van a matar.

Y se lo dijo también a Luisa, la empleada doméstica de la familia, quien conocía a Lilita desde pequeña y sabía de sus locuras y se hacía la desentendida mientras trajinaba de arriba para abajo, a cargo de la limpieza de cada rincón y del orden general de la casa y de los mandados y de la ropa de los niños. Su patrona la encontró barriendo el patio de la claraboya, entre las cretonas:

—Van matar a Fernando —le dijo.

Después, a medida que pasaron las horas, quedó claro que aquella premonición de Lilita tenía que ver con las novedades que llegaban desde Chile a través de la radio y la televisión: golpe de Estado, combates en las calles, bombardeos de la aviación. Para la familia resultó evidente que ella, en su hogar de Montevideo, sentada en el borde de la cama había vaticinado el golpe de Estado de Pinochet varias horas antes de que se tuvieran noticias del alzamiento. Y Fernando estaba allá, tan lejos, tan fugado. Huido y libre, en Chile. ¿En Chile?

—Por lo menos él es libre.

Para su madre era como si lo hubiera perdido. ¿Qué tan libre podía ser su hijo en tierra extranjera, con bombas y tiroteos y unas montañas

que arrinconaban hasta el ahogo? De a ratos todo era confuso, y esa confusión la atormentaba. Ese día en Montevideo el cielo era de un azul perfecto, y hacía mucho frío. Lilita no veía cielos ni cordilleras sino arenas movedizas, y a su hijo perdido. Hundido por los siglos de los siglos.

—Chile —dijo con rencor.

Aquel hogar, habituado al alboroto de cinco varones bulliciosos y a los requerimientos de un bebé nacido apenas unos meses antes, se volvió de pronto una cueva llena de silencios y de miedo. El más grande de los niños (Eduardo, a punto de cumplir quince años) estaba fascinado con su hermano mayor, perseguido y siempre escurridizo, que había logrado escapar de los soldados en Montevideo no una ni dos, sino por lo menos tres veces.

Heroico, pero sin noticias. Nada se sabía del hijo perdido en aquel cataclismo lejano. Los demás habitantes de la casa comprendieron, cada uno a su manera, que otra vez se vendrían tiempos difíciles, que la turbiedad de Lilita y sus repentinos cambios de humor volverían. Era como un gas tóxico del que nadie podía escapar. Ella también lo sabía, pero era incapaz de remediarlo. Consumía pastillas para dormir, pastillas para ponerse de pie, pastillas para calmar esa angustia que cada tanto la desbarrancaba. Vivía entonces, durante varias semanas, instalada en una nube de barbitúricos.

De personalidad avasallante, Lilia Sena había disfrutado de una juventud dorada en Rocha, la ciudad de sus primeros brillos, donde todos la conocían como Lilita. Inteligente, decidida y hermosa, fue por decisión propia maestra rural en Lagunita, un desolado paraje situado a 15 kilómetros de Lascano. Tenía dieciséis años cuando aquello: armó sus petates y se marchó a la campaña. Después de un tiempo regresó a la ciudad, estudió contabilidad y supo combinar su talento para los números con una gran destreza como jinete. Toda una amazona, obtuvo triunfos en raides durísimos, dejando detrás a los competidores varones, la mayoría oficiales del Ejército. La frutilla de la torta fue su coronación como reina de la belleza de Rocha.

Esa etapa juvenil culminó como era de estilo en aquel pueblo: casada con un hombre de campo, tuvo dos hijos, los cuidó y supo disfrutar de una vida que ella misma describiría después, con cierto

desdén, como «llena de prestigio, de estima social». A veces era feliz, a veces desgraciada. Por fin dijo basta, dejó a su esposo, consiguió trabajo en un banco del Estado y se fue a vivir a Montevideo. Se llevó consigo a su madre viuda, a los dos niños y a Luisa, la empleada de la casa.

Para septiembre de 1973, de aquella muchacha de espíritu libre y alma intrépida era poco lo que quedaba. A puro empeño, había logrado armarse una vida en la capital. Tras divorciarse de su primer marido se casó con Omar Mazzeo, un cristiano de izquierda que también era bancario, amaba la literatura y soñaba con una sociedad de justicia. Ambos eran cultos, de gustos refinados y con plena comprensión de los tiempos convulsos que corrían. La vida se les fue llenando de hijos. Siete, todos varones. Los cinco últimos formaban una escalera casi ininterrumpida. Cuando ocurrió el golpe de Estado tenían siete años, seis años, tres años, un año y medio, y el bebé que había llegado con el otoño, a principios de abril. Los dos más grandes, que ya estaban fuera de rango, fueron vueltos a inscribir en el registro civil con el apellido Mazzeo. La diferencia de edad entre Fernando, el mayor nacido en Rocha, y Fabián, el más chico nacido en Montevideo, era de diecisiete años. Pero al fin los siete llevarían los mismos apellidos. En ese arduo camino de la maternidad incesante y la reconstrucción familiar, Lilita gastó su juventud y se quedó sin entusiasmo.

Si algo faltaba para colmar el cuenco de su desdicha era ese presentimiento, esa puntada en la boca del estómago que la había despertado de madrugada, el 11 de septiembre: su hijo Fernando iba a morir. Hasta la luz que se filtraba por la claraboya del patio empezó a proyectar unas sombras que parecían dibujar signos maléficos. De todas formas, aquel día ella trató de dejar los asuntos del hogar encaminados y luego, después de llorar y bañarse y vestirse y maquillarse y volver a llorar y volver a maquillarse, hizo de tripas corazón y se marchó para el banco donde trabajaba. Iba de vez en cuando, porque su bebé era aún muy pequeño, y además porque conseguía reiteradas licencias médicas debido a sus estados depresivos. Ese día quiso ir. Todo era trágico, y por eso mismo algo natural para ella. Cuando cerró la puerta de calle percibió, en los fríos temblores

del aire, otra señal de su propia desgracia.

La casa montevideana donde vivían, en el barrio de La Aguada, en la calle Lenguas casi Tala, era una regia construcción de principios de siglo, con zaguán, escalones de mármol, puerta cancel, un patio interior enorme con techo de claraboya y varias habitaciones que se usaban todas como dormitorios. Después estaba el comedor y una amplia cocina que daba a un fondo en donde había un estanque, canteros con flores, una pajarera, un gomero ya añoso y una perra dóberman llamada Carey. También había una pieza para los trastos, la escalera de hierro por la que se accedía al altillo donde vivía la empleada, y la portezuela de entrada al sótano, que era un reino misterioso para los niños y un dolor de cabeza para los adultos.

Para Fernando, que aún no era un adulto pero que ya no era un niño, resultó ser el escondite ideal: allí había ocultado tiempo atrás unas escopetas robadas a un militar que era coleccionista de armas. Se suponía que formaban parte del arsenal con el que los tupamaros iban a hacer la revolución. Solo él sabía de las armas enterradas en el sótano. Sus padres nunca estuvieron al tanto de eso, y tampoco se enteraron los militares que ocuparon la vivienda cuando fueron a arrestarlo.

Ese episodio dejó en Lilita una cicatriz que ardería para siempre. Fue como si su mundo terminara de colapsar en el transcurso de unas horas, un par de días a lo sumo. A los cuarenta y tres años, después de parir a su séptimo hijo varón, ella quería tener un poco de paz, pero en lugar de eso se encontró con unos soldados que llegaban en medio de un gran despliegue para realizar un arresto. Era mayo, en Montevideo hacía frío y, como Fernando no estaba en la casa, el capitán al mando del procedimiento dispuso que se montara una ratonera. El tipo se tanteó el bigote antes de hablar:

—¿Cuándo viene?

—No sé.

—No sabemos.

—Lo voy a esperar con mis hombres.

—No va a venir.

—Peor para él y para ustedes.

—¿Qué hizo?

—Sedicioso.

Fernando había pasado cuatro días con sus noches de aquí para allá por la ciudad, porque se sabía buscado por los militares. En la vivienda se instalaron, como si fuera una dependencia del cuartel, varios soldados armados con fusiles, y anunciaron que nadie iba a salir de ahí hasta que no apareciera el requerido. Los niños, el matrimonio, la abuela Juvenal y la empleada doméstica debieron quedarse encerrados en los dormitorios de atrás, mientras la tropa del noveno de Caballería ocupaba posiciones: en la antesala, junto a los canteros del fondo, en el altillo y en la azotea. Desde esos lugares tenían un completo dominio de la vivienda.

Ocultos, aguardaron. Pasó la tarde, y la noche. Al amanecer llegó con sigilo una combi con el rancho para los soldados. Dos tipos vestidos con mamelucos azules dejaron un par de cajas en la puerta y se fueron. Pasó toda la mañana. Otra vez la espera. Todos quietos, en silencio. El mediodía, la tarde y el anochecer. Sin novedad. Minutos interminables, horas grises. Susurros en la cocina:

—Vos quedate tranquila. Todo va a salir bien.

—Tú sabes que nada va a salir bien.

—Lilita…

—¿Y si lo matan?

—Es menor de edad.

—Es mi hijo.

Hasta que llegó el buscado. Cuando se abrió la pesada puerta de calle, cuatro manos agarraron a Fernando de las ropas y lo metieron en una de las habitaciones delanteras con un único envión. Él sintió que era succionado por una aspiradora gigante. Detrás de él la puerta se cerró con violencia. Para evitar cualquier intento de resistencia del recién capturado, lo que hicieron los soldados fue darle una golpiza. Fernando recuerda unas patadas, varios puñetazos, alguien que resoplaba con saña. No hubo gritos ni preguntas ni risas ni puteadas. Solo golpes. Al rato, cuando el prisionero ya estaba lo bastante machucado como para no representar ningún peligro, el capitán bigotudo ordenó buscar el transporte y dijo que se lo llevaba.

—Lucha antisubversiva —proclamó.

El capitán dijo esas palabras casi en un grito, alzando el mentón y

mirando el techo. Le faltó nada más que desenvainar un sable. Su estampa era ridícula, pero el tipo llevaba una pistola. Entonces ocurrió algo extraño. Cuando sacaron a Fernando de la habitación donde lo habían reducido, él se encontró bajo la claraboya con toda la familia reunida para despedirlo. El padre, la madre y la abuela, los seis hermanos, la empleada. El oficial al mando no puso reparos en semejante ceremonia. Quizá haya sido uno de los últimos gestos civilizados en una sociedad que se despeñaba, un regusto dulzón en medio de toda aquella amargura. Y fue allí, justo cuando llegó el vehículo para trasladar al detenido, que su hermano de cinco años le pidió a Fernando un gesto de cariño:

—Haceme upa —dijo Daniel.

Fernando se tragó las lágrimas:

—Cuando vuelva te hago upa —prometió.

Después se lo llevaron. Lilita observó cómo sacaban a su hijo —el mayor, el primero, el único que ya no era un niño, o que por lo menos no lo era totalmente— y lo subían a una camioneta. La calle Lenguas estaba desierta. Había un par de soldados junto a un árbol, y un *jeep* del Ejército estacionado un poco más allá, en la esquina de Arenal Grande. Quizá, tras las ventanas de las viviendas próximas, los vecinos estuvieran observando ese operativo militar, con miedo unos y con regocijo otros. Lilita alcanzó a decir algo antes de que la camioneta arrancara. Tuvo tiempo de reprocharle a aquel hijo las malas juntas y la amistad con uno de los vecinos, un joven que para ella debía ser el responsable de lo que estaba pasando. Después, con una desesperación atropellada, agregó que Fernando era un muchachito, que tenía diecisiete años, que todavía era menor de edad, que no podían meterlo preso.

—No pueden —dijo.

Era el 8 de mayo de 1973 y todo estaba por pasar.

En Chile, el acoso a los extranjeros había comenzado meses antes del golpe. Además de las campañas instrumentadas por los medios de comunicación más poderosos, también se llevó a cabo una labor de inteligencia en la que participaron las oficinas especializadas de las

Fuerzas Armadas y de Carabineros, a espaldas del gobierno de Allende. En Puente Alto y sus alrededores, fue la sección segunda del regimiento de Ferrocarrileros la encargada del trabajo.

Esa tarea consistió en recabar y clasificar información sobre los extranjeros de la zona. René Cruces, un sargento que en 1973 servía en esa sección, fue el encargado de sistematizar los datos recolectados, y lo hizo por orden directa de su jefe, el entonces subteniente Miguel Latorre Pinochet, un soberbio no muy querido por sus compañeros, quienes a sus espaldas lo apodaban «el Poni» a raíz de su escasa estatura. Latorre era tan petiso que nadie se explicaba cómo lo habían admitido en el Ejército. De pasos cortos y andar estirado, su rostro irradiaba desdén por cuanto lo rodeaba. A los veintitrés años parecía llevarse la vida por delante, quizá escudado en su apellido materno.

Él estaba al mando del aparato de inteligencia del regimiento. El exsargento Cruces le dijo al juez, cuando debió testificar en el juicio, que la labor ordenada por Latorre consistía en «elaborar un catastro completo de los extranjeros que vivían cerca del cuartel y de las personas que ocupaban hoteles y casas de la zona». El magistrado insistió y así figura en el expediente:

PREGUNTADO: por la fecha aproximada de elaboración de ese catastro.

CRUCES: Eso fue como en mayo de 1973.

PREGUNTADO: si está seguro de que fue antes del golpe de Estado.

CRUCES: Seguro estoy. Fue antes del pronunciamiento militar.

En lo formal, el segundo comandante del regimiento era el mayor Ítalo Ferreti, considerado por los oficiales como «un hombre con poco don de mando». En los hechos, Ferreti era un bueno para nada y no tenía ninguna incidencia en la toma de decisiones. Los que ahí mandaban eran Mateo Durruty y el jefe de batallón Martínez Benavides. Entre ambos resolvieron tender las redes de inteligencia para investigar a los extranjeros de las cercanías. Eso era ilegal, pero Durruty siempre se consideró por encima de la legalidad: «Yo soy militar», dijo en más de una ocasión ante los tribunales.

El comandante Durruty se involucró personalmente en esa labor de inteligencia, y fue creativo. Fundó en el cuartel un «Club de Pesca y Caza» que puso a funcionar por su propia iniciativa y al que financió

con su propio dinero. En el pueblo reclutó a un grupo de suboficiales ya retirados, algunos de edad avanzada. A cada nuevo socio del club le regaló implementos para pescar, municiones de escopeta, carpas, faroles de mecha y otros materiales de acampada. Junto con el carné de asociado al club repartió la misión secreta de aquellos milicos jubilados, a quienes les pidió «infiltrarse en el Cajón del Maipo con el fin de observar e informar el movimiento de personas, el lugar en el que las mismas se encontraban y las prácticas de tiro que realizaban».

La tal infiltración consistió, para esos espías ya provectos, en subirse al trencito en Puente Alto con algunos implementos de caza y pesca, bajarse en una estación intermedia (en El Canelo, El Manzano o San Alfonso) y pasarse cuatro o cinco horas a orillas de algún estero, para regresar luego a las «bases de operaciones», es decir al domicilio particular de cada uno, donde escribían los reportes a mano y a escondidas de sus esposas. Durruty dijo que los batidores detectaron movimientos guerrilleros, y agregó que esos datos fueron en su momento de gran importancia «para proteger la vida de los soldados». No era cierto: la iniciativa del comandante acabó por ser una chapucería inútil que les permitió a los soplones disfrutar gratis de algunos momentos de esparcimiento al aire libre. El Poni Latorre los llamaba en broma «los reumáticos».

En toda la zona del Cajón del Maipo hubo labores de inteligencia, de tal suerte que cuando Pinochet dio el zarpazo los uruguayos de El Ingenio ya estaban fichados y, por lo tanto, condenados. Si tuvieron algo de tiempo para intentar la huida a través de la cordillera fue por el vértigo inicial de los operativos. Durante los primeros días después del golpe, las acciones represivas en la zona se concentraron en Puente Alto y en las poblaciones más cercanas, ubicadas al norte de la localidad, en las que vivían muchos obreros, dirigentes barriales y militantes de la izquierda. Hubo razias, arrestos, torturas, asesinatos disfrazados de fusilamientos en aplicación de la ley marcial.

El comandante Durruty lo vio claro desde el comienzo: era necesario abortar cualquier intento de resistir al nuevo régimen, y para eso la fórmula idónea, según le había dicho su general Brady, era el terror liso y llano. Para eso contaba con los soldados del regimiento, con los carabineros, con los detectives de la Inspectoría de Investigaciones y

con el aparato estatal de la gobernación. Todos estaban bajo su mando.

Cuanto más horripilantes eran las noticias, con mayor rapidez circulaban. Su poder de penetración y su alcance también parecían estar en relación directa con el grado de violencia y abuso que describían, aunque fuera imposible comprobar su veracidad. El día 15 de septiembre se publicó, en el diario *El Mercurio*, una nota referida al consejo de guerra efectuado en el regimiento de Ferrocarrileros contra un hombre apodado el Guarén, a quien se acusaba de ser «el lugarteniente del Mickey», que era un dirigente del MIR. El Guarén se llamaba Eusebio Rodríguez, y fue condenado a muerte y fusilado por «intento de sabotaje con explosivos». De acuerdo con el diario, la ejecución se había producido el 12 de septiembre al interior del cuartel. La información erraba en la fecha y el lugar del episodio, pero acertaba en su desenlace.

Eusebio Rodríguez, el Guarén, era albañil y dirigente del movimiento de pobladores, y todos en la zona lo conocían pues vivía en una población cercana. La información acerca de su fusilamiento, que fue difundida —según sugerencia de un sacerdote— por altoparlantes instalados en la plaza de Puente Alto, no hizo más que avalar los rumores sobre asesinatos discrecionales por parte de las Fuerzas Armadas. Se aseguraba que, desde el 11 de septiembre, los militares se habían puesto a matar con crueldad inaudita. Se decía que las tropas ejecutaban gente sin preguntar siquiera, que a los prisioneros los arreaban como ganado, que los carabineros ponían su empeño en violar mujeres. Se cifraba en miles los presos: al parecer eran tantos que el estadio Chile y el estadio Nacional se veían desbordados. Eran cientos los fusilados cada noche. Según esos relatos, a los condenados los llevaban por los basurales próximos al puente Bulnes, a orillas del Mapocho, y allí les metían bala. Y se susurraba, entre rezos y santiguados —como si aquello no fuera un rumor sino un presagio—, que los cuerpos terminaban arrastrados por el río, que nunca más se sabría nada de esos desconocidos sin nombre y sin rostro. Y que las matanzas se realizaban allá en Santiago, y ahí mismo, en el cerro La Ballena de Puente Alto, y del otro lado del río, en Pirque. Y también en Arica, en Osorno y en Valparaíso y en Rancagua

y más abajo, en los bosques del sur. Se auguraba que no quedarían lágrimas en todo Chile para llorar a tantos muertos.

Los siete uruguayos, que eran sapos de otro pozo en aquel minúsculo caserío de montañeses, se enteraban día a día de esos rumores. Pese a los cuidados extremos y al encierro autoimpuesto por razones de seguridad —no querían que los vieran, no querían que nadie oyera sus voces ni su acento, no querían ser recordados—, las versiones les llegaban como a cualquiera, en especial las más tremebundas. Escucharon que el palacio de La Moneda había ardido hasta los cimientos, que se combatió fieramente en ciertas fábricas, que hubo barricadas a la entrada de Valparaíso, que algunos generales se mantuvieron leales al presidente Allende y alcanzaron a repartir armas entre los obreros. También que a los extranjeros los mataban.

Después, a medida que pasaron los días y se asentó el polvo de ese derrumbe gigantesco, de a poco pudieron ver. Les quedó claro que ya no había resistencia, que los generales leales y las barricadas en Valparaíso eran una ilusión, que Pinochet se movía como zorro entre los zorros y que tenía todo bajo control. Esas amargas verdades los llevaron, al cabo de una semana, a la conclusión de que debían marcharse de esa casa, de ese pueblo y de ese país lo antes posible.

Cristina y Daniel se dispusieron a viajar a Santiago. Se tenían confianza para moverse allá con más soltura, pues conocían un poco mejor la ciudad. Si bien las posibilidades de éxito eran escasas, la agilidad para llegar hasta el lugar indicado y, de ser necesario, ir de un sitio a otro en la búsqueda de un nuevo contacto, era una ventaja que multiplicaba por dos o por tres las oportunidades de lograrlo. Daniel, que ya lo había hecho unos días antes, se sentía optimista.

Es probable que no lo entendieran de esa manera, pero partieron con una encomienda desesperada. Viajarían juntos en el mismo ómnibus, y acordaron comportarse como si no se conocieran, ya que existía un riesgo extra con los documentos de Daniel, aunque no hay acuerdo en establecer cuál era ese riesgo: según unos, no tenía ninguna cédula para mostrar; según otros sí tenía, pero era de pésima calidad. El propio Daniel aseguró no recordar si poseía o no alguna

documentación. De cualquier forma, él debía viajar ya que era el único que conocía a Barreiro, el contacto.

En la reunión realizada en El Ingenio a fines de agosto, tanto Barreiro como Willy Whitelaw habían utilizado en todo momento una especie de capucha que les cubría el rostro, con orificios para los ojos y la boca. Se trataba de guardar la llamada «compartimentación» —un clásico de la Orga— y evitar así ser identificados en circunstancias adversas. Cristina nunca les había visto la cara.

La reconstrucción judicial indica que ella y Daniel fueron a Santiago el día 20 de septiembre. Es lo más probable, pero no hay manera de confirmarlo, ya que en ocasiones los recuerdos se confunden, se difuminan las imágenes y los detalles acaban por entreverarse en la memoria. El abogado querellante Hugo Gutiérrez Gálvez ratificó esa fecha al presentar la demanda en octubre de 2000, aunque las víctimas sobrevivientes no pudieron aportar el dato específico con precisión. En cambio, sí se sabe que viajaron en un ómnibus que llegaba hasta las inmediaciones de Plaza Italia, perteneciente a la Compañía de Buses Santiago-Cajón del Maipo. Las crónicas de la época señalan que ese ómnibus era único, un expreso que iba y venía a todo trapo tomando las curvas a sesenta. Era un Ford del 68 pintado de blanco, con buenos asientos. Los dos tupamaros emprendieron el viaje en horas de la mañana, y aunque no haya recuerdos registrados de esa instancia, puede darse por seguro que en el camino debieron toparse con varios controles, que casi siempre estaban a cargo de carabineros.

La rutina se había instalado de inmediato tras el golpe. Los carabineros elegían algún ómnibus y hacían bajar a los pasajeros varones para pedirles documentos, cachearlos y revisar bolsos y paquetes. Ese operativo recibía el nombre de fiscalización, de modo que no era para nada extraño que un grupo de uniformados detuviera un ómnibus en plena calle y el oficial al mando lanzara el anuncio, que sonaba como una amenaza:

—Los vamos a fiscalizar.

A los hombres los registraban abajo del vehículo y a las mujeres las controlaban arriba, en un gesto de caballerosidad ridículo en tales circunstancias. Los encargados del control se pavoneaban con sus metralletas mientras formulaban preguntas que pretendían ser sagaces.

Cualquier vacilación por parte del interrogado implicaba el arresto inmediato. Hay constancia de que, a la ida, el bus en el que viajaban Cristina y Daniel no fue fiscalizado.

A medida que el vehículo se acercaba al casco central de la ciudad, la presencia militar resultaba más y más notoria. Santiago estaba tomada por las tropas. No había lugar en el que no se apreciara el trajín represivo. La exhibición de fuerzas era ostentosa: grupos de carabineros, infantería del Ejército en las esquinas, ametralladoras emplazadas en azoteas, blindados en las avenidas. La utilidad práctica de semejante poderío solo podía explicarse por el impacto psicológico sobre la población. El pinochetismo apenas si daba sus primeros pasos, pero el escarmiento pinochetero ya batía sus alas.

Al miedo de cada cual a caminar por una ciudad ocupada se agregaba el pánico de calcular mal los horarios y no regresar a tiempo a los domicilios, antes de que entrara en vigor el toque de queda. Se decía que cualquiera que anduviera en la calle después de la hora permitida podía ser arrestado, conducido ante un consejo de guerra y acabar fusilado esa misma noche. O podía recibir un balazo en plena vía pública, un disparo certero de algún francotirador aburrido, o una ráfaga de un conscripto asustado. Todo era posible. La Junta Militar, en un bando emitido el 12 de septiembre, había advertido que el estado vigente era de «excepción jurídica» y, justificaba ese proceder riguroso en la necesidad de controlar «la acción suicida de algunos grupos extremistas».

Sin embargo, los milagros existieron ese día. Contra todo pronóstico, Daniel logró contactarse nuevamente con Barreiro en la puerta de una librería del centro de la ciudad. Era un reenganche fijado varias semanas antes, el que debía utilizarse en caso de extrema urgencia. Ninguna precaución parecía suficiente y ninguna desconfianza resultaba exagerada, pues la labor que desarrollaban los poquísimos combatientes que quedaban operativos en Santiago era similar a la tarea de los rescatistas tras un terremoto.

La rutina diaria de esos rescatistas después del golpe consistía en caminar entre los escombros del colapsado capítulo chileno de La Revolución para ver si alguien daba señales de vida. Fue una labor llena de riesgos, sostenida durante varias semanas por tres o cuatro

militantes que actuaban en la más cerrada clandestinidad. Iban en solitario, y recorrían los locales para mantener el ánimo de la tropa perdida. Estaban un rato allí y luego continuaban hacia el siguiente local. Estimulaban a esos náufragos urbanos, les pedían serenidad, les daban un poco de dinero y explicaban la manera en que se organizaría la evacuación hacia un sitio seguro, ya fuera una sede diplomática o uno de los refugios que la ONU y la Cruz Roja intentaban poner en funcionamiento.

Algunos circuitos para trillar eran mucho más peligrosos que otros y se habían vuelto casi intransitables. Uno de estos implicaba iniciar el recorrido por la calle Monjitas desde Teatinos hasta Bandera, después de Bandera hasta Agustinas, luego había que doblar a la izquierda por Agustinas y de allí, tras cruzar Miraflores, recorrer el contorno del cerro Santa Lucía. Eran unas cuantas cuadras, lo que permitía caminar rápido y evitar miradas curiosas, pero esa zona estaba repleta de carabineros y soldados, porque funcionaban oficinas bancarias y dependencias estatales recién ocupadas por sus nuevos inquilinos. Por allí había que andar de saco y corbata para no despertar sospechas.

Caminar por el centro de la ciudad en los días que siguieron al golpe implicó para los uruguayos un ejercicio de adaptación doloroso. Todo había cambiado. Muchos pequeños comercios permanecían cerrados, el ajetreo era notoriamente menor y hasta los olores habituales de la zona estaban ausentes, como si se hubieran evaporado con los bombazos de los Hawker Hunter.

En la Plaza de Armas, el chispeante corazón de Santiago, los carritos que vendían mote con huesillo habían desaparecido, y también las fuentes de soda y los que preparaban al paso los barros luco, así que la fragancia de la canela o el aroma de las marraquetas mientras se tostaban, o incluso los penetrantes olores de las fritangas hechas a la plancha ahí mismo, junto a la galería del Portal Bulnes, fueron sustituidos por un hedor siniestro, similar al que despiden los restos de un incendio cuando ya no quedan sino maderas ennegrecidas. Era el olor de la derrota.

De todas formas, por más arriesgado y doloroso que fuera —caminar entre escombros siempre lo es—, el circuito debía ser recorrido y así se hizo. Unos pocos lo hicieron. Un día y otro. Una vez y otra. Con ese

método lograron salvar la vida de decenas de sus compañeros. Daniel fue, acompañado por Cristina, hasta la zona de Providencia, en alguna esquina de Santiago que ya nadie es capaz de recordar, y luego se encaminó para encontrarse a solas con su contacto.

Un par de días antes, en la iglesia de la Gratitud Nacional, en la Alameda, el general Pinochet y los otros miembros de la Junta Militar habían asistido al tedeum celebrado por el cardenal Silva Henríquez con motivo de las fiestas patrias. La zona estaba saturada de soldados y carabineros, *jeeps* artillados con ametralladoras, coches patrulleros y hasta un Mowag, con el fin de acreditar el recogimiento espiritual del nuevo gobierno. La prensa extranjera fue convocada a la ceremonia religiosa, y muchos fotógrafos se encontraban en el templo para dar cuenta, decían unos, de la simpatía de Pinochet hacia la Iglesia Católica o, decían otros, de la simpatía de la Iglesia Católica hacia Pinochet.

Fue en ese lugar, minutos antes de que comenzara la liturgia, que el fotógrafo neerlandés Chas Gerretsen captó la imagen más icónica del dictador, que se convertiría en un éxito mundial de forma instantánea. Aún hoy ese retrato causa escalofríos, aunque también provoca risa. En la foto se aprecia al general Augusto Pinochet sentado, de impecable uniforme y con la mirada velada por unos lentes oscuros. Tiene los brazos cruzados en una actitud que es desafiante, pero con una pincelada que bordea el ridículo, a medio camino entre Mussolini y Condorito. Bajo los bigotes recortados con precisión, sus labios se fruncen en un rictus indescifrable. Tal vez haya sido un gesto espontáneo, o quizá su intención era posar para una posteridad en la que solo valieran la fuerza y el poder de las armas, atributos que él ostentaba en ese templo con una insolencia chabacana, propia del vencedor que no sabe estar a la altura de su victoria.

El general pareció quedar muy complacido con la estampa que proyectaba esa fotografía, que en todo el mundo se había interpretado como lo que era: el retrato de un déspota. En enero de 1974 Gerretsen, quien trabajó duramente en Chile en aquellos meses, pidió autorización a la Casa de Gobierno para realizar una sesión de fotos exclusivas con Pinochet. Él nunca pensó que se la fueran a conceder. La solicitud, sin embargo, fue tramitada y aprobada con celeridad, y

además le otorgaron al reportero todas las facilidades para hacer su trabajo. El general lo recibió en su domicilio particular, donde se comportó como «un abuelo cariñoso». Chas considera que cada quien debe sacar sus propias conclusiones de esa conducta: «Nunca ningún funcionario del gobierno me dijo que a él le gustaba aquella famosa foto, pero el hecho es que Pinochet me permitió fotografiarlo una y otra vez». El dictador estaba encantado.

Sin saberlo, el 18 de septiembre de 1973 Chas Gerretsen fijaba para siempre la imagen del dictador y se encumbraba como el retratista que mejor supo capturar aquello que, con buena voluntad, podría llamarse el alma de Pinochet, un ente astuto que apenas si asomó envuelto en tules de opereta.

Fue un instante único en el que, allí en la iglesia, de espaldas al altar mayor, emergió la verdad. El gran mérito de Chas aquel día fue atreverse a actuar como lo que era, un fotorreportero en busca de una buena toma, así que no mostró ninguna vacilación en el momento de acercarse a Pinochet y disparar con su cámara Nikon varias veces. Luego hizo lo mismo con los otros miembros de la Junta, quienes estaban sentados también a un costado del altar y de frente a la nave mayor. La disposición en la iglesia era, de centro a extremo, la siguiente: Pinochet, Merino, Leigh y Mendoza. Desde el principio se hizo evidente que ese sería el riguroso orden en la cadena del mando.

Otra fotografía, que viene a ser una especie de retrato de familia para la ocasión, fue tomada por Gerretsen unos segundos después y en ella se aprecia a los cuatro personajes juntos. Se ve detrás de cada uno a sus respectivos edecanes, serios y bien afeitados, y más atrás a los ayudantes de los edecanes, igual de serios aunque no tan bien afeitados. Al fondo, cubriendo las espaldas de los ayudantes, se distinguen las sombras de los boinas negras de la custodia, con uniformes de camuflaje y los fusiles listos.

Pinochet se mantiene en la misma pose, cual estatua viviente. José Toribio Merino, el jefe de la Armada, también tiene los brazos cruzados, quizá para lucir mejor los galones de almirante en las bocamangas. Su rostro no disimula un mohín de disgusto, como si el templo le oliera a caca. A su lado, Gustavo Leigh, el comandante de la Fuerza Aérea, pugna por mostrarse enigmático con unos lentes de sol

excesivos que le dan un aire decadente. Y en el extremo exterior del grupo, casi afuera, en el borde mismo, el general de Carabineros César Mendoza parece desconcertado, feliz y desconcertado por esa relevancia tan repentina que le ha tocado en suerte. Ahí está él: la mascota de la Junta en esa foto familiar.

Durante toda la jornada el clima social en la capital del país, pese a la aparente calma propiciada por la fecha patria, fue de una tensión exasperante. Mientras el gobierno en pleno iba a la iglesia y pugnaba por mostrar una normalidad que no existía, la vigilancia en las calles se intensificaba, y no era raro oír disparos. Además, entre la población se rumoreaba que el estadio Nacional se había convertido en una improvisada cárcel, con miles de prisioneros en las gradas, en los vestuarios, en los pasillos que corrían por debajo de las tribunas y hasta en la propia cancha, donde a cada rato se mataba gente. Era como si los militares, se decía, hubieran inventado un nuevo deporte, que consistía en ametrallar personas que intentaban huir hacia ninguna parte sobre el césped de un campo de fútbol. Con los infantes de la Fuerza Aérea por un lado y los soldados del Ejército por otro, el prisionero hacía de pelota. Una ráfaga, un muerto, un gol.

En los días siguientes la situación empeoró, porque al parecer habían resurgido dos o tres pequeños focos de resistencia armada en algunos cordones industriales. Así que, cuando Daniel se encontró con Barreiro y se dispuso a informar acerca de la decisión de cruzar la cordillera, ya debía suponer que la charla con el rescatista iba a ser telegráfica. No era momento de pedir análisis políticos ni de intercambiar opiniones sobre los destinos de la revolución, sino de describir el plan de escape de la forma más breve posible, y recibir los datos necesarios para seguir adelante. ¿A quién debían buscar cuando llegaran a territorio argentino? ¿Qué contactos había? ¿Cómo podían trasladarse después hasta Buenos Aires? ¿Quiénes iban a ser informados previamente del cruce?

En ese encuentro, Barreiro —que circulaba por la ciudad con la apariencia, las maneras y los documentos de un correcto santiaguino de clase media— trató de desestimular la expedición a las montañas, porque a su juicio aquello era suicida. Lo que hizo fue pedirle a Daniel un poco más de tiempo, un día o dos. Al final le prometió que a la

mañana siguiente él mismo iría hasta Puente Alto para un nuevo contacto con instrucciones precisas.

—Esperen unas horas.

La idea, bastante disparatada, era que un automóvil con matrícula diplomática los recogiera para llevarlos a Santiago y meterlos en alguna embajada. Era una movida que entrañaba gran peligro, pues deberían movilizarse siete personas, sin documentos apropiados y con poco conocimiento de la ciudad. Todos sabían que ninguna protección diplomática sería respetada. De cualquier forma, sonaba menos arriesgado que largarse a cruzar las montañas, y más en esa época del año, sin guía ni entrenamiento ni equipos adecuados para la travesía.

—Es muy difícil.

En la conversación quedó claro que el cruce de la cordillera era una opción, y que al fin y al cabo quizá fuera la única disponible. Barreiro volvió a sugerir que, con el dinero que tenían, llegado el caso se podría contratar a un baquiano.

No era un tema de elección. La caminata hacia Argentina se veía como un recurso extremo, y a cada momento se tornaba más evidente que no habría otra posibilidad. La variante era que alguien lograra llegar hasta el Cajón del Maipo en un vehículo con placa diplomática. Aunque eso sonó absurdo desde el primer momento, cualquier discusión sobre el punto era hipotética y, por lo tanto, inútil.

—Mañana nos vemos.

—Sí, mañana.

Andar por la calle no era sencillo, y cada minuto que esos tupamaros pasaban a la intemperie se arriesgaban a ser capturados. Si los fiscalizaban el acento los delataría. De inmediato iban a arrestarlos por ser extranjeros, y después era probable que terminaran fusilados. Las patrullas del Ejército estaban ahí, al igual que los controles de Carabineros. Tampoco tenían mucho tiempo, pues el viaje de regreso a El Ingenio les llevaría una hora y media o dos, y debían llegar antes de las siete de la tarde, cuando empezaba el toque de queda. Se despidieron con mutuos deseos de suerte y una promesa de celebrar cuando todos estuvieran a salvo, algún día.

IV

«Prácticamente por perdido se ha dado a Dewet Bascuñán, exdirector del semanario *El Andino*, de Potrerillos, quien junto con algunos ejecutivos de Cobresal huyó con rumbo a Argentina a poco de producirse el movimiento militar que instauró la Junta de Gobierno. Dos de sus acompañantes fueron capturados. Presentan graves quemaduras provocadas por los hielos cordilleranos. Todos los esfuerzos por hallar a Bascuñán han sido hasta ahora infructuosos».

ARTÍCULO PUBLICADO EN EL DIARIO *ATACAMA*, COPIAPÓ, 16 DE OCTUBRE DE 1973

—Algún día.

Era un concepto molesto porque, en su fatídica vaguedad, se parecía demasiado al concepto de nunca. Sin embargo, para muchos jóvenes de la izquierda latinoamericana, entre la esperanza de que las cosas sucedieran algún día y la posibilidad de que no sucedieran nunca, había un abismo salvado casi siempre gracias a la voluntad revolucionaria. Se puede rastrear en los escritos de la época la enorme cantidad de artículos, ensayos y proclamas en torno a la voluntad en general y a cada una de sus variantes, tanto las consideradas positivas como aquellas tenidas por pérfidas y burguesas. Ahí estaban, como las cuentas de un rosario: la voluntad revolucionaria, la fuerza de voluntad, la voluntad de lucha, el voluntarismo pequeñoburgués, la voluntad de las masas, el espíritu voluntarioso del proletariado y otras filigranas del rococó sesentista.

Para los tupamaros de aquel tiempo la voluntad revolucionaria era una herramienta con la que se podía hacer palanca. Al parecer, con esa palanca era posible mover cualquier cosa, siempre y cuando el punto de apoyo fuera el correcto. Tal herramienta tenía la forma de una estrella y su diseño era obra del Che. Todos se sabían de memoria la frase del Che acerca de esa fuerza superior: «Una voluntad que he pulido con delectación de artista». Y, aunque casi nadie entendiera con claridad el significado de la frase, todos se aplicaban a empuñar la herramienta para pulir no solo la voluntad propia sino la de los demás. Había tupamaros que lo hacían con una delectación artística, igual que el Che. Otros tenían una delectación más bien filosófica, igual que el Che. Y otros una delectación de tipo militar, igual que el Che.

Esa tarde en Santiago, la voluntad de Cristina y Daniel, aunque no estaba pulida de ninguna forma, era una herramienta de acero puesta al servicio de la propia supervivencia. Querían irse de la ciudad lo antes posible, porque percibían que ahí había una gigantesca ratonera montada con todo cuidado para atrapar a gente como ellos, extranjeros a quienes se les notaba de lejos su condición. Creían que la voluntad de escapar rápido iba a salvarlos.

No existe información sobre los pasos que siguieron después, qué calles eligieron para transitar, cuántos rodeos dieron en el afán de despistar a los posibles enemigos. Caminaron distanciados entre sí, como siempre lo han hecho las pequeñas escuadras de reconocimiento: ocho o diez metros, uno atrás del otro, cuidándose de seguir la misma línea del terreno para así esquivar las minas, las trampas cazabobos, la muerte. Habrán avanzado separados y con toda la prudencia posible para evitar la emboscada tan temida, para no ser víctimas ambos de una misma explosión o de una ráfaga que segara la misión. Pese a que eso puede tomarse como una metáfora para ilustrar una cierta situación, en aquel momento no era para nada metafórico. La realidad mostraba que así sucedían las cosas en Santiago.

Quizá dieron un rodeo, caminaron por Marcoleta hacia una de las paradas de Vicuña Mackenna, y allí esperaron durante un buen rato el ómnibus de la compañía Santiago-Cajón del Maipo que iba a llevarlos de regreso a El Ingenio. Algún día. Nunca. El mismo bus. Se quedaron ahí parados y mantuvieron la distancia. No se hablaron, aunque cada uno tuvo siempre en el campo de visión a su compañero.

Entonces, cuanto subieron al ómnibus fue como si el tiempo adquiriera otra consistencia. Se volvió menos denso, y en esa liviandad todo empezó a suceder de prisa. Al contrario de lo que ocurre con algunas películas, en las que se ralentizan determinadas escenas para subrayar el dramatismo de lo que acontece o de aquello que está por acontecer, en la vida las cosas se subrayan solas y pasan rápido. En ciertos casos demasiado rápido como para entenderlas.

El Ford del 68 volaba por la avenida. Del otro lado de las ventanillas estaba ese paisaje urbano que escapaba hacia atrás y desaparecía. Los pasajeros iban pendientes del reloj, de la hora inexorable del toque de queda. Fugaces, se podían ver las calles, los cruces custodiados por soldados, la gente que caminaba apurada o que observaba de pie en las puertas de sus casas, a la espera de quién sabe qué cosa. Muchas personas iban con la cabeza gacha, o con la mirada perdida. Había un poco de sol entre las nubes, pero hasta la luz tenía un tinte gris, un halo de suciedad que lo estropeaba todo. Fue en ese aire pardo que el viaje se deslizó hacia el atardecer.

Cuando ya llegaban a Puente Alto, el conductor del bus hizo un

rebaje, pisó con suavidad el pedal del freno y dijo:

—Un control.

La conmoción a bordo fue contenida. Algunos pasajeros se revolvieron en sus asientos, y se apresuraron a buscar el documento de identidad que les permitiría, si nada extraño pasaba, seguir el viaje y llegar a destino. Iban justos de tiempo, pero tal vez no demorara tanto después de todo. En la calle se veía un *jeep* atravesado, y unos jóvenes de uniforme. No eran carabineros, sino soldados del regimiento. En aquellas primeras jornadas después del golpe, muchos carabineros también portaban fusiles SIG y llevaban casco. Se distinguían de los soldados por las correas en el torso, pero en esos momentos nadie se fijaba en esos detalles.

Cristina y Daniel iban juntos. Al parecer ella viajaba sentada contra la ventanilla y él sobre el pasillo. Nadie sabe con certeza por qué decidieron regresar uno al lado del otro, contrariando lo acordado previamente. Tal vez bajaron la guardia, o subestimaron el peligro. Ha pasado medio siglo y la memoria engaña, de modo que no se puede precisar con exactitud qué lugar ocupaba cada uno a bordo del expreso al Cajón del Maipo. El vehículo se detuvo por completo. El chofer apagó el motor.

—Nos van a fiscalizar —susurró una mujer.

La puerta se abrió y dos soldados subieron a pedir documentación, no a todos los pasajeros sino solo a algunos elegidos al azar. Uno de los soldados señaló a Daniel con el dedo y, según el relato de Cristina, él quiso decir algo y tuvo una mínima vacilación. El soldado le preguntó hacia dónde iba, y cuando Daniel intentó responder, las primeras dos palabras que pronunció ya fueron suficientes para delatarlo: ese hombre no era chileno. Lo bajaron encañonado.

Daniel pudo haber imaginado una última gambeta, un movimiento sorpresivo al descender con parsimonia para enseguida salir corriendo a toda velocidad rumbo a la primera esquina, buscar a la desesperada un lugar donde ocultarse, correr y saltar como un campeón olímpico, apostar a la mala puntería de los soldados. Era joven, ágil, flaco. Podía hacerlo. ¿Y después, si lograba escapar, dónde iba a esconderse? Esas elucubraciones pueden haber durado cuatro o cinco segundos. La realidad se movía y obligaba a Daniel a moverse.

El instinto de conservación, pese a los atropellos ya sufridos, todavía no estaba bien afinado en algunos ciudadanos. Hubo quienes creyeron que la libertad para protestar aún existía, sin comprender que eso era apenas un residuo de la vida pasada, un resto diurno que pugnaba por aparecer en la pesadilla. El conductor del ómnibus se molestó por la demora y el retraso del viaje.

—Huevón.

La palabra fue pronunciada casi con delicadeza por un muchacho algo grueso, de cara redonda y fusil terciado. Miraba al chofer con una sorna alelada, como si su mente tuviera apenas tres o cuatro palabras disponibles, las que con cierto esfuerzo podía encadenar en una frase comprensible y llena de sentido.

—Huevón —repitió el soldado—, ahora mandamos nosotros.

A Daniel lo bajaron y procedieron a registrarlo. Cristina observaba lo que ocurría desde arriba del ómnibus, mientras escuchaba cómo algunos pasajeros murmuraban que ella y el detenido iban juntos, que por qué no la bajaban a ella también. Enseguida subió un tipo de civil al bus y todos hicieron silencio. El hombre echó una mirada general al pasaje y luego dijo que podían continuar. El chofer encendió el motor, puso primera y arrancó despacio. Cristina vio que Daniel estaba en la acera, detenido. La imagen última debió de ser esa: Daniel con las manos en la nuca, rodeado de fusiles.

El bus llegó a la plaza principal de Puente Alto. Aquel paisaje aldeano era bastante desolador. La plaza tenía una glorieta que de lejos se asemejaba a una pequeña pagoda, con su techo de tejas a cuatro aguas y una columna central afinada hacia abajo. Había palmeras alrededor, y un grupo de árboles como apachurrados que quizá fueran maitenes. El cielo se había cubierto, amenazaba lluvia y el miedo podía adivinarse en el ajetreo de los transeúntes, en sus rostros.

Ese paisaje debió de oprimir el corazón de Cristina, y tal vez la haya llevado a preguntarse cuál sería la mejor manera de transitar por aquellos lugares que, pese a la vastedad que mostraban, resultaban siempre asfixiantes. Las montañas eran el símbolo perfecto de esa asfixia: una muralla de rocas y nieve que expresaba la imposibilidad de hacer palanca con la voluntad revolucionaria para modificar el

curso de los días.

Era un curso que a los uruguayos del Cajón del Maipo no les había dado respiro: el martes 11 se producía el golpe de Estado, el miércoles aparecían los militares por el camino de El Ingenio, el jueves la BBC anunciaba que a muchos extranjeros los mataban, el viernes los soldados fusilaban a un obrero en Puente Alto, el sábado se oía un tiroteo a lo lejos, el domingo aviones y helicópteros sobrevolaban la zona por la mañana y por la tarde.

Cada día era un sobresalto nuevo, más terrorífico que el anterior, y a la vez cada jornada era idéntica a las otras jornadas de esa semana, como una réplica de las montañas: todas iguales, todas distintas. De ese modo fue que la patrulla quedó perdida tras las líneas enemigas, extraviada en la niebla, con la desatinada idea de escapar por la cordillera. Entonces, en la tardecita del jueves 20, los tupamaros que estaban de guardia en el local divisaron a lo lejos la figura de Cristina que caminaba hacia la casa y vieron que regresaba sin Daniel. No hablaron, quizá porque consideraron que cualquier palabra sonaría ridícula. La impedimenta ya estaba en un escondite. La decisión había sido tomada. La cuestión era prepararse para huir esa misma noche.

Durruty adoptó «medidas administrativas» (así las llamó él) desde el mismo momento en que asumió el mando de la gobernación, y lo hizo en un país que, a su juicio, «inauguraba una nueva era» y necesitaba de forma urgente «poner orden y organizar bien el trabajo». Con espíritu ejecutivo, dispuso el acuartelamiento de toda la Fuerza de Carabineros del departamento de Puente Alto —que pasó a depender de él como gobernador militar—, y ordenó que los agentes que prestaban servicio en las afueras se concentraran en las subcomisarías. Las pequeñas tenencias y los retenes de La Obra, Río Colorado, Los Maitenes, San Alfonso, San Gabriel y Queltehues fueron cerrados. Los efectivos fueron a cumplir funciones en la subcomisaría de San José de Maipo, la de mayor jerarquía en el Cajón. El objetivo era contar con el personal suficiente para bloquear los pasos de la cordillera en ese sector. El cerco a los tupamaros de El Ingenio se estrechaba de forma inexorable.

El gobernador, hiperactivo en esos primeros días, tomó otra medida que acabaría por hundirlo cuarenta años después, en el juicio al que fue sometido por la desaparición de los uruguayos. Resolvió, en uso de sus atribuciones, concentrar a todos los detenidos —por violar el toque de queda o por cualquier otra causa— en el propio cuartel. Esa figura indefinida denominada «cualquier otra causa» era una forma de referirse a los perseguidos políticos: dirigentes sindicales, activistas de las poblaciones, jerarcas locales del gobierno depuesto y, en general, simpatizantes de la Unidad Popular.

En una declaración indagatoria celebrada durante el juicio, Durruty desestimó la existencia de esa resolución que mandaba concentrar a los detenidos en el cuartel del regimiento, y dijo que se trataba de una maniobra para perjudicarlo. Pese a los numerosos testimonios en contrario, él lo negó una y otra vez, y lo hizo porque tal disposición era incriminatoria y probaba lo que él no quería que se probara: su mando absoluto y, por consiguiente, su responsabilidad en todo lo que ocurrió durante esos días.

Sin embargo, muchos de sus dichos fueron contradictorios. Por un lado, se empeñó en negar determinados episodios que podían comprometerlo, y por otro no tuvo empacho en jactarse ante el tribunal de haber sido él y siempre él quien llevó adelante la lucha contra «los terroristas adictos a la Unidad Popular» que operaban en su jurisdicción. Por momentos parecía que su lengua lo traicionaba, pues soltaba información que le resultaría perjudicial. El intercambio en el tribunal tuvo varios puntos de crispación. Los dichos de Durruty asentados en el expediente deben de haber sido de mucha significación para el magistrado sentenciador, en especial un lapsus contenido en una de las últimas respuestas, la que bien leída acaba por incriminar al propio acusado.

PREGUNTADO: si al regimiento Ferrocarrileros llegaron ciudadanos uruguayos en calidad de detenidos políticos, provenientes de San José del Maipo.

DURRUTY: Digo que no. Lo niego enfáticamente. Al regimiento no llegaron detenidos extranjeros, ni uruguayos ni de otra nacionalidad.

PREGUNTADO: si había una orden en el sentido de centralizar a los detenidos de índole política en el regimiento Ferrocarrileros.

DURRUTY: Esa orden no existió. Me consta porque a partir del mismo 11 de septiembre pasé a desempeñarme como gobernador militar de Puente Alto, Pirque, San José de Maipo y La Florida, por lo que de haber existido tal orden debería haberla dado yo personalmente, lo que no ocurrió. Deseo agregar que, en el caso de que Carabineros llevaran detenidos al regimiento, el mayor de Carabineros de la Prefectura Puente Alto, debería haberme dado cuenta o por lo menos pedirme autorización para que yo mantuviera a estos detenidos en el regimiento, lo que no ocurrió.

PREGUNTADO: si puede informar quién estaba a cargo de las labores de inteligencia en el regimiento en septiembre de 1973.

DURRUTY: El jefe de la sección segunda de mi regimiento en 1973 era el teniente José Miguel Latorre Pinochet, quien se entendía directamente conmigo. Él hacía lo que yo le ordenaba y me daba cuenta de cada uno de sus actos, pues en mi calidad de oficial de Estado Mayor tengo cursos de Inteligencia, y también tenía mucha más experiencia que Latorre, por lo que yo lo dirigía personalmente.

PREGUNTADO: si puede indicar cuál o cuáles eran los lugares en que se mantenía a los detenidos de índole política en el regimiento.

DURRUTY: Los pocos detenidos que pasaron por esa unidad militar fueron mantenidos en dos o tres carros de ferrocarril que se habilitaron en la estación para que estas personas estuvieran mientras esperaban su traslado al Estadio Nacional. Nunca se utilizó el regimiento Ferrocarrileros como centro de detención pues no contábamos con dependencias para mantener gente detenida.

PREGUNTADO: el motivo por el cual ordenó que se mantuvieran vigiladas las escuelas de guerrilleros, a pesar de que esa labor correspondía a Carabineros.

DURRUTY: Lo hice *motu proprio* pues con fecha anterior al 11 de septiembre me intervinieron la radio y los teléfonos con los que me comunicaba con el cuartel de El Yeso. Por esa razón hice la labor de inteligencia para ubicar las escuelas de guerrilleros, aunque no di cuenta al ministerio del Interior ni al ministerio de Defensa.

REPREGUNTADO: por la presencia de ciudadanos uruguayos entregados por Carabineros en el regimiento Ferrocarrileros.

DURRUTY: Nunca llegaron esos ciudadanos uruguayos al regimiento

Ferrocarrileros, por lo que, si algún carabinero dice que llevaron ciudadanos uruguayos al regimiento, este [sic] funcionario está mintiendo.

PREGUNTADO: si con fecha posterior al 11 de septiembre de 1973 hubo detenidos políticos en el regimiento Ferrocarrileros.

DURRUTY: Deben haber entrado detenidos políticos al regimiento.

PREGUNTADO: por el motivo de su respuesta dubitativa.

DURRUTY: Reitero que al regimiento Ferrocarrileros no ingresaron detenidos de índole política extranjeros, lo que me consta pues yo siempre revisaba las relaciones de detenidos, y si yo no me encontraba en dependencias del regimiento, esta relación era revisada por el capitán Sergio Gajardo Munizaga, que era mi ayudante.

El acta con las preguntas y las respuestas fue leída página por página y ratificada por Durruty, quien firmó cada una de las hojas correspondientes. Su comparecencia y la referencia a su ayudante quedó asentada en el sumario con fecha 7 de julio de 2003. Ese mismo día, el ministro a cargo de la causa ordenó a la Policía de Investigaciones ubicar e interrogar a Gajardo Munizaga para corroborar los dichos del excomandante. Un mes y medio después, el 21 de agosto, el subprefecto de la Policía de Santiago informó mediante oficio que Sergio Gajardo Munizaga había fallecido dieciséis años antes, en 1987.

Tras escuchar el relato de Cristina, que describió la propuesta del rescatista y las circunstancias del arresto de Daniel, los tupamaros de El Ingenio comprendieron que no había mucho para elegir. Ante ellos estaban abiertas las dos únicas posibilidades: esperar la llegada de alguien enviado por la Orga desde la capital para buscar refugio al amparo de la ONU, o apegarse a lo decidido previamente y emprender la marcha de inmediato. El asunto se discutió durante algunas horas, pues había posiciones distintas. Algunos estimaron que el cruce a través de la cordillera sería menos complicado y peligroso de lo que aparentaba. Otros, en cambio, pensaron que plantear semejante empresa era fruto de un voluntarismo inconducente y, en la práctica, desastroso. Socorro supuso desde el principio que la marcha resultaría

fatal para todos. Gonzalo la veía como posible. Cristina quería irse cuanto antes.

Lo más factible es que nadie lo dijera entonces, pero todos debieron calibrar los riesgos que implicaba aguardar la llegada de un contacto enviado desde Santiago mientras Daniel permanecía encerrado en algún calabozo, sometido quién sabe a qué tormentos. Por el lugar de su arresto, lo más probable era que lo tuvieran prisionero allí mismo, en el cuartel de Puente Alto. ¿Y si descubrían que él era tupamaro? ¿Y si tenían registros de su actividad política en Uruguay? ¿Y si se revelaba la ubicación de la cabaña? A esas alturas no confiaban en nada ni en nadie, excepto en sí mismos, en la fraternidad que se había forjado entre los siete miembros del grupo.

No sabían quiénes eran los que vivían en las pocas casas que había en El Ingenio, aunque daban por hecho que algún vecino conocería su condición de extranjeros, pues sus ropas y hasta el color de la piel los delataban. Además, según los rumores, había gente en la zona que colaboraba con el Ejército desde antes del golpe. Personas que pasaban información, datos, sospechas.

Alguien les advirtió que debían cuidarse de un hombre que trabajaba como capataz de un fundo cercano. En las semanas previas se lo había visto con frecuencia pasear por el sector. Iba montado en su caballo, vestido de huaso, siempre sonriente, al tranco. Cada tanto detenía la marcha y anotaba algo en una libretita. Con ese sencillo procedimiento el tipo tenía aterrorizados a los vecinos. El miedo de uno se alimentaba con el de otro. El recelo de uno era el de todos.

Cuando cayó la noche empezó a apretar el frío. Era lo habitual en esa época del año. Los integrantes del grupo se mantenían vigilantes en la casa. Hasta ese momento aún no tenían resuelto el dilema: ¿se iban o esperaban? A las apuradas comieron un guiso, repartieron el dinero que les había enviado Barreiro unos días antes y se pusieron de acuerdo en ocultarlo, por precaución, en el forro de los abrigos.

Es necesario comprender en toda su profundidad ese acto de apariencia insignificante. Visto a la distancia, el gesto de esconder el dinero entre las ropas delata por parte de aquellos guerrilleros una candidez conmovedora y, a la vez, alarmante. Esos seis muchachos acababan de sufrir su primera baja, estaban solos, perdidos en la

montaña, y se enfrentaban a un desafío extraordinario para el que ni siquiera habían tenido tiempo de prepararse. Y entonces, en medio de esa situación terrible, acosados en tierra extraña, confundidos y atascados en la ciénaga de una revolución derrotada y aún sangrante, dedicaron parte de su tiempo —precioso tiempo— a repartir y guardar con cuidado el dinero que les había proporcionado la Orga, escondiéndolo en sus abrigos.

No eran combatientes por más que quisieran serlo. No formaban parte de ninguna tropa, aunque se esforzaran en creer lo contrario. Su anterior militancia como guerrilleros urbanos en Uruguay de nada les serviría en las condiciones impuestas por el golpe militar en Chile, y menos aún en un medio tan inhóspito como la cordillera de los Andes. Eran civiles, conspiradores acostumbrados a las tretas propias de la ciudad, pero no a los rigores de una campaña. Ese simple gesto de esconder la plata en los abrigos, aunque demostraba una voluntad de resistir encomiable, no se compadecía con la situación.

El dinero podía ser de utilidad cuando llegaran a Argentina, pero para eso debían cruzar muchos kilómetros de montañas, y antes esquivar al enemigo que vigilaba la región noche y día, y también eludir el contacto visual con los vecinos que vivían en los caseríos próximos, pues consideraban más que probable una delación. Tenían por delante un desafío que superaba sus posibilidades, y cientos de soldados y carabineros ansiosos por hacer tiro al blanco con cualquier cosa que se moviera en aquellos cerros. Contra eso, los dólares no les brindarían ninguna protección. El gesto de esconder el dinero entre las ropas mostró que, aunque creyeran lo contrario, no estaban listos para el combate. Sin embargo, el brusco giro que daría la fuga en las jornadas siguientes acabaría por otorgarle a aquel dinero un valor enorme, mayor incluso al que ellos le asignaron en ese momento.

Al parecer se especuló durante un rato sobre los pasos a seguir, pero no hay ningún testimonio que ofrezca detalles de la conversación, pese a que tuvo que ser de gran importancia. De hecho, fue el diálogo que dio inicio a la peripecia. Ese momento se convirtió, sin que ellos lo supieran, en el primer acto de la desdicha que los tendría como protagonistas. Una desdicha que después sería vista y juzgada como un episodio colectivo, con nombres cambiados y rostros perdidos para la

memoria. A tal punto fue así que, con el tiempo, la individualidad de cada uno se diluiría en Chile bajo un rótulo de identidad común y, por lo tanto, borrosa: «los uruguayos del Cajón del Maipo».

Y al intentar recomponer ese breve fragmento —brevísimo en realidad: apenas unos minutos de un total de casi doscientas horas—, lo que aparece es un espacio en blanco, como si lo ocurrido antes de la partida no hubiera tenido significación o, quizá, como si el recuerdo de lo allí conversado y decidido fuera demasiado abrumador para los sobrevivientes. Un espacio en blanco que muestra una memoria en negro. A veces ocurre que las palabras y los gestos más trascendentes quedan sepultados bajo un montón de detalles sin importancia.

Gonzalo tiene una idea vaga de lo que pasó en el momento de la huida. En una transcripción incorporada al juicio dice: «No recuerdo exactamente por qué, creo que sentimos algo, o vimos movimientos raros». No aclara a qué hora habría ocurrido eso, ni cuáles fueron los movimientos raros vistos desde la casa en El Ingenio, ni qué sintieron entonces. Apenas agrega que, por ese motivo, «decidimos irnos a las cuatro de la mañana». En 2020 Socorro aseguró que habían visto camiones en el camino a El Volcán, que optaron por esconderse a toda prisa tras unos matorrales, y que un rato después, cuando las luces de los vehículos se alejaron, resolvieron regresar a la vivienda, tomar algunas cosas y marcharse. Cristina, por su parte, no ha dado testimonio.

Los movimientos de esa noche, apenas recordados por Gonzalo y Socorro en sus declaraciones, tuvieron que ver con una serie de operaciones militares llevadas a cabo en algunos caseríos de la zona, y que fueron en realidad una continuación de las acciones desarrolladas desde el 11 de septiembre en Puente Alto y sus alrededores. Tropas del regimiento de Ferrocarrileros, reforzadas por efectivos de la Fuerza Aérea, realizaron diversas razias, allanamientos y controles esporádicos a lo largo del Camino al Volcán. Hubo decenas de detenidos, apaleamientos, personas ametralladas, saqueos. Durante varios días aparecieron cuerpos flotando río abajo, en el sector de Las Lajas.

Al frente de esos operativos estaba el jefe del batallón de montaña Francisco Martínez Benavides, subordinado del teniente coronel

Durruty en el regimiento de Ferrocarrileros. Martínez Benavides actuó en conjunto con un oficial delegado de la guarnición de Santiago. Ordenaron una serie de allanamientos, y colocaron durante varias noches algunos centinelas a lo largo del camino para detectar cualquier movimiento sospechoso. También apostaron francotiradores en las colinas, con la misión de proteger a quienes efectuaban las razias y «hostigar y neutralizar actividades terroristas».

El 21 de septiembre, a las cuatro de la mañana según Gonzalo, quizá un poco antes según Socorro, los seis tupamaros abandonaron con sigilo El Ingenio y se dirigieron, por la ladera oeste del desfiladero, hacia una zona ubicada un kilómetro montaña adentro, donde debían recoger las mochilas con las que iban a emprender la travesía. No es difícil imaginar las dificultades de ese primer tramo: en la noche, con un frío intenso, trataban de avanzar por un sendero empinado sin tener casi puntos de orientación. La mejor referencia era el sonido del río que corría de sur a norte, de modo que ese rumor debía quedar casi a espaldas de los caminantes. Avanzarían hacia el poniente hasta encontrar una pequeña quebrada por la que corre un riachuelo conocido como estero del Ingenio. Desde allí, loma arriba, marcharían para ubicar una cueva en la que estaban ocultas las mochilas.

Los integrantes del grupo que poseían un buen sentido de orientación y un conocimiento más acabado de la zona se turnaban para encabezar la marcha y dirigir esa mínima columna. De acuerdo a los testimonios brindados por los sobrevivientes —que se cuidaron de no dar nombres ni individualizar las acciones de cada uno—, es razonable suponer que en esa tarea alternaban, debieron hacerlo, Juan Povaschuk y Ariel Arcos. Ambos eran buenos exploradores, estaban acostumbrados al ejercicio físico y habían realizado varias caminatas por las montañas del cañón. Como guías, durante ese primer tramo del repliegue, su trabajo fue correcto, así que a pesar de las dificultades dieron con el escondite de las mochilas sin excesivos sobresaltos.

Tras revisar, por si acaso, el contenido de los bultos (mantas, alimentos, fósforos, una marmita, un cuchillo, unas cucharas), los seis fugitivos resolvieron que lo mejor era permanecer a resguardo en ese sitio. Ya había amanecido y estaban agotados. La marcha tuvo que insumirles entre tres y cuatro horas, teniendo en cuenta lo abrupto del

camino, los numerosos hilos de agua helada que debieron vadear y la oscuridad, que provocaba continuas caídas y los privaba de mantener un ritmo aceptable. Ya estaban en la montaña. La retirada, que era una manera elegante de designar la huida, había comenzado.

Dice Horacio Verzi que el infinito es solo una forma de hablar. Así tituló su magnífica novela sobre la memoria y los lenguajes. Sin embargo, a veces ocurre que el infinito se parece más a una forma de mirar, una observación invertida que atraviesa a quien mira. Uno se convierte, sin saberlo, en algo mirado por aquello que ve. En ocasiones la realidad actúa como un espejo, y tal constatación abisma porque le permite al que observa asomarse a una módica versión del infinito: la que carga consigo. Quizá esa haya sido la forma de mirar de los fugitivos cuando se despertaron a media mañana y pudieron, con extremas precauciones, asomar sus cabezas por el borde del acantilado para divisar el estrecho valle del que habían partido unas horas antes. Ante ellos se abrió un paisaje alucinante.

En algunos lugares había una niebla baja que impedía ver las casas, pero el camino se distinguía con claridad. Pudieron contar cuatro camiones militares, y observar el trajín de unas pequeñas figuras que iban de un lado para otro, y que debían ser soldados. También oyeron, a una hora indeterminada, algunos disparos lejanos. Esas detonaciones hicieron eco en las montañas, lo que volvió imposible detectar de dónde provenían. A los tupamaros esos tiros apenas si les sirvieron para aumentar aún más el nivel de alerta.

Permanecieron ocultos allí, en la ladera de un cerro, a menos de dos kilómetros del caserío. Se apretujaban unos contra otros, con una temperatura apenas por encima del cero y la presencia de tropas enemigas ahí mismo, en el valle. Estaban casi inmóviles entre las rocas que formaban ese cobijo natural, sin saber si el despliegue militar que habían visto tenía relación con la fuga, lo que agravaría la situación. De ser así, solo contaban con algunas horas de ventaja sobre sus perseguidores.

El frío y la quietud los entumecía y aumentaba la pérdida de calor corporal. Descubrieron que las mantas que llevaban en sus mochilas servían de poco, pues la humedad del ambiente calaba hasta los huesos. Con el calzado mojado y los pies helados, hambrientos y

todavía algo aturdidos por lo que ocurría, los fugitivos no pudieron hacer otra cosa que comer un poco de chocolate, guardar silencio y turnarse para vigilar los movimientos en el valle. Para ellos, en esas circunstancias, el infinito era solo una forma de mirar.

Pero no lo veían todo. Nadie puede verlo todo. No lo veían los soldados que allanaron la casa de El Ingenio esa mañana, y tampoco podía verlo Barreiro, el rescatista que llegaba desde Santiago tal cual lo acordado el día anterior (aunque sin vehículo diplomático), para conducirlos a alguna embajada donde pedir refugio. Después de llegar a Puente Alto, fue al sitio establecido para ese nuevo contacto con el responsable del grupo y, al no presentarse Daniel, contra todo criterio de prudencia decidió ir hasta la casa de El Ingenio a ver qué pasaba. Así se metió en el Cajón del Maipo.

Por más improbable que parezca y aunque suene inverosímil, de esa manera sucedió: los fugitivos se hallaban montaña arriba, muy cerca de El Ingenio, y Barreiro se bajaba del ómnibus unos quinientos metros por delante del puente de madera que daba acceso al caserío. Ni los militares que efectuaban la razia sabían quién era él, ni él sabía que sus compañeros ya se habían ido pero que estaban escondidos allí mismo, en la cima de un cerro, casi sobre su cabeza. El rescatista cuenta lo que vio al llegar a El Ingenio: «Crucé el puentecito y cuando llegué a la explanada donde estaban esas casas tan lindas y con jardines, en medio de ese paisaje majestuoso, me encontré con un despliegue militar de película. Estaban allanando las viviendas, había varios camiones con soldados, tipos con fusiles, corridas y gritos».

El rescatista atinó a comportarse con naturalidad, así que avanzó sin vacilar por el sendero, directo hacia el centro de la razia. Los militares, que eran parte de un grupo de tareas de la Fuerza Aérea, habían colocado puestos de control con fusileros en diversos puntos del pequeño poblado. Él pasó por uno de esos puestos, mostró su documento de identidad falso y siguió adelante. Un anciano que miraba el allanamiento se le acercó para avisarle que los ocupantes de la casa ya no estaban.

—Se fueron anoche a la montaña —le susurró.

Los militares estaban dando vuelta la casa, revolviéndolo todo, lo que sugiere que podían haber llegado con datos firmes sobre sus ocupantes. Rompían muebles y arrojaban lo que encontraban hacia la calle, para revisarlo más detenidamente. El tupamaro pasó de largo como si tal cosa, caminó un poco por la zona y en cuanto pudo se escurrió entre unos matorrales para ocultarse. Era evidente que ya nada podía hacer como rescatista. Su plan, entonces, se convirtió en una simple espera. Aguardaría a que finalizara el operativo y los militares se retiraran, para después marcharse de vuelta a Santiago. El proyecto era razonable, pero se demoró más de la cuenta porque uno de los francotiradores, desde el otro lado del valle, lo hostigó durante largo rato: «Cada vez que yo salía de los matorrales me tiraba. Las balas pasaban cerca».

El operativo militar concluyó a media tarde. Los soldados se subieron a los camiones y se fueron. Nadie se ocupó de buscar a ese hombre que parecía haberse ocultado entre los arbustos. Para entonces, el sol declinaba y la sombra de los cerros se proyectaba sobre el valle. Barreiro pudo regresar a Santiago unos minutos antes del toque de queda. Los fugitivos se atrevieron a salir de su escondite. En un santiamén levantaron el vivac. Prepararon seis bolsos y se aprestaron a reemprender el camino. El contenido de la séptima mochila, la que debía cargar Daniel si hubiera estado con ellos, lo repartieron entre todos. Luego de vaciarla, la escondieron y le colocaron unas piedras encima. Ahí quedó sepultada. Apenas unos trapos.

Retomaron la marcha al atardecer porque confiaban en que nadie podría distinguir, desde el valle, sus figuras moviéndose arriba, entre piedras enormes y algunos arbolitos. No había senderos ni caminos por los que transitar, pero desde el lugar en el que estaban se apreciaba la totalidad del cañón como si fuera una gigantesca postal. Abajo a la izquierda se veía el río, el camino y la vía férrea, y enseguida una pared de roca que se alzaba casi vertical. A los pies de esa pared estaban las casas del pueblo y adelante, allá en el fondo, las montañas enormes con sus picos blancos y sus quebradas que, de lejos, parecían trillos por los cuales marchar rumbo a la frontera.

El silencio era mágico. La luz del ocaso teñía de rosado las cumbres

más altas, había unas pocas nubes y el cielo mostraba, hacia el poniente, un fino tajo de color limón. El aire límpido hacía que los contornos se apreciaran con una nitidez casi sobrenatural. En medio de esa inmensidad podría suponerse que tal visión era un buen augurio, pues parecía evidente que nada malo iba a pasar en un lugar de tanta belleza. Sin embargo, aunque los fugitivos no lo sospecharan siquiera, en eso consistía el engaño.

La postal era bella, pero falsa. Otra vez la verdad se escondía detrás de la realidad. Maravillados ante tanta hermosura, los fugitivos retocaban aquella imagen con esmero y así veían lo que deseaban ver, sin comprender el artificio. Ellos miraban a las montañas y las montañas los miraban a ellos, listas para tragárselos.

La postal vista o imaginada entonces por los fugitivos era tan ambigua como lo fue después la información disponible sobre la travesía en el Cajón del Maipo. Al comienzo mismo del juicio se introdujo en el expediente un informe de la Corporación de Reparación y Reconciliación. Era un documento en el que esa ambigüedad se expresaba con claridad: «Cuando uno de los integrantes del grupo fue detenido por Carabineros el día 20 de septiembre, los demás se precipitaron en el viaje ya planificado. Así, en los últimos días de septiembre de 1973 el grupo se dirigió a la localidad de El Volcán en el Cajón del Maipo».

Si se considera que la casa de El Ingenio fue allanada por los militares al día siguiente del arresto de Daniel, debe concluirse necesariamente que la marcha de los seis tupamaros se inició en la noche del día 20 o en la madrugada del 21. Ni antes ni después. ¿Qué debe entenderse entonces por «últimos días de septiembre»? ¿Los cuatro o cinco días finales de ese mes? ¿La última semana? El Volcán está apenas a once kilómetros de El Ingenio. Es evidente que, si los integrantes del grupo partieron en la noche del 20 o en la madrugada del 21, no pudieron «dirigirse» hacia esa localidad en los últimos días de septiembre.

Al juez no le preocuparon demasiado esos desajustes cronológicos, pese a que las fechas de muchos testimonios tampoco cuadraron del

todo. Manuel Ramírez, un cabo de Carabineros destinado a la subcomisaría de San José de Maipo, declaró en el juicio que sabía, por comentarios de sus compañeros, que apenas unos días después del 11 de septiembre habían detenido a un grupo de jóvenes uruguayos. También dijo que en aquella ocasión pudo ver a tres de esos jóvenes.

De las afirmaciones del cabo Ramírez surgieron dos inconsistencias. Él mencionó a tres jóvenes, pero de acuerdo con los demás testimonios nunca hubo con los carabineros un grupo de tres detenidos: siempre fueron cuatro. Además, al mostrarle las fotografías de los desaparecidos, el cabo aseguró que eran los jóvenes que había visto en la subcomisaría. Sin embargo, dos de ellos nunca estuvieron allí. Otro funcionario de la misma dependencia, un hombre llamado Adolfo Fariña, declaró en cambio que ese episodio había ocurrido «entre octubre y noviembre». En su testimonio afirmaba que se organizó una partida de unos ocho o diez funcionarios que arrestaron a los fugitivos en Lo Valdés.

También las víctimas sobrevivientes sufrieron las zancadillas de la memoria. Socorro declaró en el juicio: «Caminamos cuatro o cinco días hasta refugiarnos en una mina abandonada». En ese relato ella ubica la captura «en la mañana del 23 o 24 de septiembre», aunque lo más probable es que se haya producido el 26. Gonzalo afirma en cambio que «en la madrugada del día 26 o 27 de septiembre emprendimos viaje, y llegamos a una mina abandonada donde decidimos pernoctar». De inmediato agrega que «al llegar la mañana un grupo de carabineros nos detuvo». Las fechas y la distancia recorrida (unos veinticinco kilómetros subiendo y bajando montañas) vuelve errónea esa secuencia, ya que ni siquiera un grupo de andinistas experimentados podría caminar semejante trecho en una sola jornada. Es probable que su percepción del tiempo transcurrido en aquellos días haya sido dañada por el sufrimiento posterior que padeció. Lo sometieron a hostigamientos y amenazas, sesiones de picana eléctrica, reiterados simulacros de fusilamiento y brutales palizas. Barreiro, por su parte, tampoco ha sido capaz de precisar la fecha de su incursión en el Cajón del Maipo.

Gabriel Montero, otro de los protagonistas del juicio, también confundió las fechas, aunque quizá lo hizo a propósito para sacar el

pie del lazo y evitar una condena. Siendo ya brigadier retirado, dijo ante el tribunal que su labor a bordo del helicóptero en el Cajón del Maipo con el sargento Urbina fue «en octubre de 1973», lo que en primera instancia lo dejaría fuera del proceso, o cuando menos desvincularía su acción de la captura de los desaparecidos Arcos y Povaschuk. Esos dichos aparecen ratificados en el propio expediente, mediante el documento que acredita la felicitación recibida por Montero a raíz de su tarea en la eliminación de grupos extremistas en el Cajón del Maipo «entre el 3 y el 15 de octubre».

Lo más significativo de las dos declaraciones de Montero ante el juez (una en marzo de 2004 y la otra en julio de 2008) fue el tono, la coherencia y la corrección verbal de sus dichos. Con su serenidad demostraba que no había sido afectado por la desaparición de los tres uruguayos, ni en el momento en que las mismas ocurrieron ni treinta y cinco años después, cuando enfrentaba una querella a raíz de ese hecho.

—Fui un soldado de la patria y eso me hace feliz.

No le importaban los desaparecidos ni los muertos ni los torturados: Otto Skorzeny y William Calley fundidos en un solo personaje. No hubo rastros de confusión en su manera de decir su testimonio, ni palabras fuera de lugar, ni expresiones que no cumplieran, cada una de ellas, con el propósito de desmarcarse del episodio y demostrar que él nada tenía que ver con eso. Durante su última comparecencia, la frialdad de la que hizo ostentación lo ayudó a establecer sus puntos de vista con nitidez, pero dejó en el tribunal una sensación desagradable.

Resulta extraño comprobar que en ningún momento se le pidieron detalles de las misiones en el Cajón del Maipo. Sí se le inquirió sobre la felicitación que figuraba en su legajo personal, pero él se limitó a señalar que la firma en el documento no era la suya, y que la única felicitación que había recibido era por haber participado en un campeonato internacional de esquí en 1972. Las diferencias entre deslizarse colina abajo sobre la nieve y perseguir personas desde un helicóptero son notorias. Sin embargo, el tribunal no consideró necesario ahondar en el asunto. Tampoco lo hizo con el exsargento Juan Urbina, quien nunca fue preguntado sobre el punto.

La dificultad para establecer con exactitud la cronología de los

hechos estuvo relacionada con los insanables defectos de la justicia en el caso. Las actuaciones estuvieron en manos de cinco magistrados diferentes, y cada otrosí de los querellantes demoraba una eternidad en ser contestado. No debe extrañar que cuando fueron llamados a testificar —treinta y cinco años después de un episodio doloroso y traumático, en el que desaparecieron tres de sus compañeros—, los sobrevivientes tuvieran dudas y confundieran las fechas, las horas y hasta la forma en que sucedió cada incidente. Quizá en otras circunstancias, si el paréntesis de injusticia no hubiese sido tan prolongado, las memorias de las víctimas podrían haber tenido más nitidez. Ya había advertido el presidente Patricio Aylwin apenas restaurada la democracia: «Se hará justicia en la medida de lo posible». Los aplausos de compromiso en la ocasión no impidieron que esas palabras dejaran en el aire cierta pestilencia. ¿Qué significaba la medida de lo posible? ¿Qué medida era esa?

Pero las incongruencias y los obstáculos que en un principio trabaron la investigación resultaron ser piezas fundamentales para establecer la verdad, más allá de la realidad percibida por cada uno de los involucrados. El ego del comandante Durruty, la frialdad criminal de Gabriel Montero y hasta las ingenuas pretensiones de sus abogados —quienes se pusieron a deducir tachas al barrer contra los testigos y a diseñar otras chicanas jurídicas—, fueron obstáculos que forzaron a la querella a rebuscar en archivos y memorias, y acabaron por ayudar a que las culpas de cada uno quedaran establecidas.

Mientras los seis fugitivos vagaban por la montaña y caminaban hacia un destino que no podría haber sido otro que el que fue, sin saberlo estaban escribiendo cada una de las palabras que después se utilizarían en las sentencias con las que se condenó a los responsables de los crímenes. Décadas más tarde, con sus recuerdos agujereados por el tiempo, dos de los uruguayos del Cajón del Maipo se dispusieron a decir lo indecible y a nombrar lo innombrable. Socorro Crosa y Gonzalo Fernández volvieron al pasado para ser, de nuevo, quienes habían sido aquella vez. Ambos viajaron a Chile y declararon ante el magistrado Billard en enero del año 2008.

Volaron juntos desde Montevideo, pero el juez ya había decidido que presentaran sus testimonios en días separados, y así se hizo. Cada uno cargó de nuevo su mochila con recuerdos y olvidos. Cada uno fue con su propia memoria a cuestas. Socorro ingresó al Palacio de Tribunales el lunes 21 de enero. El calor era insoportable. En el centro, la temperatura al mediodía rondaba los 32 grados centígrados. Acompañada por el abogado Cristian Cruz, quien era querellante en nombre del Estado chileno, ella subió los escalones en la entrada del imponente edificio, cruzó el pórtico principal y avanzó por un largo pasillo hacia la sala de audiencias.

Entonces todo fue alivio. La frescura dentro del palacio contrastaba con el bochorno de la explanada exterior y la luz, atemperada por los vitrales y el lucernario, apaciguaba la resolana de la calle. Lo mismo ocurría con el tránsito de algunas personas por aquel pasillo que parecía no conducir a ninguna parte: afuera, en la calle Compañía, había ruido y vocerío, motores, esmog; en el interior del palacio el aire estaba limpio y apenas si se oían algunos cuchicheos. Se abrió una puerta, y enseguida otra. Ahí estaba esa mujer, frente al tribunal que escucharía su relato.

«Santiago, 21 de enero de 2008. Comparece Socorro Crosa, natural de Montevideo, República de Uruguay, lee y escribe, empleada, domiciliada en aquella ciudad, quien legalmente juramentada expone: me presento voluntariamente a fin de declarar acerca de los hechos investigados en esta causa. Para el 11 de septiembre de 1973 yo tenía 21 años recién cumplidos y vivía en El Ingenio, zona del Cajón del Maipo, junto a otros seis compatriotas. Éramos dos mujeres y cinco hombres. Una vez sucedidos los hechos del 11 de septiembre teníamos temor de que, por ser extranjeros, fueran a detenernos. Por ese motivo, enviamos a hacer las gestiones para salir del país a Cristina Rosas y Daniel Fernández, quienes vinieron a Santiago. Cuando volvían al Cajón del Maipo fueron fiscalizados y fue detenido Daniel Fernández. Cuando Cristina llegó al lugar donde nosotros nos encontrábamos, decidimos partir y tratar de buscar un paso en la cordillera para ingresar a la Argentina».

La historia personal de cada uno empezaba así a desgranarse ante la justicia, palabra a palabra y silencio a silencio. Gonzalo realizó, a la

mañana siguiente, idéntico recorrido que Socorro. Mientras se acercaba al edificio de los tribunales vio las enormes columnas y el pórtico, con los guardias uniformados junto a la puerta principal. Era como volver a empezar. Era el infinito de la cordillera que, treinta y cinco años después, lo miraba desde esa explanada aplastada por el sol.

«Santiago, veintidós de enero de 2008. Comparece: Gonzalo Fernández, natural de Montevideo, República de Uruguay, 52 años, comerciante, lee y escribe, domiciliado en aquella ciudad, quien legalmente juramentado expone: me presento voluntariamente ante este Tribunal a fin de declarar respecto de los hechos que se investigan. Para el año 1973 yo tenía 18 años y me encontraba en Chile ya que había venido por la situación política de mi país, puesto que era dirigente estudiantil en Uruguay. Junto con otros seis compañeros arrendamos una casa en El Ingenio, zona de San José de Maipo. Éramos cinco hombres y dos mujeres: Ariel Arcos, Enrique Pagardoy, Juan Povaschuk, Daniel Fernández, Cristina Rosas, Socorro Crosa y yo. Posterior al 11 de septiembre y en virtud de un Bando Militar que ordenaba que todos los extranjeros debíamos presentarnos en la unidad militar más próxima, decidimos pedir ayuda temiendo que nos pasara algo. Por ese motivo Daniel y Cristina vinieron a Santiago para contactarse con algún organismo internacional que nos sacara del país. Cuando iban de vuelta hacia El Ingenio detuvieron a Daniel, lo que Cristina nos comunicó. Decidimos buscar un paso para cruzar la cordillera hacia Argentina».

Las declaraciones de los dos testigos fueron de similar extensión y narraron los mismos hechos. El acta firmada por Socorro tiene ochenta y dos líneas, la de Gonzalo setenta y una. En el sumario aparecen una a continuación de la otra, y van de la foja 986 a la 991. A su manera, con sus énfasis y pausas, cada uno recordó lo que pudo y dijo lo que recordó. Hablaron de la caminata por las montañas, del momento en que fueron arrestados por Carabineros, del tratamiento recibido después en el regimiento.

Gonzalo reconoció a Gabriel Montero en una fotografía que le fue enseñada junto con otras veintidós, todas pertenecientes a oficiales del regimiento en 1973. Las fotos eran en blanco y negro y de mala

calidad, y todos los retratados vestían uniforme. Sin saber su nombre, el testigo le apuntó con un dedo: «Ese es el boina negra que dijo que nos iba a fusilar». También reconoció a Mateo Durruty en otra foto: «Este tipo era el comandante. Lo vi en alguna ocasión en las dependencias del regimiento». Además, tanto él como Socorro afirmaron sin dudar que habían visto a los tres desaparecidos en el cuartel, y que allí habían quedado cuando los trasladaron al estadio Nacional. El juez, quien trece meses antes ya había procesado a Durruty por eso, debió de quedar impresionado por la entereza de esas dos víctimas que habían viajado a través del tiempo para instalarse de nuevo, en cuerpo y alma, en septiembre de 1973.

Las declaraciones se realizaron en días distintos, pero fue como si se tratara del mismo día, el mismo momento para pronunciar palabras atravesadas por la misma pérdida. Los testigos describieron sus peripecias mientras el actuario tomaba nota en una computadora y el magistrado escuchaba con la vista baja. La apacible atmósfera de aquella sala de techos altos y paredes blancas donde se celebraba la audiencia no se alteró en ningún momento. Todo discurrió de acuerdo a los protocolos establecidos por la justicia chilena. Finalmente, tras la lectura formal de las declaraciones, firmaron las actas y se retiraron. Socorro el lunes, Gonzalo el martes. Cada uno abandonó el edificio con la esperanza de cerrar aquel doloroso capítulo. Salieron de nuevo a la luz implacable de enero, al fárrago de Santiago, al año 2008.

Así concluyó la participación personal de ambos en el juicio. Fue un capítulo de enorme trascendencia para ellos, pero por desgracia con eso no pudieron cerrar nada, porque ese tipo de heridas no cicatrizan nunca: quedan abiertas para siempre, ya sea como flores o como llagas. Hermosas o repugnantes, pero abiertas. Pasarían los años, cada uno ya había hecho su vida, de modo que los dos envejecerían para ver crecer a sus hijos y a los hijos de sus hijos, pero esa memoria seguiría allí. Clavel o tajo, imposible de cerrar.

Luego del golpe de Estado hubo numerosos intentos de huir a pie a través de la cordillera de los Andes, desde el paso San Francisco en el norte hasta el Puyehue en el sur. Como lo había vaticinado Luis Advis

en los versos finales de su *Cantata*:

> Es Chile un país tan largo
> mil cosas pueden pasar

Y mil cosas pasaron. Actos de rebeldía que mostraron una dignidad última, un gesto de enfrentar aquel destino. Aunque algunas de esas tentativas resultaron exitosas, la mayoría terminó en desastre y ni siquiera trascendieron. Sobreviven solo en la memoria de quienes dicen saber de ellas.

Unos pocos baquianos arriesgaron sus vidas para salvar las de otras personas, a quienes en muchos casos no conocían. Y esas otras personas eran hombres y mujeres amenazados, denigrados por el poder absoluto de las Fuerzas Armadas. Una forma muy frecuente de vilipendio consistía en forzar la permanencia de las futuras víctimas en sus casas mientras esperaban la visita del verdugo. Fue una práctica común en pueblos y ciudades de provincia. Las jefaturas militares de zona les ordenaban, a quienes ya estaban marcados, que se quedaran en sus domicilios hasta que «la autoridad correspondiente» realizara una inspección. También solían informarles que iban a «revisar su comportamiento durante los años de gobierno marxista».

Entre quienes se negaron a aceptar ese ultraje, unos optaron por el suicidio. Otros decidieron abandonar sus hogares y, arriesgándolo todo, marcharse de inmediato. Prefirieron afrontar los retos de una travesía impredecible antes que someterse a los dictados del nuevo régimen. La geografía fijaba las rutas: para salir del país no había otro camino que cruzar la cordillera o el desierto. Unos pocos planificaron la escapada y buscaron ayuda. Una mujer de Diaguitas de nombre Juana Belén cruzó en 1974 a la uruguaya Aurora Sánchez con la ayuda de un camionero. Fue por el paso del Agua Negra, en la región de Coquimbo. Otro baquiano, un arriero del valle de Putaendo llamado Ignacio Fuenzalida, quien conocía de memoria los senderos regionales del Camino del Inca, pudo cruzar a pie las montañas en diciembre de 1973 llevando a un grupo de fugitivos hasta Calingasta, en la provincia argentina de San Juan. Él sabía cómo hacerlo, qué ropas servían para la altura, qué comida, cuánto abrigo era necesario. Tenía marcados los puntos de descanso, leña oculta en cuevas, cacharros

para cocinar, sal, barras de azúcar. Durante dos semanas guio con éxito a catorce personas en total, incluidos tres niños.

Para muchos chilenos el miedo se convirtió en un motor tan potente como peligroso. El periodista Dewet Bascuñán vivía al borde del desierto de Atacama, en el llamado Norte Chico. En el campamento minero de Potrerillos era director del semanario *El Andino* y trabajaba en la oficina de prensa de la empresa estatal Codelco, cuya sede se hallaba veinte kilómetros al norte, en la pequeña ciudad de El Salvador. El día 15 por la tarde, luego de que el jefe de la zona militar le notificara su destitución del puesto en la compañía y le impusiera arresto domiciliario, él decidió huir a través de la cordillera con otros cuatro compañeros de trabajo: Mario Mancilla, Carlos Montenegro, Ronnie Ramírez y Daniel Zepeda.

No lo pensaron demasiado. Se fueron en una camioneta de la empresa, y lograron avanzar más de doscientos kilómetros por el Camino Internacional que debía llevarlos hasta Tinogasta, en Argentina. En medio del desierto cordillerano la camioneta se quedó sin combustible, así que abandonaron el vehículo y continuaron a pie. Dos de los fugitivos, según consta en el informe de la Corporación Nacional de Reparación, fueron atrapados por los carabineros a comienzos de octubre, cuando vagaban por los pedregales. Pero Bascuñán no estaba con ellos.

Su cuerpo, ya casi momificado, fue ubicado por un piquete del Ejército cincuenta días después de la partida, el 5 de noviembre. Lo hallaron en posición fetal en una hondonada, a unos dos mil metros de altura. De acuerdo con la autopsia, había muerto de inanición y el cadáver estaba congelado cuando lo recuperaron los soldados.

La historia de Dewet Bascuñán y sus compañeros en Atacama fue simultánea a la de los uruguayos en el Cajón del Maipo. Entre ambos episodios había casi mil kilómetros de distancia, pero la rebeldía y el arrojo eran idénticos. Los dos sucesos fueron relatados, en aquel momento, con la versión que los militares daban de los hechos. Uno se hizo público, el otro no. A Bascuñán lo tildaron desde el principio de «marxista radical». Dijeron que era del MIR, que era comunista o socialista. Lidia, su mujer, ha asegurado en cambio que él apoyaba a Allende y al gobierno de la UP, pero que no pertenecía a ninguna

organización política. Los testimonios coinciden en señalar que era un hombre cuya preocupación principal era la contaminación de los mares. Había escrito muchos artículos sobre el tema.

Sin embargo, la prensa manejaba el asunto como si se tratara de un facineroso. Cada pocos días se informaba de aquel periodista que estaba desaparecido en el desierto porque había intentado huir de los golpistas. «Sigue la búsqueda del prófugo», tituló el diario *Atacama* de Copiapó a mediados de octubre. «Pocas esperanzas de hallar con vida al fugado», decía por esas fechas *La Estrella de Iquique*. En Santiago, el cronista de *El Mercurio* que se ocupaba de esos temas informó en la edición del 8 de noviembre sobre el hallazgo del cadáver, y aportó el siguiente comentario: «Bascuñán había dirigió el semanario *El Andino* durante dos años, otorgándole una línea de plena concientización marxista».

El intento de escape de los tupamaros del Cajón del Maipo, por el contrario, no tuvo prensa en aquel entonces. Se deslizó a la sordina entre las convulsiones sociales sin que el público se enterara de lo ocurrido. La única caja de resonancia, al principio, fue la que proporcionó a comienzos de octubre uno de los sobrevivientes, que ya estaba en calidad de preso en el estadio Nacional. Gonzalo Fernández llegó allí maltrecho el 29 de septiembre, destrozado por las golpizas que le habían dado en el cuartel de Puente Alto. Durante varios días (dos, tres, quizá cuatro) permaneció tirado en un rincón, debajo de una de las tribunas, sin poder moverse ni hablar, casi sin alimentarse, bebiendo a sorbitos el agua que, cada tanto, le alcanzaban otros prisioneros un poco menos reventados.

En el predio de sesenta hectáreas del estadio y sus anexos había miles de presos, cientos de soldados, altoparlantes, fogonazos, oficiales que iban de un lado para otro con órdenes y contraórdenes, corresponsales extranjeros que pugnaban por saber, familiares que lloraban, carabineros que golpeaban con cachiporras a los más plañideros. En medio del caos, en aquellas instalaciones llenas de gritos y amenazas, Gonzalo logró contactarse con otros compatriotas también detenidos, para informarles que había dos mujeres uruguayas ahí, en alguna parte del propio estadio, y tres compañeros más prisioneros en un cuartel del Ejército, en Puente Alto.

Y eso fue todo, o casi. El embajador de Suecia en Chile, Harald Edelstam, que en los comienzos de su carrera diplomática había salvado a cientos de judíos durante la guerra, primero en Berlín y luego en Oslo, se enteró del caso y fue quien realizó las movidas iniciales, destinadas a evitar la muerte de los tres prisioneros uruguayos de Puente Alto. Desde el principio él temió que fueran asesinados. Edelstam hizo algunas llamadas telefónicas y visitó —pese a la orden en contrario de su propia cancillería— un par de jefaturas militares en Santiago. Allí buscó información a los gritos. «Con la Gestapo era peor», le comentó en broma a su amigo el embajador francés, quien lo acompañó en una de esas visitas. Su intención no era pelear con los oficiales chilenos —a los que destrataba—, sino armar el barullo suficiente para que los altos mandos del Ejército se enteraran de que él buscaba a esos uruguayos. Pensó que así podría inhibir a quienes los mantenían retenidos.

Su trabajo como embajador en Chile estuvo marcado, desde el 11 de septiembre, por el riesgo constante y una actitud audaz y pintoresca que irritaba a su cancillería, divertía a sus colegas europeos y desconcertaba al gobierno de Pinochet. Edelstam desarrolló en aquellas jornadas la curiosa teoría de que todo lo que él tenía, o incluso tocaba, pasaba a ser de forma automática parte de Suecia. En más de una ocasión se negó a abrir el maletero de su automóvil para que fuera registrado, con el argumento de la soberanía sueca: «Es como si usted quisiera entrar en la Embajada sin mi permiso», decía arrellanado en el asiento trasero del Volvo.

Con el transcurso de los días, y el aumento de la agresividad por parte de los militares, el embajador expandió más y más las supuestas exenciones generadas por su función. Así, el suelo que él pisaba pertenecía, justo en ese instante, al Reino de Suecia. Y las personas a las que él tocaba, les daba la mano o abrazaba, por el solo hecho de hacerlo, estaban amparadas por la inmunidad diplomática. Por supuesto que él sabía que todas esas argucias eran disparatadas, pero las empleó tanto como pudo para proteger a los refugiados.

Edelstam desde la Embajada sueca, y la uruguaya Belela Herrera, quien trabajaba de manera no oficial para ACNUR, actuaron con gran valentía y conspiraron juntos para forzar la mano tanto como se

pudiera. En el estadio, el que coordinaba las acciones de los uruguayos y había sido elegido por sus compañeros para representarlos ante la autoridad militar, era un prisionero de veintisiete años llamado Julio Baraibar, un tupamaro de origen anarquista que, al momento del golpe, se hallaba apartado de la Orga por discrepancias políticas. Él vivía en Santiago desde hacía nueve meses con su mujer y tres niños pequeños, tenía todos sus papeles en regla, un trabajo estable y se domiciliaba en un apartamento de las torres de San Borja.

Después de esa primera movida de Gonzalo Fernández para informar sobre la situación de los prisioneros en Puente Alto, el silencio fue de miedo y, sobre todo, de muerte. Sin embargo, cuando pasaron los años y las décadas, la veleidosa posteridad trocó los papeles. Los crímenes del Cajón del Maipo empezaron a destilar su verdad de a poco, nombre por nombre, hasta desbordar el vaso de los mutismos obligados. Por fin el episodio de los uruguayos tuvo la atención de la justicia. Así fue cómo aquella historia casi enterrada pudo apreciarse en su espesor verdadero. El caso de Dewet Bascuñán y sus compañeros, en cambio, sufrió el proceso inverso. Al principio la prensa se ocupó de reseñarlo, aunque lo hizo con un tono que iba del más vulgar amarillismo a la moralina del castigo ejemplarizante, como si dijeran: «Esto les pasó por no obedecer a las nuevas autoridades». Después no sucedió nada. En ningún momento hubo investigaciones sistemáticas para aclarar lo ocurrido en el norte y, pese a que Bascuñán fue oficialmente declarado víctima de la violencia política durante la dictadura, ya casi nadie recuerda el asunto.

De los cinco expedicionarios de Potrerillos, en el Norte Chico, apenas se sabe el destino de los dos que fueron capturados vivos. Se dijo que fueron sometidos a un consejo de guerra y condenados a diez años de presidio. Uno de ellos, Ronnie Ramírez, estuvo encarcelado en Santiago, en La Serena, en Atacama y de vuelta en Santiago. Al salir de prisión el acoso se le hizo insoportable. Tuvo que exiliarse cuando supo que la policía secreta lo buscaba para matarlo. Se fue a Bélgica y así pudo salvarse.

Cuando Dewet y sus compañeros intentaron la fuga apenas si habían pasado cuatro días desde el golpe, pero el ambiente político en todo el Norte Chico ya resultaba irrespirable. El uruguayo Raúl Platero era en

aquel momento uno de los médicos del hospital de El Salvador. Su mujer, la nurse Martha Labrucherie, hacía un voluntariado como enfermera en el mismo lugar. Tras el golpe del 11 de septiembre comprendieron que debían abandonar Chile, y hacerlo rápido, pues era probable que los ejecutaran.

Sin embargo, a Platero lo detuvieron antes de que pudiera irse. Se lo llevaron junto con otros arrestados a Copiapó, doscientos kilómetros al sur de El Salvador, en un ómnibus. A mitad de camino, en pleno desierto, el transporte se detuvo y unos oficiales del Ejército se pusieron a deliberar entre sí. Luego iniciaron los preparativos para fusilar a los detenidos, pero no lo hicieron. Por alguna razón eso no sucedió, aunque nadie supo por qué.

Después de estar unos días prisioneros en Copiapó, todos regresaron a El Salvador, así que Platero se las arregló para conseguir los permisos necesarios y se fue de allí con su familia tan pronto como pudo, primero a Antofagasta y luego por tren hasta el pueblito de San Antonio de los Cobres, en la provincia argentina de Salta. Cruzaron la frontera a fines de septiembre, quizá el sábado 29.

Platero tuvo una fecunda carrera como médico. Murió en Montevideo luego de un exilio que duró trece años y lo llevó con su familia a Europa y al norte de África. Martha, su viuda, recuerda la zozobra de aquellos días de 1973 en el Norte Chico:

—A mucha gente de la mina, la mayoría del Partido Comunista, la fusilaron enseguida del golpe. Hubo gente que intentó irse por la cordillera. Trataron de cruzar por el paso Socompa, pero para eso se precisaba un guía. La cordillera está llena de pasos que pueden transitar los baquianos porque conocen bien esos lugares, si no es imposible. Además, era una locura largarse a la montaña porque ese año nevó hasta tarde, hasta la primavera. Había mucha nieve. Al gerente de la mina lo fusilaron, como a tantos.

Y le llega a la memoria un dato curioso:

—En San Antonio de los Cobres conocimos a dos hombres jóvenes que habían logrado cruzar a pie la cordillera. Cruzaron sin nada, como quien dice en mangas de camisa.

La aparición del cadáver de Dewet Bascuñán y los rituales totalitarios posteriores, que incluyeron una autopsia y supuestas

investigaciones por parte de la autoridad militar, nunca despejaron las dudas acerca de las verdaderas causas de su muerte. Aún hay quienes aseguran que fue asesinado. La pregunta que alimenta esa sospecha está relacionada no solo con la conducta habitual de los militares, sino también con aquello de la aguja y el pajar. ¿Qué probabilidades tenía una patrulla del Ejército de hallar en una hondonada, en una región de miles de kilómetros cuadrados de montañas y desierto, el cadáver casi momificado de alguien desaparecido dos meses antes?

Tampoco se sabe qué fue de los dos fugitivos que quizá continuaron su viaje a pie por la cordillera. Varios investigadores han sugerido que, vaya a saber cómo, lograron cruzar la frontera. Otros, en cambio, creen que fueron consumidos por la tundra andina, y otros más suponen que los del Ejército los mataron y arrojaron sus cuerpos en alguna quebrada. Recuerdan que, justo en esas semanas, pasó por la zona la llamada «caravana de la muerte», una misión punitiva enviada por Pinochet y encabezada por el general Sergio Arellano Stark.

Y también está el dato apenas recordado por Martha Labrucherie: «dos hombres jóvenes que habían cruzado la cordillera sin nada, en mangas de camisa». La zona era la misma, la época era la misma. Cualquier especulación carece de sentido y tiene, a la vez, todos los sentidos posibles. Chile es un país tan largo que mil cosas pueden pasar.

V

«Como a 25 leguas de Santiago, dejando atrás el caserío de San Gabriel, empieza a variar el paisaje y a desnudarse de toda vegetación para solo ofrecer a la vista riscos, piedras enormes, abismos, precipicios, torrentes y cuanto no puede mirarse sin experimentar un involuntario terror y una melancolía alarmante».

Carta de José Joaquín Vallejo, Desde el Cajón del Maipo, 23 de abril de 1841

«No se tendrá compasión con los extremistas extranjeros que han venido a matar chilenos. Ciudadano: Permanece alerta para descubrirlos y denunciarlos a la autoridad militar más próxima».

Aviso oficial publicado por el diario *La tercera*, Santiago, 16 de septiembre de 1973

Las palabras se fueron con el aire. No se sabe de qué hablaron, ni cuándo ni cómo. No se sabe, pero sí se sabe: hay fragmentos recordados, quizá imaginados, de aquellas conversaciones. Piezas diminutas, frases sueltas. Reconstruir tales diálogos se convierte en una labor casi arqueológica, que debe realizarse con extremo cuidado pues está sometida a la criba de la memoria, a los vaivenes del olvido. No importa que esa reconstrucción sea considerada un ejercicio tentativo, o que su validez quede librada al transcurrir del tiempo, porque tal tiempo será el de recordar, de volver a sentir el aire helado en la piel y vivir cada minuto no como si fuera el último, sino el único. El único minuto para pasar en limpio esas palabras.

Igual sería si se hallara un papiro en una vasija, un texto mutilado, con trocitos agujereados en los que hubo alguna vez una frase, una idea. Es algo que ya no está pero que, con un poco de suerte, puede restaurarse a partir de lo que ha permanecido pese a la obra destructora del tiempo. Aunque debe advertirse que, por más coherente que sea el resultado, nunca se sabrá si la deducción es por completo acertada, si la verdad de ese texto ha sido restituida a su estado original. Es muy probable que la frase insertada desde el presente difiera de aquella construida en el pasado. La única certeza es la duda. El peor enemigo es el olvido.

Para ellos, en cambio, el enemigo era el hambre, y el cansancio era el enemigo, igual que el frío, las piedras sueltas de las laderas, la falta de habilidad para caminar por esos filos, las dificultades para detener la marcha en descampados donde alguien podría divisarlos desde lejos. Y la ansiedad por llegar también era el enemigo, un adversario invisible. No sabían en qué punto del recorrido estaban, a qué distancia de la frontera, a cuántos precipicios de aquella línea imaginaria que separaba la vida de eso otro que ninguno quería mencionar pero que todos tenían presente.

— vigilancia pasos

— podemos saber por

Palabras borradas en el aire. Antes y después era lo mismo, y lo

mismo era el día o la noche. Caminaron una jornada completa, o cuatro o cinco, igual que si hubieran caminado durante meses o años. El paisaje los desconcertaba porque era el mismo, las montañas estaban siempre alrededor, el río bramaba abajo con el caudal de los primeros deshielos. Y el cielo, el inmenso cielo de las noches chilenas, el cielo gris de cada mañana, el cielo a veces azul y a veces blanco y a veces demasiado parecido al color de las piedras, ese otro cielo que pisaban con pasos torpes.

—Chile

Tal vez un comentario desatinado, una especulación que apenas podía servir para reforzar la incertidumbre. Quien dijo eso, lo que sea que haya dicho, recibió miradas de desaprobación, aunque no hubo reproches. Caminaron por el costado poniente del cañón, y emplearon mucho tiempo en eludir algunas luces que aparecían en la noche. Eran casas: allá abajo la gente dormía. Los seis fugitivos iban temerosos de que un perro ladrara, de que alguien se pusiera a mirar la oscuridad. Temerosos de que los soldados estuvieran tras sus huellas y que, entonces, un simple ladrido se convirtiera en una señal para sus perseguidores.

— mejor tanta suerte

Durante las semanas vividas en El Ingenio habían recolectado algunos datos acerca de la región que, supusieron, les resultarían de utilidad en la cordillera. La montaña de la izquierda era el cerro San Gabriel. Con más de tres mil metros de altura, era muy utilizado por excursionistas de la capital para hacer cumbre en verano, cuando casi no había nieve, los días eran largos y el tiempo permitía esas caminatas. Al parecer la cara que daba al sur era practicable si se seguía la línea de una vertiente conocida como quebrada de Soto. Por uno de sus lados, rodeando al San Gabriel, bajaba el río Yeso, embalsado más arriba en una gran represa custodiada por un destacamento del Ejército.

—nunca

— que el embalse

— nadar desde

Al principio, cuando se pusieron a estudiar las posibles rutas de escape, habían contemplado la posibilidad de bordear el San Gabriel,

subir por la quebrada de Soto y luego internarse en los desfiladeros que llevaban directo a la frontera. De acuerdo con el mapa era un buen plan, pero ya se sabe que el mapa no es el territorio, así que cuando comenzaron a explorar los cerros descubrieron que había casas en la zona, que cruzar hacia la otra ribera era demasiado arriesgado y que, al ser más accesible, la ruta se volvía también menos segura. Eso sin contar con los soldados que iban y venían por el sector. En un par de horas de marcha el eventual trayecto por el cerro San Gabriel quedó descartado.

— si nos descubren eso

Durante el día, allá al fondo se veían las nieves del volcán San José. Estaba a unos treinta kilómetros en línea recta hacia el este, justo en la frontera. Sin embargo, daba la impresión de que alcanzaría con estirar el brazo para tocarlo. Era una de las trampas de la escala, un dibujo escorzado que se volvía lógico y, por lo tanto, aceptable para todos. Con esos trucos inconscientes el trayecto resultaba menos agobiante, los continuos ascensos y descensos por las laderas pedregosas se volvían más tolerables y el agotamiento se compensaba con los estímulos de un trampantojo perfecto.

— tan lindo tanto

Pese a que las mochilas cargaban poco peso, ninguna era lo bastante cómoda como para no molestar en la marcha. Se detuvieron muchas veces a descansar, beber agua, dejar los bolsos en el suelo y aliviar así el dolor en los hombros y en la espalda. Avanzaron de noche, y luego siguieron durante el día, y después se echaron a dormir entre unas rocas grandes como catedrales, grandes y oscuras como las catedrales.

—cúpula

—misa

— yo cuando

A esas alturas, según el cálculo de uno de ellos, debían hallarse a unos ocho kilómetros del punto de partida, y bastante cerca del camino que corría por el valle, paralelo al río, y se internaba en lo profundo del Cajón. Ocho kilómetros era muy poco. A ese ritmo se tardarían por lo menos dos semanas en completar el recorrido, aunque ese era un pronóstico optimista, porque todos sabían que las verdaderas dificultades comenzarían a medida que ascendieran y

llegaran a la cota de los tres mil o, como mucho, tres mil doscientos metros. Con físicos mal preparados, ropas de ciudad y mentes sin experiencia en la montaña, a esas altitudes el rigor de la caminata, el frío y la hipoxia comenzarían su obra de demolición.

Un folleto impreso en 1971, que se repartía en San José de Maipo a los turistas dispuestos a pasear por la zona, detallaba las precauciones que debían tener «quienes recorran los senderos de la montaña». Estaba firmado por el alcalde del pueblo, pero seguramente había sido redactado por algún andinista experto: «Usted nunca debe emprender solo un sendero de montaña. Pese a que parezca sencillo, nunca lo es. Procure ir en un grupo en el que haya por lo menos un guía conocedor de nuestra bella región. Use calzado cómodo y apropiado, ropa de abrigo suficiente y espejuelos oscuros para evitar el encandilamiento de los nevados. Lleve consigo un refrigerio liviano, agua potable en una cantimplora y un pequeño maletín de primeros auxilios. Informe siempre a las autoridades de su excursión, la ruta a recorrer y la hora estimada de regreso. No pernocte al aire libre. ¡Disfrute el espectáculo que brinda nuestra naturaleza y cuídese! San José de Maipo, acogedor y bello».

Para los fugitivos, la belleza de esos lugares aparecía siempre salpicada de riesgos y evocaciones negativas. El paisaje hechizaba, y contra ese sortilegio debieron luchar. En varios momentos pudieron contemplar la cinta del río, y también el tren que iba desde Puente Alto hasta El Volcán y que un par de horas más tarde volvía a pasar en sentido contrario. Visto desde la montaña, se asemejaba a un ferrocarril de juguete, uno de esos trencitos de lata que dan vueltas y vueltas sobre los rieles en un recorrido cerrado en sí mismo, armonioso el traqueteo, con pequeñísimos objetos colocados en el centro, árboles siempre verdes, vaquitas inmóviles, casitas de techos rojos, un puente de plástico.

No era tan distinto el paisaje visto a la distancia. Allá abajo también había un tren, árboles que crecían en la ribera del río, algunos animales que pastaban en los prados y casas con chimeneas por las que salían finas columnas de humo. Sin embargo, cualquier inocencia ahí era peligrosa y, para sobrevivir, debían evitarla. Los fugitivos no podían mirar con ojos pueriles el Cajón del Maipo. El tren funcionaba

operado por soldados del regimiento, los árboles ocultaban posibles movimientos del enemigo, en las casas quizá hubiera puestos de vigilancia y hasta los animales eran una amenaza, pues muchos pastores que los cuidaban acaso fueran «sapos», que así llamaban en Chile a los espías y soplones.

— delatarnos

Y abajo, en el camino, los movimientos correspondían casi siempre al accionar de las tropas que buscaban, en cada casa de cada poblado, a los allendistas. Se veía circular camiones, y algunos *jeeps* que cargaban en su parte trasera una ametralladora grande, con un soldado que iba de pie y listo para abrir fuego. Los tupas hablaron —debieron hablar— de la vigilancia y de las ametralladoras. Y también del agotamiento, y de lo que podía hacer cada uno cuando llegaran a un lugar seguro. Palabras que se han ido con el aire.

Días antes de partir, mientras preparaban la expedición, cuando todavía eran siete, los integrantes del grupo discutieron acerca del tipo de carga que debían colocar en esos bolsos que llamaban mochilas. Intercambiaron ideas, y cada uno trató de razonar con un espíritu fraterno que, de acuerdo a las enseñanzas de la Orga, era el máximo respaldo que podían obtener unos de otros.

—Lo imprescindible.

—De ropa, nada. Nos vamos con lo puesto.

Alguien señaló que iban a caminar durante muchos días. Dijo que debían tomar precauciones, porque los pies mojados o la falta de abrigo, por ejemplo, podían convertirse en un problema.

—¿Un problema?

—Los pies, sí.

—Dos pares de medias. Con eso será suficiente.

—No se puede caminar sin los pies.

La ropa para afrontar el cruce era la que usaban todos los días. Alguno tenía buenas botas de cuero, otros nada. Socorro debió emprender la travesía calzada con unos zapatos de Ariel que eran tres números más grandes: se puso tres pares de medias para compensar. Vestían pantalones vaqueros, camisetas, buzos de lana, alguna

bufanda. Los abrigos no eran los adecuados. Gonzalo tenía un montgomery, una prenda que no ofrecía ninguna protección contra la lluvia y la humedad. Socorro andaba con un gamulán incómodo y pesado para la montaña. Otro de los expedicionarios iba de gabardina.

En esos bolsos no habría espacio para más. Repartieron en la carga unos pocos pliegos de diarios viejos para facilitar las fogatas que, necesariamente, deberían encender. Después estuvo el asunto del chocolate. A uno de los expedicionarios, acostumbrado a la dieta del local, le resultó ridículo llevar como principal alimento algo que para él no era sino una golosina. Tal vez hasta haya pensado que eso no era revolucionario. ¿Quién ha visto a un guerrillero alimentándose con chocolatines?

—Vamos a necesitar calorías.

—Lo que vamos a necesitar es comida.

—No podemos cocinar.

—Vamos a cocinar.

Y luego, zanjado ese punto —a favor del chocolate— quedó pendiente el aprovisionamiento. Desde mucho antes del 11 de septiembre en Chile faltaba de todo, y para hacer cualquier compra debían ir hasta San José de Maipo o Puente Alto, meterse en una cola, esperar durante horas, obtener algunas magras raciones y, además, correr el riesgo de ser detectados. Después del golpe casi no habían hecho compras, así que cargaron lo que tenían a mano: tres paquetes de fideos, azúcar, dos kilos de arroz, unas latas, un poco de yerba mate. Y chocolate. Se llevaron una cacerola pequeña para calentar agua. Fósforos y un par de encendedores.

—Lo imprescindible.

—¿Papel higiénico?

—Los chilenos le dicen papel confort.

Hubo risas. Las primeras risas en muchas horas. No era un asunto para discutir, pero desde el principio quedó claro que un revolucionario de verdad no podía sufrir por la falta de papel higiénico:

—Ni papel higiénico, ni jabón.

Entre los restos recuperados de las conversaciones hay fragmentos que corresponden a momentos posteriores, cuando ya no eran siete

sino seis. El grupo estaba en plena expedición por la montaña y cada uno sabía que no se podía dar marcha atrás. Pese a que son frases sueltas, o acaso por eso mismo, resultan significativas. Es como si en ocasiones el viento se llevara las voces, pero no las palabras.

—Voy a revisar las provisiones —dijo Gonzalo.

Descansaban en algún pequeño collado, tal vez a orillas de uno de esos arroyitos que los chilenos llaman esteros. Pudo haber sido a media tarde. Así que Gonzalo se puso de pie y, con más voluntad que energía, abrió los bolsos uno por uno y contó las barras de chocolate, las latas y los paquetes que tenían. Luego regresó a su lugar y volvió a sentarse. Al rato dijo:

—Estamos bien.

Uno de sus compañeros debió mirarlo como si no entendiera a qué se refería.

—Estamos bien de provisiones —aclaró.

Es todo lo que ha quedado de aquella conversación sostenida por los uruguayos del Cajón del Maipo hace medio siglo, en algún lugar de la cordillera de los Andes. El collado sigue ahí. Las montañas permanecen.

Daniel Fernández, el séptimo integrante de aquel grupo de El Ingenio, nunca ha hablado del asunto. No participó de ninguna manera en el proceso judicial ni se refirió públicamente a su experiencia personal. Sí se conocen algunos retazos de su memoria, porque él también fue enviado al estadio Nacional y allí se reencontró con Socorro, que era su pareja, y con los otros sobrevivientes. El sufrimiento de Daniel como prisionero fue muy similar y casi paralelo al de sus compañeros, pero ha sido colocado en otro plano. Las referencias a «los tupamaros del Cajón del Maipo» no lo incluyen, aunque debieran hacerlo.

Al revés de lo que pueda suponerse, esa conducta de recato sostenida por Daniel no ha sido la excepción sino la norma. La gran mayoría de los jóvenes que pasaron por situaciones extremas, en cualquier circunstancia, optaron por el silencio o, cuando menos, por una cuidadosa dosificación de sus testimonios: no a cualquiera, no en

cualquier parte ni en cualquier momento. Durante décadas, el rescatista Barreiro se ha mostrado reacio a narrar algunos de los episodios más terribles que lo tuvieron como protagonista. Lo mismo ocurrió con Fernando Mazzeo, el Martín Galván que no quiso morir y zafó por minutos de una redada militar en Providencia. Y entre los expedicionarios de la montaña, mientras Socorro y Gonzalo aceptaron contar ante el tribunal —de manera por demás sucinta— la peripecia que vivieron, Cristina ha preferido no hacerlo.

Más allá del pudor y los dolores, a lo largo de los años varios protagonistas de los hechos hablaron solo cuando fue necesario, con el objetivo de denunciar la desaparición de sus compañeros y, quizá, con el secreto anhelo de desentrañar los enigmas que han sobrevolado el episodio desde el principio.

De acuerdo a los documentos reunidos por el Estado uruguayo a partir del año 2000 —y dados a conocer de manera íntegra recién en 2007—, resulta claro que hubo una coordinación represiva entre Uruguay y Chile desde el mismo comienzo del golpe del 11 de septiembre, o incluso desde antes. Las dos dictaduras se estrenaban en la modalidad de la ayuda mutua. Solo así se explica lo que en su momento fue considerado «una simple coincidencia». Sería una casualidad extrema que justo el día 28 de septiembre, cuando los uruguayos del Cajón del Maipo estaban ingresados como prisioneros en el regimiento, se le diera entrada a una lista de «extremistas» remitida por el gobierno uruguayo, y se anotara de forma expresa que entre los requeridos figuraba Juan Povaschuk.

Uno de esos enigmas nunca aclarados tiene que ver con la aparente facilidad con la que fueron localizados los integrantes del grupo en aquella región tan llena de desmesuras. Los fugitivos estaban en plena montaña, en un área difícil de delimitar con antelación. Sin conocer previamente la dirección tomada por ellos, los carabineros deberían haber rastrillado un área de por lo menos novecientos kilómetros cuadrados de pura cordillera. Los perseguidos avanzaban por lugares en los que todo era engañoso a la vista: las sombras proyectadas por los picos más altos dificultaban la observación en los valles, un canelo o unos molles podían ocultar a todo el grupo. Un periodista de Puente Alto lo expresó con claridad al mencionar el episodio en un artículo,

en el año 2013: «Esa vez los “pacos” lo lograron, pero nadie sabe cómo».

El carabinero Adolfo Fariña, uno de aquellos pacos, deslizó en su declaración ante la Policía de Investigaciones un recuerdo algo impreciso pero relevante. Él les dijo a los detectives que lo interrogaron que estaba en San José de Maipo cuando «un lugareño informó que unas personas intentaban cruzar la frontera por el sector conocido como Lo Valdés, camino a los Baños Colina». La vaguedad de ese testimonio plantea varias dudas, porque San José de Maipo está a más de treinta kilómetros del lugar donde el «lugareño» (se supone que era de San José de Maipo o de sus alrededores) había detectado al grupo fugitivo. Y, si la suposición es incorrecta y ese vecino no era de San José de Maipo sino del sector llamado Lo Valdés (un lugar deshabitado, por otra parte), cabría preguntar entonces cómo hizo la denuncia, pues los retenes de la zona estaban cerrados y vacíos: todos los carabineros se habían concentrado en San José de Maipo.

Gonzalo también se refirió al punto. De forma breve adelantó la información que después brindaría en los tribunales el carabinero Fariña, aunque las dos versiones son diferentes. En 1992 Gonzalo dio un primer testimonio: «Pasamos cerca de un pueblito, El Volcán, y pienso que alguien nos vio y nos denunció». Veinte años después le dijo a la historiadora Clara Aldrighi que la soplona había sido «una vecina del último pueblo que pasamos», es decir El Volcán. El carabinero atribuyó la delación a un lugareño de San José de Maipo o de Lo Valdés, lo que parece improbable. Gonzalo —quien dejó claro que se trataba de una especulación suya— le cargó el chivatazo a una vecina de El Volcán, que está más cerca de Lo Valdés pero que, de todas maneras, queda a unos diez kilómetros de ese sitio, en plena montaña. En su declaración de 2008 ante el tribunal, Socorro dijo casi lo mismo que su compañero de expedición: «Pasamos por el pueblo de El Volcán y creemos que alguien nos vio y nos denunció a los Carabineros».

Otro misterio, tan inquietante como el anterior, es el empeño que mostraron las autoridades en aquella ocasión para capturar al grupo. Tras el allanamiento a la casa de El Ingenio y el interrogatorio a algunos vecinos, se hizo evidente que la presunta «columna

guerrillera» imaginada por el comandante Durruty estaba integrada apenas por cuatro hombres y dos mujeres en fuga, desarmados y sin apoyos en la zona. Entre esos prófugos no había ningún líder importante, ningún personaje que pudiera ser usado como trofeo de guerra en la lucha contra el comunismo internacional. ¿Qué sentido tenía, en esos días de operativos constantes, arriesgar soldados y equipos, incluido un helicóptero, para perseguir y acorralar a unos pocos exiliados en desbandada que, además, se dirigían a la frontera? La respuesta a esa pregunta se puede resumir en dos conceptos: impunidad y avaricia.

Cuando los tupamaros decidieron cruzar la cordillera, el terror impuesto por el nuevo régimen ya había dado sus primeros frutos en todo el ámbito de la gobernación militar de Puente Alto. En apenas una semana había fusilados, desaparecidos y decenas de hombres y mujeres torturados. Por las mañanas se veían cadáveres flotando en el río. Según el testimonio de Luis Alarcón, uno de los enfermeros del regimiento de Ferrocarrileros, un prisionero murió mientras le aplicaban picana eléctrica en la sala de interrogatorios del propio cuartel: «Lo tenían en la parrilla y verifiqué que había fallecido», declaró ante la Justicia.

Los detenidos se contaban por cientos. Se realizaban razias de forma permanente, allanamientos masivos, saqueos, violaciones y otras tropelías, todas conductas típicas de los ejércitos de ocupación. Que los soldados se comportaran como ocupantes en su propio país era, para los mandos de las Fuerzas Armadas, un mero detalle.

Los militares actuaron impulsados por dos premisas. La primera tenía que ver con la obediencia debida y la verticalidad del mando. Desde los subtenientes hasta los coroneles y aun los generales, todos creían que era posible ampararse en ese concepto: en la vida castrense las órdenes dadas siempre tenían que cumplirse. Eso los revestía con un escudo de impunidad que los protegería en toda circunstancia ante cualquier acusación. La otra premisa estuvo vinculada a un señuelo que el pinochetaje más conspicuo supo sembrar desde el 11 de septiembre: la codicia. A los oficiales se les hizo saber que, si actuaban con la energía suficiente, los méritos iban a ser recompensados. Los soldados rasos, en cambio, operaron casi siempre compelidos por el

miedo a sus superiores, aunque también hubo muchos que se aficionaron a las salvajadas.

Esas premisas pueden explicar ahora, medio siglo después, la tenacidad de quienes capturaron al grupo en el Cajón del Maipo. Desde antes del golpe Durruty vio que la sublevación, si triunfaba, sería una oportunidad de oro en su afán por escalar en la jerarquía militar. Y, detrás del comandante, los oficiales se dispusieron a seguirlo. Mayores, capitanes y tenientes que estaban bajo su mando consideraron que eso mismo iba a ocurrir con ellos, así que, como dicen los chilenos, «le pusieron empeño a la pega». Todo el empeño. De hecho, uno de los documentos oficiales más comprometedores del juicio por la desaparición de los tres uruguayos, fue la nota de felicitación que el jefe del batallón, el mayor Martínez Benavides, expidiera a favor de Gabriel Montero «por proceder a la eliminación de grupos extremistas» en la zona.

En cuanto al primer enigma, aquel referido a la localización de los fugitivos en un área tan vasta y abrupta, la explicación de un vecino malsín puede ser plausible, pese a que presenta aún hoy varias inconsistencias. También es razonable suponer que los integrantes del grupo se movieron con torpeza, que dieron señales de su actividad y dejaron huellas a su paso: un envoltorio, una lata vacía, los restos de una fogata. No es disparatado pensar, incluso, en una combinación de ambos factores: a la subcomisaría de San José de Maipo llegó el dato, los carabineros fueron a ver qué encontraban, descubrieron huellas, las siguieron y así dieron con los tupamaros escapados de El Ingenio.

Un detalle que ha sido pasado por alto en las investigaciones es el referido al especial interés que mostraron los carabineros por capturar a Juan Povaschuk. En tal sentido, resulta clave el relato de Gonzalo sobre ese momento:

—Nos quedamos a dormir en una mina abandonada. Allí había una casilla de madera sobre pilotes que nos sirvió de refugio. Agotados, sabíamos que tendríamos que andar cien kilómetros más antes de llegar al primer pueblito argentino. Cien kilómetros más. Estábamos profundamente dormidos cuando nos despertó el ruido de la puerta que se abría violentamente. Eran carabineros de San José de Maipo. «¿Dónde está el rucio?», preguntaban.

En el habla popular chilena, a los de pelo rubio se les dice rucios. Los integrantes del grupo eran de tez blanca, pero el único rubio era Juan. De entrada, pareció obvio que los carabineros tenían información de que «un rucio» iba en la marcha. ¿Por qué ese interés especial? ¿Cómo lo sabían? ¿Fue un pastor o un minero, o esa vecina soplona de El Volcán, que vio a los caminantes lo bastante cerca como para descubrir que había un tipo de pelo rubio en el grupo?

Una periodista planteó la posibilidad de un error tipográfico en la transcripción del testimonio de Gonzalo, o incluso de una confusión auditiva. Para ella es razonable suponer que, en lugar de preguntar por el rucio, los carabineros hayan preguntado por «el ruso». La hipótesis, con ser probable, no es menos grave. La cuestión, entonces, sería entender cómo fue posible que los carabineros supieran que en ese grupo había un tupamaro con apellido de origen ruso (ucraniano en realidad).

Ya no existe ninguna posibilidad de despejar por completo esos enigmas vinculados con la información que manejaban los servicios de inteligencia chilenos sobre los fugitivos. Quienes podían hacerlo están muertos o han preferido callar, de modo que cualquiera de las variantes no resultaría más que una explicación probable, un intento de reconstruir los fragmentos destruidos del papiro hallado en la vasija. El miedo, la codicia y aun el fanatismo debieron de incidir en el encarnizado entusiasmo de militares y carabineros, pues fueron emociones y conductas muy presentes en la sociedad chilena de aquellos días. Con respecto al primer misterio, esa eficiencia fulminante para hallar a los prófugos en una zona tan vasta, hay otra posibilidad que subyace como una especulación, y que en su simpleza es turbadora: quizá los atraparon por obra del azar.

En Uruguay, la madre de Fernando Mazzeo tuvo que cargar, como tantas otras mujeres, con la angustia de no saber qué había pasado con su hijo. No tenía a quien preguntar, ni rastros para seguir, ni forma de averiguar el destino de ese chiquilín exiliado en Chile que era la parte más entrañable de su propia vida: el primogénito. Las noticias de la radio, siempre viciadas, hicieron aún más incierta la espera. De a poco

y sin querer Lilita se dejó ir, quizá con el secreto anhelo de acabar en la misma ciénaga.

Pasó una semana y luego otra, las informaciones eran vagas y contradictorias, y el vecindario se recogió en un silencio lleno de temores y prejuicios. El arresto del muchacho a principios de mayo había provocado un pequeño escándalo en el barrio, y su fuga del reformatorio de menores volvió a poner a toda la familia en la mira de los militares. Mostraron la foto de Fernando en la televisión, mantenían la casa bajo vigilancia, fueron en varias ocasiones a buscar información. Cada vez era peor que la anterior.

Ella trataba de leer los diarios, que solían referirse a la situación chilena en clave de política local: «Todo indica que el general Pinochet ha logrado poner orden tras el caos provocado por la Unidad Popular en sus tres años de desgobierno izquierdista». Algunos enunciados eran amenazas apenas veladas: «Se dice que en el país trasandino hubo miles de muertos, pero eso con ser falso no deja de marcar los enormes esfuerzos que en ocasiones deben realizar los pueblos y sus Fuerzas Armadas para salvar a la Patria del peligro que, allá y aquí, entraña el comunismo». En ocasiones Lilita se detenía en un párrafo que, con gran esfuerzo, podía llegar a conformar en su pensamiento una especie de esperanza: «En el Estadio Nacional de Santiago hay, de acuerdo a los reportes, unos cinco mil detenidos, entre ellos muchos extranjeros». Lo leía varias veces, reflexionaba sobre cada palabra, sus posibles sentidos, lo que decían y lo que callaban. Con empeño, a pura fuerza de voluntad, se le daba por creer en improbables milagros.

Todo oscilaba. A veces se levantaba de la cama y a veces no. A veces cocinaba y a veces no. A veces hablaba con su marido y a veces se quedaba en silencio, con la mirada perdida durante horas. Los niños empezaron a ser una molestia, y ella iba a trabajar un día cada tantos, pues solo en algunas ocasiones tenía la energía necesaria para hacerlo. Al final consiguió un nuevo certificado médico y unas recetas en blanco que rellenó ella misma con prescripciones de pastillas para la depresión, y también para dormir, o por lo menos para mitigar un poco la duermevela de esas noches interminables.

—Tienes que hacer algo —murmuró.

Omar se quedó mirándola.

—Ya llega octubre.

Omar hacía lo que podía, y un poco más también. El hogar era, siempre había sido, una creación familiar desbordada de risas, lecturas, juegos y mascotas de todo tipo, grandes y pequeñas, lindas y feas, con plumas o pelos o escamas, de tierra, agua o aire. En el salón de la claraboya estaba la pecera con albonubes, guppies, cometitas, golden. En el patio trasero había un estanque con más peces, y la pajarera de tres metros de alto que ocupaba buena parte de la pared medianera del fondo. En esa jaula enorme, que disponía de una puerta por la que entraba cómodamente una persona, convivían con sus trinos unos treinta pájaros, todos en casales: mistos, dorados, cardenales de varios tipos, zorzales y boyeros. En la azotea estaba el palomar de las mensajeras con sus zureos, y abajo había algunas gallinas y varios conejos. Y estaba la perra Carey que daba vueltas por ahí, y antes de ella había estado Falk, un pastor alemán que portaba apellido y pedigrí. Un perro distinguido. Su nombre completo era Falk Astor de los Yuyos, con certificado que lo acreditaba como «de raza pura Deutscher Schäferhund» y el tatuaje correspondiente.

En los buenos tiempos Lilita se encargaba de cuidar de los animales para que estuvieran cómodos y no les faltara nada: entraba a la pajarera, cargaba las bandejas con alpiste, renovaba el agua de los bebederos, observaba a las palomas para vigilar las plagas, echaba alimento en la pecera y en el estanque y hasta le hacía fiestas a la dóberman, que saltaba complacida por el patio. Pero esos buenos tiempos se habían terminado, y lo que quedaba era un bebé que lloraba de día y de noche porque tenía hambre, o los pañales mojados, o necesitaba abrigo, o le dolía la barriguita.

Omar trabajaba sin parar y a ella la gestión de la casa empezó a resultarle agobiante. Todo a su alrededor se volvió un tormento: el hombre que estaba a su lado, su madre que husmeaba por los rincones, la maestra de la escuela Ecuador que reclamaba por la conducta de uno de sus hijos, sus hijos que se quejaban de la comida que preparaba la empleada, esos platos humeantes sin sabor ni olor ni color, comida muerta, tierra y huesos. Sopa de tierra, decía Lilita.

Segundo o tercer o cuarto día de caminata, quién sabe. Un frío insoportable, pies lastimados, manos en carne viva, machucones, rodillas con escoriaciones y la sospecha callada de que nunca podrían lograrlo. El lugar era un valle que ya mostraba, junto con la nieve endurecida, algunos verdes que le daban otro tono al paisaje, igual que los demás valles del Cajón en esa época del año. Los tupamaros hicieron un alto, sin descuidar las medidas de seguridad a pesar del agotamiento.

—Tengo frío.

Ariel, con su agilidad y buena disposición permanente, se subió a una roca para observar los alrededores. Había mucha nieve. Un paisaje ficticio, como siempre. Un diálogo inventado, como todos.

—Estamos cansados.

—Lo importante es seguir juntos.

Después, con cara de sueño, Ariel regresó de su atalaya.

—De chicos vivíamos arriba de los árboles. A la hora de la siesta. Teníamos una casa en un árbol.

—¿Qué árbol era?

—Un pino.

Estaban envueltos en las mantas, pero de todos modos el frío no les daba tregua, pese a que cada tanto asomaba un sol pálido entre las nubes. A Gonzalo se le había roto la suela de su bota derecha, y ya tenía ese pie lastimado. Enrique permanecía en silencio, recostado a una enorme piedra que brotaba de la tierra como si fuera un vegetal. Ahí estaba él, reconcentrado en su propio deber, tal vez convencido de que su aplomo podía mantener unido al grupo, inclaudicables todos, dispuestos a lo que fuera para no caer en poder del enemigo.

—Tenemos que seguir. Esta es una buena hora.

—¿Qué pasó con la casa del árbol?

—No pasó nada.

Ariel y Enrique se miraron. Se conocían de memoria. Eran compinches desde la infancia. Amigos primero, compañeros de la Orga después. Vivían a diez cuadras uno del otro, Enrique en Atlántida y Ariel un poco más allá, en el balneario Las Toscas. Una noche, a finales de 1970, habían tenido que enfrentar juntos, espalda con espalda, el embate de una patota de la llamada Juventud Uruguaya de

Pie, un grupo de ultraderecha patrocinado por el gobierno. Esa vez, tanto Enrique como Ariel recibieron una paliza, pero también repartieron sus buenos golpes y no se amedrentaron. En cierto sentido, pese a que los rivales eran más, ellos salieron airosos de la refriega. También compartieron momentos duros, ambos presos por sedición, en el penal de Punta Carretas. En el tercer piso de esa cárcel participaron, sin saber de qué se trataba, en los preparativos para la fuga de ciento once reclusos a través de un túnel. No estaban en el grupo de tupamaros que se escaparon: les tocó quedarse en su celda.

Las suyas fueron vidas tan breves como intensas, hermanadas en mil detalles y en sueños comunes. Los montes de la zona, la playa, un escondite para guardar armas, la cárcel, el exilio. La historia de uno podía ser también la del otro. Un balneario, los veranos al sol.

—Ninguna hora es buena.

—Esta hora es la menos mala. De lejos se ve poco. Si alguien mira para acá, no distingue casi nada.

—Las sombras confunden.

Esa tropa era un desastre. Sin pertrechos, estaban cansados y sucios, con las ropas embarradas y rotas, los pelos revueltos. Todos hedían, aunque ninguno se daba cuenta de eso. Decidieron reiniciar la marcha, y entonces ocurrió un mínimo prodigio: a un costado del cañón, a unos cientos de metros, empezó a nevar. No era una gran nevada que pudiera dificultar la caminata, ni era tampoco una tormenta que se les viniera encima. En una de las quebradas comenzaron a caer unos copos pequeños.

—No me gusta ver eso.

—¿A quién le puede gustar?

No era una señal de mal agüero sino una simple nevada, algo común en esos parajes. En otras condiciones aquello podía resultar un lindo espectáculo. Los integrantes de ese destacamento en fuga estaban acostumbrados a tales maravillas, que casi siempre les complicaban la vida. Alrededor había nieve y algunas manchas verdes en las laderas, y nieve adelante, entre las nubes de los picos más altos. Los recuerdos también eran copos cayendo.

En una ocasión, desde el ventanal de la casa de El Ingenio, les había sido dada la posibilidad de contemplar el comienzo de una nevada en

el valle. Para los uruguayos, que venían de un país en el que nunca cae nieve, la preparación de esa nevada fue emocionante: el cielo se oscureció de a poco con una nube pareja que parecía estar ahí mismo, apenas sobre sus cabezas. La temperatura no bajaba demasiado, y daba la sensación de que el aire quieto, sin dejar de estar frío, guardaba una cierta calidez. Y luego, uno a uno, con una lentitud sublime, empezaron a caer los copos. Al rato ya cubrían las colinas cercanas, los barandales del puente y el camino. El Cajón del Maipo se recogía en ese silencio blanco.

—Vamos.

En medio de tantas tensiones y peligros no hubo discusiones, peleas, luchas de egos, flojeras, ganas de volver y entregarse. Solo los sobrevivientes saben qué ocurrió, pero no hay rastros de confrontaciones graves, sino más bien de lo contrario. Todo indica que la marcha por la cordillera se desarrolló según lo acordado, y que mostró una solidaridad sostenida entre los seis fugitivos. Compartían la comida y el miedo, y se ayudaban unos a otros. De nuevo, el rastro mínimo y la lupa en cada frase, una arqueología puesta al servicio de una cierta verdad, a través de palabras que aparentan ser apuntes de la vida privada anotados en páginas ya amarillentas.

En el sumario asoman algunas de esas verdades. Gonzalo afirmó que todos dormían «envueltos en las frazadas, tratando de darnos calor unos a otros». Eso fue ratificado fuera del sumario por Socorro, quien a propósito de los límites confesó que el cansancio y la desesperanza estuvieron a punto de quebrar su resistencia. Casi medio siglo después ella recordaría con serenidad aquellos momentos de desconsuelo:

—Tenía los pies destrozados por esos zapatos que me quedaban grandes, mis manos y mis codos lastimados, estaba muy cansada y me sentía desfallecer. Tuvimos que cruzar el río y el agua estaba casi congelada. El frío era insoportable. Cuando quise trepar por el barranco que había en la otra orilla, descubrí que ya no tenía fuerzas. Era un barranco alto. Como pude trepé ocho o diez metros por el barranco, y al final resbalé y volví a deslizarme hasta el fondo. Me raspé todo el cuerpo, la ropa se me rompió. Lo intenté tres o cuatro veces. No daba más. Les dije a los otros que siguieran, que yo no podía más. Entonces Gonzalo se sentó en el borde del barranco, estiró una de

sus piernas y me dijo que lo intentara de nuevo y que me agarrara de su pierna para no caer. Eso hice y logré subir con su ayuda. Quedé destrozada. Esa noche no quería ni comer. Juan casi me obligó: «Tenés que comer algo», me dijo con ese tono que usaba él, siempre medio enojado.

Hay más palabras desenterradas, unas pocas palabras. Y hay más verdades que pueden restaurarse a partir de esas palabras. Cuando finalmente los carabineros llegaron al campamento minero para detenerlos, pusieron por un lado a los varones y por otro a las mujeres, manoseadas y amenazadas de muerte. Hubo un interrogatorio al vuelo, realizado para saber hacia dónde se habían ido los dos que no estaban allí. Fueron diálogos breves y violentos. Tantos años después, esos diálogos adquieren un valor testimonial importante porque las circunstancias en que se produjeron se conocen mejor, y cada palabra se entiende, más allá de su literalidad, con todos los matices de un registro marcado por la derrota. Reiterar la escena es como martillar sobre un yunque.

Uno de los carabineros apuntó con su metralleta hacia los varones. Le habló a Enrique:

—Bueno, huevón, ya me vas a decir dónde están los otros dos.

La respuesta, previsible, fue dicha a media voz:

—Somos cuatro. No hay nadie más.

Y el sargento Miranda, abrigado con su capote de paño, quiso parecer implacable.

—Si no vas a hablar te fusilamos y listo. Esto es la guerra.

—Somos dos parejas —dijo uno de los detenidos.

—¿Y dónde está el rucio?

—No hay ninguno. Somos dos parejas.

Atrás de ese mismo galpón, fuera de la vista de los hombres, otro grupo de carabineros colocó a las dos mujeres arrinconadas contra una pared de piedra. La que habló fue Socorro:

—Vinimos al Cajón del Maipo buscando las termas. Nos dijeron que son espectaculares. Nos dijeron que…

Uno de los milicos la interrumpió. Parecía más nervioso que los demás:

—¡Arriba las manos!

Cristina reveló entonces que estaba embarazada. Socorro insistió:

—Estamos haciendo turismo, señor. Somos dos parejas. Es que en Buenos Aires no hay montañas.

—Así que embarazada.

—Mujeres.

Por un costado del galpón apareció el sargento.

—Ahí hay más bolsos.

—Son nuestros. Somos turistas.

Durante unos minutos el sargento dio vueltas, fue y vino alrededor del galpón, buscó indicios, quiso meter miedo:

—¿Qué hacemos? ¿Los matamos a todos? ¿Los fusilamos? Lo mejor es fusilarlos.

—Somos turistas. Marchamos hacia las termas. Estamos en Chile.

El sargento soltó la risa.

—Sí, mi niña —dijo—. Estamos en Chile.

Enseguida agregó:

—Vamos a fusilarlos.

En la cordillera, los uruguayos del Cajón del Maipo fracasaban en su intento de eludir al enemigo, y en Santiago el agente Jack Devine, pese a sus habilidades conspirativas tenía que desenredar una fastidiosa madeja a pedido de sus jefes. Joven y astuto, el carismático Jack se las había arreglado desde 1971 para navegar por las aguas negras de la política chilena sin salpicarse nunca. En sus vínculos con militares y empresarios locales se había servido de una ambivalencia que sabía dosificar con justeza: simpatía y severidad, comprensión y exigencia. Casado, cinco hijos, católico, parecido al actor John Wayne. Un lujo de muchacho.

En cierta ocasión, a fines de aquel año, consiguió liberar unos cientos de dólares de la agencia para que un grupo de mujeres opositoras compraran cacerolas y prepararan una marcha contra Allende. Fue uno de sus momentos memorables.

—Jack era un encanto de persona.

No fue un logro menor, sobre todo si se tiene en cuenta que en la CIA eran celosos en extremo con el dinero que se entregaba bajo

cuerda. A los jefes de Langley les preocupaba que una parte de esa plata se usara para comprar armas propias de gánsteres (pistolas, metralletas, piñas americanas) y que a raíz de eso surgieran problemas. Los chicos de Patria y Libertad tenían especial inclinación hacia el empleo de tales artefactos. Pero Devine convenció a la agencia de que las cacerolas, pese a ser objetos metálicos, no podían de ninguna manera ser catalogadas como armas, o por lo menos no como armas letales, pues eran «trastos sin poder de fuego real». Además, no iban a distribuirse entre los pandilleros de Patria y Libertad sino «entre señoras de buena posición».

Si algo tenían las tales señoras era buena posición. Una de las organizadoras de la marcha era María Cristina Correa Morandé, chozna de Jean François Briand de la Morigandais et Guillaume (castellanizado por propia voluntad como Juan Francisco Morandé), un marino y aventurero francés aquerenciado en Chile que, según el árbol genealógico de la familia, había sido «oleado y crismado en Saint-Malo el 12 de diciembre de 1682». Ella se daba lustre con ese apellido, incluido en el nomenclátor de Santiago desde el año 1720, y lo hacía pese a que no era agnaticio: al fin y al cabo, se trataba de organizar una resistencia femenina al comunismo.

En filas de las caceroleras, ya fuera adelante, en el medio o atrás, podían encontrarse muchos apellidos linajudos. Había representantes de las familias Jarpa, Sáenz, Alessandri, Edwards y Larraín, entre otros. La unión hacía la fuerza, y la unión de esas mujeres antiallendistas hizo la fuerza antiallendista más vocinglera e intocable de la época. En la organización participaron hijas de empresarios poderosos y de expresidentes, sobrinas de antiguos embajadores, primas de generales y algunas *ladies* de Las Condes. Todas estaban hasta la coronilla del populacho y sus desbordes. Era el embrión de lo que después sería Poder Femenino, una organización dispuesta a todo.

El dinero de la CIA se había empleado en adquirir cacerolas y hacer pancartas, y la marcha de las mujeres fue un éxito clamoroso que contribuyó, más allá de lo imaginable, a desestabilizar al gobierno. Cierto es que las damas contaron con la involuntaria ayuda de Fidel Castro, quien por esos días realizaba una visita a Chile que, además de abrasadora, resultó interminable. Primero se dijo que el invitado iba a

permanecer en el país cinco días, pero luego él mismo resolvió alargar su estancia a diez días y, al final, el *tour* concluyó veinticuatro días después. Su agenda estuvo cargada de proclamas, partidos de básquet, reuniones con obreros y estudiantes, y mítines improvisados con organizaciones barriales. Cada esquina era una tribuna, cada micrófono una tentación irresistible: veintidós discursos en tres semanas, catorce entrevistas, cinco diálogos multitudinarios y una conferencia de prensa. Recorrió el país de punta a punta, desde Iquique hasta el estrecho de Magallanes.

Los opositores a la Unidad Popular clamaron contra lo que consideraban una «inaceptable intromisión cubana» al tiempo que se frotaban las manos, pues veían en el dislate fidelista una estupenda oportunidad para socavar aún más la autoridad del gobierno. Así, la perturbación lograda por las señoras que marcharon por el centro de Santiago haciendo sonar los peroles, con consignas como «Mientras bailan con Fidel/ no tenemos qué comer», fue otro indicio de los insolubles problemas que enfrentaba Salvador Allende, cada día más sofocado por la derecha y por la izquierda. En aquella ocasión, con su apoyo contante y sonante al caceroleo, el astuto Jack Devine se anotó un punto no solo con sus jefes sino también con las damas de la alta sociedad, que lo veían más apuesto que nunca.

—Un encanto.

Sin embargo, casi dos años después, y tras el exitazo del 11 de septiembre, empezaron a surgir preguntas extrañas, quizá porque fue el propio Jack Devine y no su jefe quien recibió, de primera mano, información precisa acerca de cuándo y cómo se ejecutaría el golpe. Él mismo lo contó cuando, ya retirado de la CIA, publicó un artículo en la revista *Foreign Affairs* en 2014: «Estaba almorzando en Da Carla cuando se acercó a mi mesa un colega y me susurró: "Llama a tu casa de inmediato. Es urgente". Y eso hice».

Con discreción, Devine interrumpió su almuerzo, pagó la cuenta y se fue del restaurante hacia las oficinas de la CIA en Santiago. Cuando llegó pudo llamar a su esposa Pat desde una línea segura. Pese a que el joven matrimonio tenía cinco hijos, Jack tuvo una corazonada acerca del motivo de esa urgencia, que no estaba vinculada con los niños sino con la situación política. Su mujer le habló de forma clara:

—Tu amigo llamó desde el aeropuerto. Se está yendo del país. Me dijo que te avisara que los militares decidieron ir para adelante, que eso va a suceder el día 11, y que el movimiento será iniciado por la Armada.

Con premura, el agente se dispuso a buscar otra fuente que confirmara esos datos, pero no tuvo que investigar mucho: poco después de hablar con Pat, «un prominente empresario vinculado con los militares me llamó para encontrarnos de forma urgente. Acordamos reunirnos en su casa al anochecer. Allí él me confirmó la información previa y agregó un dato clave: el golpe se iniciaría a las 7 de la mañana».

El dato era clave porque ofrecía un detalle que, como siempre ocurre con los detalles, anclaba la historia a un momento preciso y reforzaba su verosimilitud. Esa misma noche Jack Devine redactó un cable secreto de clasificación CRITIC que fue enviado a Langley en la madrugada. El código CRITIC aseguraba que el mensaje llegaría a los niveles más altos del gobierno, es decir a Nixon y Kissinger. Así que, en la mañana del día siguiente, mientras el presidente de los Estados Unidos desayunaba su habitual trozo de requesón cubierto con kétchup, habrá leído el meritorio reporte de la estación local en Chile. Para él esa información no era ninguna novedad, pero resultaba agradable comenzar el día con un toque positivo. De hecho, fue de las pocas buenas noticias recibidas por el mandatario en aquel tiempo. Hacia donde mirara, lo que percibía eran rostros crispados, artículos perniciosos en los periódicos, gestos amenazantes en el Capitolio y peleas entre sus colaboradores. En la oficina oval muchas palabras evocaban amarguras: Watergate, Agnew, Haldeman y por supuesto Hanoi, la maldita Hanoi. Él no permitiría una Hanoi en Sudamérica.

En la estación CIA de Santiago el dato obtenido por Devine fue tenido en cuenta por unos y desestimado por otros, pues todos estaban hartos de las falsas alarmas disparadas por opositores ansiosos. Muchos fueron escépticos respecto a ese nuevo anuncio, aunque resulta obvio que el embajador Davies y otros jerarcas ya debían de estar al tanto de lo que iba a pasar. Los de abajo, en cambio, se habían afanado durante meses por obtener información propia, no para operar de forma directa sino para protegerse, pues temían que, cuando

comenzaran las acciones golpistas, los sectores más radicales de la izquierda salieran a la calle dispuestos no solamente a defender al gobierno, sino a arrancarle la cabeza a cualquier yanqui que anduviera por ahí.

Para estar prevenidos, semanas antes los agentes habían creado una sencilla clave a utilizar por sus numerosos informantes, entre los que se encontraba el teniente coronel Mateo Durruty. El propio Devine admitió haber tenido por lo menos diez informantes. Algunos eran del Partido Comunista, otros del Partido Socialista y del MIR, otros estaban en el Ejército y en la Armada, y uno en el propio GAP, la escolta presidencial de Allende. La clave acordada era una frase que debía ser transmitida por teléfono o telegrama: «Mi tía murió». Eso significaría que el plan del golpe estaba en marcha.

Los informantes tenían que memorizar la frase, y se los instruyó para que en ninguna circunstancia la revelaran ni la escribieran ni dejaran ningún rastro de ella. Pero luego, con el correr de los días, fruto de la mala memoria de algunos y de la ansiedad incontrolable de otros, comenzaron a aparecer alertas con variantes. Una de ellas fue «Mi tía está enferma», otra «Mi tía está grave y no podrá recuperarse», y así. Hubo un telegrama que decía: «Mi tía aún no ha muerto». Además, algunos de los informantes se tomaron ciertas licencias poéticas: «Mi pobre tía no se siente bien», o «Los médicos desahuciaron a mi tía». Y hasta aparecieron textos con otras claves que, si bien eran comprensibles, resultaban de dudosa autenticidad: «El bebé nacerá mañana», o «El tío Jonás estará mañana en la ciudad».

—¿Quién carajo es el tío Jonás?

A esa profusión delirante de frases en clave se sumaron con rapidez otras, pues cada ámbito de la Embajada tenía sus propias fuentes y quiso contar con sus propios recursos. Por razones de seguridad, los de la CIA no iban a compartir sus códigos con el personal de plantilla que pertenecía al *staff* diplomático, ni mucho menos con los del grupo militar, que por alguna razón les resultaban poco confiables. Y los encargados del área de estudios económicos no intercambiaban con sus compañeros de trabajo más que un saludo de vez en cuando.

Una de esas nuevas claves era: «Se abrirán las flores», a la cual debía anteponerse el día concreto del golpe: «Mañana se abrirán las flores»,

o «El domingo se abrirán las flores». Otra, vaya a saber por qué motivo, al parecer estaba inspirada en Dalí, y de tan surrealista resultaba sospechosa: «Se van a ablandar los relojes», decía. También se debía agregar el dato al comienzo de la frase: «Mañana se van a ablandar los relojes». Hubo infinitas variantes, y en los días previos al 11 de septiembre aquello adquirió un carácter paródico: «Los relojes están por ablandarse», «Todo se encamina a que se ablanden los relojes», e inventos parecidos.

El que cantó bingo fue Jack Devine. Sus fuentes le brindaron la información precisa: el golpe sería el martes 11, comenzaría a las siete de la mañana en Valparaíso, participarían las tres ramas de las Fuerzas Armadas y también los Carabineros, y estos últimos iban a ser los encargados de arrestar a Salvador Allende. Era el plan completo. En lo sustancial, tales datos fueron confirmados a los bombazos setenta y dos horas después. Pero, en los días que siguieron al *putsch*, algunos analistas en Langley empezaron a preguntar cómo esa fuente podía haber obtenido una información tan detallada, quién había sido el reclutador, cuánto le pagaban por mes y qué cantidad de veces se había reunido con el agente operativo. Una situación bastante absurda, ante la cual Devine podría haber respondido con alguna variante de aquellas ridículas claves secretas, decir la verdad, y hacerlo a la manera de John Wayne:

—Mi tía ya está muerta. Eso es lo único que importa.

La investigadora Pascale Bonnefoy obtuvo el testimonio de Guillermo Padilla, un exsoldado que había servido en el regimiento de Ferrocarrileros cuando el golpe de Estado. En un artículo publicado en marzo de 2016 por el *New York Times*, Bonnefoy glosó la narración de Padilla, quien con sencillez confesaba la aflicción y el temor con los que vivió sus dos años largos en el Ejército y después, durante décadas, con el remordimiento de haber participado en muchas de las atrocidades cometidas en su regimiento. Cuando entró al Ejército, en abril de 1973, tenía 18 años. Salió a los 21 con el corazón envejecido.

Una de las tareas encomendadas al conscripto Padilla en los días que siguieron al golpe consistió en formar parte de un grupo que se ocupó

de ametrallar gente. Otra misión era subirse a un *jeep* y dedicarse a detener personas, tanto en Puente Alto como en toda la zona del Cajón del Maipo. Esos detenidos eran conducidos al regimiento y allí comenzaban los abusos, los malos tratos, las sesiones de tortura. En ocasiones, a los soldados de esos *jeeps* les ordenaban, cuando volvían de sus patrullas, participar en tales sesiones. A Padilla lo obligaron, y él lo hizo. También integró varios pelotones de ejecución.

Un informe oficial, publicado por el gobierno de Chile recién en 2005, permitió confirmar que los arrestados eran distribuidos en los vagones de tren estacionados en el cuartel de los Ferrocarrileros de Puente Alto, y que allí quedaban durante la noche. En el día los ponían a la intemperie, en el patio de la maestranza, un lugar descripto como un corral con piso de tierra y cercado con tejido de alambre. El informe asegura que los detenidos, antes de ser enviados al estadio Nacional, eran sometidos a tormentos y vejaciones. A través de varios testimonios concordantes se pudo establecer, además, que muchos prisioneros fueron obligados a comer sus propios excrementos.

Tales infamias se avalaron desde arriba. El innecesario bombardeo a La Moneda con cohetes Sura de espoleta retardada fue la señal de inicio para una carrera de ruindades en la que participaron militares y civiles de toda clase y posición. Era una turba de generales, banqueros, políticos y empresarios, soldados rasos, empleadas domésticas, economistas chicagones, camioneros, activistas de Patria y Libertad, amas de casa, peluqueros del Barrio Alto. Todos atropelladores, a los codazos entre ellos, sin siquiera disimular sus ansias.

Una parte significativa de la sociedad chilena se puso entonces a bailar la cueca brava de Pinochet, si no con regocijo por lo menos con entusiasmo. Cada cual procuró protegerse, sacar su tajada, evitar lo malo. Al principio importantes dirigentes se plegaron a esas danzas. Patricio Aylwin supo bailarlas con pañuelito y todo, aunque después se arrepentiría para, en la medida de lo posible, enderezar su camino. También la bailaron Eduardo Frei, Juan de Dios Carmona y tantos otros que nunca se arrepintieron. Bernardo Leighton, por el contrario, se negó a hacerlo y repudió a la dictadura recién instalada. Acabó con un balazo en la cabeza.

En Puente Alto, en Pirque y a lo largo del Cajón del Maipo hubo

muchas delaciones, pactos que eran felonías, crímenes. Hubo comerciantes que denunciaron a sus propios hijos —quienes terminaron asesinados— y lo hicieron para congraciarse con el nuevo régimen; hubo poderosos empresarios que colaboraron con el Ejército en la matanza de obreros de sus fábricas, porque los consideraban «rotos upelientos»; hubo periodistas que, con tal de no perder el empleo, vendieron el alma y redactaron artículos infames; hubo en el cuartel fanáticos del tormento, especialistas en arrancar uñas, en cortar testículos, en romper vaginas, en colgar cuerpos cabeza abajo como si fueran reses listas para faenar; hubo expertos en esconder cadáveres, hacerlos desaparecer de manera tal que nunca nadie pudiera hallarlos; hubo perdonadores profesionales, aduladores de sotana y crucifijo que repartían bendiciones en los fortines y tenencias de la zona.

Fue un tiempo brutal, que acabaría por provocarle graves quebrantos al gobernador Durruty, no por arrepentimiento o congoja propios, sino por la tenacidad de los deudos de aquellos cuyas vidas él había tomado. Esos quebrantos no sucedieron mientras estuvo al mando del regimiento, ni después, cuando fue ascendido a coronel y le encomendaron varias misiones en los Estados Unidos, ni más tarde cuando, ya retirado, consiguió que lo designaran vicerrector administrativo de una universidad y director del planetario. Los quebrantos le vinieron de viejo: a Pinochet empezaban a bajarle el telón de su dictadura y llegaron entonces las primeras solicitudes para que se investigara lo sucedido en el regimiento de Ferrocarrileros de Puente Alto. Hubo artículos en la prensa, reclamos de justicia.

Las acusaciones se extendieron como una mancha de aceite al ventilarse las denuncias en los estrados judiciales. Las querellas acabaron por encadenarse unas a otras pues todas estaban vinculadas entre sí, todas se referían a las mismas atrocidades y todas tenían un denominador común: Mateo Durruty Blanco. Él llevaba sin cuidado esas posibles imputaciones, pues consideraba que aquello era un circo montado por el marxismo internacional. A diferencia de algunos de sus excamaradas de armas, estaba convencido de que nunca iba a ser juzgado.

Siempre seguro de su impunidad, al terminar su labor de veintisiete

meses como gobernador de Puente Alto, Mateo Durruty se permitió conceder en 1975, a modo de triunfal despedida, una entrevista al periódico *Puente Alto al Día* en la que dejó expuesta su visión de la historia que él mismo protagonizaba: «Hay que tenerle confianza al gobierno militar, y no hay que creerles a los malos chilenos, mercenarios, comerciantes, sinvergüenzas politiqueros que andan tratando de desprestigiar al gobierno con mentiras. La gente que crea problemas es porque no se ha convencido de que los militares tenemos una formación distinta. Fundamentalmente para ganar la guerra hay que imponer nuestra propia voluntad al adversario. Y eso es lo que estamos haciendo: imponiendo nuestra voluntad al mirista de Malloco, a los ladrones del gobierno anterior que ganaban mucho dinero sin trabajar, a toda esa gente, hasta que se convenzan de que este país tiene que vivir tranquilo, sin atentados criminales, ya que trabajar dignifica al hombre, lo hace superior y distinto a las bestias».

En el momento de realizar esas declaraciones, en la gobernación de Durruty se habían producido, desde el 11 de septiembre de 1973, varios fusilamientos sin instancia legal alguna, ametrallamientos de civiles con resultado de muerte, enterramientos clandestinos en el cementerio Bajos de Mena, desapariciones de mujeres, hombres y niños, cientos de arrestos con torturas y violaciones, asaltos nocturnos a viviendas particulares y saqueos por parte de personal militar y de carabineros bajo su mando. Ese balance recién se completaría muchos años después, tras las sucesivas recopilaciones de datos llevadas adelante tanto por organismos oficiales como por organizaciones civiles privadas.

Aunque no fue de las primeras, estremeció a la opinión pública la denuncia presentada ante el juez Juan Guzmán el 29 de marzo de 2001, relacionada —entre otros quinientos ochenta y cinco crímenes— con el fusilamiento de Eusebio Rodríguez, alias el Guarén, obrero de la construcción que vivía en el campamento Nueva Habana, ubicado en La Florida, gobernación militar de Puente Alto. Eusebio era aquel hombre catalogado por *El Mercurio* en septiembre de 1973 como «muy peligroso», que fue pasado por las armas tras la supuesta celebración de un consejo de guerra presidido por Durruty.

La querella, accionada por ciento quince personas, acusaba a

«Pinochet y otros» de asociación ilícita genocida contra militantes del MIR, secuestro, aplicación de tormentos y homicidio calificado, delitos establecidos en una ley chilena de noviembre de 1953, veinte años antes del golpe de Estado y, por lo tanto, plenamente aplicable, pues no se podía argumentar retroactividad ni prescripción. Entre los «otros» abarcados por la denuncia estaba el coronel en situación de retiro Mateo Durruty.

Cuando le llegó la hora de defenderse, él dijo que la ejecución de Eusebio Rodríguez había sido un acto jurídicamente válido. Dijo además que el detenido recibió sentencia tras la celebración de un consejo de guerra llevado a cabo en el cuartel del regimiento de Ferrocarrileros, donde fue juzgado por un intento de sabotaje con explosivos. Agregó que, como comandante que era, se limitó a aplicar la ley marcial promulgada por el superior gobierno, y que no le cabía responsabilidad personal alguna en ese fallecimiento. Señaló que debía obediencia a sus mandos y acatamiento de las órdenes, y que jamás se excedió en el uso de sus atribuciones, pues todos sus actos respondían al pie de la letra a decretos, bandos y disposiciones emanadas de la autoridad correspondiente. Se describió a sí mismo como un simple soldado y, por lo tanto, un hombre honorable.

Sin embargo, lo que él afirmaba tenía la consistencia gelatinosa de una falsedad sin sustento, incapaz de sostenerse durante una investigación. Lo acontecido con Eusebio Rodríguez el día 14 de septiembre de 1973 en Puente Alto aterrizó de forma sorpresiva en el despacho del juez Billard, cuando otros militares del regimiento empezaron a declarar por el caso de los uruguayos. De pronto todo pareció estar relacionado, como si alguien hubiera zurcido con un hilo invisible esas viejas historias de una época que debía ser olvidada. Durruty estaba convencido de que olvidar era «lo más sano para el bien de la patria». Lo dijo en numerosas ocasiones. Sin embargo, eso no pasaba. Nadie se mostraba dispuesto a olvidar nada. Para desazón del excomandante, el espectro de aquel hombre fusilado treinta años antes se hizo presente en el juzgado y acompañó el recorrido del sumario.

VI

«Las Fuerzas Armadas han asumido el deber moral que la Patria les impone de destituir al Gobierno que, aunque inicialmente legítimo, ha caído en la ilegitimidad flagrante, asumiendo el Poder por el solo lapso en que las circunstancias lo exijan, apoyado en la evidencia del sentir de la gran mayoría nacional, la cual de por sí, ante Dios y ante la Historia, hace justo su actuar y, por ende, las resoluciones, normas e instrucciones que se dicten para la consecución de la tarea de bien común y de alto interés patriótico que se dispone cumplir».

BANDO N.° 12 DE LA JUNTA MILITAR DE GOBIERNO, 12 DE SEPTIEMBRE DE 1973

El tiempo desmejoró. Hubo una ligera nevada, luego el frío se hizo más intenso y las condiciones para caminar por la cordillera se volvieron muy difíciles. Los integrantes del grupo, unos más y otros menos, ya sentían el esfuerzo, el cansancio acumulado, la mala alimentación, la vestimenta inapropiada y el estrés ante el peligro constante. Iban en andrajos y, aunque aún no sufrían los efectos de la altura, estaban exhaustos.

Pese a que Gonzalo se había mostrado optimista en cuanto a la cantidad de chocolate necesario para soportar la vida en la cordillera, resultaba obvio que eso debía complementarse con alimentos que aportaran más calorías. Los que cargaban en sus bolsos eran escasos y poco apropiados para los rigores que comenzaba a presentar la ruta. Varios expertos han señalado que la denominada «ración de marcha» (en aquella época se le llamaba «ración de ataque») debería haber estado compuesta por alimentos livianos de transportar y que, además de tener un alto valor energético, fueran fáciles de ser digeridos sin consumir excesivas calorías: pasas, muesli, panes deshidratados, granola. Pero esos productos, que antes se vendían en San José de Maipo preparados de forma artesanal en pequeñas cajitas de cartón, como raciones individuales para los andinistas de fin de semana, hacía ya tiempo que habían desaparecido de los almacenes a causa del desabastecimiento y eran inhallables. Cargar fideos, arroz y chocolatines no satisfacía ninguno de los requerimientos de tal dieta, y los caminantes empezaron a sufrir las consecuencias. De los seis miembros del grupo, era Socorro quien más padecía la severidad de la montaña. Enrique intentaba ir siempre adelante, no dar muestras de desánimo y organizar de la mejor manera posible los descansos.

No hay referencias precisas en cuanto al comportamiento individual de los expedicionarios, pero todos sostuvieron el ritmo, pues ayudándose unos a otros (de eso sí hay constancia) lograron llegar a cada uno de los puntos previamente establecidos, aunque muy retrasados con respecto a la estimación original. Los tramos que según el mapa podían cubrirse en un par de horas, en la práctica llevaron

media jornada o más. En varias ocasiones perdieron el rumbo y tuvieron que escalar algunos cerros muy empinados para volver a la ruta original.

Una de las causas de esos retrasos fueron los numerosos cursos de agua de la zona. Tras vadear el estero del Ingenio en la primera noche de marcha, comprendieron que, con el frío, la ropa mojada se iba a convertir en un enemigo más. Resolvieron que, por más incómodo que fuera, en cada caso debían quitarse el calzado, las medias y los pantalones, y cruzar semidesnudos, con las ropas y las mochilas sostenidas sobre sus cabezas. Esa operación la realizaron algunos solamente, pero llevaba media hora por vez, cuando menos. Además, con o sin pantalones, los cuerpos eran sometidos en cada ocasión a un golpe hipotérmico fulminante, pues la temperatura del agua que descendía de las montañas era bajísima y arrastraba pequeñas placas de hielo.

Tuvo que ser un procedimiento emocionalmente cruel y físicamente devastador. Décadas después, Socorro aún está convencida de que vadearon inútilmente el mismo río en varias ocasiones, por desconocimiento del terreno y falta de orientación. En realidad, todo indica que avanzaron casi en línea recta, cruzaron diferentes arroyos (hasta cuatro necesariamente, algunos muy torrentosos), más el río Maipo en las cercanías de Queltehues y el río El Volcán frente al viejo emplazamiento de la mina La Mercedita.

De todas formas, no pudieron evitar la aldea. Después de superar con gran trabajo los últimos faldeos del San Pedro Nolasco y cruzar el río, tras avanzar un par de kilómetros sin dificultades notorias, se encontraron en mitad del camino con el pueblo El Volcán. Si bien lo habían visto en el mapa antes de partir, al tenerlo allá abajo ante sus ojos comprendieron que era un lugar mucho más grande y habitado de lo que imaginaban.

—En el papel parecía fácil.

El cañón se angostaba hasta formar un desfiladero que no tendría más de cuatrocientos metros de ancho. A ambos lados se elevaban cerros que se mostraban impracticables, y por uno de los costados corría un arroyo que en el mapa figuraba como río Volcán. Era imposible volver atrás, pues ya estaban muy alejados de la ruta

alternativa, la que rodeaba al San Gabriel. Tampoco había condiciones para permanecer allí, porque se hallaban demasiado cerca de la aldea. Más adelante se apreciaban unas laderas con vegetación de apariencia tupida, pero a la distancia era imposible saber si se trataba de árboles o de simples matorrales. No tenían donde ocultarse.

—Seguimos y listo.

Tendrían que bajar al fondo del cañón, y cruzar ese paso los llevaría a mostrarse. Las casas se veían humildes y estaban bien separadas unas de otras. La mayoría de las viviendas eran de tablas, con las chapas de sus techos deterioradas por el óxido. En esa época, aunque el dato no era conocido por los integrantes del grupo, allí vivían más de trescientos mineros, muchos con familias numerosas. Había un club deportivo, un sindicato y la posta médica. Se organizaban reuniones y fiestas. Aún se mantenía en pie el edificio de un antiguo cine, donde funcionaba la escuela, y estaba la estación del ferrocarril. Debió de ser difícil para los tupamaros imaginar la forma en que esa gente se las arreglaba para pasar los inviernos, con nevadas y temperaturas que solían caer por debajo del cero.

No era la localidad insignificante señalada en el mapa con un puntito negro. Aunque procuraron pasar lo más rápido posible, alcanzaron a ver un par de galpones grandes, un edificio de dos pisos con techo de tejas y una tolva enorme, cuya silueta se asemejaba a la de un cohete espacial. Las casas estaban dispuestas sobre una calle de tierra. A lo largo de esa calle había árboles, que quizá fueran álamos, y unos arbustos. Pasaron por el poblado cargados con sus mochilas y a plena luz del día. Es muy probable que, como sostuvieron Gonzalo y Socorro en sus testimonios, alguien los haya visto. Y también que de inmediato ese vecino o vecina se diera cuenta de que no se trataba de un grupo de excursionistas: no era la época en la que aparecían por allí, y además el aspecto de estos caminantes era penoso.

Lo que no resulta tan probable es que, si alguno de los residentes vio a los fugitivos cruzar por el borde de la aldea, se haya tomado después la licencia de realizar una denuncia sobre eso. El Volcán era un sitio alejado de todo, y si bien el tren militar llegaba hasta el pueblo a diario, las relaciones entre los soldados y los trabajadores de las minas y sus familias no eran cordiales. Después del 11 de septiembre, los

malos tratos se volvieron rutinarios. Muchos son los testimonios que se conservan sobre el rigor represivo que sufrieron los habitantes de la aldea.

Un minero experto en explosivos llamado Juan Bórquez, quien vivió buena parte de su vida en El Volcán, le contó al historiador Nicolás Aguayo Alegría los padecimientos y humillaciones de esos días: «Nos echaban a patadas de la casa, nos llevaban antes del toque de queda porque sí. El toque de queda empezaba a las 6 de la tarde, pero a las 5:30 ya nos tenían manos arriba y parados contra la pared. Todos los días en la tarde teníamos que esperar en la plaza a los milicos. Llegaban en unos camiones y ahí empezaban, patada y culatazo, y así todos los días. Nosotros casi siempre dormíamos arriba, por el socavón, porque no se podía dormir acá, porque a la hora que llegábamos nos sacaban y si uno no estaba vestido igual lo pescaban. Ahí nos formaban frente al sindicato y el camión con la metralleta apuntando».

Los habitantes del pueblo no le tenían miedo a la Calchona, sino a los soldados. Bórquez agregó un dato importante sobre la población de El Volcán en 1973, que arroja luz sobre el estado anímico de aquella gente: «Acá había dos ideales políticos: comunismo y socialismo». Ese perfil ideológico de los mineros y sus familias era conocido por el comandante Durruty y la plana mayor del regimiento de Ferrocarrileros. En sentido estricto, los militares nunca consideraron a El Volcán como un posible foco de resistencia, sino como un lugar a través del cual podían llegar de forma subrepticia refuerzos enemigos provenientes del otro lado de la frontera. Siempre previsor, Durruty dio instrucciones para que los habitantes del pueblo —sobre todo las mujeres que allí vivían— recibieran una advertencia: si alguien colaboraba con invasores o extremistas él no dudaría en ordenar un bombardeo.

Desde la lejanía del tiempo puede sonar descabellado, pero eso fue lo que ocurrió. El subteniente Latorre Pinochet recibió la encomienda, movió las fichas de su sección de inteligencia en el regimiento, el sargento René Cruces les llenó la cabeza a los maquinistas que operaban el trencito, y al otro día los vecinos de El Volcán recibieron la amenaza:

—Tengan cuidado. Se comenta que andan con ganas de bombardearlos.

Resulta difícil pensar que alguno de esos hombres reventados por el trabajo en los socavones estuviera dispuesto a actuar como soplón. Viejos y desdentados a los treinta años, consumidos por el alcohol barato y humillados por los soldados, con sus ideales políticos recién derrotados y, además, amenazados y golpeados por quienes eran sus opresores, no parece probable la cooperación con el Ejército o los Carabineros. Y menos probable es que lo hiciera una de las mujeres del pueblo. Ellas nunca se movían en otro ámbito que no fuera el de la cocina, la limpieza y la crianza de los niños. Eran las que mandaban, pero lo hacían sin moverse de sus casas.

Quien sea que haya visto a los fugitivos en aquella ocasión debió contemplar una imagen extraña. En la luz incierta de esa tarde con lloviznas, de pronto emergieron por un costado de la aldea seis siluetas que caminaban en fila india cargando unos bolsos roñosos, a paso cansino, como si nada más existiera. Para ellos era imperioso continuar la marcha y alejarse lo más rápido posible de allí. Tuvieron que hacerlo apartados también del camino que continuaba montaña arriba. Estaban agotados, pero permanecer en las cercanías de El Volcán hubiera sido una imprudencia grave. De acuerdo a las declaraciones de Gonzalo y Socorro, es razonable pensar que sí se toparon con alguien cuando cruzaron la aldea. Y, aunque eso podía significar un problema muy serio, según el mapa se hallaban al final de la línea. Era el último lugar poblado por el que debían transitar en su fuga hacia Argentina.

Continuaron por la ruta del desfiladero, pero pronto aprovecharon un trillo para alcanzar una ladera que parecía firme. Volvieron a subir. Al principio encontraron nieve acumulada solo en algunas áreas; luego, a medida que avanzaban, vieron que todo el terreno se cubría de blanco. Fue un esfuerzo extenuante. Estaban jugados y siguieron su camino con la revolución a cuestas, como si fuera uno de esos bultos que cargaban trabajosamente. No les importaba qué tan difícil era lo imposible, qué tan mortificante podía llegar a ser el dolor. No les importó porque, aunque no lo comprendieran del todo, esa retirada era un viaje sin retorno, una culminación de los empeños que cada

uno había abrazado con pasión en un país lejanísimo llamado Uruguay. Podían haber cambiado el plan una semana antes, o incluso unos días o unas horas antes, cuando se hallaban en la zona habitada del Cajón del Maipo. Sin embargo, optaron por seguir adelante.

Fue así como aquel caserío llamado El Volcán se convirtió en un símbolo, y quizá por eso los sobrevivientes creyeron después que el infortunio se les había atravesado justo en ese lugar, o que ese lugar era el infortunio mismo. Cuando brindaron sus testimonios, Socorro y Gonzalo no fundaron sus presunciones, sino que se limitaron a señalar que allí alguien los había visto y delatado. Ni siquiera eso. En rigor dijeron que suponían que tal cosa pudo haber ocurrido.

Esa aldea de mineros, con su única calle de tierra y sus casas pobrísimas fue, para cada uno de los fugitivos, el borde que los enfrentó a la cordillera verdadera, a las montañas como monstruos dispuestos a lanzarse sobre ellos. A partir de ese punto la ilusión se desvaneció y la escala ya no fue capaz de engañarlos. Todo se volvió aún más difícil.

A Eusebio Rodríguez, alias el Guarén, albañil y vecino del campamento Nueva Habana, lo detuvieron a las ocho y media de la mañana del 14 de septiembre de 1973 en la zona oriente de Lo Cañas, a unos ocho kilómetros del cuartel. En aquella época ese sector estaba poco poblado, apenas si era asiento de algunas fincas y campos explotados en aparcería. La atravesaban unos caminos de tierra que subían por los faldeos andinos para meterse en la cordillera.

Eusebio, como todos en las poblaciones de La Florida, estaba asustado por el golpe militar. Ya habían metido presos a muchos de sus compañeros. Esa mañana él llevaba consigo una caja de cartón que contenía algunos libros, para tratar de salvarlos de los allanamientos. Iba acompañado por un vecino llamado Waldo Mario Leiva, cuando unos carabineros aparecieron de la nada y les dieron la voz de alto. Rápido de reflejos, Leiva empezó a correr. Confiaba en que el Guarén haría lo mismo, que iría detrás. Los carabineros dispararon, aunque con mala puntería. Sin dejar de correr, Leiva se volvió para mirar y vio que su amigo estaba de pie en el camino con los brazos en alto y la

caja de cartón a sus pies. Así fue que Leiva huyó y el Guarén terminó arrestado. Lo llevaron de inmediato al regimiento de Ferrocarrileros, tal como los mandos habían estipulado que se hiciera con todos los detenidos.

El comandante Durruty declaró que ese mismo día, a media mañana, se celebró en el cuartel un consejo de guerra para decidir el destino de Eusebio, quien de acuerdo a la acusación «había sido detenido en horas de la madrugada en el interior de la unidad con una caja de explosivos». Estaba imputado de intentar un sabotaje y de ser el principal colaborador del Mickey, un importante dirigente del MIR llamado Alejandro Villalobos. La pena establecida por la Junta de Gobierno para el delito de sabotaje era la muerte por fusilamiento. El consejo de guerra, dijo Durruty en su declaración indagatoria, estuvo presidido por él mismo e integrado además por el abogado Boris Bravo Justiniano, el sacerdote Manuel Villaseca Poblete, los oficiales del regimiento Sergio Gajardo Munizaga, Jorge Parra Lamas y Miguel Latorre Pinochet, y el suboficial Manuel González Lazo.

El caso recién se ventiló en el año 2006 en un tribunal de la Corte de Apelaciones de San Miguel presidido por la ministra Marta Hantke. Allí, el comandante declaró que aquel consejo de guerra había resuelto condenar a Eusebio Rodríguez a morir fusilado, y que la sentencia se cumplió ese mismo día, a las 12:10 minutos. En cuanto a fecha y hora no mintió, y hay varios testimonios al respecto. Se formó un pelotón de fusilamiento, que fue integrado por conscriptos del regimiento al mando del entonces subteniente Aníbal Barrera Ortega.

PREGUNTADO: por las circunstancias de la muerte de José Eusebio Rodríguez.

BARRERA: El 14 de septiembre, alrededor de las diez de la mañana, mientras me encontraba en el cuartel se me acercó Ítalo Ferreti, que era el segundo comandante del Regimiento. «Hay que fusilar a un huevón», me dijo. Me informó que ese hombre había sido sorprendido por personal de carabineros al interior de la población La Victoria con una caja de amongelatina. También me ordenó que le avisara al médico del regimiento, el doctor Villagrán, porque se sabía que simpatizaba con la Unidad Popular. Según Ferreti, era bueno que Villagrán observara el fusilamiento para hacerle ver lo que le podía

pasar. Cumplí de inmediato lo ordenado por Ferreti, ubiqué al médico, le informé lo que ocurría y él acató la orden. Posteriormente organicé el pelotón de fusilamiento. Pedí voluntarios dentro de los soldados conscriptos que estaban haciendo el servicio y para mi sorpresa se ofrecieron todos, por lo que tuve que escoger a ocho. También dispuse de un vehículo militar para el traslado del pelotón. En eso estaba cuando vi que sacaban al detenido de uno de los calabozos y lo dejaban en la parte posterior del camión, tendido en el suelo. No me acerqué al condenado porque yo estaba sentado en la cabina del camión, junto al conductor y al doctor Villagrán. Detrás de nosotros iba una ambulancia del regimiento que llevaba al enfermero, para trasladar el cadáver tras el fusilamiento. Una vez que llegamos al cerro La Ballena, le ordené a la tropa que desembarcara del camión. Después ordené que bajaran al detenido, y allí por primera vez pude ver su rostro, que mostraba evidentes huellas de haber sido torturado. Le pregunté: «¿Usted sabe a qué viene»? A esa altura el hombre se puso a llorar. «Yo no hice nada, señor. Los pacos me cargaron». Yo le dije: «Mire, amigo: esto es una guerra y usted perdió. Muera como hombre, como marxista y como chileno». El hombre me contestó con mucha dignidad: «Sí, mi teniente». Le pregunté si sabía rezar y me contestó que sí. Entonces le pedí que rezáramos un Padre Nuestro, a lo que accedió. Rezamos. Después le pregunté si quería que le avisara a alguien. Me pidió que le informara a su mujer, y me anotó su nombre y dirección en un papel. Después lo llevé al lugar donde iba a ser fusilado y le di la mano. Ese gesto fue grotesco de mi parte, es cierto, pero en ese momento me pareció apropiado para que el hombre no se sintiera tan desesperado. Me alejé unos metros y di la orden al pelotón de disparar. Luego, como el fusilado presentaba estertores, me acerqué y procedí a darle el tiro de gracia en la cabeza. Enseguida se acercó el médico Villagrán, quien revisó sus signos vitales y constató la muerte. El hombre fue fusilado de espaldas al pelotón, porque yo no me atreví a colocarle la venda en los ojos, que era lo que se estilaba en ese procedimiento. Después ordené que subieran el cadáver a la ambulancia.

PREGUNTADO: si tiene algo para agregar.

BARRERA: Eso es todo.

Así terminó la vida de Eusebio Rodríguez, chileno de 24 años, casado con Rosa Villagra y con dos hijas pequeñas. El camión que transportaba a los soldados que participaron en la ejecución partió rápido del cerro La Ballena para regresar al regimiento, porque ya se había pasado la hora del rancho y la tropa estaba hambrienta. Uno de los soldados que iba en ese camión era el conscripto Guillermo Padilla, el mismo que narró para el *New York Times* su desdichada vida de entonces. Otro integrante del pelotón de fusilamiento, el soldado Julio Bahamondes, le contó un relato coincidente a la investigadora y periodista chilena Carolina Blanche en el año 2015. Los testimonios de Padilla y Bahamondes confirmaron que lo dicho por el exsubteniente Barrera ante el tribunal era, en esencia, exacto. Sin embargo, Bahamondes agregó un detalle omitido por Barrera: momentos antes de ser ejecutado, Eusebio Rodríguez gritó «¡Viva Chile!».

Fue la jueza Hantke quien investigó a fondo y en detalle la conducta del comandante Durruty en el caso. Lo hizo a partir de declaraciones efectuadas por el propio Aníbal Barrera y por varios oficiales del regimiento de Ferrocarrileros ante otro tribunal, en el juicio por la desaparición de los tres uruguayos del Cajón del Maipo. Hantke descubrió entonces que la mayoría de las afirmaciones del coronel Durruty eran falsas, que el consejo de guerra no se había celebrado o que, por lo menos, no existía ninguna documentación al respecto, y que todos los integrantes de ese supuesto consejo de guerra, excepto el propio Durruty, ya habían fallecido y por lo tanto no podían contradecir al imputado. Descubrió que la acusación de sabotaje contra Eusebio Rodríguez no tenía fundamento alguno, que el cadáver del fusilado nunca había sido entregado a su familia, y que todo eso produjo una larga cadena de infortunios familiares. Descubrió también que la esposa de Eusebio, una muchacha llamada Rosa Ester Villagra, durante los días siguientes a la detención de su marido fue en varias ocasiones al regimiento de Ferrocarrileros para preguntar por él sin que le dieran ninguna respuesta, hasta que un día los oficiales de guardia en el cuartel se hartaron de su insistencia y la arrestaron, la violaron y la torturaron y después la enviaron al estadio Nacional, para que uniera su lamento al de otros miles.

Y la magistrada Hantke descubrió que, finalmente, a raíz del

sufrimiento padecido y del quebranto emocional y de la ausencia de su marido y de los horrores que debió ver y soportar, Rosa Ester Villagra se había suicidado el 24 de diciembre de 1978, a los veintinueve años. Una de sus hijas, Macarena Rodríguez Villagra, fue quien narró esa parte de la historia ante el tribunal. Ella tenía dos años cuando mataron a su padre, siete cuando se suicidó su madre y treinta y cinco cuando testificó en sede judicial.

Durruty fue condenado por el crimen de Eusebio, pero como el cuerpo nunca apareció, en primera instancia resultó penado con diez años y un día de presidio mayor, por un delito de «secuestro calificado». Sin embargo, no llegó a ingresar a prisión. Estuvo cinco días alojado en una unidad militar y luego sus abogados obtuvieron para él un beneficio con régimen domiciliario de reclusión parcial.

Cuando en Santiago se echó a andar la maquinaria jurídica para conocer la verdad sobre los uruguayos del Cajón del Maipo, el trazo que de allí surgía mostraba un patrón criminal que se repetía una y otra vez. De la lectura del sumario instruido en esa causa se desprenden varias inexactitudes y mentiras, declaradas o cuando menos propiciadas por los imputados. Ellos tenían como materia prima la tendencia patrañera propia del regimiento de Ferrocarrileros. Algunas falsedades aparecían vinculadas con el caso, pero otras fueron excrecencias que contribuyeron a revelar la podredumbre que reinaba en aquel cuartel desde mucho antes del golpe de Estado.

Durante el juicio Mateo Durruty declaró que, mientras fue comandante de esa unidad militar, nunca supo de la existencia de ciudadanos extranjeros allí detenidos, y quedó probado de manera fehaciente que eso era falso. Que jamás escuchó hablar de prisioneros uruguayos en el cuartel. Falso. Que el día 11 de septiembre, gracias a su sagacidad militar, había logrado derrotar una invasión de extremistas en Las Vizcachas, a la entrada de Puente Alto. Falso. Que en esa ocasión sus tropas capturaron a unos sesenta guerrilleros y confiscaron armas y vehículos. Falso. Que jamás tuvo vínculos con oficiales o agentes operativos de la CIA. Falso. Que Eusebio Rodríguez fue fusilado en cumplimiento de la sentencia impuesta por un consejo

de guerra. Falso. Que él no había ordenado concentrar a los detenidos en el cuartel de Puente Alto. Falso. Que los prisioneros en su regimiento eran correctamente tratados y que nunca tuvo conocimiento de torturas. Falso.

Esa conducta, cuyo adalid era Augusto Pinochet («Yo muchas veces mentía», dijo en cierta ocasión), fue marcada por el jefe, así que los demás imputados siguieron sus pasos y también faltaron a la verdad durante las investigaciones y ante el tribunal. Después del golpe de Estado, los encargados de realizar interrogatorios en el regimiento integraban un círculo de hierro, casi sin vínculos con el resto del personal. Bajo el mando de Martínez Benavides, delegado para ello por el propio Durruty, actuaban como supervisores de ese círculo los capitanes Lander Uriarte y Vargas Avendaño, y sus supervisados eran Moisés Retamal, José Latorre Pinochet y los sargentos Juan Urbina y René Cruces. Muy pronto se les unió Gabriel Montero, y entre todos forjaron una especie de cofradía basada en el secretismo y la brutalidad.

Ninguno confesó haber participado en las cotidianas sesiones de interrogatorio y tortura. Lander Uriarte apenas admitió que «en alguna ocasión» había «prestado colaboración a los funcionarios del departamento de Inteligencia en interrogatorios a detenidos», aunque de inmediato matizó su afirmación: «A los detenidos más que interrogarlos yo los entrevistaba, para así formarme una idea de las necesidades de la comunidad».

Gabriel Montero aseguró, en una declaración tomada por el Departamento V de la Policía de Santiago, que nada sabía acerca de los uruguayos prisioneros en el regimiento, cuando en realidad él fue parte del operativo para capturar a dos de ellos, y fue además uno de los que sometió a brutales palizas a varios de los detenidos, como consta a fojas 989 del sumario. Dijo que él no era «boina negra», pero omitió decir que sí llevaba una boina de color verde oscuro. Ese asunto de la boina (negra o verde, que era la de los especialistas en montaña) puede aparecer ahora como un detalle trivial, pero no lo era en el Ejército. Montero también les mintió a varios de sus camaradas de armas, al venderles el cuento de que había completado un curso de comando en Fort Gulick, lo que no era cierto. En su historial de

servicios figura que recibió durante diez días un curso de orientación para oficiales subalternos.

El sargento René Cruces aseguró que su trabajo era «puramente administrativo» en la sección de Inteligencia del regimiento. Sin embargo, hay un documento del Ejército, con el sello «Secreto», que señala datos bien diferentes: «René Cruces Tapia, sargento, auxiliar de Inteligencia en el regimiento Ferrocarrileros de Puente Alto. Período de julio de 1972 a junio de 1974. Vocación profesional: Desde el 11 de septiembre de 1973 a la fecha se ha destacado por su interés y dedicación en la búsqueda de información, interrogatorios de detenidos y formando parte de equipos de allanamiento en la zona jurisdiccional del departamento de Puente Alto, contribuyendo con su labor a detectar a elementos extremistas, neutralizando su acción». (Informe Reservado. División de Ejército. Firma: teniente coronel Washington García Escobar).

Hay decenas de casos similares. La mentira resultó ser un mecanismo apto para aprovechar cualquier resquicio y sacar ventaja. El abogado chileno Cristian Cruz, quien en 2005 había asumido en nombre del Estado la representación de los familiares de los uruguayos desaparecidos, lo resumiría después con una síntesis perfecta: «Cada vez que el Ejército ha dicho que habla con la verdad, es una garantía de que está mintiendo». El juicio permitió descubrir otras falsedades de esa misma época, las que tuvieron como finalidad aumentar los méritos de los oficiales del regimiento y mejorar sus carreras. Un ejemplo significativo, que podría ser hilarante en otras circunstancias, aparece cuando se leen las «hojas de vida» enviadas por el Comando General del Ejército al tribunal del juez Billard. Allí figuran —entre otras— las notas y calificaciones del subteniente José Latorre Pinochet, el pequeño jefe de inteligencia del regimiento, a quien apodaban el Poni.

Ese documento, que registra la actividad del oficial entre julio de 1972 y agosto de 1975, tiene el sello del Comando y muestra hasta el número permanente de matrícula de Latorre Pinochet: 25891. Es una recopilación minuciosa de toda la papelería generada durante ese período de su carrera militar. Allí, firmada por el jefe de batallón Francisco Martínez Benavides, aparece una felicitación escrita de su

puño y letra en diciembre de 1973 que dice textualmente:

«En un ataque que el 120745 [léase día 12 a la hora 07:45] de septiembre produjo un grupo de extremistas al Cuartel del Regimiento, se distinguió de otros oficiales del Batallón que participaron en el contrataque, por su valor y sangre fría con que enfrentó al adversario. Arriesgando su vida penetró con otros 4 compañeros en el local desde donde se hacía fuego a la guardia, anulando y desarticulando con su acción el ataque. Su decidida acción impidió que se produjeran bajas en el personal de la Unidad. Valoración profesional: +1,0 (1 punto). Firma: Francisco Martínez B. - Mayor. J. Latorre - Subteniente. Fecha: 26/12/73».

Quedó establecido que se trató de una mentira más grande que el propio regimiento. No hubo ningún ataque extremista, no existió ningún contrataque por parte de los soldados, ni una «decidida acción» del subteniente Latorre, ni nada de lo que en ese documento del Ejército de Chile se relata. No hubo combate en el cuartel, ni en esa fecha ni en ninguna otra. Las acciones de resistencia consistieron, durante unos pocos días, en efectuar algunos disparos aislados contra las casetas de guardia, casi siempre en la noche, y ninguna de esas acciones tuvo consecuencias. El primer soldado de los Ferrocarrileros caído en combate fue un conscripto llamado Rosamel Jesús Bravo Miranda, quien murió quince meses después del golpe, el 3 de diciembre de 1974. La referida anotación de Martínez Benavides, falsa de cabo a rabo, sí supuso un empuje al ascenso del entonces subteniente Latorre Pinochet al grado inmediato superior, lo que se concretó en los meses siguientes.

Lo curioso es que, en la hoja de vida del propio Martínez Benavides remitida por el Estado Mayor del Ejército, figura la misma narración falsa de su superior jerárquico, es decir el comandante Durruty, pero aplicada a él:

«12. Sept. 73: Con motivo del asalto que realizaron elementos extremistas en contra del cuartel del Regto. a las 7:45 aproximadamente, le correspondió una actuación destacada al dirigir personalmente un contrataque que tuvo pleno éxito logrando eliminar a todos los extremistas. Lo anterior le significó avanzar entre el fuego y subir piso por piso al recinto que era ocupado por extremistas. Su

actuación, realizada con entereza y constituyendo [sic] ejemplo para sus subalternos del Batallón Ing. Montaña del Regimiento».

Un plagio y dos héroes falsos en el mismo expediente. Vistos a la distancia, esos papeles oficiales y secretos —que integran el «cuaderno de documentos» del sumario instruido por el juez Billard— parecen apuntes para una comedia de enredos. Desde el presente, con el pequeño Latorre Pinochet todo tiende a ser cómico además de indignante. A pesar de los numerosos papeles fechados en 1973 en los que figura como teniente, su grado real era el de subteniente. El ascenso, conseguido recién en enero de 1974, más su apellido materno, significaron para él un cambio definitivo, pues le abrieron muchas puertas en la vida castrense y también en la sociedad civil chilena, que entonces se mostraba afecta como nunca a los uniformes y los galones. A partir de ahí, a Latorre no lo paró nadie. Ni siquiera sus superiores, quienes siempre se avenían a las componendas que él ideaba. Tan exitosa fue la *performance* que desarrolló el Poni en las Fuerzas Armadas, que acabó sus días (algo tempranamente, es cierto) con el grado de coronel retirado, como secretario privado y testaferro de don Augusto.

Dejaron atrás El Volcán y avanzaron hacia el este por la ladera de los cerros, que en esa zona mostraban una vegetación lo bastante densa como para protegerlos de las miradas de extraños. Desde el pueblo ya no podían verlos. Por donde iban había muchos culenes, que al ras del suelo formaban un mantillo blando y traicionero. Por esas breñas, si bien los caminantes quedaban ocultos, también se les dificultaba el paso de una manera aflictiva, pues la hojarasca era mucha y casi siempre estaba tapada por una fina capa de algo que quizá fuera nieve o algún tipo de ceniza. Cada paso debían darlo con extremo cuidado, ya que los arbustos podían disimular un pozo o una piedra, y tropezar allí implicaría casi con seguridad despeñarse cuarenta o cincuenta metros, en una rodada fatal. Abajo, al fondo del desfiladero, se observaba un roquedal negro que parecía colocado a propósito para delimitar el camino que salía de El Volcán.

Los padecimientos iban en aumento, cada risco era más difícil de

sortear que el anterior, cada quebrada se volvía un abismo. El agotamiento provocó que los integrantes del grupo comenzaran a hacer movimientos bruscos y que tomaran decisiones erróneas. Como el avance de la columna iba muy lento, intentaron abrirse paso con las manos, y eso les causó rasguños y cortes, que eran superficiales y sin ninguna gravedad, pero que delataban en cada uno de los expedicionarios un punto de fatiga riesgoso. Lo verdadero se ponía otra vez de manifiesto, y mostraba que ellos no estaban listos para desafiar las intemperies de la cordillera. Como era previsible, empezaba a fallarles el tino. Fue raro que a ninguno se le hubiera ocurrido desarrollar ese razonamiento en la casa de El Ingenio, antes de partir: ¿Qué preparación sería necesaria para atravesar los Andes a pie, sin equipamiento ni víveres suficientes y sin una mínima experiencia? Fue raro que no se preguntaran si les alcanzaría con la voluntad revolucionaria. ¿Cuánto se podría soportar? Cualquier respuesta hubiera dejado al descubierto la ausencia de criterios básicos para afrontar el reto.

No podía haber sido de otra manera: venían de Uruguay, el país más llano de todo el continente. La elevación icónica por excelencia —incorporada incluso al escudo nacional— es el cerro de Montevideo, un altozano de ciento treinta y dos metros sobre el nivel del mar. Situado a un costado de la ciudad, justo en la entrada de la bahía, se puede subir cómodamente hasta la cima en bicicleta. En el interior de Uruguay tampoco hay montañas, sino unas livianas serranías rodeadas por praderas inmensas, las verdes llanuras en donde viven millones de ovejas, vacas y caballos desde hace cuatro siglos.

Ese paisaje de trazos bucólicos está fijado en el carácter de los uruguayos, quienes aprenden de memoria, ya en la escuela primaria, algunas de las virtudes naturales de la patria: un país sin montañas ni volcanes ni terremotos, sin ningún accidente orográfico de importancia; un país sin selvas ni desiertos, sin climas extremos, sin nevadas ni peligrosos meteoros ni confines inaccesibles.

Es un territorio carente de obstáculos notorios en el que otrora pastaban no solo los nobles ganados, sino también los servidores públicos, los patriarcas de las familias más acaudaladas, los caudillos políticos y un multitudinario rodeo compuesto por académicos,

poetisas, dandis y patricios, todos mansos en las praderas republicanas. Para los uruguayos en general —que gustan de llamarse a sí mismos orientales, un gentilicio algo confuso— las montañas siempre tuvieron un contenido simbólico sin vínculo con la realidad, pues nunca fueron enfrentadas y, por lo tanto, representan más una quimera que un escollo.

En muchos hogares hasta hoy se evocan sitios remotos desde donde, se supone, ciertos antepasados partieron alguna vez hacia América, ya fueran friulanos tristes, gallegos empeñosos o judíos provenientes de parajes con nombres de difícil pronunciación. En esas evocaciones suele haber montañas, nieve, lobos, bosques y distancias enormes.

La nostalgia impostada por tales lugares fue durante muchas décadas parte de los ritos uruguayos, una liturgia dominguera ampliamente aceptada en un país anticlerical, un viaje a la semilla que concluía de forma festiva cuando llegaba a la mesa familiar la fuente de ravioles, los comensales atacaban el almuerzo y se olvidaban de sus ancestros. Con semejante herencia cultural, impregnada en la manera de ser de cada uno, era imposible que los expedicionarios uruguayos estuvieran preparados para sortear los obstáculos de la vida en la montaña. Socorro lo confiesa entre lágrimas, cuarenta y siete años después de aquella peripecia:

—Ninguno de nosotros hubiera sobrevivido en la cordillera.

Cuando intentaron el cruce aún resonaba la épica de los uruguayos que se habían salvado tras el accidente aéreo ocurrido el año anterior en los Andes. En ningún sentido son experiencias comparables, pero tienen varios puntos en común, unidos por caprichosos lazos. Los muchachos del avión eran tan jóvenes como los integrantes del destacamento perdido tras las líneas enemigas, y la época del año era la misma. Esa odisea, iniciada once meses antes y que tuvo lugar cien kilómetros al sur del Cajón del Maipo, dio pie a múltiples interpretaciones, a notas sensacionalistas en la prensa y a una fatigosa serie de películas, libros, reportajes, conferencias y ensayos de corte religioso y motivacional. El suceso se conoce en todo el mundo como «el milagro de los Andes». Un milagro que salvó la vida de dieciséis personas.

A lo largo de las décadas, las preguntas acerca de cómo y por qué

los jóvenes del accidente aéreo tuvieron éxito en la empresa de sobrevivir a las durísimas condiciones de la cordillera, fueron respondidas por quienes poco y nada sabían con maledicencias, especulaciones, razonamientos seudocientíficos y hasta divagues chovinistas. Pero ninguna respuesta ha podido llenar el vacío de lo inefable. Los propios protagonistas del episodio tienen diferentes explicaciones, aunque es común en todos la convicción de que la unidad del grupo fue un factor decisivo. Eso, y la voluntad de vivir. Y la suerte, indulgente para unos y nefasta para otros. Y los imponderables, unos buenos y otros malos. Y las casualidades, las infinitas casualidades buenas y malas y horribles, algunas absurdas. El escritor Pablo Vierci, confidente y amigo de ellos desde la adolescencia, lo resumió en una frase: «Allá arriba la frontera entre lo posible y lo imposible es difusa».

Aunque no estaban preparados para eso —nadie puede estar preparado para salvarse de un accidente de avión y vivir aislado a cuatro mil metros de altura en una montaña durante dos meses, rodeado de cadáveres, sin abrigo ni alimentos—, sí estaban decididos a superar el trance de cualquier manera. Cada desastre fue enfrentado con una nueva iniciativa, y de los desgarradores conflictos planteados surgieron formas prácticas de resolverlos para seguir con vida. Lo más atinado es aceptar que hubo, tanto en la actitud de los sobrevivientes como en las circunstancias mismas de la tragedia, una singularidad extrema que desborda cualquier explicación. Fernando Parrado, el más notorio integrante de aquel grupo de renacidos, lo ha formulado con sencillez: «Salimos de casualidad».

En las confesiones de Socorro, realizadas casi medio siglo después de la retirada por el Cajón del Maipo, asoma un costado distinto de los seis jóvenes fugitivos, un punto de humildad que admite por fin la existencia de lo imposible: allí la voluntad no fue capaz de obrar ningún milagro. O quizá sí lo fue, aunque no se note. Si bien estaban dispuestos a cruzar la cordillera a pie, seguir su lucha donde fuera, incendiar la pradera y llevar a cabo una revolución que sería cruenta y amarga, no lo estaban para forzar sus propias acciones más allá de determinados límites. La embestida militar del 11 de septiembre la cargaban sobre sus hombros no solo como una derrota sino también

como una salvajada aberrante por parte del enemigo. La singularidad no estuvo en la actitud con que enfrentaron ese destino, sino en los pelotones de fusilamiento y en las montañas que se atrevieron a desafiar. La frase de Socorro suena tan contundente ahora como hace medio siglo:

—Ninguno de nosotros hubiera sobrevivido en la cordillera.

Es cierto. No habrían tenido ninguna posibilidad porque corrían con todas las desventajas. Incluso a los más perseguidos en aquel momento, que eran los propios chilenos del MIR y los bolivianos del Chato Peredo y su malogrado Ejército de Liberación Nacional, les hubiera resultado menos azaroso el viaje.

Los bolivianos tenían una experiencia trágica pero mucho más sólida que la adquirida por los tupamaros. Primero habían pasado por el viacrucis de Ñancahuazú, y luego por las fracasadas intentonas en Teoponte, aquellas aventuras delirantes que, sin embargo, dejaron a unos pocos sobrevivientes (todos refugiados después en el Chile de Allende) con valiosos conocimientos vinculados a los cerros, los montes, la selva, los zancudos, las sanguijuelas, la falta de alimentos, las tácticas para eludir al ejército y la mejor manera de lidiar con las rispideces de la tropa propia. Sin duda que estarían más preparados para cruzar a pie la cordillera de los Andes, para sufrir las privaciones y soportar los calambres y enfrentar el frío, la nieve y el mal de altura.

Lo mismo pasaba con los chilenos del MIR y del Partido Socialista. Pese a que se trataba de organizaciones políticas esencialmente urbanas, para sus militantes las montañas formaban parte de su propia naturaleza, pues estaban rodeados por esas alturas desde la cuna, en un cerco que era físico, intelectual y afectivo. Eran mucho más que paisaje. Las nombraban en el himno nacional *(Majestuosa es la blanca montaña/ que te dio por baluarte el Señor)*, la Mistral les había susurrado con dulzura (*Me voy, montaña adelante/ por donde van mis arrieros*), la impar Violeta Parra y Neruda lo hicieron, y el gran Raúl Zurita, y antes y después otros cientos, acaso miles de copleros y narradores de Chile.

Las lágrimas de Socorro al mostrar su convicción de que los seis hubieran perecido en la cordillera si continuaban el viaje, no eran solamente la expresión de una pesadumbre sino también de una

certeza que fue su sombra: «Si no nos atrapaban ahí, todos hubiéramos muerto. Tuvieron que morir tres de nosotros para que nos salváramos tres». La captura del grupo, que ocurrió casi en el último instante, impidió que los expedicionarios siguieran montaña arriba, ya inalcanzables en su camino a la frontera, lo que hubiera significado la muerte de todos. Acaso ese haya sido el milagro.

La prueba apareció mucho después, ya en el siglo veintiuno, gracias a modelos computacionales con proyecciones de rásteres de latitud y cálculos meteorológicos, realizados en Chile con el apoyo del departamento de Ciencias Atmosféricas de la Universidad de Wyoming. A fines de septiembre de 1973 las bandas de temperaturas estimadas en esa zona de la alta cordillera tuvieron mínimas de diecinueve grados centígrados bajo cero.

Esos cálculos muestran que la percepción de Socorro era acertada: «Todos estaríamos muertos». Con su dolor a cuestas, ella formula una verdad que en aquel momento el destino torció, como si una mano poderosa hubiera resuelto distribuir la vida y la muerte en el grupo a partes iguales: tres para un lado, tres para el otro. Las casualidades son siempre crueles y la montaña no perdona, o perdona poco. Lo mismo había pasado con los ocupantes del avión accidentado en la cordillera en octubre de 1972: dieciséis para un lado, veintinueve para el otro.

Fue un acontecimiento periodístico que regocijó a la Junta Militar en pleno: la revista *Ercilla* volvía a la circulación. En la mañana del 26 de septiembre Durruty despachó rumbo a Santiago a uno de sus ayudantes con la orden de comprar treinta ejemplares de la revista, pues quería asegurarse de tener una cantidad suficiente ese mismo día, para hacer proselitismo en la gobernación. Un oficial del Ejército, quien integraba la comisión de Censura impuesta por el Bando N.° 15 y trabajaba en la oficina instalada en la calle San Ignacio, le había pasado el dato en la noche previa.

Era un número dedicado por entero al golpe de Estado, a los desaguisados de Allende y, sobre todo, a los nuevos gobernantes. Con su diseño característico, la propia edición de ese número especial fue relatada en la revista como una hazaña digna del tiempo recién

inaugurado. La tapa era engañosa, pues el director de *Ercilla*, convertido en un gran funámbulo del periodismo chileno, olfateó que muchos ciudadanos opositores al golpe de Estado la iban a comprar si pensaban que ahí hallarían algún tipo de análisis crítico sobre los sangrientos excesos de la Junta.

Los textos de portada se tallaron como pequeñas joyas de asepsia informativa. El título principal apenas anunciaba «A partir del martes 11». Cuerpo catástrofe, letras rojas sobre fondo blanco. Enseguida, en un recuadro rojo con letras blancas, seis bajadas igualmente neutras: «De la UP a la Junta», «Las razones militares», «La otra cara del allendismo», «Danza de los millones», «Los planes extremistas» y «La hora de la reconstrucción».

En la página editorial se hacía malabares con las palabras para escribir algo sin decir nada: «Desde el minuto en que los chilenos —por las ondas radiales— se enteraron del movimiento militar, el equipo de esta revista comprendió: a) que la edición en prensa probablemente nunca llegaría a los lectores, y b) que había que prepararse para salir nuevamente a circulación con una visión de los dramáticos acontecimientos que se vivían». Más adelante, tras informar vagamente acerca de ciertos problemas con la imprenta (la realidad era que los talleres de la editorial Quimantú, donde se imprimía la revista, habían sido ocupados por las tropas), el editorial deslizaba una frase que, por omisión, podía resultar significativa para aquellos que supieran leer entre líneas: «La titánica labor consistió, durante todo el fin de semana, en organizar el material recogido en dos semanas de labor, ordenarlo y poder presentar al público una visión lo más completa posible de lo ocurrido a partir del 11 de septiembre y, al mismo tiempo, mantener los rasgos inconfundibles de presentación gráfica y estilo de la revista».

Lo que allí se confesaba, sin decirlo, era que se mantenían las formas (diseño, formato, tipografía), pero no los contenidos. Apenas si se apuntaba que el material periodístico brindaría una visión «lo más completa posible», es decir incompleta. *Ercilla* no podía referirse a los contenidos porque, en los hechos, los mismos habían sido revisados con prolijidad, no una sino dos veces, por un grupo de censores militares del llamado, con humor eufemístico, «Departamento de

Evaluación».

Ercilla era propaganda envuelta para regalo. Su primer artículo, en la página 4, se titulaba «Planes para un asesinato en masa» y comenzaba asegurando que el 17 de septiembre era el día señalado para que los extremistas se lanzaran a matar militares, políticos, periodistas y profesionales, todos opositores al gobierno de la Unidad Popular, e instaurar de inmediato en Chile una dictadura totalitaria. Según la revista, los futuros asesinos se habían entrenado en las residencias que poseía el presidente Allende.

Esa nota inicial marcaba el tono de toda la revista. Lo que hacía, quizá sin saberlo, era preparar el terreno para la difusión del «Plan Zeta», en un apretado resumen de la justificación que esgrimiría Pinochet para exculparse por ejecutar el golpe de Estado. En *Ercilla* ni siquiera se planteaba cómo podían caber «miles de extremistas» en «las residencias de Allende», ni dónde estaban las armas a empuñar por los ejecutores del Plan Zeta.

En las páginas 33 y 34 se machacaba en el punto, con una crónica escrita en el tono nervioso de una corresponsalía de guerra. Bajo el título «Valdivia, guerrilla en la montaña», se informaba que «A juzgar por los antecedentes disponibles —lo cual fue corroborado por los nuevos jefes de la provincia de Valdivia—, la hermosa región de montañas, lagos y ríos será fuente de importantes noticias en los días siguientes. Razón: en la zona cordillerana existe el llamado Complejo Maderero de Panguipulli, donde se ha detectado un grupo extremista numeroso y bien apertrechado».

Más adelante el corresponsal indicaba que «el comandante de la división de caballería de Valdivia, general Héctor Bravo Muñoz, expresó que la acción más importante se registró el día 14, cuando un grupo de ochenta guerrilleros armados atacó el retén de Neltume (ubicado en la ribera del lago del mismo nombre), ataque que fue rechazado, sin registrarse bajas, por los doce carabineros que defendían el lugar. De inmediato llegó apoyo militar, logrando capturar algunos prisioneros [sic], quienes nos confirmaron la presencia de extranjeros en el grupo extremista».

Embalado, el periodista continuó con el relato en ese mismo tono: «En el complejo maderero, según informó el general Bravo, había

alrededor de tres mil hombres, todos bajo una fuerte influencia extremista. Uno de los líderes del grupo era el conocido comandante Pepe, quien fue detenido con otros veinticinco hombres. “Tenemos dispuestas acciones de limpieza en la zona, con operativos terrestres y apoyo de helicópteros y aviones”, agregó el general Bravo».

Esa fue la prédica de *Ercilla* en aquel primer número después del golpe. Es probable que Durruty se haya sentido decepcionado al comprobar que, en las 64 páginas de la revista, no aparecía ni una sola mención a la gobernación de Puente Alto ni al regimiento de Ferrocarrileros, y mucho menos a su figura. Allí abundaban las fotos, notas y entrevistas con los principales generales, y también con ignotos coroneles, cagatintas convertidos en jefes de zona y varios gobernadores militares del norte, del centro y del sur del país. Pero a él, al teniente coronel Mateo Durruty, al comandante de ese baluarte estratégico que custodiaba la entrada a la capital, lo habían ignorado. El fiasco debió de ser grande, porque en las dos semanas transcurridas desde el 11 de septiembre, con su conducta había demostrado «gran eficiencia, decisión y lealtad hacia el mando superior». Así consta en una anotación de sus superiores en el *Cuaderno de Documentos* anexado al sumario.

Tal vez en privado Durruty haya cuestionado a los periodistas, o a quienes desde el gobierno les facilitaron los contactos y la información para redactar cada una de las notas. Quizá se haya preguntado dónde estaba el error, qué más podría haber hecho para figurar en un recuadro de *Ercilla*, un pequeño recuadro por lo menos, aunque más no fuera para que su esposa lo conservara como *souvenir* de Puente Alto. De todas formas, de acuerdo con el testimonio de uno de sus ayudantes en la gobernación, la revista «se obsequió a distintas personalidades y circuló de mano en mano en los ámbitos oficiales», además de venderse en los quioscos del pueblo y sus alrededores.

Mientras hojeaba *Ercilla*, Durruty le dijo a su ayudante que estaba preocupado. En realidad, más que preocupación lo que debía sentir era molestia y, quizá, celos. Le habían llegado rumores de que se iba a habilitar en Pirque, en un lugar de recreación llamado Parque del Salitre, un refugio de la ONU para proteger a los terroristas extranjeros prófugos. El pequeño aparato de inteligencia del regimiento logró

averiguar, además, que una pareja de holandeses y un diplomático francés habían inspeccionado el lugar luego de conversar con algunos vecinos en el poblado.

Para él, en tanto comandante del regimiento, eso podía ser apenas un problema, pero como gobernador de la provincia era casi una afrenta. Se había tomado la decisión de instalar un campo de refugiados en sus dominios sin siquiera consultarlo. El Parque del Salitre estaba allí mismo, del otro lado del río. Cualquiera que fuera por el camino podía ver las siluetas de las cabañas, las araucarias, el prado. Y de pronto, ese hermoso lugar de esparcimiento en Pirque pasaba a ser tierra de extremistas. El ayudante del gobernador tuvo que haber comprendido la flaqueza de su jefe, pero optó por una actitud lisonjera. Se ofreció a redactar el primer borrador de un bando con prohibiciones para la población de Pirque respecto a esos indeseables. El gobernador no dijo nada. Se dedicó a pasar una a una las páginas de la revista. Su silencio expresaba desagrado y ofuscación.

Ercilla tuvo un gran éxito con ese número, del que realizó varias reimpresiones en los días siguientes. Vendió decenas de miles de ejemplares, aunque la información que brindaba, como quedó demostrado después, era insidiosa y de mala calidad. El «comandante Pepe», detenido por tropas del general Bravo en Valdivia, se llamaba José Gregorio Liendo y era un perito agrónomo convertido en dirigente rural del MIR. Lo mataron el 3 de octubre, una semana después de la publicación de su perfil en la revista. El crimen ocurrió en Valdivia tras el arribo a esa ciudad del general Arellano Stark con su operativo conocido como «caravana de la muerte». En total, fueron doce los ejecutados entre ese día y el siguiente en un predio militar de Llancahue, en las afueras de la ciudad. Además de Liendo, fueron fusilados Purísimo Barría, José Barrientos, Sergio Bravo, Santiago García, Enrique Guzmán, Fernando Krauss, Luis Pezo, Víctor Rudolf, Rudemir Saavedra, Víctor Saavedra y Luis Valenzuela. El mayor de ellos tenía 32 años y el menor 19.

El general Bravo, quien estuvo al frente de las supuestas acciones combativas en el sur relatadas por la revista, una vez recuperada la democracia en Chile acabó juzgado y condenado por un total de treinta homicidios más un secuestro calificado. Como era usual, tales

homicidios se realizaron aplicando penas de consejos de guerra que nunca se celebraron. Sin acusación fiscal, sin alegato, sin actas. Nunca se hallaron documentos que pudieran probar o siquiera sugerir la existencia de algún tipo de proceso contra los acusados. Era el mismo mecanismo empleado por Durruty en su propia jurisdicción.

Llegaron a las inmediaciones de Lo Valdés en la media luz del atardecer. Era un sitio yermo ubicado a unos cinco kilómetros al sur de El Morado, el gran complejo montañoso que domina toda la zona. Una vez allí, divisaron no lejos del camino una construcción de apariencia bastante precaria, en la cual quizá pudieran refugiarse del frío y reponer fuerzas para lo que quedaba del trayecto. Se hallaba contra una pared de roca que caía a pico sobre una explanada. Cuando se aproximaron al lugar descubrieron que era un galpón de tablas semiderruido, lo único que se mantenía en pie de un conjunto que en otro tiempo había sido un poco mayor.

La fuga se desarrollaba con la lentitud propia de los grandes infortunios. A primera vista se trataba apenas de echar el resto y continuar. Hasta ese momento no se habían topado con ningún contingente militar, y eso era auspicioso, aunque en dos ocasiones debieron ocultarse pues, a baja altura, pasó una avioneta con la sigla FACH pintada en el fuselaje. Los caminantes no tenían experiencia al respecto. ¿Qué podía significar eso? ¿Los estaban buscando? ¿La Fuerza Aérea preparaba algún tipo de acción en esa zona? ¿Estudiaban el terreno para la llegada de la infantería? Como guerrilleros urbanos —si es que esa categoría de verdad existió— ellos mantenían en perfectas condiciones sus capacidades: eran competentes para poner caras de inocencia en un control de la Policía, o para vestirse con corrección, comportarse de forma adecuada, infiltrarse en un casino y robar el dinero de la caja.

Tales destrezas fueron muy aplaudidas en su momento por varios ensayistas que ya estaban hasta la coronilla de los postulados ruralistas de Régis Debray y sus seguidores parisinos. Así que los latinoamericanólogos más ilustres le respondieron al francés con un tiro por elevación: se mostraron sospechosamente deslumbrados por

aquel epítome urbanoide que eran los tupamaros, quienes «con sagacidad encomiable emplean una especie de camuflaje oficinesco eficaz y novedoso». En el número de julio-agosto de 1968 de *The Monthly Review*, se agruparon los principales críticos del francés: André Gunder Frank, Paul Sweezy, Eqbal Ahmad y Perry Anderson, entre otras luminarias. Le dieron con todo, sin piedad. Para esas fechas Debray no podía ejercer el derecho a réplica porque estaba preso en Bolivia, condenado a treinta años de cárcel por su participación en la guerrilla del Che.

Más allá de las intenciones, lo que se decía en la revista era verdad: los tupas podían andar con una cédula de identidad falsa y aprenderse de un tirón todos los datos del titular del documento, desde la fecha de su nacimiento hasta los nombres de unos parientes que vivían en el interior. Y estaban entrenados para fabricar las pequeñas hojillas del llamado «papel puf», que se quemaba por completo y sin llama en un instante, al acercarle cualquier fuente de calor. Esas hojitas permitían llevar anotaciones difíciles de recordar, y hacerlo sin riesgo de que cayeran en manos del enemigo, aunque los insurgentes eran en general personas instruidas, con capacidades mnemónicas altamente desarrolladas.

Algunos poseían además lo que en la Orga se llamaba de forma exagerada «experiencia militar», lo cual significaba que tenían cierta familiaridad con el manejo de armas, o que habían llevado adelante algunas acciones, como por ejemplo el escruche nocturno de un comercio o el lanzamiento de volantes en un teatro durante la función. Los más expertos contaban con el fogueo de uno o dos tiroteos, y unos pocos con su participación en emboscadas y escaramuzas. Pero esos eran la excepción, un puñado. En general, las armas que portaban los tupas eran unos pequeños revólveres Colt calibre 38 de cañón corto, igualitos al que usaba el gordo Broderick Crawford en la serie *Patrulla de caminos*.

Eso eran: guerrilleros urbanos. Mucho más lo segundo que lo primero. Y, como eran civiles a todos los efectos, nunca se les había ocurrido emplear o siquiera pensar en conceptos de carácter militar tales como «área de operaciones», «repliegue táctico» o «vuelo de reconocimiento». Entonces, allí en la montaña, en esa región

desconocida y hostil, los tupamaros se preguntaron si aquel aparato que los había sobrevolado era un avión de vigilancia, y en ese caso qué tan visibles podían ser ahí abajo para quien observara desde un aeroplano que, por más despacio que volara, debía de hacerlo como a cien kilómetros por hora. No tenían idea. Por precaución acordaron que, si llegaban a oír a lo lejos un motor, buscarían rocas lo bastante grandes como para ocultarlos, y se colocarían pegados a ellas, inmóviles y separados entre sí, hasta que el peligro pasara.

Trazado de forma esquemática, el recorrido que les quedaba por delante consistía en ascender hacia el este por un trillo llamado antiguamente Sendero de las Yeseras, en una caminata de unos seis kilómetros que no presentaba accidentes importantes. Luego debían torcer hacia el sur por la zona conocida como Baños Colina y continuar sin apartarse del curso del río, llegar al valle de las termas, rodear la base del cerro Amarillo y enfilar de nuevo al este para escalar hasta un paso denominado de las Nieves Negras, a 3800 metros de altura. El mapa mostraba que ese paso caía al río Salinillas, al otro lado de la frontera.

Parecía fácil, pero era una maniobra casi imposible de ejecutar. Durante el verano esa zona era espléndida y ellos lo sabían, pero en esa época del año podía haber tanta nieve acumulada en el camino como para impedir o cuando menos dificultar seriamente el paso del grupo. En algunos sectores, el desfiladero por el que iban a transitar apenas si tenía cien metros de ancho, en parte cubiertos de agua y hielo fino, y las escarpas era inaccesibles. En el mapa no figuraban esos detalles, de modo que los expedicionarios ni siquiera imaginaban con qué se encontrarían al acceder a las regiones más altas de la cordillera.

Ya estaba oscuro cuando se detuvieron para hacer noche en el galpón. Durante décadas, aquel sitio se había usado como campamento para los trabajadores de los yacimientos situados hacia el norte, por el camino a El Morado. Después, una vez que esas vetas se agotaron, los trillos para acceder a las nuevas explotaciones —realizadas casi siempre al pirquén— nacían del otro lado, en la confluencia de los ríos Yeso y Maipo, así que varias instalaciones fueron abandonadas.

Durante el trayecto desde El Volcán hasta ese punto no habían

encontrado ningún rastro de actividad humana reciente. No detectaron marcas de fogones ni restos de campamentos. Ni siquiera bosta, lo que significaba que los arrieros, que solían acarrear a lomo de mula contrabando desde Argentina, aún no habían comenzado la temporada. Claro que las huellas podían estar ocultas bajo la nieve más reciente, pero eso nadie podía saberlo, así que lo mejor era pensar que su ausencia significaba la ausencia de gente.

La falta de rastros, comprobada una y otra vez de manera casi obsesiva durante el recorrido de esa tarde, tuvo un efecto extraño. Por un lado, les resultó tranquilizador creer que marchaban por lugares no frecuentados por los humanos. Y por otro, esa misma comprobación provocó en el grupo una conciencia del desamparo que, sabían, iba a acompañarlos durante los siguientes cien kilómetros. Por más que se apoyaran entre sí, que se dieran ánimo y disimularan sus fatigas individuales para no convertirlas en un problema colectivo, aunque la solidaridad fuese mutua y sin fisuras, era evidente que estaban solos. Habían logrado escabullirse de sus perseguidores y por fin se hallaban —creían— en lo profundo de la cordillera. Dependían únicamente de sí mismos, de sus habilidades como montañistas y de la resistencia que tuviera el más débil de los seis, porque los seis asumían que en esa aventura la suerte de uno sería la suerte de todos.

Alguien encendió una fogata con unas tablas, derritió nieve en la cacerola y puso a cocinar unos fideos. Comieron a oscuras una masa insulsa, medio cruda. Luego se acomodaron como pudieron dentro del desvencijado galpón, que daba señales de no haber sido utilizado durante mucho tiempo. Las maderas del piso crujían con los pasos, y el polvo acumulado se sentía en la oscuridad como una especie de pegote compactado por la humedad. Olía a rancio. Para darse calor se amucharon envueltos en sus mantas. El frío mordía, pero eso no impidió que, en medio de aquella negrura, hicieran planes. Estaban tan lejos de todo que dieron por sentado el éxito de la fuga que protagonizaban. Lo que les quedaba por hacer era cruzar la cordillera, recuperarse durante unos días en algún pueblito argentino del valle de Uco, luego viajar hasta Buenos Aires y retomar el contacto con la Orga. La Revolución no se detendría.

Decidieron enviar una especie de avanzadilla para estudiar las

condiciones del camino. Debían ser dos, pues encomendarle la tarea a uno en solitario, aunque fuera más práctico, parecía demasiado arriesgado. Partirían al día siguiente en cuanto amaneciera, y aunque todos se ofrecieron a formar parte de esa vanguardia, al final primó el sentido común de Enrique Pagardoy. Acordaron que quienes estaban en mejores condiciones físicas —Juan Povaschuk y Ariel Arcos— serían los integrantes de la dupla exploradora.

No pintaba fácil: había que subir varios kilómetros rumbo a la frontera, estudiar los mejores lugares por los que transitar, marcarlos en el mapa de la forma más precisa posible y luego volver a bajar al campamento para guiar al resto del grupo. Como manera de aliviar la caminata, resolvieron dejar los bolsos en el galpón. Si todo iba bien, regresarían a media tarde. Los seis aprovecharían entonces para descansar y preparar comida caliente. Dormirían una noche más en esas ruinas y después continuarían el viaje todos juntos.

Algunos permanecieron despiertos, y hasta bromearon en la oscuridad. Lo habían logrado. Pese a la soledad de aquellos parajes, o tal vez por eso mismo, los miembros de la patrulla perdida se sintieron confiados en llegar al otro lado. Suponían que el camino sería más o menos igual durante el resto del recorrido. Nieve, arroyos de agua helada, menos oxígeno en el aire, más frío. Sin embargo, ninguno de esos escollos les resultaba demasiado amenazante, quizá porque jamás habían padecido una situación como esa, o porque eran jóvenes y optimistas a pesar de las desdichas, o porque creían que la voluntad revolucionaria era una palanca apta para cualquier desafío, capaz de remover los más diversos obstáculos, incluidos los relacionados con la naturaleza.

—La Orga puede mover montañas.

También es probable que su confianza brotara de un manantial más primario: estaban vivos. Y eso, en el nuevo Chile de Pinochet, era una señal indiscutible de buena suerte.

VII

«El temporal sorprendió en ese paso, peligroso siempre, a varios conductores de ganado que llevaban a Chile sus haciendas. En aquel infierno de huracanes, lluvia y nieve perecieron, después de luchar desesperadamente contra las iras espantosas de la naturaleza, los individuos Santos Muñoz, N. Espinosa, Sebastián Bravo, Tomás Guajardo, José Aldecica, N. Baigorria y Zenón Carabajal. El peón Venancio Delgado y varios otros, se encuentran en grave estado, quemados por la nieve, entre la que han permanecido durante varias horas».

Diario *La palabra*, Mendoza, 30 de diciembre de 1884, citado por Benjamín Vicuña Mackenna en *A través de los Andes*

Debe suponerse que, a primera hora de la mañana del 25, 26 o 27 de septiembre de 1973, la información sobre la presencia de un grupo que marchaba rumbo a la frontera fue transmitida desde la subcomisaría de San José de Maipo, cuyo jefe era el capitán Rolando Morales, a la jefatura ubicada en la comisaría 2.ª de Carabineros de Puente Alto, a cargo del mayor Jorge Stein. En el fortín de San José de Maipo estaba concentrado todo el personal de los retenes y las tenencias circundantes, y además se había decretado el acuartelamiento general, lo que implicaba la cancelación de cualquier permiso para abandonar el destacamento.

En el recinto se acomodaban de mala manera cuarenta y cinco efectivos que tenían distintos grados de preparación, un armamento variado y costumbres disímiles. No se conocían entre sí, y los anfitriones recelaban de quienes llegaban de otras dependencias, pues temían que entre esos se hubiera colado algún soplón de los servicios de inteligencia. A partir del 11 de septiembre la institución había procedido a realizar una purga concienzuda en sus filas, licenciando de manera preventiva a todo aquel que tuviera algún antecedente, traza o sospecha de simpatías allendistas.

Tras el acuartelamiento ordenado por el comandante Durruty, en San José de Maipo se congregaron carabineros de características contrapuestas. Estaban los pacos ya veteranos y sin ascensos a la vista, que nunca se habían propuesto hacer carrera y que esperaban con resignación la hora del retiro; estaban los nuevitos y entusiastas reclutas a contrata, siempre agradecidos por tener ropa de abrigo, comida y un sueldo que, aunque magro, era mucho mejor que nada; y estaban aquellos que de a poco iban subiendo en la escala funcional, con la mira puesta en el máximo grado al que podían aspirar, el de suboficial mayor, y eso con gran esfuerzo, buena suerte y la disposición permanente a usar las cabezas de sus compañeros como escalones.

Los oficiales, en cambio, eran todos egresados de la Escuela del General Carlos Ibáñez del Campo, en Santiago. Allí les habían

inculcado algo denominado «modales correctos», y un sentido de casta que los separaba de la tropa, a la que era necesario considerar, según la prédica de sus adiestradores, no solo como subordinada sino compuesta por gente inferior y poco confiable. Muchos de los nuevos tenientes se graduaban con prejuicios racistas y de clase que aplicaban con empeño en el trato dispensado a los rasos bajo su mando y a los ciudadanos a quienes debían proteger. En eso consistían los modales correctos.

Tal forma de preparar a los futuros jefes, más próxima al copete de los militares que a la llaneza civil de la policía, no había cambiado demasiado en los últimos años, así que la mayoría de los oficiales de carabineros de 1973 eran tan bellacos como los de 1972, los de 1970 o los de 1960, todos adoctrinados durante varios semestres bajo el lema «Orden y Patria», con lavado de cerebro incluido.

Aquella mañana, el capitán Morales recibió las directivas desde Puente Alto y se mostró por demás exaltado. A sus asistentes directos les dijo que las personas detectadas camino a la frontera eran guerrilleros. La orden recibida era organizar sin demora una escuadra y partir en su búsqueda hacia las proximidades de Lo Valdés. Hubo algunos preparativos destinados a conformar esa escuadra, que en realidad era un rejunte de personal disponible en ese momento, el que además debía tener un estado físico adecuado para afrontar una recorrida por aquella región.

Se despacharon dos vehículos grandes de caja descubierta, en los que se repartieron diez efectivos. Algunos de los que integraron el grupo serían citados, treinta años después, como testigos en el juicio por la desaparición de los uruguayos. Entre ellos estaban los carabineros Adolfo Fariña y Reginaldo Zavala.

Las divergencias con relación al nombre de quien actuó como jefe de esa escuadra fueron notables. Unos indicaron que era el teniente Roberto Cárdenas, pero Cárdenas declaró que él no sabía nada del asunto porque para esa fecha ya no estaba en San José de Maipo sino en Pirque; otros aseguraron que era el sargento Ramón Miranda, fallecido muchos años antes del juicio, y otros dijeron que era José Muñoz, también finado.

Los recuerdos se fijan de manera aleatoria en la memoria de cada

persona para crear una realidad que, en muchos casos, es incompatible con los hechos. Respecto a esa jornada de septiembre, dos de los carabineros aseguraron que era un día de sol, despejado y muy frío. Otro, en cambio, dijo tener la plena seguridad de que la mañana era inhóspita, con el cielo encapotado, tanto que mientras se zarandeaba en la camioneta pensó que se avecinaba una nevada. Varios confesaron no recordar el punto, y además se molestaron ante la insistencia del tribunal, porque no entendieron la importancia del asunto: era lo mismo que estuviera soleado o gris, que fuera un día hermoso o desagradable. De cualquier forma, eso quedaba en el pasado, en un lugar ya inalcanzable. En lo que sí coincidieron todos fue en calificar el frío de aquella mañana como terrible, quizá porque los que brindaron testimonio habían hecho el viaje en las cajas de las camionetas, expuestos a la intemperie de la cordillera.

La ruta, cuyo nombre oficial era Camino al Volcán, presentaba condiciones apenas aceptables en los primeros diez o doce kilómetros, pero a partir de San Alfonso, un paraje conocido de antiguo como Cabeza de Ternera, el ripio mostraba cada vez menos firmeza, las banquinas eran inexistentes y de tanto en tanto aparecían piedras desprendidas de los mogotes, que en algún tramo incluso obstruían parte de la senda. A eso debía agregarse el temor de los carabineros a caer en una emboscada de los guerrilleros que, decía el mando, se hallaban dispersos por las montañas.

Con un día de sol según unos o nublado según otro, los hombres de la subcomisaría emprendieron la misión de encontrar a una columna de terroristas que iban rumbo a la frontera. Para la tarea los habían provisto de subametralladoras Uzi. Uno de los carabineros, designado casi en broma como «el artillero», llevaba en lugar de la Uzi una escopeta Ithaca de corredera, y dos bandoleras con cartuchos atravesadas «a la mexicana», en el torso. Cada agente portaba su funda blanca con un revólver de calibre 38 en algunos casos, o una pistola Colt en otros, y abundante munición.

Ninguna de esas armas se adecuaba a las operaciones en campo abierto, pues no tenían el alcance necesario para un enfrentamiento en las montañas. Eso lo sabía el capitán Rolando Morales, quien había despachado al personal, y también el sargento Miranda, que estaba al

mando de la tropa. Si se llegaba a producir un tiroteo, los carabineros serían víctimas fáciles de cualquier piquete rebelde. Pero lo más probable es que Miranda, acostumbrado a lidiar con cogoteros y a meterse de madrugada y a prepo en los lupanares de Puente Alto, no se impresionara demasiado con ese tipo de peligro. Y el capitán Morales quizá tuviera ya la certeza, tras dos semanas de batidas incesantes por parte del Ejército, de que en esos cerros no había amenaza alguna y que las guerrillas que tanto miedo provocaban habían sido un invento para meter en cintura a los díscolos y apremiar a los más asustadizos.

A esa misma hora, a unos veinticinco kilómetros al sureste del punto en donde el camino se tornaba difícil para los carabineros, Juan Povaschuk y Ariel Arcos emprendían la marcha por la garganta más estrecha del Cajón, con el objetivo de estudiar las condiciones del terreno y marcar los mejores lugares para transitar al día siguiente. Cuando los dos exploradores partieron, luego de intercambiar algunas palabras con sus compañeros, ingresaron sin saberlo en una comarca que, con el paso de los años, se iba a convertir en una anomalía de tiempo y espacio en la cual todo sería posible: un helicóptero, la fuga, el desatino de perderse en las montañas, un paredón en el cuartel, la nada y el milagro, el milagro y la nada. El vacío se llena con suposiciones, desgarramientos y más suposiciones. El tiempo deja de ser, los relojes se detienen para marcar una hora determinada, la que a su vez será siempre otra hora, diferente y agónica: un poco antes de la desaparición o un poco después, aunque ese antes y ese después nunca lleguen a precisarse. La desaparición es esa anomalía.

Los demás siguieron durmiendo, rendidos por el esfuerzo de los días anteriores, arrebujados con sus mantas y pegados los unos a los otros. Acostados sobre el suelo de tablas del galpón, habían resuelto no dejar a nadie despierto durante la noche para vigilar, pues la oscuridad era total y ni siquiera podían verse entre ellos. El optimismo no suplantaba las calorías. En esas condiciones de agotamiento y postración hubiera sido inútil cualquier advertencia de peligro: ya casi no tenían fuerzas y además no existía lugar en el cual esconderse. La

construcción se emplazaba contra una montaña, en un páramo, a unos doscientos metros del camino, sobre un pedregal cubierto de nieve. A un costado había otras ruinas.

El desfiladero era como un cepo de piedra entre montañas, y eso les provocaba una sensación de sofoco. A sus espaldas tenían el cerro Retumbadero (3825 metros), enfrente El Morado (4674 metros) y delante de este el Rubillas (3450 metros), al fondo el volcán San José (5856 metros) y, en medio de esas moles inmensas, un zanjón cavado en la roca que era donde se encontraban. Solo existían dos rutas practicables: hacia adelante, rumbo a la frontera con Argentina, o hacia atrás para regresar al pueblo El Volcán.

Allí, sobre los ruinosos tablones de ese galpón abandonado, germinó una inocencia que se sostuvo en la esperanza compartida, en la disposición a continuar el viaje a cualquier costo, cruzar la frontera y acabar aquella marcha lo antes posible. La caminata había sido mucho más ardua de lo previsto. Fue como una expiación de varios días, un suplicio de tropezones, caídas, llagas, hambre y angustia. Las privaciones eran difíciles de sobrellevar, y más sin ropas adecuadas, con calzado que lastimaba a cada paso y prendas de lana que pesaban como plomo a causa de la humedad, con los pies helados y en algún caso inflamados, y con los miedos de fuera y los de dentro: el miedo al ejército, a los aviones de la FACH, a tomar una ruta equivocada y acabar perdidos en aquel dédalo de nieve y piedra; el miedo a fallar en una trepada y despeñarse, caer por un precipicio, sufrir fracturas, ser una carga para el resto o tomar la decisión de dejarse morir para salvar a los demás; el miedo a no saber cómo enfrentar las dificultades, dónde conseguir las fuerzas y el calor que, a cada minuto, necesitaban con más urgencia.

Sin embargo, los padecimientos sirvieron para fortalecer a cada uno de los caminantes. El estar allí, en la silenciosa oscuridad de la cordillera, les infundió una certidumbre que hasta ese momento no tenían. Si habían llegado a ese punto, si estaban dispuestos a seguir pese a las calamidades y los dolores, si eran capaces de reír en la noche y de imaginar una continuación de la lucha del otro lado de las montañas, entonces se volvía evidente, una vez más, que con la voluntad revolucionaria lo imposible era, apenas, un poco más

trabajoso, y que nada los detendría. Hasta Socorro, la más escéptica del grupo, abrigó nuevas esperanzas.

Portentosa e irreal, la anomalía comenzó a desplegarse. El vacío se llenó con esas dos figuras que debieron marchar a buen ritmo por el desfiladero. Las condiciones del terreno y la resolución que ambos habían mostrado desde el comienzo de aquel periplo, ya sin mochilas y con la ventaja que les otorgaba andar a la luz del día, permitieron que los primeros dos o tres kilómetros fueran recorridos con presteza. Era un camino que subía siguiendo el curso del río, con vegetación en algunos sitios. Durante los tramos iniciales no fue necesario sortear quebradas ni crestones, y el ascenso se hizo a razón de unos cien metros por cada mil recorridos. Pese a que no tenían altímetro, igual notaban la suavidad del cambio, y junto con eso la progresiva disminución de los hierbajos que crecían en las orillas. A un lado, hacia el norte, se apreciaba una torca bastante profunda, de paredes blancas. El sol, que a esa altura del año sale casi exactamente por el este, permanecería oculto a los caminantes hasta bien entrada la mañana, a causa de los picos elevados y de las nubes que se formaban de manera repentina en las cumbres. Lo que había, en todo caso, era un viento frío que recorría el espinazo del cañón como un látigo.

En ese lugar de alturas inmensas solo parecían moverse los hilos de agua que buscaban sus cauces en las torrenteras. Decenas, cientos de pequeñas cascadas. Eso, y rocas de todo tipo. Piedras de diferentes tamaños y formas. Algunas de esas rocas eran lajas enormes, tan chatas como una tabla, o pedruscos casi cúbicos del tamaño de un edificio, o diminutos guijarros que los caminantes aplastaban a su paso. A los lados del sendero afloraban piedras que subían para encajarse arriba, donde la vista casi no podía distinguir los contornos, con otras rocas aún más grandes, macizas, en las que se adivinaba el viento colándose por las grietas de sus acantilados.

Y estaba el agua. Los pequeños arroyos que empezaban a derivar desde las nieves más altas, o de los extremos de aquellos glaciares que ni siquiera tenían nombre y que a la distancia aparentaban ser sombras de hielo gris; gota tras gota se deslizaban montaña abajo y

arrastraban fragmentos de material sólido que, en su descenso, se unían a otros caudales mínimos. Así se potenciaban, crecían y aumentaban su velocidad y su fuerza erosiva. Eran torrentes que bajaban siempre por las mismas oquedades, cavaban más y más las mismas quebradas, anegaban los mismos rincones y reverdecían el valle en cada primavera.

Las dos figuras, envueltas en la luz apaciguada de la montaña, avanzaron sin detenerse. A partir del tercer kilómetro de marcha, quizá después de rebasar la pared sur del Rubillas o un poco más allá, la senda se volvió abrupta, los canales del deshielo la atravesaban una y otra vez, el frío y la humedad no cedían y la caminata tuvo que convertirse de nuevo en un tormento. Luego de andar durante quién sabe cuánto tiempo, fueron a dar a una terraza amplia, de forma casi circular, bastante apartada de la orilla izquierda del río. El paisaje cambió y, como en un sueño, se hallaron de pronto en un desierto apretado entre las montañas. En ese punto los desniveles del terreno impedían observar hacia el poniente la perspectiva del desfiladero, que verdeaba a lo lejos y se iba ensanchando a medida que bajaba. Una curva del río que corría por el fondo de un zanjón, y cierta depresión apenas perceptible del suelo, lograban ese raro efecto visual que enseguida se transfería al ánimo y aumentaba el desconcierto. Desde ese sitio no era posible ver ningún cauce. Unos hierbajos raquíticos y resecos por las heladas subrayaban el sobresalto de haber encontrado en el camino de la cordillera un páramo, una especie de escenario gigante con taludes en los que se conservaban grandes acumulaciones de nieve. El viento allí soplaba con fuerza, y cada tanto se oían sus gemidos al pasar por las gargantas más afiladas. En ese desierto no había nada. Era un lugar vacío y era, a la vez, el que sujetaba toda la existencia, comprimida en esa misma nada. La realidad fue entonces una verdad pura, sin notas al pie. Piedra, distancia, viento.

Los colores eran crudos, despojados de toda representación. Eran lo que eran y nada más que eso. Iban del amarillo al ocre, pero arriba aparecían los rojos, el negro de algunas escarpas, el blanco de la nieve. Y por encima, en lugar de los azules típicos del cielo en la montaña, o de las nubes afelpadas que en ocasiones aparecían desde el sur, lo que había era una bruma lechosa situada a poca distancia del suelo. Eso

era el universo. Un lugar inhabitable y acaso enloquecedor.

Debieron de andar mucho para llegar hasta ese punto, se habían alejado del campamento, sus compañeros aún dormían, los perseguidores se acercaban con sigilo, los caminantes tuvieron que descansar, la frontera quedaba a unos pocos kilómetros, no se veía el sol.

La comitiva al mando del sargento Miranda tardó casi una hora y media en recorrer la distancia que separa San José de Maipo de El Volcán. De acuerdo con la información proporcionada por varios habitantes del pueblo, los dos vehículos pasaron rumbo a la frontera sobre las diez y media de la mañana. Décadas después, los vecinos no tuvieron dificultad en recordar la hora, porque se llevaron una sorpresa al ver las camionetas. Fue la primera gran novedad de ese día: el minero Juan Bórquez explicó que habitualmente, tras el golpe, los que iban a la aldea eran soldados del regimiento y no carabineros. Lo hacían en camiones, a mitad de la tarde, y los estacionaban en una especie de descampado existente junto a la plaza del caserío. Aquella vez, sin embargo, eran dos camionetas con un escudo verde pintado en sus puertas delanteras. Siguieron de largo.

Una hora y media puede parecer un tiempo excesivo para recorrer treinta kilómetros en camioneta, pero resulta aceptable si se considera que la tropa del sargento Miranda tuvo que completar el itinerario por un camino en mal estado, en vehículos abiertos y cargados con hombres armados, entre las montañas y tomando en cada recodo las precauciones necesarias para evitar una emboscada. Los rasos que participaban de la partida, ignorantes de la situación operativa, debieron de percibir la severidad de ese lugar en el cual se adentraban. Algunos lo hacían por primera vez, ya que la vigilancia fronteriza estaba en manos del Ejército. El personal de Carabineros, dedicado al control aduanero, a las cuestiones de prevención del delito y mantenimiento del orden público hasta el 11 de septiembre, había recibido instrucciones de replegarse a los fortines. Meterse en lo profundo del desfiladero debió ser para muchos una experiencia perturbadora.

Quizá por ese motivo, en ninguno de los testimonios judiciales brindados por los carabineros que se habían acuartelado en San José de Maipo aparece siquiera mencionado ese pueblo llamado El Volcán. No lo nombraron los que admitieron haber integrado la escuadra enviada a capturar a la columna guerrillera, no lo hicieron quienes negaron su participación en la misión —aunque hubo fuertes sospechas de que sí participaron— y no nombraron a El Volcán tampoco los carabineros, de distintos rangos y categorías, a los que llamó el tribunal de Santiago para que dieran información sobre otros asuntos vinculados a la causa. «Yo no sé nada de esos arrestos» fue la frase más frecuente de los que llegaron a ser interrogados. Otras respuestas, también admisibles en función del tiempo transcurrido, fueron: «no recuerdo haber estado allí», «nunca oí hablar de unos uruguayos», o «no tengo buena memoria y eso pasó hace treinta años». Eran sexagenarios retirados, pensionistas humildes con poca retentiva al parecer.

Durante las audiencias, cuando se hablaba de El Volcán siempre era a partir de preguntas formuladas desde el tribunal, y nunca por iniciativa de los deponentes. Las respuestas a esas preguntas fueron, en todos los casos, negativas o inanes. Nadie recordaba nada ni era capaz de referir ningún asunto relacionado con la aldea. Ni nombres, ni lugares, ni siquiera una referencia a ese punto específico de la ruta, por más imprecisa o borrosa que fuera la mención. Era como si El Volcán hubiera sido borrado del mapa.

La primera en despertarse, a causa del frío, fue Socorro. Algo habían hablado más temprano, mientras Juan y Ariel se aprestaban a iniciar su viaje exploratorio por el sendero, montaña arriba. Luego todo quedó de nuevo en silencio. Cuando ella salió del galpón, se encontró de golpe con el alucinante paisaje que la rodeaba. La noche anterior, en la oscuridad aposentada en el cañón, nada de aquello era visible.

En ese instante se forjó el extrañamiento de la muchacha, su percepción fantástica de aquel paisaje. Estaba acostumbrada a esas panorámicas monumentales y, de hecho, la estadía en El Ingenio, quizá por su brevedad, había sido marcada por tales

deslumbramientos. Pero, de cualquier forma, el hallarse a sí misma de pie allí, en lo que —según imaginaba— era el corazón de la cordillera de los Andes, significó un aturdimiento. Durante la noche había nevado, así que todo estaba blanco y el cielo era de un azul perfecto. El silencio era tan grandioso como las montañas, y no se percibía ningún movimiento alrededor.

El galpón, construido sobre pilotes para compensar los desniveles del terreno, estaba situado en la falda de un cerro que subía hasta encajarse en otro más abrupto, y ese en otro que se alzaba imponente por detrás. Adelante, luego de un declive bastante pronunciado, se apreciaba un ribazo hecho posiblemente por los desbordes primaverales del río. Y después, a una distancia que era difícil de precisar, se levantaban las imponentes paredes de piedra que formaban las estribaciones de El Morado. El trillo por el que habían llegado en la noche anterior estaba cubierto con la nieve recién caída.

La muchacha temblaba. Aturdida, demoró unos minutos en comprender que el frío era terrible, y que no temblaba a causa de la emoción que le provocaba esa belleza, sino que se estaba congelando. Entonces buscó entre los restos de tablas que se hallaban amontonadas junto a los pilotes del galpón, revolvió los rescoldos de la fogata y logró avivar el fuego. Le costó trabajo porque las maderas estaban húmedas, y sus manos, entumecidas por el frío, se movían con dificultad. Las observó con detenimiento y vio que, además de los raspones y llagas, los dedos mostraban en sus extremos un tinte violáceo. Consiguió que dos o tres tablas ya podridas se encendieran. Si todo iba bien, podría mantener el fuego encendido durante el día, calentarse y hasta cocinar algo. Ahí estaba la muchacha, en cuclillas junto a unas llamas chiquitas que irradiaban calor, el más preciado bien en aquel lugar.

Las camionetas de los carabineros se hallaban un par de kilómetros más abajo. Cuando uno de los choferes vio a lo lejos el humo que subía despacio en la serenidad de la mañana, le comentó al sargento que seguramente se trataba de las personas que debían fiscalizar. De acuerdo con el mapa del sector, que el sargento tenía sobre sus piernas y consultaba a cada rato, apenas si quedaba un corto tramo de senda, y luego unos recodos en el desfiladero antes de llegar a la frontera.

Estaban en Lo Valdés, en un área conocida por ellos como El Límite, que era el borde oriental del territorio chileno. Los jefes les habían advertido que se cuidaran, pues si llegaban a meterse por error en tierra extranjera, eso les acarrearía inevitablemente graves sanciones.

Los carabineros avanzaban con mucho tino, tanto que parecían asustados. El camino se iba volviendo más estrecho, difícil y peligroso a medida que ascendían. Cuando las camionetas empezaron a patinar sobre la nieve, Miranda resolvió por fin detener la marcha. Durante un par de minutos permaneció quieto, atento a las señales. Volvió a mirar el mapa. Allí aparecía marcado un punto con una leyenda en letra pequeñita: *Estbto*, abreviatura de «Establecimiento». La señal indicaba el lugar de un campamento minero, un depósito de herramientas que pertenecía a la compañía El Yeso y había sido abandonado muchos años antes.

El sargento plegó el mapa, ordenó echar pie a tierra, dispuso que uno de los choferes quedara como custodia de los vehículos y partió a pie, con los ocho carabineros restantes, por un costado del sendero. El plan, rudimentario y sencillo de ejecutar, consistía en acercarse con sigilo, estudiar la disposición del sitio, ver si quienes allí estaban portaban algún tipo de armamento y, en caso de que no hubiera impedimentos notorios, rodearlos y proceder al arresto.

La partida marchaba en fila india con el sargento a la cabeza. Iban con las armas listas, esquivando las jarillas que crecían a los lados del camino. Caminaban todos en silencio, temerosos ante la posibilidad de toparse con un enemigo al que no conocían pero que, aseguraban los rumores, era despiadado. A ninguno le entusiasmaba la idea de entrar en combate en esos parajes. Aunque durante el trayecto en las camionetas el frío los había acobardado, con la caminata cuesta arriba pronto empezaron a jadear y sudar. El sedentarismo forzado de un acuartelamiento que llevaba ya dos semanas les pasaba factura. Al rato, el sargento se detuvo y los demás hicieron lo mismo. Él giró sobre sus talones para enfrentar a la tropa y allí los otros pudieron ver que el jefe estaba tan cansado como ellos, que también resoplaba y echaba grandes vaharadas por la boca. Miranda hizo una desganada señal con sus manos y el grupo entero se acuclilló en el trillo.

Estaban cerca, ocultos por una suave colina. Ya no se veía el humo,

pero aún podía olerse. Venía del costado derecho del desfiladero, de una de las laderas. El sargento dijo que el fuego estaba encendido justo en el sitio marcado en el mapa. Pese a que alguno conocía de oídas ese lugar, ninguno de los carabineros había estado allí antes, así que nadie sabía cómo eran las instalaciones del establecimiento abandonado. La preocupación de quien iba al mando se enfocaba en el tipo de construcción con la que podían encontrarse cuando llegaran arriba, pues en el Cajón del Maipo muchas edificaciones antiguas tenían paredes de piedra. Si quienes acampaban formaban parte de un grupo insurgente, disponían de armas y contaban además con una buena fortificación, el asunto iba a complicarse.

Antes de ordenar el reinicio de la marcha, el sargento le indicó al raso Reginaldo Zavala que estuviera atento a sus indicaciones, pues su misión iba a ser custodiar el perímetro del lugar y, si empezaban los tiros, dar un rodeo y atacar al enemigo por el otro lado. Zavala apenas si atinó a asentir con la cabeza. El sargento le ordenó a su tropa comprobar que las armas tenían el seguro puesto. Después echó a andar.

Arriba, junto al galpón, la muchacha buscó la cacerola y le separó unos pegotes de fideos adheridos en los lados. Tenía la manta a modo de poncho sobre los hombros. Debió de animarla la posibilidad de disfrutar del descanso, mantener el fuego encendido, calentar agua y esperar a que sus compañeros despertaran. Extrañamente, se sintió eufórica. Caminó unos metros colina arriba con la pequeña marmita entre sus manos, la llenó de nieve, y luego bajó con prisa hasta el fogón. Por un momento creyó oír algo, una voz lejana traída por la brisa. Alarmada, se puso a oír en el silencio, pero enseguida descartó cualquier peligro. Supuso que podría haber sido un pájaro. Los únicos humanos que andaban por allí eran Juan y Ariel, quienes ya debían estar muy lejos. Era imposible que regresaran tan pronto.

Colocó la cacerola con la nieve apoyada en unas piedras sobre el fuego. Un par de minutos después vio cómo la nieve empezaba a derretirse, y eso la llenó de alegría. Era un triunfo, un paso más en el camino hacia la frontera. Mientras unos exploraban la ruta del cruce y otros descansaban, ella le daba una cierta estructura al campamento, un centro de fuego al que podían acudir sus compañeros sin necesidad

de ser convocados: allí estaba el fogón, y allí estaría mientras ella lo alimentara con las tablas podridas.

Al rato, imposible de determinar si habían transcurrido unos segundos o muchos minutos, la muchacha se fue a explorar los restos de las otras construcciones, ya derruidas, que estaban junto a la parte trasera del galpón, contra la roca. Eran dos, una casi pegada a la otra, y parecían muy antiguas. Apenas si se mantenían en pie tres hileras de piedras de lo que había sido una pared. Eran piedras similares a los adoquines comunes, pero del doble o el triple de tamaño. Dio unos pasos. Del techo quedaban dos tirantes caídos. No se veían restos de enseres, ni chapas o tejas de la techumbre.

Cuando regresaba junto al fuego se puso nerviosa. Un ruido vino de abajo, del estrecho valle por el que corría el río. No supo qué hacer. Podía despertar a sus compañeros, pero ellos tampoco iban a remediar la situación si se presentaba en el lugar algún arriero, o incluso el vigilante de la propiedad, que seguro debía haberlo. Para emergencias como esa, entre todos habían acordado decir que eran turistas de Buenos Aires, que venían desde Santiago para conocer las termas, que la aventura recién comenzaba y que luego de la excursión regresarían a San José de Maipo para tomar el bus a Santiago. Eso haría ella.

Todos eran conscientes de que se trataba de una mentira de vuelo muy corto: ¿En qué hotel se alojaban? ¿Cuándo habían llegado a Chile? ¿Dónde iban a pernoctar? ¿Por qué no llevaban ropa adecuada, sacos de dormir, dinero? Cualquiera de esas preguntas no tenía una respuesta satisfactoria. Siempre iban a decir que les gustaba la naturaleza, que eran estudiantes convertidos en mochileros y dedicados a viajar, que amaban la aventura y que no había de qué preocuparse. La solidez de esa mentira dependía de quién la escuchara, pero daban por sentado que en esos parajes nadie iba a investigar demasiado.

Se quedó expectante junto al fogón. Trató de oír los ruidos del valle. Podía ser una treta de su propia ansiedad, o el sonido de la soledad en la cordillera, o el alma en pena de algún caminante desaparecido muchos años antes. También podían ser habitantes del pueblo que estaba más abajo, un grupo que se adentraba en el desfiladero para cazar conejos o buscar un caballo perdido. Las posibilidades eran

muchas y en su mente formaban un laberinto breve, un par de vueltas que la llevaban una y otra vez al mismo punto: había alguien abajo, oculto tras la pendiente.

Por fin, luego de varios aprontes y conversaciones a media voz, los carabineros estuvieron colocados en posición con sus armas listas, a la espera de la señal del sargento. Se hallaban desplegados en una línea frontal, ocultos detrás de esa suave ondulación del terreno. Estaban separados entre sí por unos cuatro o cinco metros, agachados, incómodos, rogando al cielo para que no ocurriera nada. Mientras viajaban a bordo de los vehículos rumbo a Lo Valdés se habían dado ánimo unos a otros, especulando con que en realidad se trataba de ir a buscar a unos turistas, pedirles los documentos y después llevarlos a San José de Maipo para comprobar sus identidades. Quisieron creer que no se toparían con ninguna columna guerrillera. Pero allí, agachados contra la nieve, la perspectiva era otra. Quizá el sargento los estuviera probando, a ver qué tan valiente era cada uno, aunque también era probable que se produjera un tiroteo. No se oía nada, ni se detectaba ningún movimiento. Tal vez los del campamento estuvieran preparando una emboscada. Ese sitio era el lugar más solitario del mundo.

Luego de esperar un rato, el sargento desenfundó su revólver, se puso de pie y empezó a caminar rápido hacia el lugar del humo. Los demás carabineros también se incorporaron, todos con las metralletas listas. El artillero cubría a sus compañeros desde un costado con la escopeta. Recorrieron loma arriba unos veinte metros y fueron a dar al descampado que había delante del galpón. Se encontraron con una persona agachada junto a una pequeña fogata. El sargento dio todavía varios pasos antes de que esa persona alzara la vista y lo viera.

La muchacha no se sorprendió demasiado cuando vio a esos hombres de uniforme que se acercaban apuntando con sus armas hacia donde ella estaba. De inmediato comprendió que nada podía hacer, y que la voz oída unos minutos antes correspondía a alguno de esos hombres. Ahí estaban las correas cruzadas, las metralletas. Supo que eran carabineros, se sintió perdida.

—Arriba las manos —le dijo el sargento, casi en un susurro.

Ella obedeció sin dudar. Se incorporó con los brazos en alto,

mientras observaba cómo dos carabineros se acercaban a la puerta del galpón. Uno la abrió de una patada y entró, seguido por su compañero. Se oyeron unos gritos y luego hubo silencio. El sargento mandó a uno de sus hombres a revisar atrás, junto a las ruinas, y le dijo al de la escopeta que se quedara allí vigilando. En eso, desgreñados y con los brazos arriba, los otros tres tupamaros fueron sacados a empujones del galpón. Cristina parecía más dormida que despierta.

Los separaron. Los dos varones para adelante, junto al fogón. Las dos mujeres para atrás. La prepotencia de los uniformados era atemorizante, sobre todo porque se notaba que estaban asustados. Había un arrebato triunfal en esos hombres, pero allí también latía el miedo. Excitados, llenos de miedo y con las metralletas listas.

Para los cuatro fugitivos sorprendidos en ese campamento de Lo Valdés, era el final. Hasta ahí llegaba el intento. Habían querido zafar en el último instante de la gigantesca encerrona, pero no pudieron. Después de caminar por lugares desconocidos durante varias noches con sus días y sus madrugadas heladas y sus crepúsculos espléndidos, tras soportar el frío y el hambre y el miedo y los sopores de un cansancio que no les daba tregua, luego de recorrer unos veinte kilómetros subiendo y bajando montañas, y de vadear ríos y de esquivar precipicios y de lidiar con la derrota y de suponer que estaban fuera del alcance de sus perseguidores, esa patrulla perdida en la niebla chilena fue capturada.

Una parte cayó prisionera en ese mismo momento, y los dos que faltaban quizá salvaran sus vidas si eran atrapados. Aunque no hablaron entre ellos, los cuatro prisioneros ya sabían que la suerte de los otros dos estaba echada: Juan y Ariel, los exploradores que habían partido a reconocer la ruta del cruce, quedarían sin abrigo ni alimento, condenados a seguir por la cordillera rumbo a una muerte segura o a regresar para caer también en manos del enemigo.

Enseguida empezaron las burlas, luego el simulacro de fusilamiento, los tiros al aire. Los pacos que integraban la partida, esos carabineros asustadizos que habían viajado hasta allí con una misión que imaginaron peligrosísima, se convirtieron de inmediato en abusadores dispuestos a mostrar su mala leche, listos para cumplir cualquier orden

dada por el sargento, ganarse alguna consideración y regresar victoriosos a San José de Maipo con las piezas cobradas en esa cacería, no importaba si vivas o muertas. Estaban en un lugar solitario, con esos terroristas malolientes que hablaban incoherencias.

Se oían las voces de mando, el sargento daba órdenes a lo que parecía ser un pelotón de fusilamiento. Socorro supuso que los iban a matar. Oyó una bala que pasó silbando por encima de su cabeza. «Ahora nos matan», pensó. Luego estallaros las risas, las palabrotas, culiaos, hijoeputa, conchatumadre. Algún culatazo, el frío de aquella última mañana. Y también estaba el silencio de la montaña, que se imponía por encima del alboroto y aplastaba todos los sonidos. Ninguno de los capturados pensó que fuera a sobrevivir al trance. Y esos carabineros tampoco pensaron que, treinta años después, un juez penal los iba a citar para que dieran explicaciones sobre lo ocurrido ese día en aquel lugar, el más solitario del mundo.

Estaban acostumbrados a meterse en la angostura del Cajón. Sin embargo, ese era un vuelo peligroso, y las rutinas de control fueron reforzadas con algunos chequeos cruzados que, en circunstancias normales, los pilotos militares se hubieran saltado. El navegante del helicóptero debía mantener la vista fija en el panel de instrumentos, muy atento a la altitud y velocidad del aparato. La máquina vibraba y se remecía cada vez que pasaba frente a las gargantas que se abrían hacia el oriente.

Todos los que iban a bordo llevaban puestos auriculares con los que podían recibir órdenes e instrucciones en cualquier momento. Durante unos minutos, con cautela, volaron a baja altura sobre el curso del río Maipo, con la línea del ferrocarril a la izquierda, y mantuvieron de forma permanente la comunicación con el comando de Tobalaba. El intercambio de datos con el control de tierra era una monótona serie de números y palabras en clave.

De Guayacán en adelante, al pasar sobre cada uno de los caseríos del Cajón, el teniente Montero le indicaba al piloto que diera un par de vueltas para observar los movimientos en el terreno. Entonces la nave tomaba altura, su velocidad disminuía en unos quince nudos, el

fuselaje se ladeaba y así encaraba mejor las rachas de viento cruzado. Luego la nariz del Huey apenas bajaba, perdía unos cien pies y se aceleraba hasta quedar en posición. Con una aviónica bastante rudimentaria, solo la pericia de quienes operaban la nave le daba seguridad a una maniobra delicada pero espectacular, y atemorizante para los pobladores de la zona, que veían sobre sus cabezas aquel aparato estruendoso con las puertas laterales abiertas y unas pequeñas figuras que casi se adivinaban en su interior.

Nunca se le preguntó a Gabriel Montero por la razón de tales maniobras, pero está claro que las agrupaciones de casas a lo largo del Cajón del Maipo no eran, en ese momento, un blanco militar. Quizá Montero lo hizo porque le habían ordenado que lo hiciera, o porque consideraba útil aprovechar esa misión aerotransportada para contribuir a la guerra psicológica que llevaba adelante el nuevo gobierno. A aquellos civiles él debía verlos como ganado que retozaba en las praderas recién conquistadas.

Al llegar a El Volcán, el Huey no repitió el sobrevuelo, sino que siguió de largo. Los habitantes de la aldea estaban acostumbrados a ver pasar helicópteros por la zona, pero les llamó la atención que, a diferencia de lo que ocurría habitualmente, esa máquina fuera a posarse un poco más adelante, en un descampado. Esa fue la segunda gran novedad de aquel día: las camionetas de Carabineros por la mañana, el helicóptero del Ejército por la tarde. Desde el pueblo se podía oír nítido el sonido de las hélices que giraban a baja velocidad. Tal vez fue ese ruido lo que provocó la curiosidad de muchos vecinos, que dejaron sus tareas para observar lo que sucedía.

Vieron, o dijeron que habían visto, a varios soldados armados con fusiles que descendían del aparato y se dedicaban a revisar unos matorrales cercanos, como si buscaran algo. Al parecer los militares hicieron ese trabajo con gran prolijidad, o con muchas precauciones, quién sabe. Octavio Ríos, un minero que aseguró haber presenciado aquel fugaz desembarco, fue muy preciso al dar la ubicación:

—Bajaron frente a la quebrada de los lunes.

El lugar mencionado por Ríos era un pedregal situado dos kilómetros al este de El Volcán. Pese a tener muchos guijarros, su base mostraba una plataforma bastante firme. A menos de doscientos

metros de allí desembocaba entonces uno de los tantos riachuelos de verano que bajan desde la montaña y cavan grietas en la roca antes de unirse con el río. Desde siempre se conocía el sitio como «quebrada de los lunes» porque en sus alrededores crecía con facilidad el lun.

Los soldados —dos, tres o cuatro, según los distintos testimonios— estuvieron unos minutos rastrillando los matojos. Cuesta creer que, desde el pueblo, a dos kilómetros de distancia, alguien hubiera podido apreciar el accionar de la tropa, pero eso fue lo que dijeron los vecinos. De acuerdo a sus relatos, luego de revisar aquel sitio los soldados regresaron corriendo al helicóptero, que enseguida levantó vuelo rumbo a la frontera.

La pesadilla llevó a Lilita hasta la pecera del patio. A la mañana siguiente se lo contó a Omar, su marido, y Omar lo escribió muchos años después, cuando ya no era su marido y se había convertido en escritor. Entonces tuvo el tino de hacerlo con figuras y trucos literarios destinados, tal vez, a no remover viejos asuntos.

Debió de ser una de esas noches de fines de septiembre de 1973. En Uruguay la dictadura estaba plenamente asentada, en Chile había muertos por todas partes y en aquel hogar reinaba el duelo. Cada pocos días llegaban los soldados, los atormentaban con sospechas, preguntaban por su hijo. El acoso fue constante, y duró años.

Esa madrugada a Lilita la había despertado la pesadilla, siempre la misma, siempre amarga. Quizá, pensó, podía quedarse arropada en el silencio de la oscuridad. Nada más que el silencio. Por la puerta entreabierta del dormitorio se filtraba la luz de la pecera que dominaba el patio de la claraboya. Afuera, en la calle Lenguas, cada tanto se oía el tránsito de alguna patrulla. Los soldados eran los únicos que circulaban por allí a esas horas.

Entre las sombras de la casa, ese salón con sus sillones, butacas, plantas y adornos colgados en las paredes, adquiría un aire espectral debido a las tenues luces del acuario. Los peces eran como pequeños duendes, unos de color anaranjado y brillante, otros de un azul turquesa, y otros blancos con pintas oscuras. Algunos lucían unas aletas de aspecto suave, casi transparentes, y daban ganas de

acariciarlos. Condenados por su belleza, recorrían el contorno de la pecera con una parsimonia infinita, como si el tiempo estuviera en otra dimensión, del otro lado de las paredes de vidrio, fuera del agua.

Lilita se había descubierto a sí misma pensando eso, en la madrugada, ahí de pie junto a la pecera. Uno de los pececitos, un albonube diminuto, permanecía quieto y la miraba. Dos puntitos negros en el agua. Ella le contó a su marido que esa noche, esa precisa noche, mientras contemplaba aquel pequeño ser inmóvil, supuso que era posible vivir en esa otra dimensión. Le contó que quiso imaginar la dimensión en la que se hallaría su hijo Fernando. Y que había imaginado un planeta de agua. Y que le hizo varias preguntas al pez, o mejor dicho a los ojitos del pez. Un planeta silencioso y lejano, susurró.

Se inclinaba siempre por la peor variante, y la lastimaba tanto el silencio como la lejanía, el no saber y pensar lo malo y no tener noticias y soñar un sueño en donde la realidad no era real, sino que era apenas una pesadilla, y que bastaba con despertarse para espantarla. Despertarse una vez y otra. Soñar lo mismo. No saber. Lilita le contó a Omar que se puso a llorar hasta perder el aliento, que el pececito se quedó mirándola y que ella al rato se sintió más tranquila y volvió a la cama, con la ilusión de que esa pesadilla no se repetiría.

A Omar las palabras de su mujer lo impresionaron más por lo que ocultaban que por lo que decían. Era probable que Lilita estuviera enloqueciendo, que hablara con los peces en las madrugadas, que caminara ya por una senda sin retorno. Tal su desgarradura. Él debió recordar el cuento de Cortázar sobre los ajolotes, esas miradas que se cruzan y relevan, el *Jardin des Plantes*, esa locura. Casi cuarenta años después, ya convertido en un escritor con varios libros publicados, volcó la angustia de aquellos días en un breve relato que se titula, precisamente, «Peces de colores».

Su argumento engaña. La sencillez del lenguaje, que se monta como una trampa para lectores incautos, describe a un paseante que llega hasta el jardín japonés del museo Blanes en una agradable tarde de primavera. Los cerezos están en flor, así que debe ser a fines de septiembre. De pie junto al estanque, el hombre se queda quieto

mientras una carpa lo mira desde el agua: «Clavó sus ojos en los míos con pavorosa curiosidad», recuerda el narrador.

Ahí empieza el duelo entre el hombre y el pez, o mejor dicho entre los ojos de aquel hombre y los ojos de aquel pez. Es un duelo pequeño, casi insignificante, bien montevideano. Y llegan las preguntas, el ansia, el mareo ante ese abismo en el agua: «No supo por qué se quedaba allí. No le faltaron deseos de irse para evitar esa mirada, no por ella sino por miedo a comprender su significado. En algún momento intentó cerrar los ojos, pero no pudo. Estaba encandilado».

Tan deslumbrado está el personaje por el brillo de aquella mirada negra como lo había estado décadas atrás la mujer del escritor, su exmujer ya. Justo en primavera, justo un pez, un sitio líquido y un personaje que narra un instante desbordado de preguntas, tal vez las mismas que Lilita le hiciera a un albonube en una madrugada de 1973, a fines de septiembre. Un poco en broma y otro poco en serio, en una charla íntima Omar se puso lacaniano y habló de una «transferencia de angustia». El narrador del cuento recapitula con soltura: «¿Acaso no seré el resultado de la compleja evolución de algún pez remoto? ¿No compartiremos los mismos ancestros? ¿Toda la naturaleza, todos los antepasados, todos los elementos no estaban ya organizados de distinta manera? El pez está en el agua igual que él estuvo en el vientre de su madre. ¿Líquido amniótico? Lo único cierto es que él está vivo y el pez también. El pez lo observa ansioso. ¿Qué ve?»

Peinar aquellas montañas debió resultar mucho más complicado de lo que Montero había creído. El helicóptero era exigido al máximo: debía volar rumbo al este a baja altura entre inmensas paredes de roca, y hacerlo a determinada velocidad para permitir una eficaz observación del terreno. El sargento Urbina y los soldados viajaban asomados al vacío, con sus armas listas y atentos a que una sacudida no los hiciera caer. Iban cargados con sus equipos de combate completos, lo cual volvía todo más engorroso.

Cada uno llevaba un chaleco con tres cargadores de fusil, bayoneta al cinto, el casco colgado del chaleco y hasta una cantimplora, más los auriculares conectados por un cable al fuselaje. Tenían que mirar hacia

un paisaje que pasaba ante sus ojos demasiado rápido, con sombras engañosas, piedras que se asemejaban a figuras humanas, niebla. Además, recibían órdenes e indicaciones a través de los auriculares, dadas por Montero o por quienes piloteaban el aparato.

Hacia el lado norte del desfiladero la visibilidad era bastante reducida, pues el sol ya estaba oculto detrás de los cerros. El recorrido planificado era de unos pocos kilómetros, pero resultaba evidente que podía haber personas escondidas en aquellas montañas, sin que los soldados tuvieran ninguna posibilidad de detectarlas.

Sin embargo, a pesar de todo lo hicieron. Se puede suponer que fue por una simple coincidencia: un movimiento brusco de uno de los exploradores, el contraste de una silueta contra la nieve blanquísima, la trayectoria justa del helicóptero para volar en el ángulo adecuado y en el momento exacto. Hubo quien dijo que los caminantes estaban en el sendero, a la vista de la patrulla, y que el mérito del teniente Montero en la acción fue escaso o nulo. Y hubo otros, incluido el propio Montero, que ni siquiera admitieron la captura de los dos fugitivos.

El ruido del aparato habrá sido tapado por el estruendo de los torrentes que bajaban por las quebradas. También es posible que luego de vadear el río, mientras los caminantes atravesaban la vega que los dejaría colocados de frente al sendero por el que habían subido hasta allí, se hayan encontrado de pronto con el helicóptero que venía justo hacia ellos. No debe descartarse, tampoco, la idea de que fueran los propios exploradores quienes se pusieron a agitar los brazos para que aquella aeronave los rescatara. O que lo haya hecho uno en contra de la opinión del otro. A casi tres mil metros de altura, ateridos, hambrientos y quizá desmoralizados por la seguidilla de penurias que habían padecido, cualquier cosa pudo pasar.

El Huey aterrizó en un extremo del desfiladero, en alguno de los llanos ubicados junto a la base de los cerros, muy probablemente frente a un punto de escalada bien conocido en la zona, al que los andinistas llaman Hitchcock. Desde allí, el teniente Montero y sus observadores tenían una visión frontal de un kilómetro de profundidad. A la izquierda el panorama era aún más amplio, y podían ver hasta la entrada a La Engorda. Para los dos uruguayos hubiera sido

imposible ocultarse.

En esos días no hubo otros operativos militares en la zona. Tampoco los hubo de Carabineros, aparte del realizado aquella misma mañana por el sargento Miranda y sus hombres en el campamento minero de Lo Valdés. La conclusión es que, forzosamente, el traslado de los dos exploradores capturados a media tarde debió hacerse a bordo del Huey, que habrá volado directo hasta la cancha del regimiento de Ferrocarrileros. Según el testimonio de Gonzalo Fernández, en el cuartel de Puente Alto hubo un breve diálogo entre Enrique Pagardoy y Juan Povaschuk. En ese intercambio de palabras, Juan le dijo a Enrique: «Nos encontró un helicóptero». Como ambos prisioneros están desaparecidos, y los militares negaron la existencia del operativo, no hay forma de probar ese extremo.

Esa hipótesis referida al traslado contradice el testimonio brindado por un carabinero en sede judicial, que informó de la presencia de Arcos y Povaschuk en la subcomisaría de San José de Maipo. Sin embargo, lo más probable es que quien aseveró eso estuviera confundido: no tendría ninguna lógica que el Huey descendiera en aquel pequeño pueblo para dejar allí a dos arrestados que, ese mismo día, iban a ser trasladados al regimiento al que se dirigía el helicóptero. Por otra parte, los reconocimientos fotográficos de los dos tupamaros fueron realizados treinta años después de los hechos, y con fotos aún más antiguas. Quienes hicieron esos reconocimientos habían visto a los detenidos en Lo Valdés apenas por unos minutos, y luego en la caja de una camioneta. Ni siquiera atinaron a recordar el número exacto de uruguayos arrestados en aquella ocasión.

De todas formas, a esa altura del sumario ya aparecía como probado que cuatro de los integrantes del grupo (entre ellos Enrique Pagardoy, uno de los desaparecidos) fueron arrestados por personal de Carabineros en un galpón, cerca de Lo Valdés, y trasladados en camioneta a la subcomisaría de San José de Maipo. El destacamento que los arrestó estaba al mando del sargento Ramón Miranda, y fue integrado por un total de diez efectivos, varios de los cuales brindaron su testimonio ante el tribunal.

También se podía dar por probado que los otros dos uruguayos (los desaparecidos Juan Povaschuk y Ariel Arcos) fueron capturados en

una zona próxima a la frontera con Argentina por fuerzas militares y no por carabineros, que un helicóptero del Ejército participó en ese operativo y que el teniente Gabriel Montero y el sargento Juan Urbina se encontraban a bordo del aparato.

Por último, existían pruebas claras de que los seis uruguayos quedaron detenidos en el cuartel del regimiento de Ferrocarrileros, que de allí habían desaparecido tres de ellos, y que esa unidad militar, emplazada en la avenida Eyzaguirre de Puente Alto, estaba al mando del entonces teniente coronel Mateo Durruty, quien era además el gobernador del departamento.

Lo único que presentaba discordancias era la fecha precisa de esas acciones, aunque todos los deponentes —a excepción del excarabinero Fariña— fijaban algún día de la última semana de septiembre como el más probable. Los arrestos debieron ocurrir el 25, el 26 o el 27 de septiembre de 1973.

Era el lugar del vacío y el que contenía toda la existencia. A media tarde y en septiembre, esa parte del valle estaba en sombras. Con sol o con nubes, estaba en sombras. La temperatura había bajado de manera abrupta, y los caminantes no podían hacer otra cosa que regresar sobre sus pasos, y hacerlo rápido. Cansados, mal abrigados y hambrientos, estuvieron durante un rato de pie junto al río, frente al arroyo que se mostraba en la ladera de esa montaña como una cuesta de hielo plateado. Según el mapa, por allí se iba directo a la frontera. Hacia el sur se apreciaba un pico de forma casi piramidal, que sería una buena referencia siempre y cuando la cumbre no quedara cubierta por nubes. Su cresta era afilada.

Había nubes blancas que pasaban veloces hacia el este. Y nubes rizadas que permanecían estáticas junto a las cimas. Y algunas nubes de tormenta. El azul del cielo era fugaz, apenas un resplandor que se apagaba enseguida. El ruido del río, alimentado con furia por los primeros deshielos, se asemejaba al de un motor poderoso, incesante, una turbina hundida quién sabe a qué profundidad. Ese sonido abrumaba porque con él llegaban las amenazas de la montaña, los peligros que afrontarían quienes se atrevieran a desafiar, en aquellas

alturas, los navajazos del viento, el frío, el fulgor de la nieve. Era un ruido de desgracia.

Por fin, después de algunas cavilaciones, los exploradores lograron sustraerse al embrujo y decidieron volver. Estaban a casi tres mil metros de altura y eso comenzaba a notarse en sus pensamientos, en cada gesto. A medida que pasaban los minutos todo les resultaba más trabajoso. Despacio, como si atravesaran un campo minado, se pusieron a sortear las piedras que se amontonaban junto al cauce del río. En el mapa que utilizaban apenas si estaban señalados unos pocos hitos de aquella zona. Los nombres de los sitios por los que transitaban no aparecían, así que no pudieron saber que el cerro que les serviría de referencia era el Puntiagudo, ni tampoco que el regreso lo iniciaron por la orilla del río Colina. No había nombres allí. Todo el universo estaba contenido en esa nada ruidosa, ese motor cuyo estruendo se montaba sobre sí mismo y tapaba todos los sonidos, esa turbina que ocultaba el ruido de otra turbina, la del helicóptero.

Lo que pasó no está sino en el aire de la memoria. Lo otro se ha evaporado y el paisaje permanece, pero tiene otra materia y otra forma. Todo sigue igual y todo ha cambiado para siempre. Aunque el ruido de aquel helicóptero ha sido llevado por el tiempo hacia la nada, resuena todavía en los valles. Sobresalta el sonido de la hélice, una espira que nunca concluye, y el zumbido de la turbina, su estruendo. Y las voces, también están las voces que se deforman a través de los aparatos de radio, las órdenes.

En esos valles pueden verse, tantos años después y aun en los esplendores del verano, junto a las dehesas, entre el verde de los romerillos y debajo de los peumos, ciertas oscuridades que los soles no son capaces de aplacar, unas manchas grises que en ocasiones confunden a los caminantes, los obligan a torcer el rumbo, preguntarse qué historias yacen ahí, qué destinos.

Segunda parte
AMPAROS

VIII

«Regimiento Ferrocarrileros, Puente Alto: a los prisioneros los distribuían en vagones de tren impregnados con polvo de yeso. Allí permanecían vendados, esposados e incomunicados, privados de alimentos y de agua. Durante el día eran encerrados en un corral con malla, a pleno sol. Refirieron haber sufrido golpes, a veces amarrados a una silla; simulacros de fusilamientos, aplicación de electricidad, colgamientos, vejaciones y violaciones sexuales a mujeres, quemaduras con cigarrillos, posiciones forzadas durante tiempo prolongado. Hay testimonios que señalan que fueron obligados a comer excrementos y que les enterraron agujas bajo las uñas».

Del Informe de la Comisión Valech, noviembre de 2004

Muchos acontecimientos sucedieron en el transcurso de esas jornadas, pero ellos no se enteraron de ninguno. La fracasada expedición a la cordillera los había dejado en un limbo, sin información ni referencias, sin idea de lo ocurrido. Intoxicados por los miasmas de la historia, quedaron fuera de su curso. Pinochet decretó la disolución del Congreso, los partidos políticos fueron puestos en receso, a Víctor Jara lo asesinaron, Pablo Neruda estaba muerto y sepultado, cientos de extranjeros se hallaban presos en el estadio Nacional, las embajadas se vieron desbordadas de gente perseguida que pedía refugio, los soldados quemaban libros en las calles, Fidel Castro rajaba la tierra con discursos, Henry Kissinger brindó con champán, el mundo asistía perplejo a la carnicería chilena, los seis de la montaña eran cuerpos en pena, pies llagados, hambre y miedo; eran la fuga incesante, el empeño por cruzar la frontera, la ilusión de seguir vivos, la captura.

Los militares ganadores ya estaban embarcados en una campaña propagandística de envergadura, consistente en presentar el proyecto político de Allende y la Unidad Popular como un «afán extremista» (Pinochet), una «aventura criminal» (Merino), «un cáncer» (Leigh). Para defenderse del aluvión de críticas y repudios que habían provocado, los golpistas atacaban a los derrotados y los cubrían de infundios. Sus opositores no tenían voz porque estaban muertos o presos, o se habían escondido para escapar del fusilamiento. Muchos ya se hallaban fuera del país. En el exterior se acusaba a Pinochet de ser un títere de Estados Unidos y a Estados Unidos de provocar un baño de sangre en Chile.

En Montevideo los golpistas también tenían sus defensores. El diario uruguayo *El País* se apresuró a hablar de «vuelta a la normalidad», y publicó en días sucesivos varios artículos en su página editorial, fijando la postura del periódico. Una de esas notas, del 20 de septiembre, pretendía aclarar: «Había que elegir entre la patria chilena y el marxismo parapetado tras textos legales y, desde ellos, pronto a lanzar el zarpazo contra el resto de la nación, conduciéndola por el

camino sin retorno de su archidemostrado totalitarismo». La página anterior estaba dominada por dos grandes titulares: «En Chile la situación se halla bajo control» era uno, en el que se transcribía un despacho enviado desde Mendoza. El otro gran título, ubicado debajo y fechado en la ciudad italiana de Nápoles, era de la agencia AP y anunciaba: «Buen augurio contra el cólera: se licuó la sangre de San Genaro».

Desde los miradores izquierdistas más confortables, el proyecto político de Salvador Allende también había sido visto como algo inviable y peligroso, incluso disparatado. Pero en ningún caso podría considerarse más disparatado que el proyecto de mantener a medio millón de soldados en Indochina para combatir en una guerra ya perdida, ni más peligroso que sostener una pulseada nuclear con los soviéticos a ciento cincuenta kilómetros de Miami. Tampoco era menos viable que instalar un foco guerrillero de cincuenta combatientes en Bolivia para conquistar el corazón de América. Eran los delirios de Occidente. Tiempo de juegos al todo o nada.

Veintisiete años después, cuando se inició en Santiago el proceso por la desaparición de los uruguayos, aquel Occidente de los delirios se veía menos afiebrado. Eso era notorio en Chile, en Uruguay y en buena parte de América del Sur. Pese a las calamidades económicas, soplaban otros vientos y brillaban otras estrellas. La soflama foquista casi se había extinguido.

Los magistrados chilenos demostraron, a pesar de las dificultades, un afán cierto por investigar los crímenes más aberrantes, aunque tampoco lo hicieron con excesivo entusiasmo. La primera causa general, admitida originalmente contra «Augusto Pinochet y otros» con el número 2182, era una puesta en escena de la llamada justicia transicional, que —desde un principio se advirtió— tendría limitaciones para aplicarse. Hubo quien la cuestionó, pero la mayoría pensó que eso era mejor que nada. Hubo quien tuvo miedo, pero pudo más el interés por la verdad. Y hubo quien se burló y describió a la justicia transicional como un animal travieso al servicio de los poderosos. De todas formas, se siguió adelante.

Ingresada a tribunales en enero de 1998, aquella causa quedó en manos del juez Juan Guzmán, un magistrado que, tras simpatizar

abiertamente con Pinochet al comienzo de la dictadura, se convirtió después en su más formidable perseguidor. Con el paso del tiempo, las denuncias y acusaciones fueron tantas que esa causa creció como un árbol, se fortaleció y se ramificó en decenas de juicios específicos que tuvieron que ser desgajados del tronco para tramitarse por separado, cada uno con un subtítulo o episodio diferente. El de los uruguayos desaparecidos se abrió en octubre de 2000, cuando el abogado chileno Héctor Salazar presentó la querella en nombre de un grupo de familiares que representaban a siete de las víctimas. Luego, en el año 2002, el caso del regimiento de Ferrocarrileros de Puente Alto fue separado del resto y adjudicado por la Corte Suprema al juez Daniel Calvo, por entonces ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago.

Calvo irradiaba honradez y severidad. Fornido, de barba entrecana y mirada inteligente, a sus cuarenta y cinco años ya gozaba de gran reputación en el ámbito jurídico. Era un católico conservador de convicciones firmes, que había demostrado no temerle a nada ni a nadie. En el juicio del «Episodio uruguayos», su tarea se enfocó en seguir paso a paso el itinerario de los tres desaparecidos. Estaba convencido de que esa sería la manera más eficaz de llegar a conocer la verdad. Dispuso ubicar y citar a Rolando Morales, el capitán de Carabineros que estaba al mando de la subcomisaría de San José de Maipo en septiembre de 1973 y, por lo tanto, de los efectivos despachados hacia la montaña para capturar a los fugitivos. Lo interrogó el 25 de octubre de 2002, apenas una semana después de haber asumido la causa.

Se cuenta que cuando Morales estuvo frente a él, Calvo le preguntó con inocultable curiosidad si conocía algún detalle, si recordaba algo acerca de la detención de unos ciudadanos uruguayos en aquella zona cercana a la frontera. «Eso fue allá en el Cajón del Maipo», apostilló con amabilidad, a manera de recordatorio. Morales le respondió con recelo: «A mí no me consta que eso haya ocurrido». Y agregó, en un apunte más bien desafiante: «Ni siquiera escuché comentarios».

Era una burda mentira, pero nada podía hacerse al respecto. Morales tenía 70 años, estaba retirado como teniente coronel de la Fuerza de Carabineros y ya habían pasado tres décadas. Pese a que su nombre aparecía vinculado a otras denuncias sobre violaciones a los derechos

humanos (entre ellas el fusilamiento de un grupo de jóvenes de Puente Alto en octubre de 1973, incluida una chiquilla de catorce años), nada se había probado hasta ese momento.

El magistrado fue práctico. Dejó de lado a Morales y siguió adelante. En enero de 2003 comenzó la búsqueda sistemática de cada uno de los carabineros subordinados que estaban en San José de Maipo para la fecha en que los tupamaros fueron capturados en la cordillera. En abril, después de múltiples trámites y reclamaciones formales, la justicia intimó al jefe del Gabinete Nacional de Carabineros, el general Luis Ortiz Petrantoni, a remitir una lista de esos funcionarios. Así llegó al tribunal una nómina —impresora de puntos, papel *fanfold*— en la que figuraban los nombres, las direcciones particulares, los grados y la fecha de retiro de veinte carabineros, todos en servicio para el 11 de septiembre de 1973 en la subcomisaría de San José de Maipo.

Calvo le ordenó a la Policía localizar, interrogar y citar para una primera audiencia a quienes aparecían en ese registro —incompleto y desprolijo— remitido por el general Ortiz Petrantoni. De a poco empezaron a caer por la sede. El juez logró entrevistar a nueve. Otros cinco ya habían fallecido, y del resto se informó que eran «por el momento, inubicables», según los detectives encargados de hallarlos. Pero los que sí estaban disponibles significaban una posibilidad cierta de conocer los hechos.

Sin embargo, para desazón de quienes buscaban la verdad de aquel episodio ocurrido tres décadas atrás, las respuestas brindadas eran huecas y parecían calcadas unas a otras, como si alguien les hubiera indicado qué palabras emplear:

—Nunca tuve conocimiento del arresto de ciudadanos uruguayos.

—Nunca oí hablar de ciudadanos uruguayos arrestados.

—No supe nunca que hubiera ciudadanos uruguayos bajo arresto.

Hasta que, finalmente, el 2 de junio de 2003, dos detectives lograron entrevistar en su casa a Manuel Jesús Ramírez, un sargento de Carabineros retirado que había servido en San José de Maipo en las fechas indicadas. Ante la sorpresa de los policías, Ramírez se largó a hablar: «A pocos días del golpe de Estado me enteré, por comentarios de unos colegas cuyos nombres no recuerdo, que dos hombres y una mujer de nacionalidad uruguaya se encontraban detenidos en

dependencias de la subcomisaría. Seguidamente, a esos ciudadanos extranjeros los pude ver cuando integré un grupo de funcionarios que recibió la orden de trasladarlos en dos camionetas de uso institucional hasta las dependencias del regimiento de Puente Alto, lugar donde fueron entregados vivos y recibidos por efectivos del Ejército, quienes bajaron a los detenidos y los condujeron con destino desconocido».

Ramírez agregó que después supo «que a esos uruguayos los había detenido un grupo de carabineros de la subcomisaría en el sector de El Límite». La declaración ante los detectives fue el lunes 2 de junio, y el magistrado Calvo, tras leerla el miércoles 4 por la tarde, ordenó citar al declarante para el viernes 6 a primera hora de la mañana. En su comparecencia, el excarabinero ratificó sus dichos y añadió unos cuantos detalles, aunque quizá lo más significativo hayan sido dos precisiones formuladas por el deponente, una al comienzo y otra al final. Ramírez parecía hallarse muy preocupado por las responsabilidades penales que le pudiera endilgar el tribunal.

RAMÍREZ: Previo a mi declaración deseo decir a Su Señoría Ilustrísima que en el año 1997 sufrí un accidente cerebral que afectó en algo mi memoria, por lo que se me pierden detalles de las cosas, pero me acuerdo de lo medular. En este momento no porto mis certificados médicos, pero en caso de que Su Señoría Ilustrísima me los solicite no tengo problema en traerlos.

PREGUNTADO: Si conoce el motivo de esta citación judicial.

RAMÍREZ: Sí, lo conozco. Y digo que ratifico mi declaración anterior a los policías, la que me acaban de leer. Reconozco mi firma en el acta.

PREGUNTADO: Por los hechos que son materia de esta investigación.

RAMÍREZ: En 1973 yo contaba con el grado de cabo y estaba destinado a la subcomisaría de San José de Maipo, realizando labores de orden y seguridad.

PREGUNTADO: Por lo ocurrido a partir del 11 de septiembre de 1973.

RAMÍREZ: Las cosas cambiaron en la subcomisaría, sobre todo en dos cosas. La primera es que ese mismo día fuimos acuartelados en grado uno, y la segunda es que en horas de la tarde del mismo 11 de

septiembre se cerraron todos los retenes del sector, recogiéndose a la subcomisaría todo el personal que trabajaba en esas unidades.

PREGUNTADO: Si posee información sobre la detención de ciudadanos uruguayos en esa época.

RAMÍREZ: Yo no participé en su detención, pero sí recuerdo que apenas unos días después del 11 de septiembre los colegas comentaban que en el sector denominado El Límite habían detenido a un grupo de ciudadanos uruguayos. Y al concurrir a la guardia vi personalmente a tres jóvenes. Ninguno aparentaba tener más de treinta años.

PREGUNTADO: Si eran tres los detenidos.

RAMÍREZ: Ignoro si había más en otras dependencias de la subcomisaría.

PREGUNTADO: Si pudo apreciar en qué estado se encontraban esos tres detenidos.

RAMÍREZ: Cuando estuve con esos jóvenes uruguayos los vi en buenas condiciones físicas. No se notaban golpeados ni maltratados.

PREGUNTADO: Si sabe qué pasó después con esos detenidos.

RAMÍREZ: No recuerdo si ese mismo día, o al día siguiente, el capitán Rolando Morales dispuso que trasladáramos a esos uruguayos al regimiento de Ferrocarrileros, en Puente Alto. Ignoro la razón, pues yo nunca supe (a lo mejor por mi bajo grado) que había que trasladar a los detenidos políticos a ese regimiento.

PREGUNTADO: Si recuerda quiénes participaron de ese traslado.

RAMÍREZ: No puedo recordar si el grupo de carabineros designado para el traslado de los uruguayos estuvo a cargo del teniente Cárdenas, del sargento Miranda o de Muñoz, pero si recuerdo que íbamos aproximadamente diez funcionarios en dos camionetas custodiando a estos uruguayos.

PREGUNTADO: Por lo ocurrido al llegar al regimiento de Ferrocarrileros de Puente Alto.

RAMÍREZ: Cuando llegamos al regimiento hicimos ingreso, aproximadamente diez o quince metros de la puerta. Luego nos detuvimos y bajamos a los uruguayos, los que fueron entregados a tres militares que se entrevistaron con el que iba a cargo del grupo. Luego se llevaron a los uruguayos hacia el interior del regimiento, por lo que nosotros regresamos a nuestra unidad de origen.

En este punto, en el acta del testimonio se puede leer la siguiente anotación: «Se deja constancia que al deponente se le exhibieron las fotografías de los ciudadanos uruguayos que rolan a fojas 99, 100 y 101, manifestando que, a pesar del paso de los años, cree reconocer a los signados con los números 1 (Ariel Arcos), y 7 (Enrique Pagardoy) y manifiesta dudas respecto de la foto número 8 (Juan Povaschuk), como los uruguayos que vio detenidos en la subcomisaría de San José de Maipo y que fueron entregados en el regimiento de Ferrocarrileros».

El magistrado le preguntó al excarabinero Manuel Ramírez si deseaba agregar algo más a su declaración.

RAMÍREZ: Deseo decir a Su Señoría Ilustrísima que nosotros entregamos a estos uruguayos en perfectas condiciones físicas, por lo que cualquier cosa que haya pasado con ellos es responsabilidad de los militares del regimiento Ferrocarrileros.

La información brindada por Ramírez era una de las puntas de la madeja que el juez Calvo necesitaba desenredar. Alguien admitía por fin haber visto con vida a los uruguayos del Cajón del Maipo, y haber participado en su entrega a militares del regimiento de Ferrocarrileros en Puente Alto. No era mucho, pero algo era.

El lugar indicado por Ramírez como sitio del arresto, llamado El Límite en sus declaraciones, no aparece en ningún registro oficial ni en ningún mapa de la región. No está marcado en el muy antiguo de Luis Risopatrón y ni siquiera figura en el minucioso *Itinerario Maipino* publicado por Caupolicán Montaldo en 1942. Se trata de una denominación usada por los carabineros locales para un sector del desfiladero ubicado más allá de los lugares habitados. Se lo conocía como El Límite porque era justamente eso: el lugar hasta el que podían llegar los centinelas sin riesgo de traspasar de forma inadvertida el límite fronterizo con Argentina.

Apenas tres días después de la comparecencia de Ramírez, una pareja de detectives logró encontrar a seiscientos kilómetros al sur de Santiago, en Angol, a otro de los carabineros mencionados en la nómina de funcionarios acuartelados en San José de Maipo en septiembre de 1973. Su nombre completo era Adolfo Aquiles Fariña Sandoval. Por defectos burocráticos, la dirección suministrada era errónea: él no vivía en la calle Altué, indicada en el documento oficial.

De todos modos, los subinspectores Valeria Hernández y Claudio Bustos, oficiales de la división Asuntos Internos de la Policía, luego de una rápida pesquisa pudieron dar con Adolfo Fariña en su casa de la calle Carrera, a pocas cuadras del río Rehue. A los cincuenta y ocho años, el excarabinero se mantenía jovial y conversador, así que no tuvo problema en hablar con los policías. Era un hombre corpulento, afable, y un ferviente mormón desde hacía décadas. Les contó que era angolino, que había estado varios años de servicio en el Cajón del Maipo, y que el retiro le llegó, siendo suboficial mayor, en la Comisaría 1.ª de Angol. Después se puso a recordar aquel asunto de los capturados cerca de la frontera:

—Eso fue en octubre o noviembre de 1973, cuando un lugareño divisó a unas personas tratando de cruzar la frontera por el sector conocido como Lo Valdés, camino a Baños Colina.

—¿Ustedes fueron a buscarlos?

—Se organizó un grupo —admitió Fariña—. Seríamos aproximadamente unos ocho funcionarios. Recuerdo al sargento Miranda, que era el más viejo del grupo. Posteriormente nos trasladamos hasta ese sector y detuvimos alrededor de seis personas jóvenes.

—¿Qué tan jóvenes?

—Entre veinte y treinta años, no más. Los encontramos en una construcción que era ocupada por una minera de extracción de yeso.

—¿Se resistieron?

—No. Esas personas no estaban armadas. La detención se efectuó pacíficamente. Entre los detenidos había al parecer dos mujeres, una de las cuales dijo que estaba embarazada.

Adolfo Fariña también les dijo a los detectives que él no notó ningún acento extranjero en los arrestados, pese a que hablaron, dieron datos personales, dijeron que eran turistas. Por algún motivo, Fariña desvió la conversación para mencionar la aparición, en esos días, de unos cadáveres que flotaban en el río Maipo.

—Cuéntenos sobre eso.

—Aparecieron varios cuerpos. Dijeron que había dos que presumiblemente eran uruguayos. Estaban con sus ropas y tenían muchos impactos de bala.

El diálogo de Fariña con los detectives —que luego se volcó en el formato habitual de un acta de declaración— era prometedor. De a poco, los secretos empezaban a revelarse. El juez tenía elementos de gran importancia para la instrucción del sumario: había testigos directos que señalaban de forma inequívoca que varios uruguayos fueron detenidos por personal de Carabineros en una zona próxima a la frontera con Argentina, en el Cajón del Maipo; esos mismos testigos coincidían en indicar que los detenidos fueron entregados a personal militar en el regimiento de Ferrocarrileros de Puente Alto.

Las inconsistencias que aparecían en los testimonios (las fechas precisas en que ocurrieron los hechos, el número de detenidos, los nombres de los carabineros participantes en el operativo) no eran sustanciales, y debían achacarse al tiempo transcurrido. La lógica indicaba que el paso siguiente era interrogar nuevamente a quien había estado al mando del regimiento de Ferrocarrileros en 1973, el coronel Mateo Durruty.

Eso se disponía a hacer el juez, cuando un rayo lo impactó de lleno y literalmente hizo polvo su carrera. El 4 de noviembre de 2003, a raíz de otro sumario que él instruía —un sórdido caso de estupro y prostitución infantil en el que aparecieron involucrados un conocido empresario santiaguino y varios parlamentarios—, al magistrado le tendieron una trampa: un canal de televisión hizo grabar un video con cámara oculta en el palacio de los Tribunales, en el que se revelaban los vínculos de Calvo con ciertos ambientes homosexuales de la ciudad.

Para alguien que sonaba como un posible candidato a integrar la Corte Suprema de Chile, casado y con cinco hijos, y que llevaba adelante —entre otros— un juicio sobre delitos sexuales gravísimos, la emisión en horario central de ese material fue un golpe demoledor. En una sociedad como la chilena, un alto magistrado señalado con el dedo por ser un gay encubierto era problemático, sobre todo porque en ese momento estaban en su apogeo los chismorreos a propósito de una supuesta «logia rosa» que, según murmuraciones, se hallaba enquistada en el Poder Judicial. Cuentan que en el Palacio de los Tribunales unos se pusieron a temblar y otros a saltar de alegría.

Fue un triste escándalo. Calvo no tenía salvación: pese a que no lo

expulsaron de la judicatura, fue suspendido por cuatro meses y apartado de todos los juicios que estaban en sus manos. Terminó en una de las fiscalías de la Corte de Apelaciones, con labores auxiliares sin ninguna relevancia institucional. La jugarreta en su contra también le acarreó graves problemas a su esposa, y crueldades diversas a sus hijos, quienes fueron víctimas de escarnio en los lugares de estudio y aun entre sus amigos más cercanos. Recién en el año 2015 Daniel Calvo sería reivindicado a plenitud, en una sentencia de la propia Corte Suprema, integrada ya por otros magistrados.

Pero en noviembre de 2003 el impacto de semejante destape se sintió con fuerza en los tribunales. Dos decenas de causas que manejaba Calvo cuando se desató la tremolina fueron, en un primer momento, distribuidas al vuelo entre otros magistrados, casi como haría un crupier con las cartas en una mesa de casino. El llamado «Episodio Uruguayos» fue a dar a una jueza suplente, que quiso ponerse al día y apenas si atinó a continuar con algunas diligencias. Luego, más compuesta la judicatura tras el remezón inicial, asumió el trabajo la jueza Carmen Garay Ruiz, nombrada ministra de fuero con carácter interino. Las actuaciones siguieron adelante, pero el hilo conductor del juicio parecía cortado de forma irremediable.

A los cuatro uruguayos capturados en el campamento minero de Lo Valdés los recibieron en el regimiento de Ferrocarrileros con insultos, escupitajos y golpes. No se trató de una excepción, ya que ese era el procedimiento habitual con cualquier detenido. La comitiva de carabineros encargada del traslado desde San José de Maipo entregó el grupo a los militares y regresó de inmediato a la subcomisaría con la misión cumplida. El trámite, tras el ingreso de los uruguayos al cuartel, consistió en una seguidilla de leñazos aplicados al bulto con toda la fuerza de la que eran capaces los conscriptos que estaban de guardia. Quizá para hacer mérito ante sus superiores, o por simple placer, los pelaos se esmeraban en castigar con la máxima dureza a los recién llegados. Así, entre patadas y culatazos, los arrearon hasta un espacio cercado con tejido de alambre, a un costado de la maestranza.

Ese espacio fue motivo de un ridículo litigio, ventilado en el

tribunal, entre Mateo Durruty y algunos de quienes habían sido sus subordinados. No se puso en cuestión la existencia del lugar o su ubicación, ni siquiera la función que cumplía, sino su denominación. La semántica generó una pugna entre viejos camaradas de armas. El exsargento Urbina, aquel titán de la bala legendaria, dijo en su declaración policial que ese espacio era «una especie de gallinero» instalado en el patio de la maestranza, aunque aclaró que «nunca hubo gallinas allí». Con idénticas palabras lo definió Luis Canales, soldado que prestó servicio en el regimiento en septiembre de 1973: para él se trataba de «un gallinero». Enterado de esos dichos, Durruty pareció gravemente ofendido por semejante definición, porque le resultaba despectiva para con su unidad. Ante el juez describió el lugar como «un patio que había frente a la enfermería». Y enseguida agregó con énfasis, al borde de una rabieta: «En mi cuartel no había gallineros».

Durruty guardó esas palabras en su memoria. Años después, en la soledad de su senectud, la frase empezó a emerger cada tanto como de una caverna, para que él la repitiera una vez y otra, de día y de noche, despierto y en sueños, a solas o en compañía de su asistenta (así la llamaba él), que era la única persona con la que trataba de forma habitual. Siempre la misma frase, las mismas palabras, el mismo tono. Una palilalia que su médico atribuyó a la edad y al estrés por la situación legal que padecía.

—En mi cuartel no había gallineros.

Su vejez tenía un aura maligna que empujaba a los otros a tomar distancia. Hijos, nietos y algún pariente llegaban de forma esporádica a visitarlo. Los problemas con la justicia no hacían más que agravarse, y la posibilidad de acabar sus días en la cárcel era cierta. Y a todo eso se agregaba el desorden mental, la frase repetida durante horas o días, la incógnita acerca del futuro. Para Durruty la vida estaba en el pasado, así que las preguntas sobre el futuro tenían un único interés: no ir preso. Le repugnaba la idea de ingresar a una cárcel.

Lo que aliviaba el curso de sus días era la eficiencia discreta de la asistenta, que cumplía las funciones de doméstica. Ella, entre la confianza y la admiración, siempre lo llamaba «mi coronel», igual que si fuera una subordinada de la otra época. Iba y venía por la casa en silencio, con la mirada mansa de los buenos sirvientes. El pelo estirado

hacia atrás y sujeto con un moño, el cuerpo liso como una tabla, flexible a pesar de la edad (andaba ya por la cincuentena) y la capacidad de adivinar sus necesidades más simples, desde servirle un vaso de jugo hasta colocar sobre sus hombros una bata para abrigarlo. Además, la mujer no expresaba disgustos, ni parecía tener ideas propias o rencores del pasado, y todo eso era bueno.

A Durruty lo aliviaba, le hacía más llevadero ese tiempo retorcido en el que estaba atascado, ni para atrás ni para adelante, siempre en el mismo sitio, igual que las sombras. En cierta ocasión comentó que su esposa, fallecida en el año 2013, se le aparecía a veces de visita para conversar «de ciertas cuestiones», pero nunca quiso decir si le hablaba del más allá o del más acá, de los vivos o de los muertos o de los que no se sabía si estaban vivos o muertos.

Y cada tanto la frase, la maldita frase: «En mi cuartel no había gallineros». Como si hubiera que explicarlo, como si él mismo debiera refrendarlo para sí al pensar esa frase dicha ante un juez o un actuario, un tipo de corbata que lo miraba con desconfianza. «En mi cuartel no había gallineros». Un día rompió a hablar:

—Claro que no había —dijo de repente ante uno de los peritos forenses que lo evaluaban—. No había gallineros ni mariposas atravesadas por alfileres. En todo Chile, en aquel tiempo, no existía un solo gallinero en los cuarteles. Ni uno. Ni siquiera en los fortines más remotos, ni en el desierto. Lo que había eran soldados, hombres de uniforme listos para cumplir las órdenes.

«En mi cuartel no había gallineros». Era insoportable escucharse diciendo las palabras repetidas, siempre su propia voz diciendo la misma frase. Hasta que se iba. De un momento para otro la frase desaparecía, se evaporaba en el aire de la habitación, se desvanecía por completo con tal suavidad que él ni siquiera captaba el momento preciso en que eso ocurría. No estaba más y ya todo era distinto. Su cerebro volvía a funcionar, a pensar claro, a pedirle a la asistenta que le consiguiera algo rico para comer, sí mi coronel, o que lo ayudara a levantarse para ir al baño, sí mi coronel. Mejoraba el ánimo y el temple, y aunque su asistenta no demostrara emoción alguna, él notaba la alegría de la mujer, sus músculos más tensos, sus narinas un poquito dilatadas, la piel del rostro tersa, las manos firmes.

—Sí, mi coronel.

Acaso el nombre para catalogar el patio de la maestranza fuera lo de menos. El hecho es que, dentro del regimiento, había un espacio cercado y sin techo, con piso de tierra y tejido de alambre, al que unos llamaban gallinero, otros perrera y otros corral. También estaban quienes le decían «la jaula». Hay decenas de testimonios sobre ese lugar, que era utilizado durante las horas diurnas para mantener, sin comida ni agua, a decenas de presos bajo la vigilancia permanente de varios centinelas armados con fusiles. Allí fueron a dar Gonzalo y Enrique tras una larga noche de interrogatorios y palizas.

A los cuatro capturados en Lo Valdés, los oficiales de la sección de inteligencia del regimiento los habían separado. Enrique y Gonzalo para un lado, Cristina y Socorro para otro. Hubo, durante las primeras horas, una actitud muy agresiva y a la vez vacilante por parte de los interrogadores, especialmente contra los dos varones: increpaban a los detenidos por ser «terroristas tupamaros» (en realidad decían «del Túpac Amarus») y los castigaban sin tregua para que confesaran, pero a cada rato entre ellos se susurraban dudas y parecían inclinados a pensar, dada la cerrada negativa de los prisioneros a admitir ninguna imputación, que quizá después de todo se tratara simplemente de unos huevones que andaban por la cordillera sin saber a lo que se exponían.

Cristina, aterrorizada por la situación, desde el mismo momento de su captura dijo que estaba embarazada. Hasta ese punto, en el cuartel el maltrato hacia las dos mujeres había sido infame, pero de una crueldad física moderada: manoseos, amenazas, unos golpes al principio, falta de alimentos. Luego la situación cambió. A Cristina la llevaron a la enfermería con el pretexto de que el oficial médico la revisara y pudiera certificar su preñez. Una vez allí, en lugar de un médico había dos militares —nunca identificados— que la violaron y luego la castigaron con golpes.

Socorro quedó encerrada en un vagón de ferrocarril junto con varias prisioneras chilenas. En otro vagón fueron depositados Gonzalo y Enrique, quienes ya estaban bastante lastimados pues venían de una dura ronda de castigos. En algún momento de la primera noche los

habían trasladado fuera del cuartel, probablemente a la Inspectoría de Investigaciones que funcionaba en un edificio cercano al regimiento, para efectuar un interrogatorio a cargo de civiles. Ese interrogatorio se hizo con la presencia del Poni Latorre y el capitán Lander Uriarte.

Los civiles que manejaron la sesión eran detectives de Puente Alto. Uno se mostró buen conocedor de los usos de la picana eléctrica, y la empleó a fondo con los dos detenidos. Sus preguntas estuvieron orientadas en primer lugar a determinar la pertenencia de ambos a los tupamaros, después a conocer los contactos que tenían con el MIR chileno y por último a ubicar el escondite del armamento que, decía el interrogador, se hallaba oculto en algún lugar del Cajón del Maipo.

En una dependencia contigua, otros detectives igualmente expertos estaban torturando a Juan Povaschuk y a Ariel Arcos, quienes —según las evidencias— habían llegado durante la tarde al regimiento a bordo del helicóptero, ya en pésimas condiciones. Tenían los pies muy lastimados, signos evidentes de deshidratación e hipotermia. Durante el juicio resultó imposible reconstruir lo ocurrido esa noche con Juan y Ariel, pues los jefes militares ni siquiera admitieron tener conocimiento de la existencia de los uruguayos. Es bastante sencillo, pavorosamente sencillo, imaginar que la técnica y el ensañamiento empleados por los interrogadores civiles con ellos debieron de ser similares a los que padecieron Gonzalo y Enrique.

Para referir ese asunto, la palabra que vale es la de Gonzalo Fernández, único sobreviviente varón del grupo capturado en la cordillera y, por lo tanto, única víctima viva del interrogatorio. Respecto a ese tema, él siempre se ha manejado con extrema parquedad. Las pocas palabras que dijo sobre su experiencia expresan, en el recato, un dolor que tal vez sea imposible de nombrar. Además, nunca disimuló sus dificultades para recordar con exactitud lo ocurrido, con la inevitable confusión de momentos y circunstancias: que si fue de día, que si de noche; que una cosa pasó antes en el cuartel o tal vez pasó después fuera del cuartel. Esas dificultades —que además de ser comprensibles serán para siempre excusables— permiten, pese a todo, seguir cierto rastro y un determinado patrón de comportamiento en los interrogadores: escarnio, golpes, picana eléctrica, preguntas sobre los tupamaros y el MIR; más escarnio, más

golpes, más picana, preguntas sobre el armamento oculto en la montaña; así, una y otra vez, durante horas.

Cuando los devolvieron al cuartel, maltrechos pero invictos, la balanza pareció inclinarse hacia la inocencia de los prisioneros. Alguien dijo en voz alta: «Bueno, si estos culiaos son turistas los soltamos y ya». El propio comandante Durruty, quien hizo comparecer en su oficina a Socorro, mostró su frustración. Cuando se quedó a solas con ella intentó hacerla hablar por las buenas para sonsacarle algún dato. Mientras posaba de hombre comprensivo, se le dio por mencionar de forma piadosa a la familia de la muchacha. Sentado encima de su escritorio, hizo colocar a la detenida en el suelo, en un rincón de su despacho. Empezó preguntándole dónde estaba cuando el golpe del 11 de septiembre.

—Soy turista —respondió Socorro—. Estaba en Santiago cuando el golpe.

—¿Dónde vivía?

—En la calle Acacias.

El militar simuló consultar unos papeles, y luego tomó una guía telefónica. La hojeó y acabó por depositarla nuevamente sobre el escritorio.

—Esa calle no existe —dijo.

—Estoy muy nerviosa…

—¿Me puede decir en casa de quién estaba cuando el golpe?

—Son unos amigos chilenos.

—¿Cómo se llaman esos amigos?

—No recuerdo bien…

El diálogo se prolongó en esos términos durante varios minutos. Durruty amagaba con perder la paciencia, trataba de acomodar sus nalgas sobre la madera del escritorio, tenía las piernas colgando y las balanceaba despacio mientras miraba con extrañeza a la prisionera. Luego volvía a las preguntas. El rostro de la detenida mostraba las marcas de los castigos recibidos durante los interrogatorios previos. La extrema flacura de aquel cuerpo volvía su aspecto aún más frágil. Mateo Durruty la miraba, insistía en formular sus preguntas. Después se puso retórico:

—¿Usted se imagina a su madre recibiendo el cuerpo de su hija

lleno de balas?

Socorro no sabía qué hacer. Pensó, una vez más, que la iban a fusilar. Comprendió que ni siquiera habría un cuerpo lleno de balas: de ella no quedaría nada. Estaba en Chile, prisionera de los militares, indefensa y maltratada. Nadie sabía que estaba allí. Ya no existía. Se puso a llorar su propia muerte. El comandante dio por terminado el asunto.

—Usted me tiene harto —dijo, y ordenó a los gritos que sacaran a la muchacha de su oficina.

En ese repentino desborde del teniente coronel Mateo Durruty apareció una grieta que se correspondía con el desconcierto de los demás interrogadores. Era la misma duda, aunque expresada de otra manera. Fue una especie de confesión. Solo así se explica que haya pronunciado esa frase.

—Usted me tiene harto.

Él resumía con esas palabras su dificultad para encajar a esa prisionera en el esquema de las hordas sangrientas que, aseguraban los informes, pululaban por la cordillera. Entre los feroces vietnamitas con sus AK-47 y esa uruguaya indefensa había una distancia absurda. Le debió resultar difícil de creer que esos jóvenes, mal equipados y en pésimas condiciones físicas, integraran algún grupo de entrenadores de guerrilla. Y más que difícil, casi imposible, que personas de apariencia tan débil tuvieran semejantes niveles de resistencia en los interrogatorios. El gobernador militar de Puente Alto habrá razonado que si esos muchachos no confesaban nada era porque nada sabían. ¿Turistas? Al parecer, la balanza se inclinaba de forma definitiva a favor de los uruguayos del Cajón del Maipo.

Sin embargo, a la mañana siguiente todo cambió. Uno de los oficiales de boina (al que Gonzalo identificó en el tribunal, por fotografías, como Gabriel Montero) se apareció hecho una furia, cuando ya los prisioneros estaban amarrados unos a otros en el gallinero. A los gritos les dijo que los iba a matar, que se prepararan para lo peor, que eran unos mentirosos y que en Chile fusilaban a los terroristas. Entre varios desataron a Gonzalo y lo llevaron a una habitación. Un oficial empezó a golpearlo porque era el más jovencito de todos.

—Empecemos con la guagua —dijo.

La emprendió a patadas y golpes de karate, como si el prisionero fuera un saco de arena para entrenamiento. La cabeza, las manos, el tórax, las rodillas, los dedos de los pies. Gonzalo cayó al suelo y el tipo le saltaba arriba, lo golpeaba en la cara, le arrancaba las ropas. El karateca parecía estar en trance. Luego lo hizo ponerse de pie y allí habrá visto que el rostro del prisionero estaba desfigurado y cubierto de sangre: la nariz destrozada, un tajo en la frente, casi toda la dentadura inferior desprendida. Por la boca asomaban unos colgajos de carne.

Entonces, lo que hizo el oficial fue desenfundar un revólver, apuntar al pecho de Gonzalo, martillar el arma, esperar tres o cuatro segundos y disparar. Hubo un fogonazo. Era una bala de salva, pero la detonación de todos modos debió provocar una quemadura de pólvora en el prisionero, pues el cañón del arma estaba a pocos centímetros de su piel. El tipo se rio y le dijo a Gonzalo que aprovechara a descansar un poco. Después —unos minutos o unas horas después— el mismo oficial le propinó a Enrique Pagardoy una paliza igual de salvaje. Pagardoy sangraba, y se sostenía de pie pese a los golpes.

Todo cambió. Una versión conocida muchos años después de los hechos, indicaba como posible explicación que Juan Povaschuk había revelado su identidad a los militares y, por lo tanto, su pertenencia a la guerrilla tupamara en Uruguay. También se dijo que entre las ropas de los prisioneros se encontraron papeles comprometedores, o incluso que los detectives de la inspectoría de Puente Alto hallaron el dinero escondido en el forro de algún abrigo. Más allá de esas especulaciones, hay otra posibilidad nunca estudiada: que las primeras sombras del futuro Plan Cóndor aletearan allí, en el gallinero del regimiento.

Un análisis de la documentación anexada a la carpeta del caso por el gobierno uruguayo, muestra que el 28 de septiembre de 1973 la Jefatura de Extranjería de la Policía chilena realizó la siguiente anotación en su libro de novedades: «La autoridad gubernamental de su país solicita la captura de Juan Antonio Povaschuk Galeazzo, a contar del 28.9.73 [día de la fecha] atendida su vinculación con el grupo terrorista Tupamaros». Todo indica que, aunque la requisitoria se conocía desde el día anterior, su evaluación definitiva se produjo

cuando los prisioneros ya estaban en el cuartel: los uruguayos capturados eran tupamaros.

Eso fue lo que cambió. Es muy probable que tal anotación de Extranjería, inequívoco signo de cooperación entre dos dictaduras recién instaladas, haya marcado el destino de los tres desaparecidos. La colaboración entre los servicios de inteligencia de los dos países venía de antes. El 16 de mayo de 1973 habían llegado a Santiago los suboficiales mayores Alberto López y Edalio Acuña, dos militares uruguayos especializados en interrogatorios y espionaje. Fueron adscriptos a la Embajada en Chile con un estipendio de trescientos dólares mensuales cada uno, cifra por demás considerable en aquel tiempo. Aunque no eran diplomáticos —no tenían el rango adecuado para cumplir tales funciones— los pusieron a trabajar con ese estatus junto al agregado militar, el coronel Pedro Aranco. Eran espías que operaban clandestinamente a espaldas del gobierno de Allende. Para que eso fuera posible, necesariamente el Ejército uruguayo debió contar con la aprobación de varios ministerios en Montevideo y con la complicidad de la inteligencia militar chilena.

Muchos se han preguntado, también, por qué los perpetradores no desaparecieron a los otros tres. El propio Gonzalo Fernández sigue sin entender, medio siglo después, qué criterio emplearon para retener a unos y dejar ir a otros: «¿Por qué no a mí?», se pregunta. Tal cuestión debe incluir a las dos mujeres prisioneras. En realidad, el criterio utilizado —si lo hubo— es desconocido y al respecto solo se pueden formular suposiciones. No hay ningún elemento que permita establecer una hipótesis firme. En el caso de Gonzalo, su aire de adolescente y su físico esmirriado pudieron haber incidido en la decisión de enviarlo al estadio Nacional junto con las dos mujeres. Parecía un niño.

Por otra parte, ser despachado al campo de prisioneros no garantizaba nada. Muchos detenidos eran asesinados allí mismo o en los alrededores, y otros acababan desaparecidos. En algunas listas de prisioneros que se remitían al centro de reclusión del estadio, figuraban anotaciones al margen escritas de puño y letra por los oficiales a cargo del envío, en las que se establecía una cierta clasificación y, a veces, un destino. Una de las más frecuentes era «Muy peligroso». Otra: «Extremista». Y otra decía: «JM», que

significaba «Justicia Militar». A los que llegaban con ese rótulo casi nunca los anotaban en el registro de ingresos, pues estaban condenados.

De las varias hipótesis formuladas, quizá la más amarga sea la correcta. Esa conjetura plantea que, con los uruguayos del Cajón del Maipo, en realidad no hubo ningún triaje sino, acaso, el capricho o la inquina de algún oficial, tal vez el propio teniente Montero, que empezó a insultar en el gallinero del cuartel a Enrique y a Gonzalo. O la indiferencia del propio comandante Durruty: consultado acerca de qué hacer con esos muchachos, pudo haberse encogido de hombros para dejar sus vidas en manos de alguien insignificante como el Poni Latorre, o de un criminal como Montero. O puede ser que Durruty se haya desentendido del caso, tras disponer que eso fuera resuelto por los detectives de Puente Alto. O que él mismo, como jefe supremo de los soldados ferrocarrileros y gobernador de la provincia, haya tomado al azar la decisión de ejecutar a unos y no ejecutar a otros. Con liviandad pudo decir:

—Seré justo. Mitad y mitad.

El Supremo Arquitecto del cuartel puede haber sentenciado:

—Tres y tres.

Nunca se sabrá. Para angustia de los sobrevivientes, eso nunca se sabrá. Para dolor de los familiares de los tres desaparecidos, ninguna explicación será satisfactoria ni les llevará consuelo. Para frustración de la justicia, tal asunto no podrá aclararse. Para vergüenza de Chile, parece evidente que ya nadie revelará ese secreto.

Desde el arresto de Fernando Mazzeo, ocurrido a principios de mayo, a Omar le había resultado difícil seguir adelante. Y eso empeoró cuando su hijo se fugó del reformatorio de menores y no se supo más de él, y se agravó más cuando se enteraron de su salida clandestina del país y del viaje a Chile, y todo se desbordó cuando ocurrieron los dos golpes de Estado (primero en Uruguay, luego en Chile) y las noticias que llegaban desde Santiago eran pavorosas. Fueron muchos meses sin sosiego. Estaban orgullosos de la fuga, pero los ahogaba el miedo porque en Montevideo mataban jóvenes con frecuencia. Ellos

escuchaban las peroratas oficiales: que se resistió al arresto, que extrajo un arma de entre sus ropas, que llevaba una granada. Palabras de susto. Mentiras que se iban convirtiendo en verdades.

Una de esas tardes en las que Fernando andaba clandestino, poco antes de escapar hacia Chile, pudo ver de lejos a su padre y comprendió la hondura del duelo familiar que había provocado su arresto y posterior fuga. Era una tarde gris de junio, con cielo de plomo y viento del sur. Lo vio apenas desde la ventanilla de un ómnibus, casi de espaldas. El ómnibus bajaba por Sierra hacia el Palacio y su padre caminaba por la calle Miguelete, quizá rumbo a la casa. Omar, aquel hombre emprendedor, de gran presencia y energía, era una sombra de sí mismo. Lo que Fernando vio fue la sombra de un joven ya viejo, rendido o a punto de rendirse. Ese hombre, que no era su padre biológico pero que para él era su padre «en todos los sentidos», caminaba encorvado y cabizbajo, con la solapa del abrigo levantada. Marchaba a paso lento, como si cargara un peso insoportable. Era menos que una sombra: «Era la sombra de una sombra». Medio siglo después, el dolor le hace recordar a su hijo ese instante. Sintió una estocada en el pecho.

—Para mi padre todo fue terrible.

La vida los separó. Uno se fue para Chile, el otro a su casa de la calle Lenguas. De ahí en adelante, Omar tuvo que enfrentar las sucesivas tormentas del hogar, y lo hizo con una voluntad que siempre estuvo por encima de su propio desánimo. Primero se convirtió en comerciante, en vidriero, en buscavidas infatigable; después instaló un puesto de frutas y verduras cerca de su casa, y anduvo un tiempo entre lechugas, manzanas, acelgas; también consiguió un empleo como administrativo en un sanatorio con un sueldo misérrimo, pero sueldo al fin; y fue militante sindical, y compañero de sus compañeros, y cronista de aquel tiempo. Escribió muchas historias, aunque no la suya. O tal vez lo que hizo fue escribir nada más que su propia historia y enmascararla en las historias de los otros. Al final de la dictadura, Omar se consideraba a sí mismo apenas «un sobreviviente», pero en realidad habían sido, tanto él como Lilita, dos resistentes. Fueron de los porfiados que nunca bajaron los brazos, aunque ya no tuvieran fuerzas para seguir.

A pie firme, Omar debió soportar durante años las inspecciones de los militares, quienes se ocupaban en cada ocasión de lanzar amenazas sin otro objetivo que el de incordiar a los dueños de casa y, tal vez, quebrar del todo los nervios de su mujer. Omar tuvo que arreglárselas y parar la olla cuando se quedó sin trabajo y la plata no alcanzaba y había que cuidar del pequeño Fabián y acompañar el crecimiento de los otros y enderezar el ánimo de Lilita y los arranques de doña Juvenal y las quejas de Luisa y limpiar la pajarera del fondo y evitar que los pececitos se murieran en su planeta de agua y silencio. Eso duró meses, años. Fue una época sin luz. Ni siquiera el bebé, que pronto dejó de serlo para crecer como un niño sano y feliz, ajeno a todas las amenazas, fue capaz de despejar esa oscuridad.

El declive, suave pero sostenido durante un tiempo, de pronto se volvió evidente. Faltó el dinero y, a veces, la comida. Tuvieron que robar electricidad para calentar aquella enorme casa en el invierno, y en muchas ocasiones los alimentos se sacaban de fiado en un almacén cercano y en la carnicería de la otra cuadra. Hubo noches en que la cena de todos consistió en una taza de leche y mate cocido, un poco de líquido caliente para engañar al estómago. Eso, y la espera frente al televisor del boletín oficial de las Fuerzas Conjuntas, que siempre era precedido por una marcha cuartelera.

Los grandes y los chicos se apiñaban a las ocho de la noche frente a la tele para escuchar los partes de guerra de las distintas unidades militares. Los adultos en unos sillones ya medio destartalados y los niños ahí mismo, en el suelo. Fabián, el menor, recuerda —cree que recuerda— aquellas veladas llenas de expectativa:

—Eran un acto sagrado.

Un locutor (siempre el mismo: William Cardozo) leía en *off* los comunicados para la radio y la televisión, que obligatoriamente debían retransmitirse en cadena nacional. La voz del locutor se hizo tan famosa como la marcha que abría el *show*. Él daba los nombres y apellidos de quienes habían sido detenidos, o de aquellos que se hallaban prófugos, o de los que ya eran condenados. Se hacía énfasis en las sanciones, que se explicitaban cuando eran severísimas: una estudiante de arquitectura penada con veintisiete años de cárcel, un mecánico con veintiocho, un sindicalista con treinta años, y así. «Tras

comparecer ante la justicia militar el sedicioso fue condenado a una pena de treinta años de penitenciaría más quince años de medidas de seguridad, lo que hace un total —leía el señor Cardozo, de lo más aritmético— de cuarenta y cinco años de prisión».

Nombres, edades, rostros. Buscados, capturados, procesados. Se hablaba de terroristas, de amorales. Eran decenas cada vez. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, comunistas, tupamaros, dirigentes sindicales, anarquistas, catedráticos, monjas, poetas, maestras, albañiles. Los comunicados castrenses dibujaban un mapa de la sociedad uruguaya, o cuando menos de un sector importante de ella. En ese sentido eran democráticos, pues ahí estaban representados todos los grupos sociales, las profesiones, las filiaciones políticas, las edades. No se salvaban ni los pobres ni los ricos, ni los políticos ni sus hijos, ni los policías ni sus hijos, ni los viejos caudillos ni sus nietos. Como dijo un general del Ejército, célebre por su delicadeza para expresarse sobre los graves asuntos nacionales del momento: «¡Todos pa' adentro!».

En aquella casa esperaban escuchar el nombre de Fernando. La fatalidad se instalaba frente al televisor RCA Victor en el salón del comedor, y era presidida por Lilita y su cigarrillo, Lilita y sus comentarios o Lilita y sus silencios. Muy de vez en cuando Lilita y su llanto. Sin embargo, el nombre de Fernando apenas si fue dicho en un par de ocasiones, para recordarle «a la ciudadanía» que era un peligroso subversivo que se encontraba prófugo de la justicia. Ahí estaba la foto: un chiquilín con los párpados algo entornados, lo que le daba a la imagen un aire sórdido que remitía a pistoleros de la peor calaña. Ese era el efecto buscado —y casi siempre logrado— por los expertos de propaganda del Ejército.

Después del boletín militar, los chicos se iban a dormir. A veces Luisa quedaba limpiando la cocina, y Omar trataba de poner orden en sus cosas, aunque a esas alturas él no sabía qué significaba eso. ¿Qué era el orden? ¿Cuáles sus cosas? Había abierto el puesto de frutas y verduras ahí nomás, por la calle Batoví, y con eso pretendía salvar de la ruina a la familia, mientras Lilita ayudaba tanto como podía y se balanceaba en el pretil de sus miedos.

Ella iba y venía, fumaba, tomaba sus pastillas, no sabía cómo salir

adelante. A veces tenía empujes laboriosos y entonces se pasaba una semana entera con la limpieza, con la cocina, con el cuidado de los pájaros, los peces, las palomas, los conejos. Le daba órdenes a Luisa, quien se convertía más que nunca en la obediente ayudanta de su patrona. En esos días febriles Lilita les revisaba las orejas a los niños, y los olía para detectar cualquier falta de aseo por mínima que fuese; aunque no se necesitara, igual regaba las plantas y las flores de los canteros del fondo, y barría el patio trasero, y le pasaba un paño al cristalero del salón. Y en ocasiones se detenía a contemplar la maravilla de aquel comedor señorial, con una mesa enorme que podía recibir hasta doce comensales, y la araña que caía justo en el centro de la mesa, sus caireles biselados, sus luces que tantas fiestas y reuniones familiares habían iluminado.

Otras veces, por el contrario, era incapaz de levantarse de la cama, o permanecía reclinada en uno de los sillones del patio con la mirada fija en la pecera, o se dejaba acariciar por el tibio sol de primavera que se filtraba por los vidrios de la claraboya. Estaba horas ahí, sin decir palabra, sin permitir que nadie se interpusiera entre sus pensamientos y el silencio. Fumaba, de vez en cuando se mordía el labio inferior, suspiraba y aplastaba el cigarrillo en un cenicero y luego, enseguida, encendía otro y reiniciaba su ronda mental. Sus hijos chicos no lograban entender qué era lo que pasaba, pero sabían que esa quietud era dolorosa. Ella los iba abandonando. El tiempo caía como si fuera ceniza. Una hora tras otra, un día tras otro. Ahí estaba esa familia mutilada, esas plantas, esos peces de colores. Ahí, en la ceniza del tiempo.

Pese a que el hilo del accionar judicial estaba cortado, la designación como titular de la causa del juez Joaquín Billard, en agosto de 2004, hizo que el proceso volviera a tener empuje. Él actuó con celeridad y encauzó el sumario por los carriles que ya había establecido el defenestrado Daniel Calvo. Para eso aprovechó hasta el último resquicio del trabajo desarrollado por su colega, organizó una batería de citaciones bajo apercibimiento de arresto, y dispuso la realización de interrogatorios a exmilitares de Puente Alto. Es verdad

que no logró acelerar demasiado el juicio, pues las chicanas jurídicas y los engorros administrativos eran constantes, pero la suya fue una vía firme para construir un caso sin fisuras.

El que pretendía ser el paso final de esa estrategia lo dio Billard en abril de 2005, cuando resolvió interrogar una vez más al comandante Durruty, principal encausado en el «Episodio Uruguayos», quien además ya había sido procesado en otro juzgado por otro homicidio, aunque no se encontraba en prisión sino en su casa, debido a presuntos problemas médicos (el certificado legal hablaba de obstrucciones bronquiales, o sea catarro). Para el magistrado debió ser extenuante lidiar con las numerosas dilaciones ensayadas por el exgobernador antes de lograr sentarlo de nuevo en la sala del Tribunal. Razones personales indeterminadas, motivos de salud y hasta su condición de procesado en otra sede, fueron excusas utilizadas una y otra vez por los representantes legales del comandante.

Era verdad que Durruty había tenido algunos quebrantos de salud a lo largo de su vida, pero la minuciosidad de la historia clínica presentada ante el juez se asemejaba demasiado a una maniobra que buscaban librar al defendido no ya de un proceso de apariencia compleja —uno más— sino de la cárcel. La estrategia parecía ser: culpable, pero en su casa.

Según su médico de cabecera, Durruty padecía «hipertensión arterial controlada, bloqueo completo de rama derecha, epistaxis, intolerancia a la glucosa, adenoma prostático asintomático, colecistectomizado, intervenciones dermatológicas por queratosis y lipomas, compromiso de estabilidad postural, varios microinfartos cerebrales, pérdida de memoria y depresión». Solo le faltó mencionar juanetes y uñas encarnadas. Incluso obraba en autos una lista de la medicación que le era suministrada de manera cotidiana al encausado: «Dozaxozina: 5 mg en la mañana. Pentoxifilina: 400 mg dos veces al día. Micardis Plus 80 (telmisartán más hidroclorotiazida): [*ilegible*] en la [*ilegible*]. Ecotrin (AAS): 100 mg al mediodía. Trim 300 (trimebutina): un comprimido en la tarde. Enalapril: 10 mg en la noche. Pravacol (pravastatina): 10 mg en la noche». Allí aparecían, además, y sin constancia de dosificación, los siguientes medicamentos: Lexapro (escitalopram), Ebixa (memantina), Imipramina, Clonazepam.

Al juez Billard le causó gracia la lectura de esas relaciones. Él había sido en su juventud profesor de Química y de Biología y hasta era coautor de dos libros de texto muy utilizados en su época: los manuales titulados *Ciencias Naturales*, para estudiantes de 7.º y 8.º grados. No se lo podía engañar con esa jerigonza, pues sabía que la epistaxis indicaba un simple sangrado nasal, que un bloqueo cardíaco de rama derecha solía ser inocuo, que un adenoma era un tumor benigno de estructura glandular, que estar colecistectomizado significaba que lo habían operado de la vesícula, y que padecer queratosis era tener manchas escamosas en la piel, seguramente a causa de la edad. En cuanto a los presuntos microinfartos cerebrales, resultó que los mismos se habían diagnosticado «de forma clínica», es decir a partir de los síntomas y sin estudios neurológicos. Lo más probable es que fueran un invento.

La presentación de certificados médicos que acreditaban enfermedades, lesiones o impedimentos físicos y mentales para declarar se volvió una agobiante rutina en el juicio. Los uniformados bajo el mando de Durruty parecían haber sufrido a lo largo de los años todas las dolencias imaginables. Lander Uriarte: diabetes, sobrepeso, arritmia cardíaca. Manuel Ramírez: derrame encefálico. Luis Alarcón: infarto cerebral con hemiplejia izquierda, pérdida de capacidad mental. Juan Urbina: problemas psicológicos por impacto de proyectil en dídimo derecho. René Cruces: cáncer de próstata.

El caso más dramático quedó expuesto cuando ingresó a la sala del tribunal, caminando con notoria dificultad y acompañado por su esposa, un sargento retirado llamado Pedro Cerda Palacios. En 1973 había sido jefe de armamentos del regimiento. Era graduado como paracaidista en la escuela de comandos, y después del golpe integró un escuadrón punitivo llamado Unidad Especial Divisionaria. En el año 1977, se produjo un accidente mientras intentaba desactivar una bomba. Algo salió mal, el artefacto estalló y a consecuencia de ello el señor Cerda perdió sus dos brazos, quedó ciego, y sufrió múltiples heridas en todo el cuerpo. En el escrito judicial se dejó constancia de la presencia durante el interrogatorio «de la cónyuge del declarante, doña Flor Cabello, debido a los impedimentos físicos de Pedro Cerda para leer el acta y firmarla».

El juez fue capaz de compadecerse y de entender todas las jugarretas, y también de ponderarlas sin prejuicios. Tras una nueva comparecencia de Durruty, que resultó intrascendente pues se limitó a repetir afirmaciones anteriores y además actuó con absoluta displicencia, quizá motivada por su cuadro depresivo —o por la necesidad de fortalecer ante el juez la coartada del cuadro depresivo —, el magistrado se tomó unos días para repasar todo lo actuado hasta ese momento. El 27 de mayo de 2005 decidió dar por concluida la investigación sobre la desaparición de los tres uruguayos y decretó el cierre del sumario.

La movida del magistrado podía dar la impresión de que Durruty iba a ser el único inculpado por el delito de secuestro calificado —es decir, la desaparición forzada— de tres personas. En Uruguay, en el ámbito de las organizaciones de derechos humanos, hubo quien vio en esa resolución una señal de cansancio ante las dificultades halladas para llegar a la verdad de lo ocurrido, pues si algo resultaba evidente era que el comandante nunca habría podido actuar sin cómplices ejecutores. Otros operadores judiciales, en cambio, intuyeron en la decisión de Billard un gesto destinado a propiciar la acción de los querellantes y darle un nuevo impulso al proceso. Para agregar al inventario, en esos días el exdirector de la DINA, el general Manuel Contreras, daba a conocer una lista con el destino de muchas personas desaparecidas durante el régimen de Pinochet. En la lista figuraban los tres uruguayos del Cajón del Maipo.

Dentro de los plazos legales, el abogado Cristian Cruz pidió la reapertura del sumario y justificó su solicitud con una extensa relación de actuaciones y trámites que el magistrado, si lo consideraba pertinente, debía ordenar. Billard accedió al pedido. En cierta medida, él también se mostró dispuesto a seguir adelante para que se construyera un caso de verdad, con todas sus consecuencias. Y entonces ocurrió que, además de Manuel Contreras el tunante, empezaron a aparecer algunos fantasmas.

En el Cajón del Maipo hay rocas con figuras grabadas. Esos petroglifos tienen mil o dos mil años, quizá más. También hay rastros

de asentamientos humanos muy anteriores, de diez mil años unos, de ocho mil años otros. Pero los petroglifos son escasos y su data es vaga, sometida a los vaivenes del debate académico, con diferentes hipótesis y variables. Tanto la escasez de tallas como las dificultades para dictaminar la edad de las que se hallaron, provocaron durante décadas la incomodidad de los estudiosos, que no cesaban de preguntarse por qué ahí, justo ahí, eran tan pobres los hallazgos de petroglifos, qué período concreto debería asignársele a cada uno de los relevados, quiénes fueron los primigenios habitantes de esos sitios que son, apenas, unos aleros de roca y unas pircas.

En el norte de Chile se cuentan por decenas los emplazamientos con abundantes muestras de arte rupestre de diferentes períodos. En el sur otro tanto, y en la propia región central. Pero ahí, en esa zona de pequeños valles y abruptas gargantas de la precordillera, los rastros parecen difuminarse. Esos enigmas, de distintas maneras, han perdurado hasta hoy. Hay algo en ese universo remoto que se resiste a ser revelado, que no termina de encajar en el presente.

Uno de esos petroglifos es un conjunto de curvas. Son círculos, semicírculos y espirales, signos dibujados de cara al cielo de la antigüedad. Hay otros, en cambio, que resultan menos misteriosos pero que poseen una donosura que hechiza: dos figuras humanas parecen danzar, acaso huir, en el borde de una piedra del cerro Los Ratones, en Pirque; unos brazos abiertos saludan al caminante desde un bloque de arenisca, en una explanada a orillas del río Colorado; hay señales que son como indicaciones para los peregrinos, líneas discontinuas, una especie de losange, huecos. Mil años, dos mil años, soles y lunas en la roca.

Al misterio del tiempo se le ha puesto una medida. Aunque se sabe que es ilusoria, funciona como red de protección. Días, horas, segundos, milenios, eras. A veces, saber cuándo es más importante que saber cómo. En las condiciones de aislamiento, castigo y desborde emocional que sufrían los uruguayos detenidos en el regimiento de Ferrocarrileros, ese tiempo lo vivieron como una abstracción incomprensible: un universo remoto que se resiste a ser descifrado y no termina de encajar con el presente.

Medio siglo después de ocurridos los hechos, un estudio minucioso

del episodio indica que, desde el momento en que los primeros integrantes del grupo ingresaron al regimiento hasta que tres de ellos fueron llevados al estadio Nacional, no pasaron más de tres días. Es razonable decir que, tras la captura en la montaña, fueron trasladados a Puente Alto el 26 de septiembre a última hora de la tarde, y que el ómnibus al estadio Nacional de Santiago con los tres sobrevivientes realizó el trayecto el 29 al anochecer. Setenta y dos horas en el cuartel. Cuatro mil trescientos minutos más o menos. Tal fue la cronología establecida por el juez Billard en la sentencia de primera instancia, que resultó avalada después en el fallo de la apelación.

Sin embargo, durante el proceso aparecieron quiebres en esa línea de tiempo que nunca pudieron resolverse. Señales incomprensibles talladas en las rocas de la memoria. Danza o huida. Para 2020, tanto Socorro Crosa como Gonzalo Fernández y el rescatista Barreiro mostraron, con sus dudas y confusiones, la enormidad del trauma vivido en 1973. La marcha por las montañas y los padecimientos, el arresto y el tormento físico, el sobresalto y las constantes amenazas a sus vidas, provocaron una devastación que también se expresa en esos baches temporales. Sería un error atribuirlos al paso de los años, al tiempo común de las personas. Tales agujeros en los recuerdos muestran lo que a veces no se puede expresar de otra manera.

Las setenta y dos horas que los seis tupamaros estuvieron en manos de los militares en Puente Alto se hallan fuera del tiempo. Han quedado petrificadas, son un paréntesis insalvable que, tal vez, haya operado como salvaguardia para los sobrevivientes. Ellos son apenas siluetas, unos trazos dibujados en el aire, el esbozo de algo que pudo haber sido, pero que no fue. Se acuerdan de un rostro, una frase, algún detalle. Sin embargo, el olvido prevalece. Las palabras para decir son escasas y su data es vaga, sometida también a diferentes hipótesis y variables.

Socorro recordó ciertas cosas, Gonzalo otras. Hay además frases sueltas de Juan Povaschuk y de Enrique Pagardoy. De Ariel Arcos apenas quedan registros. Cristina y Daniel no han hablado. Y Barreiro trató de recordar, pero él debió lidiar con su propio paréntesis, apenas desplazado unos días respecto a los otros: a puro riesgo fue a buscar a sus compañeros a la casa de El Ingenio, no los encontró, tuvo que

sortear un allanamiento y esconderse de los francotiradores. Así logró regresar a Santiago. Después, quiso buscar bajo unos escombros que resultaron ser una celada.

Setenta y dos horas es una cantidad de tiempo en la que caben muchos recuerdos y muchos olvidos. En esas memorias grises, dislocadas por el sufrimiento en unos y por la ausencia en otros, cada minuto transcurrido en aquel cuartel es una línea, el diseño de un ideograma a tallar luego en la pared de una cueva. Una eternidad que apenas se adivina.

Gonzalo Fernández:

—Me ataron. No sé si pasaron minutos o días.

Socorro Crosa:

—Eran como las tres de la mañana, empezaba a amanecer.

Juan Povaschuk:

—Nos encontró un helicóptero.

Gonzalo Fernández:

—Nos sacaron del cuartel durante un rato.

Socorro Crosa:

—Estuvimos todo el día en una oficina.

Enrique Pagardoy:

—Juan y Ariel también cayeron.

Gonzalo Fernández:

—Era de día.

Socorro Crosa:

—Era de noche.

Para Gonzalo y Socorro —también para Cristina— esas setenta y dos horas (un poco más, un poco menos) fueron la diferencia entre la muerte y la vida. Para Enrique, Juan y Ariel fueron el tránsito de la vida a la muerte. Una agonía que se deslizó desde la anchura de la cordillera a la estrechez de un encierro. Para unos fue la absurda reclusión en un estadio de fútbol convertido en cárcel y patíbulo. Para otros, la nada. Lo resume Barreiro con una frase que muestra el abismo de aquel tiempo anómalo:

—Nuestros recuerdos están rotos.

La vida y la muerte, asuntos tan lejanos y a la vez tan próximos, pueden unirse en el instante de ese rompimiento, que es el gozne entre

el presente y el pasado, un pasado distinto para cada uno. En los riscos de la cordillera hay figuras que fueron dibujadas hace dos milenios. Aún están ahí, cien generaciones después, para ser miradas. En la montaña todo permanece. Es posible que los olvidos de los sobrevivientes hayan quedado marcados en las piedras de la memoria mucho antes de volverse palabra.

Ellos podrían preguntar si la memoria y el olvido han de juntarse alguna vez. Esas tallas en la roca tienen dos mil años, pero nadie sabe dónde está todo ese tiempo. Quizá en las propias rocas, en las figuras talladas, o en los ojos de quien las contempla, o en ninguna parte. Igual ocurre con esas setenta y dos horas en el regimiento. Nadie sabe dónde están, en qué roca de la memoria, en qué ojos. Ni a qué lugar fueron a dar. Acaso, como escribió un canalla en una planilla Excel, hayan ido a dar a las aguas revueltas del río Maipo:

«002. Lanzado al río Maipo en el Cajón del Maipo».

«003. Lanzado al río Maipo en el Cajón del Maipo».

«004. Lanzado al río Maipo en el Cajón del Maipo».

Esa información la escribió el general Manuel Contreras en tres renglones seguidos, en una planilla Excel. En mayo de 2005, cuando el juez Billard daba por concluido el sumario que investigaba la desaparición de los tres uruguayos, otros actores se subieron al escenario. Aunque hasta ese momento eran ajenos a la causa, sus acciones incidieron en el desarrollo posterior del juicio. Uno de esos actores fue Contreras, quien se había convertido, tras siete años de presidio, en una especie de batracio con insignias de general.

El célebre Mamo de la DINA, el camarada de armas que solía desayunar con Pinochet, el hombre que en sus buenos tiempos decidía sobre la vida y la muerte de miles de personas, estaba listo para ventilar los secretos más escabrosos de la policía política que había dirigido y, en especial, el destino de muchos prisioneros desaparecidos. Debió de sentirse harto de las continuas comparecencias judiciales, de los años pasados en prisión, de aquella buba insanable que era su único hijo varón y, sobre todo, del desplante de Pinochet, quien lo ignoraba de forma humillante.

Contreras el despechado resolvió tirar la casa por la ventana. Le envió una carta a la Corte Suprema —certificada por notario público— con un título rimbombante pero inexacto: «Introducción a la entrega de documentos que demuestran las verdaderas responsabilidades de las instituciones de la defensa nacional en la lucha contra el terrorismo en Chile». No era una introducción sino una queja y no entregaba documentos sino unos papeles escritos por él mismo, sin ningún valor legal ni documental.

Ese texto también fue recibido por el Consejo de Defensa del Estado el día 13 de mayo de 2005. Anexada a la epístola, había una planilla en formato Excel con informaciones sobre el destino de quinientos noventa y dos prisioneros desaparecidos, tanto chilenos como extranjeros. En esa lista figuraban Juan Povaschuk, Enrique Pagardoy y Ariel Arcos, en ese orden. De acuerdo con el escrito, los tres habían sido lanzados al río Maipo en el Cajón del Maipo. En la lista aparecen en la página 15, en el apartado correspondiente a «FFAA y de Orden». Ocupan los reglones dos, tres y cuatro de ese apartado, y están consignados con los números 002 (Povaschuk), 003 (Pagardoy) y 004 (Arcos).

La información podía ser veraz, pero estaba envenenada. La intención del general Contreras no era colaborar con la justicia, sino causar todo el daño posible en las filas de sus excamaradas, quienes lo habían abandonado a su suerte. El Mamo en modo Excel señalaba los nombres y apellidos de las víctimas, la fecha de cada arresto, la unidad militar involucrada en la muerte y el destino final del cadáver. También, sin forzar la mano, era posible formular el enunciado al revés: la información estaba envenenada, pero podía ser veraz.

Los oficiales al mando de esas unidades militares en las fechas marcadas por Contreras debían asumir sus responsabilidades en tales hechos, o cuando menos dar explicaciones. Él afirmaba que no tenía nada que ver, que apenas si manejaba información proporcionada de buena fe «por cientos de militares, marinos, aviadores, carabineros, policías de investigaciones, gendarmes y civiles», quienes lo ayudaron a confeccionar la lista. Él se presentaba como un pobre inocente, una víctima convertida en victimario por jueces prevaricadores, un soldado leal y un hombre de bien. Esos conceptos, elogiosos sobre sí mismo y

denigratorios del sistema político y del poder judicial, los vertía Manuel Contreras en su carta, al tiempo que cargaba contra «el ominoso silencio del general Pinochet».

Todos desconfiaron de los datos brindados por el reo, porque se sabía que no era un hombre de palabra. Su falta absoluta de integridad lo volvía mendaz en cualquier circunstancia. Además, en el caso de los uruguayos la información proporcionada por Contreras no era nueva, sino que confirmaba lo que ya se suponía, aunque él mencionaba en su escrito un lugar específico: el Cajón del Maipo. Señalaba que Arcos, Pagardoy y Povaschuk habían sido detenidos por Carabineros y por personal del Ejército en un «operativo contra terroristas tupamaros uruguayos» y daba como fecha el 29 de septiembre de 1973, con «Destino inicial» en el regimiento de Puente Alto. En la columna correspondiente a «Destino final» de cada uno de los tres se consignaba: «Lanzado al río Maipo en el Cajón del Maipo».

Nunca se sabrá si esa planilla influyó en la decisión del juez Billard de aceptar la reapertura del sumario solicitada por el abogado Cristian Cruz. El 15 de junio, un mes después del informe de Contreras, el magistrado hizo lugar a la solicitud, reabrió el sumario y ordenó un conjunto de diligencias sugeridas por la querella: pesquisas en los archivos del Ejército, investigaciones administrativas, citaciones a carabineros, militares, detectives y civiles, careos entre testigos y otras probanzas. La intención del Mamo de arrastrar a todos los que habían colaborado en el esquema represivo pareció exitosa, aunque quizá no tanto como él esperaba, pues Pinochet ni se dio por enterado.

Los antiguos subordinados de Durruty se pusieron furiosos. Tenían cola de paja y vieron que el panorama había cambiado para mal. No comprendían por qué un privilegiado como Contreras desbarataba la estrategia cuando todo parecía encaminarse, en ese juicio cuando menos, hacia una solución satisfactoria, con Durruty procesado sin prisión y los demás libres de cualquier cuestionamiento. Creyeron que ya nadie se acordaba de aquellos tres uruguayos del Cajón del Maipo, y que hasta el juez de la causa se había mostrado dispuesto a dar el carpetazo para terminar de una buena vez con esa majadería de atestados, citaciones y careos.

¿A quién le podía importar? Montero siempre pensó que era una

nadería. Lo expresó con claridad durante una cena en el domicilio de Durruty en Las Condes, el 11 de septiembre de 2003, cuando varios oficiales retirados, acompañados de sus esposas, se reunieron para celebrar las tres décadas del golpe de Estado. Era la víspera del cumpleaños del excomandante.

—Es una historia insignificante —dijo Montero en la ocasión—. Se trata de unos tipos insignificantes que vinieron a Chile desde un país que también es insignificante.

En ese momento el juicio comenzaba su andadura. Ninguno de los oficiales que sirvieron con Durruty en Puente Alto pensó que la investigación iba a llegar tan lejos. Pero ahí estaban, dos años después de aquella bonita cena de celebración. De puro resentido, el general Contreras ponía a los tres uruguayos en su famosa lista y todo volvía a empezar.

Según el Mamo, los uruguayos habían estado detenidos en el cuartel de los Ferrocarrileros y después fueron ejecutados y lanzados al río Maipo, en el Cajón del Maipo. Más allá de todas las suspicacias, y de la nula credibilidad de quien lo decía, se trataba de un informante calificado. Y era muy preciso en su afirmación: no mencionaba el río Maipo en general, que corre a lo largo de doscientos cincuenta kilómetros y atraviesa Chile desde la cordillera de los Andes hasta el Pacífico, sino que ubicaba la acción en un trayecto específico: el Cajón del Maipo, un tramo de por sí pequeño que se reduce aún más si se descarta el trecho superior del río, de cauce poco profundo, con numerosos meandros y rápidos que impedirían el arrastre de cuerpos en su corriente.

La zona señalada por Contreras tiene, como máximo, unos treinta kilómetros de largo. En ese trayecto había en 1973 varios pueblos y caseríos, más dos retenes y una subcomisaría de Carabineros. Resulta poco creíble que justo en esa área los asesinos hubieran resuelto arrojar cadáveres al río. Sin embargo, ha sido probado que era una práctica habitual en la época. El propio general Contreras informaba en su documento de once víctimas lanzadas al río Maipo, diez de ellas en el Cajón del Maipo. Y eso sin contar a los fusilados que lograron sobrevivir a su propia ejecución, y que han dado testimonio del procedimiento: los trasladaban en pequeños grupos en un vehículo

militar hasta un descampado a orillas del río, allí los ametrallaban y después arrojaban sus cuerpos a la correntada. Son quienes, al decir de Diamela Eltit, «oscilan en una condición ambigua: viven sus vidas como muertes y son testigos de sus propias muertes en vida».

Así ocurrió con José Calderón Miranda, un dirigente campesino de Paine, casado y con once hijos, al que fusilaron en la noche del 25 de septiembre de 1973 a un costado del puente Maipo, junto con Vicente Blanco Ubilla y un niño nunca identificado. Tras ser dado por muerto y lanzado al agua con sus dos compañeros de infortunio, Calderón salió a flote frente a los pilotes del puente. Estaba vivo. Tenía un balazo en la espalda y otro en el vientre, pero estaba vivo. La periodista e historiadora Cherie Zalaquett ha narrado de manera detallada aquel periplo en su libro *Sobrevivir a un fusilamiento*.

Con los dos balazos en el cuerpo, Calderón caminó durante tres o cuatro días, sin saber siquiera dónde se hallaba. Andaba un trecho, se detenía, cavaba pequeños pozos para esconderse, reponer energías y soportar las heladas. Después se le ocurrió seguir la vía del tren para orientarse rumbo a su casa, que quedaba en El Vínculo, cerca de la laguna de Aculeo. Algunos campesinos lo ayudaron y por fin pudo llegar.

Fueron semanas de padecimientos. Julita Román, su esposa, recordaba que el cuerpo de su marido «desprendía un olor a carne podrida». Sin embargo, contra todo pronóstico, con la ayuda de unos antibióticos Calderón logró mejorar de las heridas y fue a esconderse en los cerros de Champa, en un refugio construido por él mismo entre zarzamoras. Ahí estuvo durante cinco años, por temor a que el Ejército descubriera que no estaba muerto. Su hijo mayor, un muchacho de diecisiete años llamado Jaime, fue el que tomó a su cargo el trabajo agrícola. La esposa del fusilado llevaba a la zona alimentos y ropa limpia por las noches, una o dos veces a la semana, siempre en secreto.

Ese horror había existido y era asunto probado, pero con respecto a los dichos del general Contreras no había forma de probar nada, y eso lo sabían el juez Billard, los abogados de la querella y quienes defendían a Durruty. Sin embargo, la afirmación del exjefe de la DINA no era inocua, ya que a partir de ella podía abrirse una grieta en el juicio sobre la desaparición de los uruguayos, pues resultaba obvio que

alguno de los oficiales del regimiento de Ferrocarrileros le había pasado esos datos al Mamo.

—Los fusilamos.

—Los matamos y los lanzamos al río.

Al enterarse de la jugada, el comandante Durruty habrá pensado en cada uno de los oficiales que estuvieron bajo su mando cuando ocurrió el golpe de Estado, aquella tropa de desleales a la que solía referirse con desdén.

En la continuación del juicio, uno de los fantasmas que asomó fue el del doctor Villagrán, quien había asistido al fusilamiento de Eusebio Rodríguez en el cerro La Ballena. Era el mismo médico evaluador del escroto del sargento Urbina en 1972. El ente no llegó a corporizarse en el tribunal, pero casi. Cuando el juez Billard asumió la causa de los uruguayos, todavía no se conocía ningún detalle de la ejecución de Eusebio, pues la querella recién se iniciaría dos años después en otro juzgado. El exsubteniente Aníbal Barrera aún no había brindado testimonio. Sin embargo, junto con unos documentos proporcionados por el Estado Mayor del Ejército a pedido del tribunal en junio de 2003, se anexaba una planilla con los nombres de los oficiales del regimiento de Ferrocarrileros entre septiembre y diciembre de 1973. Allí figuraba la siguiente anotación: «Villagrán Galindo, Guillermo Sergio. Baja: 16 de sep. 1973». En hoja aparte, sin foliar, había una pregunta manuscrita por el juez Calvo: «¿Por qué se le dio de baja?».

El abogado de las víctimas descubrió, al cerrarse el sumario por primera vez, que esa pregunta no había sido respondida, y que ese tal Sergio Villagrán no estaba mencionado en ninguno de los testimonios del expediente. ¿Quién era? Pidió que se informaran los motivos de la baja y que el Ejército remitiera al juzgado su hoja de vida. De la investigación emprendida surgieron los primeros datos: Villagrán era un médico asimilado a las Fuerzas Armadas con el grado de mayor, dado de baja pocos días después del golpe de Estado sin motivo aparente, cuando tenía cuarenta y cinco años. Se domiciliaba en Puente Alto y nadie lo había interrogado nunca.

Cuando el 9 de julio de 2005 dos funcionarios policiales

concurrieron a su casa para citarlo a una audiencia con el juez, Villagrán no estaba disponible. Regresaron a la jefatura con una nota manuscrita de su médico que decía: «Certifico que el señor Sergio Villagrán Galindo sufre de una hipertensión severa agravada con una cardiopatía coronaria, razón por la cual debe estar en reposo y sin hacer ningún tipo de esfuerzo, y menos tener alguna situación que lo ponga tenso». El papel no tenía firma, pero lucía el membrete de Manuel Arturo Ruiz Aburto, un médico y vecino muy conocido en Puente Alto. Su consultorio se hallaba en el sexto piso del edificio Don Carlos (Irarrázaval con Santa Elena).

Ese certificado era un tanto irregular, ya que no figuraba la identificación plena de quien lo había emitido, ni su firma al pie ni la correspondiente aclaración. Por otra parte, no tenía fecha, ni estaban rellenados los campos dispuestos para establecer la filiación del paciente: nombre, cédula, edad, domicilio, ciudad. A pesar de tales defectos —que podían ser formales o tener otras connotaciones—, el juez resolvió sin más trámite aceptar la opinión del médico Ruiz Aburto, aunque su aprobación tampoco estuvo exenta de rareza, pues figura en el sumario escrita a mano, casi como un apunte marginal: «Santiago, doce de julio de dos mil cinco. Al procesar órdenes de citación que anteceden, téngase presente lo informado. Rol 2182-98, Uruguayos Ariel Arcos. Dictado por don Joaquín Billard Acuña, Ministro de Fuero».

Unos meses después, la querella insistió con la posibilidad de llamar al ex médico militar para que declarara, pese a que los registros indicaban que Villagrán ya no estaba en el regimiento cuando los uruguayos fueron ingresados al cuartel. Había argumentos: el testigo podía brindar información sobre las responsabilidades de los mandos en aquella época, referir asuntos de interés respecto al comportamiento de otros oficiales, incluso podía estar al tanto de los malos tratos cometidos en ese recinto, aportar indicios de valor testimonial. Sin embargo, no se necesitó un pronunciamiento del juez respecto a la pertinencia de la solicitud, ya que el 11 de marzo de 2006 Sergio Villagrán murió de un infarto en su casa de Puente Alto, a los setenta y ocho años. Dejó unos papeles, correspondencia, una especie de diario manuscrito con un montón de anécdotas. Pero

también se llevó algunos secretos. Ese fantasma se retiró de la escena para siempre.

IX

«En el estadio hubo casos en que la jefatura del campo rechazó la carga, aduciendo que ya había demasiada gente en el recinto y que los prisioneros debían ser ejecutados por la unidad responsable de la captura. También sucedió que el mismo vehículo debía salir del estadio con una carga inesperada: cadáveres de los cuales había que deshacerse en el camino».

JORGE MONTEALEGRE, *FRAZADAS DEL ESTADIO NACIONAL*, SANTIAGO, 2003

«Se destina al mayor Mario Iván Lavanderos Lataste como Jefe de la sección Extranjería del campo de detenidos del Estadio Nacional de Santiago, bajo la comandancia del coronel Jorge Espinoza Ulloa y de esta Guarnición».

ORDEN DE SERVICIO DEL GENERAL HERMAN BRADY, EMITIDA EL 11 DE OCTUBRE DE 1973

El miedo corría por todo Chile parejo con la muerte. Barreiro consiguió, tras el incidente con el francotirador en El Ingenio, regresar a Santiago y establecer de nuevo sus circuitos de rescate. Vivía con documentos falsos en la buhardilla de una casa ubicada en la esquina de Amunátegui con Agustinas, a escasos cien metros de La Moneda en ruinas. Antes había acampado con varios de sus compañeros en un apartamento de la calle Namur, a media cuadra de la Alameda. Cada mañana, temprano, salía a gestionar con funcionarios de la ONU la posible apertura de refugios para los perseguidos, y luego se dedicaba a recorrer locales clandestinos en los que escondían muchos uruguayos ocultos. La mayoría de ellos eran tupamaros, pero había también otros que se consideraban a sí mismos extupamaros, pues desde hacía meses sus divergencias políticas con la Orga eran manifiestas y tajantes. Eso los llevó a distanciarse de la estructura orgánica. Los unos y los otros, los discrepantes y los bien avenidos, los disconformes declarados y los oficialistas más radicales, estaban indefensos, sin documentos ni dinero, a la espera de que se les ofreciera algún auxilio.

Ese era su trabajo de rescatista en las semanas que siguieron al golpe. Para él acabó por ser «una rutina», una tarea peligrosísima pero reiterada día tras día. En uno de esos cantones vivían de forma precaria ocho mujeres, todas embarazadas, sin otra perspectiva que la de refugiarse en alguna embajada. Meses antes, los tupamaros habían dispuesto que esas futuras madres se fueran a vivir a Cuba para parir y criar allí a sus hijos, de modo que su estancia en Chile iba a ser apenas una escala en el periplo. Pero ocurrió que en julio se cancelaron los viajes hacia La Habana, por lo que ellas quedaron cursando sus embarazos en Chile. La libertad de cada una expiraría cuando tuviera que acudir a un hospital para dar a luz. Ahí se descubriría que la parturienta no era chilena, que sus documentos eran falsos y que no tenía domicilio establecido. El destino para esos casos ya era sabido.

Se trataba de una situación operativa compleja, una más de las tantas que se vivían de manera silenciosa en el universo de los perseguidos. El rescatista intentaba paliar las angustias provocadas por

la represión hacia los extranjeros. Iba de un lado para otro, bien vestido y con paso seguro. En cada cuadra se topaba con controles militares, grupos de carabineros, registros, recelos. Sorteaba esos obstáculos con documentos falsos y a pura sangre fría, pero en ocasiones el corazón se le desbocaba. Él quería dar ánimo a los varados, y para eso entregaba algo de plata de la Orga, sugería aprontes, siempre procuraba dejar abierta una puertita a la esperanza.

Un día, quizá el 26 de septiembre (aunque pudo haber sido el 25), después de desayunar en el bar Santos, en Ahumada y Huérfanos, decidió ir a visitar a una familia de uruguayos que vivían bastante aislados en una población, para ver si necesitaban algún tipo de ayuda. Hacía tiempo que no tenía noticias de ellos: un matrimonio con dos hijos pequeños. La casa estaba en el sector norte de Santiago. Una callecita angosta, algunos jardines, una fuente con flores, un vecino barriendo el patio de su casa, demasiado silencio.

Cuando quiso reaccionar ya era tarde. Dos carabineros corrían hacia él y de la casa salían unos tipos vestidos de civil con armas en la mano. Era una ratonera. Lo metieron en un calabozo en dependencias de la 5.ª comisaría de Conchalí, en la avenida Hipódromo Chile. Estaba solo, y los castigos fueron terribles. El oficial de carabineros al mando de la unidad, un mayor llamado Gustavo Pacheco, se propuso desde el primer momento forzar al detenido a confesar sus pecados. Quería saber dónde vivía, y también quién había confeccionado esos documentos de tan buena calidad. El mayor le pedía su dirección, algo tan simple como eso. El tupamaro aguantó lo que pudo: unas horas, un día, tal vez dos. Por último, ya medio muerto por las palizas, dijo que se rendía, que los iba a llevar a su domicilio, pero que allí no iban a encontrar nada de interés.

Guio a los carabineros hasta una pensión miserable en la zona del Mercado Central. Él nunca había vivido en ese lugar, pero la mentira le sirvió para ganar algo de tiempo, aunque acabó de nuevo en el calabozo de la comisaría, molido a palos y patadas, con pocas expectativas de sobrevivir. El rescatista necesitaba ser rescatado sin que existiera ninguna posibilidad de que eso ocurriera. Nadie sabía que había caído preso. Calculó que iba a morir. Entonces decidió hacerlo a su manera en cuanto tuviera una oportunidad.

Uno de esos días brevísimos y a la vez interminables, en un instante de lo que después sería su propio paréntesis, lo llevaron hasta el despacho del mayor Pacheco. El tipo hizo salir a los guardias y se quedó a solas con ese uruguayo reventado que usaba documentos falsos y vivía vaya a saber dónde. Lo miró con sorna. Para él estaba claro que se trataba de un terrorista tupamaro. Lo confrontó, le quiso jugar una pulseada para demostrarle que ya lo había quebrado, que era un muerto en vida. El mayor sacó de abajo del escritorio una metralleta de líneas elegantes, bruñida. La puso sobre el escritorio y se quedó mirando al prisionero. Después le preguntó si sabía qué arma era esa.

El tupamaro dudó. Supuso que se trataba de una trampa, pero de inmediato comprendió que esa podía ser su oportunidad. Ahí estaban frente a frente. Un hombre de aspecto prolijo, grandes bigotes y uniforme impoluto, y otro con la cara reventada por los golpes, la camisa hecha jirones, el pelo revuelto y las manos tumefactas. Apenas si lograba mantenerse de pie. El prisionero se limpió como pudo la sangre y los mocos del rostro.

—¿Y entonces? —preguntó el mayor.

—Sí —dijo Barreiro—. Yo sé qué arma es esa.

El mayor Pacheco se mostró sorprendido por esa respuesta. Se puso serio. Procuró mantener el control de la situación.

—Lo escucho.

—Es una subametralladora —respondió Barreiro, desafiante—. Una MP40 de fabricación alemana, calibre nueve milímetros, alcance efectivo de doscientos metros, cargador de treinta y dos balas, buena para el combate en la ciudad. Los nazis la usaron, pero igual perdieron.

Hubo un silencio oscuro, como si el aire en la habitación se hubiera coagulado. El tupamaro nunca ha podido medir ese espacio de tiempo. Nunca le ha sido dado fijar momentos para después unirlos y obtener una secuencia temporal más o menos precisa de lo que ocurrió. Sí recuerda una palabra del mayor, una sola:

—Bien.

Lo siguiente que pasó fue que devolvieron al prisionero a su calabozo y lo dejaron tranquilo. En la comisaría no lo castigaron más.

Cuando lo sacaron de allí era de noche. Una noche de septiembre, o tal vez ya de octubre. Una noche llena de estrellas. Él creyó que lo ejecutarían en algún descampado. Lo subieron a una camioneta con algunos carabineros, dieron vueltas por la ciudad durante un rato, y ahí tuvo tiempo de pensar en los que habían escapado por las montañas en el Cajón del Maipo. Quiso creer que ya estaban a salvo, quién sabe dónde.

Después, unos focos potentes lo devolvieron a la realidad. Parecía que iluminaban todo el cielo. Pese a tener los ojos hinchados y la mirada borrosa a causa de los golpes, pudo distinguir las luces del estadio Nacional y comprendió que, por desgracia, no lo iban a matar. Ahí se terminaba esa parte del recorrido. La camioneta llegó al estadio y ese prisionero, lo que de él quedaba, fue entregado a oficiales de la Fuerza Aérea. El calvario volvía a empezar.

A Mateo Durruty lo procesaron con prisión el 5 de diciembre de 2006, cinco días antes de la muerte de Augusto Pinochet. En el sumario, ese dictamen figura a fojas 686 y siguientes, y consiste en un apretado resumen de los pasos dados hasta ese momento en la investigación, con las conclusiones correspondientes.

El juez Billard estableció que «los hechos descritos importan la comisión del delito de Secuestro Calificado, previsto y sancionado en el artículo 141 del Código Penal. De los antecedentes pormenorizados, unidos a las declaraciones del imputado y las diligencias de careo se desprenden, en esta etapa procesal, presunciones fundadas para estimar que a Mateo Durruty Blanco le cupo participación en calidad de autor del delito especificado en el fundamento tercero de esta resolución. Y visto, además, lo dispuesto en el artículo 274 y siguientes del Código de Procedimiento Penal, se declara que se somete a proceso y a prisión preventiva a Mateo Durruty Blanco como autor del secuestro de Ariel Arcos Latorre, Juan Povaschuk Galeazzo y Enrique Pagardoy Saquieres».

Para esa fecha Durruty ya estaba procesado por otros dos homicidios, y tenía varias denuncias ventiladas en distintos juzgados, así que el impacto de su procesamiento con prisión dictado por el juez

Billard le resultó una insignificancia. Sabía cómo zafar. El día 5 de diciembre se despachó la orden para su arresto. Recién una semana después, a las 8:15 del día 12, a la misma hora en que comenzaban el funeral de Pinochet, el coronel Durruty fue detenido en su domicilio de Las Condes por dos detectives y conducido al regimiento N.º 1 de la Policía Militar. Esa misma mañana el juez lo notificó personalmente del procesamiento. Su abogado, un tal Adolfo Galarce, solicitó de inmediato la libertad provisional del reo. Por la tarde, el magistrado accedió a otorgarla bajo fianza. El monto, fijado en quinientos mil pesos, fue depositado a la mañana siguiente en la sucursal Bandera del Banco Estado. Durruty se fue para su casa ese mismo día.

Hubo más contemplaciones. Al expedir el 13 de diciembre la orden de libertad provisional del procesado, el juez le había impuesto la obligación de concurrir, viernes por medio, a firmar el libro de excarcelados en la sede del tribunal. Su primera firma debía efectuarse el viernes 22 de diciembre. Sin embargo, el día 19 su abogado pidió que se le concediera a Durruty la extensión de dicho plazo, y que pudiera ir a firmar no cada quince días sino una vez al mes. Concedido. Y más adelante, por razones de salud, ese plazo se extendería a dos meses, el que de todos modos el reo no acató. Llegó a estar un año y cinco meses sin siquiera presentarse en el tribunal, es decir sin ningún tipo de control legal, en una irregularidad denunciada por el abogado Cristian Cruz en mayo de 2009. En esa ocasión se solicitó que fuera revocada la medida de libertad bajo fianza, pero el magistrado decidió mantener las cosas como estaban. Nadie lograba entender por qué el juez Billard resignaba la potestad de obligar al procesado a cumplir la medida dispuesta. La estrategia de Durruty funcionaba a pleno y daba buenos resultados: preso, pero en su casa; procesado, pero libre.

Hubo, casi desde el principio del juicio, una convicción de los querellantes que era necesario investigar y demostrar. Se refería a la participación de algunos funcionarios del cuerpo de detectives de la Policía en los interrogatorios a los uruguayos capturados en la cordillera, y previamente a Daniel Fernández, el séptimo integrante

del grupo y el primero en ser arrestado. Aun desde antes del procesamiento de Durruty, el punto se consideró de importancia porque, de probarse, permitiría indagar mediante otros testimonios el periplo de los tres desaparecidos y, quizá, eso conduciría a establecer diferentes grados de responsabilidad. También la defensa del excomandante Durruty se interesó, pues podría fundamentar la inocencia del procesado basándose en el accionar de los detectives de Puente Alto. ¿Quién era capaz de asegurar que no habían sido esos policías los autores de los crímenes?

La intervención de civiles en los interrogatorios padecidos en septiembre de 1973 en Puente Alto fue relatada ante el tribunal por el propio Gonzalo Fernández. Tras describir de forma concisa las golpizas recibidas por parte de militares nada más llegar al regimiento, el testigo contó que «junto a Pagardoy nos sacaron del cuartel, nos subieron a un vehículo y nos llevaron a una casa que quedaba a unos diez minutos de allí. Pienso que era un cuartel de la Policía de Investigaciones. Nos interrogaron unos civiles».

Fue entonces que el magistrado se propuso hallar a un tipo escurridizo llamado Luis Henríquez Martínez, señalado como el detective de la Policía de Puente Alto encargado del enlace con la sección de Inteligencia del regimiento. Según algunos testigos, Luis Henríquez iba a diario desde el edificio de la Inspectoría de Investigaciones a la sede del regimiento de Ferrocarrileros. Su comparecencia se consideró importante, pero la existencia de ese hombre fue puesta en duda y hasta negada más de una vez.

El 15 de junio de 2005 el juez Billard ordenó a la recién creada Brigada Investigadora de Asuntos Especiales y Derechos Humanos que buscara, localizara y citara a declarar al detective Luis Henríquez Martínez. Sin embargo, el jefe de esa brigada envió con fecha 3 de agosto de 2005 una nota desbordante de firuletes, en la que informaba al magistrado que la búsqueda había sido infructuosa: «Se recepcionó oficio emanado de la jefatura de Personal de la Policía de Investigaciones de Chile, el cual en sus acápites principales señala que, revisados los archivos de esa jefatura, no figura ninguna persona con el nombre del requerido como funcionario de la Policía de Investigaciones de Chile».

La extraña respuesta redobló el interés. Parecía ser otro fantasma. Para sorpresa del tribunal y de las partes, el detective Luis Henríquez Martínez, mencionado en reiteradas ocasiones por carabineros y militares, no figuraba en ninguna nómina de funcionarios policiales.

Se revisaron diferentes archivos y se buscó en cientos de planillas. Fue difícil, porque muchas de esas nóminas no estaban digitalizadas, así que era un trabajo que debía realizarse carpeta a carpeta, comisaría por comisaría y registro por registro. Además, en los cuadros operativos de la Policía de aquella época aparecieron decenas de funcionarios con el apellido Henríquez, bastante común en Chile. Finalmente, en abril de 2008, casi tres años después de la primera solicitud, el prefecto de Policía envió una lista con los nombres de once detectives que «habrían actuado en Puente Alto en 1973». En esa lista figuraba el nombre de un tal Juan Henríquez Martínez y el de otros colegas.

De modo que Luis Henríquez Martínez era en realidad Juan Henríquez Martínez. Luis por Juan: tres años de tardanza. Era difícil creer que a nadie se le hubiera ocurrido realizar la asociación hasta ese momento, pero nada podía hacerse al respecto. Sin embargo, la lista enviada por el prefecto llegó con premio, ya que los otros detectives mencionados en ella resultaron ser un tesoro informativo de gran relevancia para el juicio. Pocos días después de tener en su poder esos nombres, el juez Billard despachó órdenes de citación e interrogatorio de los once policías. Dos habían fallecido, pero de los otros nueve hubo varios que hablaron.

Al fantasma de Juan Henríquez Martínez recién pudieron ubicarlo en noviembre de 2008, es decir treinta y nueve meses después de haber iniciado su búsqueda. Hombre de buen pasar, prefecto retirado, a los sesenta y dos años no parecía tener ningún apuro por declarar ante el tribunal. Vivía en la comuna de San Miguel, y daba muestras de indiferencia por ese asunto de los uruguayos. Su declaración inicial la hizo en un ambiente amigable, en su propia casa y ante dos funcionarios que eran detectives como él lo había sido. Igual, por las dudas, Henríquez fue muy cuidadoso con sus palabras:

—Efectivamente me correspondió prestar servicios alrededor de nueve años en la inspectoría de Puente Alto, desde enero de 1968

hasta principios de 1978.

A los interrogadores no se les ocurrió señalarle que entre enero del 68 y principios del 78 había diez años y no nueve, así que él continuó:

—No recuerdo haber visto o tomado conocimiento de que, por nuestro cuartel, en ese entonces hayan pasado ciudadanos extranjeros detenidos por razones políticas y que fueran entregados por personal del Ejército.

No hubo preguntas, pese a que las palabras de Henríquez se prestaban para pedirle, cuando menos, algunas precisiones, ya que en sentido estricto lo que él dijo no recordar estaba lleno de condicionantes. No recordaba a ciudadanos extranjeros que: a) hubieran sido detenidos por razones políticas, b) su custodia previa hubiera estado a cargo de personal del Ejército, c) hubieran sido llevados a la inspectoría de Puente Alto por militares. ¿Podría acaso recordar a ciudadanos extranjeros detenidos, de los que no conociera las razones de su arresto? ¿O a extranjeros detenidos que no hubieran pasado por el cuartel de la Policía? ¿O que no hubieran sido llevados hasta allí por personal militar? ¿Algún uruguayo tal vez?

Como Henríquez era más resbaladizo que una anguila, las combinaciones posibles eran muchas. Esquivó por tres años su identificación y luego durante meses la visita de los detectives. Y cuando no tuvo otra salida que dar su testimonio, lo que hizo fue escurrirse de cualquier compromiso con frases que, bien leídas, dejaban el terreno despejado para ampararse ante cualquier documento que lo involucrara: «No recuerdo haber visto o tomado conocimiento». Si alguien lo acusaba de algo, seguramente él diría no acordarse:

—Treinta y cinco años es mucho tiempo —comentó.

Sus compañeros de aquella época, en cambio, recordaban perfectamente algunos hechos, y varios describieron además las actividades de Henríquez. Uno de ellos, el exdetective Augusto Sanhueza, declaró que «a la semana de ocurrido el golpe militar, se ordenó designar a un funcionario como enlace entre nuestra unidad y el regimiento, recayendo esa misión en el detective Henríquez, quien se entendía directamente con los militares». La contraparte de Henríquez en Ferrocarrileros estaba formada por el Poni Latorre, los

capitanes Vargas Avendaño y Lander Uriarte, el sargento Urbina y el suboficial René Cruces, el mismo que había elaborado antes del golpe, de manera ilegal, el catastro de los extranjeros residentes en la zona.

La memoria de Sanhueza era buena:

—Una tarde me ordenaron ir al regimiento para dejar un oficio en la sección segunda. Allí vi en una oficina a tres personas, dos hombres y una mujer, que se encontraban tendidos en el suelo, boca abajo, con las manos amarradas hacia atrás, y custodiados por tres o cuatro oficiales. Eso me llamó la atención por sus características físicas: parecían extranjeros, eran rubios, tez blanca. Tendrían entre veinticinco y treinta años. Los hombres tenían barba. La mujer era de complexión más bien gruesa. Vestían *jeans* y parkas. Al salir de ese lugar escuché que los oficiales comentaban que eran terroristas del Túpac Amarus.

Rolando Vidal, otro exdetective de Puente Alto, aportó pistas aún más concretas en la misma dirección:

—En una oportunidad, debió de ser poco después del 11 de septiembre, fueron llevados tres jóvenes a nuestra sede, por personal del regimiento. Se decía que a esos tres jóvenes los habían traído de la cordillera y que eran extranjeros, al parecer de nacionalidad uruguaya. Entiendo que estaban acampando en la cordillera, donde habían sido detenidos. A esos jóvenes los vi al interior de nuestro cuartel, pero no recuerdo haberlos visto maltratados. Supongo que fueron llevados por la sección segunda del regimiento, pero no lo puedo afirmar. Posteriormente fueron llevados a un calabozo. Al día siguiente se los llevaron de vuelta al regimiento.

Y Primo Cuadros, otro antiguo detective de Puente Alto, no tuvo problema en narrar lo que su memoria retenía de aquellos momentos:

—Con fecha posterior al 11 de septiembre, próximo a la hora 20, llegó a nuestro cuartel una patrulla militar compuesta por siete u ocho funcionarios, quienes ingresaron hasta la guardia con cuatro personas detenidas, tres hombres y una mujer, todos jóvenes y amarrados de las muñecas. Estos jóvenes eran de nacionalidad uruguaya. Uno de los militares dijo que los habían detenido en el Cajón del Maipo, cerca de la frontera, con la intención de salir del país. Recuerdo que estos ciudadanos uruguayos estaban muy maltratados, con hematomas y los

rostros lastimados a causa de los golpes.

Todavía debieron pasar nueve meses más para que Juan Henríquez depusiera ante el juez Billard. Fue en abril de 2009 y tras una citación bajo apercibimiento de arresto. Tranquilo, él ratificó su declaración policial previa.

HENRÍQUEZ: Nunca cumplimos órdenes de detención por razones políticas, y tampoco el Ejército llevó detenidos a nuestro cuartel. Nosotros nos limitábamos a cumplir órdenes judiciales de los tribunales. Tampoco pasaron ciudadanos extranjeros detenidos.

PREGUNTADO: si era verdad que había sido designado como enlace entre la Inspectoría de Puente Alto y el regimiento de Ferrocarrileros.

HENRÍQUEZ: Efectivamente. Fui designado como enlace con el Ejército en el año 1975 o 1976, antes no.

PREGUNTADO: en qué consistía su labor.

HENRÍQUEZ: Tramitaba documentos como verificación de antecedentes, los que me entregaba en el regimiento un funcionario del departamento segundo.

PREGUNTADO: por el nombre de ese funcionario.

HENRÍQUEZ: No recuerdo.

PREGUNTADO: por la forma en que se realizaban esos trámites.

HENRÍQUEZ: Yo ingresaba a una oficina y allí se me entregaba el documento y después me iba. Yo sabía que había detenidos en ese lugar por toque de queda, pero nunca me especificaron si eran políticos o no.

PREGUNTADO: si supo algo de unos detenidos uruguayos.

HENRÍQUEZ: Nunca tomé conocimiento, como se señala, que a unos detenidos uruguayos los trasladaran desde el regimiento de Puente Alto a la Unidad de Investigaciones para ser interrogados. Yo por lo menos nunca participé en tales interrogatorios e ignoro si algún colega mío estuvo en eso.

Las cartas estaban sobre la mesa. Las declaraciones de Henríquez contradecían los testimonios de Sanhueza, de Vidal, de Cuadros y del propio Gonzalo, el sobreviviente. También contradecían, aunque eso no entró en actas, los dichos de Daniel Fernández, quien estuvo detenido en la inspectoría de Puente Alto hasta que fue llevado al regimiento y de ahí al estadio Nacional. La norma, a esas alturas del

proceso, parecía bien fijada: los que eran sospechosos no recordaban, los que podían terminar procesados negaban todo y los que no tenían nada que ocultar mostraban buena memoria.

Pese a las dudas, a Juan Henríquez no lo investigaron ni lo citaron nunca más a comparecer. Se escabulló del juicio sin ser notado. Unos cuantos años después, en julio del 2014, se lo pudo ver en una celebración realizada en la sede del llamado Cuerpo de Jefes Superiores en Retiro de la Policía de Investigaciones de Chile, una especie de club social para detectives jubilados. En un breve video se aprecia a Henríquez muy jovial, cantando a coro con sus camaradas las estrofas del *Himno del Detective en Situación de Retiro*.

Entre aquellas amarguras, ubicadas de manera genérica «a fines de septiembre de 1973», en su tinglado de Puente Alto el comandante Durruty había logrado establecer con mano firme las rutinas del regimiento. Era el primero en todo: se levantaba por la mañana muy temprano, siempre a la misma hora, y luego de desayunar salía de la casa, cruzaba un pequeño patio, caminaba unos cuarenta pasos por el costado de la piscina y llegaba hasta su oficina. Allí, tras recibir las novedades de la jornada anterior, despachaba los asuntos del día con su segundo, el mayor Martínez Benavides, y con el capitán Gajardo Munizaga, que era su ayudante. Ambos contaban con su entera confianza. Durruty daba órdenes, sugería cambios y establecía las prioridades. Le gustaba estar en los detalles y, en consonancia con el regimiento que le tocaba dirigir, era una locomotora que se llevaba todo por delante.

Luego marchaba hacia la sede de la Gobernación Militar, ubicada muy cerca del cuartel, en un pequeño edificio usurpado a la autoridad departamental de Puente Alto. Su chofer hacía también las veces de escolta en todos sus desplazamientos, de lo que se infiere que ni siquiera en esos momentos iniciales Durruty consideraba peligroso el entorno. De lo contrario, hubiera dispuesto una custodia más disuasiva.

El empeño por el cumplimiento de las rutinas se había asentado también entre los soldados ferrocarrileros. Cada cual en lo suyo, todos

listos para ejecutar la orden que fuera, dada a los gritos o en susurros. A dos semanas de establecido el nuevo gobierno, de acuerdo a lo dicho por múltiples testigos, la férrea disciplina y la extrema violencia cotidiana convirtieron a cada integrante de la tropa en una ajustada pieza de aquella máquina que funcionaba como una aplanadora.

Fue así como ciertas formas de proceder pasaron a ser parte natural de esa rutina. Los oficiales del regimiento mantenían a los prisioneros en el suelo, ya fuera en el gallinero, en los vagones, en la enfermería y hasta en el despacho del comandante. Si no los tenían de plantón o arrodillados, o tendidos desnudos en la parrilla de la sala de interrogatorios, los obligaban a tirarse en el piso. Quizá se trataba de una medida de seguridad, una especie de protocolo impuesto por el mando, es decir por Durruty o por Martínez Benavides. O tal vez fuera una forma práctica de atormentar a los presos sin pasar mucho trabajo, a puro grito: «¡Al suelo!». «¡De guata!». «¡Manos a la espalda!».

Puede parecer un apunte casi frívolo, sobre todo si se lo compara con las torturas practicadas en el regimiento por los encargados de los interrogatorios. Pero esa constante imposición a los detenidos de estar en el piso no hace sino subrayar una de las grandes certezas adquiridas en pocos días por aquellos hombres de uniforme:

—Ahora mandamos nosotros.

Los civiles debían hallarse siempre por debajo del horizonte militar, y de ser posible en situaciones humillantes. Tenían que arrastrarse, o de lo contrario había que arrastrarlos. A los soldados rasos no los obligaban a ejecutar esas prácticas degradantes por odio a los prisioneros, sino para que se generara un desprecio que, en muchos conscriptos, no existía previamente. Inculcar el desprecio era parte de la actividad pedagógica de los oficiales con sus subordinados. Socorro ha recordado esas interminables sesiones en el gallinero ubicado a un costado de la maestranza:

—No había soldados rasos. Eran todos oficiales de boina. Boinas negras, boinas verdes, yo qué sé. A los gritos nos hacían acostar boca arriba, luego boca abajo. Después teníamos que poner las manos en la espalda. Después entrelazadas en la nunca. Allí estábamos, hombres y mujeres, todos en el suelo. A veces nos encajaban algún culatazo, una patada, insultos. Las groserías eran siempre las mismas:

«conchatumadre», «chucha huevona», «culiaos». Decían que nos iban a matar. Siempre igual.

Dentro del gallinero solo había oficiales, pero los soldados vigilaban el perímetro, y otros estaban dando vueltas por ahí. Los conscriptos pasaban, veían, escuchaban. En los dormitorios se hablaba de eso, y en el comedor a la hora del rancho, y en el momento del relevo de los centinelas. Era una forma de adoctrinar a la tropa. Hay numerosos testimonios de ese trato degradante. Socorro relató el interrogatorio al que fue sometida por el comandante Durruty en su despacho, donde la hicieron sentarse en el piso, en un rincón, «a la altura de los pies de ese tipo». Y Gonzalo, sobre su arresto: «Nos tiraron en el piso, boca abajo, delante de la entrada, de modo que todo el que pasaba nos pisaba y nos pateaba».

También muchos chilenos, tanto prisioneros como militares, apuntaron ese detalle. Víctor Cáceres, quien en 1973 era el alcalde de San José de Maipo, fue detenido el 11 de septiembre: «Me hicieron desnudar y me tiraron en un calabozo, en el piso lleno de excremento humano y de animal». Y Aníbal Barrera, el subteniente que dirigió el pelotón de fusilamiento de Eusebio Rodríguez en el cerro La Ballena, afirmó que uno de esos días «al interior del regimiento, afuera de las dependencias de la sección segunda, vi a tres mujeres tendidas en el suelo, boca abajo. Una de ellas estaba embarazada y pedía unos medicamentos».

Una de las preguntas nunca realizadas por el tribunal ni por los abogados querellantes tiene que ver con la presencia de la esposa del comandante Durruty y de alguno de sus hijos en el cuartel. Desde fines de 1972 él residía con su familia en una vivienda dentro del predio, en la casa destinada al oficial designado comandante de la unidad. «Una casa fiscal», la llamó durante el juicio. Era un lugar seguro y confortable, separado de las instalaciones principales. Pese a todo su privacidad era escasa. ¿Es posible que la esposa de Durruty no se haya enterado de lo que ocurría más allá de las paredes de la casa donde residía con su esposo? ¿Que hasta allí no llegaran los gritos? ¿Que jamás haya visto a un hombre ensangrentado, o a una prisionera tirada en el piso con las manos atadas a la espalda? Como ella trabajaba en Santiago, puede suponerse que algunos días pernoctaba en la capital,

pero necesariamente debía concurrir a su domicilio en el regimiento de forma muy frecuente. Varios oficiales y suboficiales aseguran haber sido sus escoltas en Puente Alto.

Conocer los relatos de tantas víctimas que padecieron tormentos en el cuartel es como contemplar *Munda y desnuda*, el impresionante óleo pintado por Roberto Matta en 1986. Hay múltiples interpretaciones sobre esa obra porque allí está todo, desde el gris chorreado hasta la sangre. El propio artista lo expresó con surrealista claridad: «Es la lucha de la libertad contra la opresión». Están los seres descoyuntados, los animales alados, los ojos como fauces, las mano que son garras, los pedazos de cuerpos y los cuerpos en pedazos, el caballo y el vuelo de la libélula, monstruos, un cepo. Escuchar los cuentos de quienes sufrieron en el antro de los Ferrocarrileros y han podido contarlo, es como hundirse en esas imágenes de amor esperpéntico, en los azules y los verdes y los amarillos que parecen estallar en la tela. Matta era un genio y estaba loco de lucidez. Una imagen, mil dolores. ¿Habrá llegado a conocer el comandante Durruty ese cuadro de Roberto Matta? Y su esposa, ¿habrá visto alguna vez esas escenas?

En aquellos días el *Munda y desnuda* de Matta se desplegaba allí mismo, muchos años antes de ser pintado, a cuarenta pasos de la casa fiscal de Durruty. La prisionera Socorro Crosa estaba esposada en uno de los vagones estacionados en el cuartel, atrás de un viejo edificio de madera. Era un vagón de carga, de techo bajo, angosto. Había restos de yeso en el suelo y en las paredes. El aire estaba saturado con microscópicas partículas de aljez que resultaban sofocantes y dañinas. Ese vagón, pese a que por fuera se veía en buen estado, en realidad era una ruina. En los lados exteriores tenía pintadas las iniciales F.C.M. y la leyenda «El Volcán».

A Cristina se la llevaron para la enfermería después de que ella insistiera con lo de su embarazo. Le dijeron que iban a certificar su estado y a revisarla, y que para eso la iban a trasladar al puesto médico del regimiento, donde sería atendida. Pero no volvió. Pasaron algunas horas. Socorro oía voces quedas, sonidos, bocinas. Tenía hambre, tenía sed, y ni ella soportaba sus propios olores. Castigada con dureza, le dolía todo el cuerpo. Con los ojos vendados, de a ratos se iba, soñaba, dormitaba, volvía. Hacía frío, luego hacía calor.

Trataba de pensar en Cristina, en lo que podía ocurrirle. No tenía noticias de Gonzalo y Enrique. Pensó en Juan y en Ariel, en los zapatos de Ariel que ella calzaba como si fueran unas inútiles botas de siete leguas. Era probable que los dos exploradores ya estuvieran muertos en la montaña. O podían estar aún vivos en alguna quebrada, aunque si así fuera nadie podría salvarlos. El frío mataba.

En el vagón aparecieron unos hombres. La sacaron de allí y la llevaron para una habitación. Debía de estar cerca del vagón, porque el paseo fue corto. Ni siquiera se trataba de una oficina. Le quitaron la venda de los ojos y pudo ver que era una pieza con un ventanuco y algunos trastos amontonados contra una pared. Los hombres, dos soldados, se fueron y cerraron la puerta. La dejaron sola en ese lugar que olía a humedad. El ventanuco tenía un tejido, o una reja quizá. Después, al rato, entró un oficial y cerró la puerta. Era un tipo joven. Le ordenó que se desnudara.

—Qué divina —dijo.

No la tocaba. Ni siquiera se le acercaba demasiado. Se conformaba con mirar aquel cuerpo desnudo, lleno de hematomas y escoriaciones, flaco y atormentado por las privaciones, por las caminatas en la montaña, por las palizas. El lugar ya olía a podrido.

—Las uruguayas están divinas —susurró.

Esa fue la escena verdadera, la que se pierde al ser narrada, la que se disipa de solo pensar en ella. Fue, también, un momento en el que Socorro logró quedarse consigo misma, sin temblores ni llantos. Ahí estaba.

—Qué tetas —dijo el oficial.

Enseguida sonrió. Permaneció inmóvil, sin atreverse siquiera a aproximarse a la muchacha, a la que debía ver como un ser extraño, una especie de criatura de las montañas. Veintiún años, prisionera, lastimada, desnuda, con llagas, plantada frente a él, demasiado alta, demasiado erguida.

—Qué culo —dijo el tipo.

Hubo una risa. Socorro permanecía de pie, y aunque tenía los ojos abiertos ya no veía porque no miraba. El hambre le provocaba espasmos, y la boca reseca le dolía. El olor a podrido de esa habitación estuvo a punto de hacerla vomitar. Tuvo la impresión de que su lengua

estaba hinchada, que sangraba por los oídos, que se iba a morir. Recordó la frase del comandante Durruty: «Usted me tiene harto». Esa había sido una pequeña victoria, un triunfo logrado en el peor momento, cuando el militar le hablaba de su madre y de un cuerpo lleno de balas.

De pronto empezó a ver. Estaba sola en ese cuartucho. El oficial se había ido. No la había tocado. Socorro se vistió como pudo y se quedó allí, de pie, a la espera. ¿Qué iba a pasar a continuación? El tiempo era un elástico que se estiraba y enseguida se contraía para convertirse en un punto vacío, sin color. El tiempo fue también una piedra, y el acero de un puñal, y el silencio. Por fin, la puerta se abrió, apareció un soldado, le vendó los ojos y la llevó de vuelta al vagón.

El operativo de traslado hacia el estadio Nacional comenzó a ejecutarse en las primeras horas de la tarde del sábado 29 de septiembre. Pese a que esos transportes eran frecuentes, los militares siempre se preocupaban por ejecutarlos con el máximo cuidado. Nadie sabía si salir de Puente Alto hacia Santiago significaba la vida o la muerte. No lo sabían los prisioneros ni tampoco los pelaos que custodiaban el patio, ni los cabos que manejaban los buses, ni los oficiales que impartían las órdenes. No lo sabían los que se iban ni los que se quedaban.

Transcurridas casi tres semanas del golpe, el estadio Nacional se había convertido en uno de esos misterios lúgubres de las leyendas urbanas, un sitio que muchos ni siquiera se atrevían a nombrar. Decían que debajo de sus tribunas ocurrían hechos pavorosos, que las puertas de acceso eran grandes bocas abiertas para devorar a la gente, que los gritos de los martirizados se colaban por los canalones de cemento y subían entre las gradas, y que en las madrugadas se dispersaban en el aire como una nube venenosa que invadía la ciudad.

Todos los presos en el regimiento de Ferrocarrileros habían escuchado historias de suplicios y asesinatos cometidos en el estadio, pero a su vez todos deseaban salir lo antes posible de ese cuartel donde estaban hacinados, no les daban de comer, los humillaban y eran golpeados con saña noche y día. Sin embargo, ir al estadio metía

miedo. Hasta los propios conscriptos tenían pánico de que algún oficial, por chismorreos, les tomara ojeriza y los enviara al estadio, lugar del que, aseguraban, no se volvía.

Lo primero que ocurrió esa tarde fue que algunos detenidos, que se hallaban encerrados en el gallinero, pudieron ver cuando ingresaban al predio del regimiento dos buses que fueron a estacionarse en la plaza central del cuartel. Aquellos prisioneros que estaban en los vagones empezaron a ser arreados hacia el corral. Iban en fila de a tres o de a cuatro, en andrajos, vigilados por soldados que los apuntaban con sus fusiles. Unos apenas si podían mantener el equilibrio, otros caminaban de forma extraña, cojeaban o daban pequeños saltos para no apoyar una pierna quebrada o un pie con la planta en carne viva. Salieron de distintos lugares a la vez, todos bajo custodia. Era como si de la tierra hubiera surgido de pronto una procesión de flagelados que parecía no tener fin, una comparsa de muertos vivientes que marchaban a los tumbos. Así se juntaron unos cuarenta cautivos en el corral de la maestranza. Todos cabeza abajo y manos a la espalda.

Las descripciones que en diversos juicios han aportado testigos que pasaron por el regimiento de Puente Alto entre 1973 y 1975, ya fuera como detenidos, familiares de presos o incluso funcionarios de las Fuerzas Armadas, de los Carabineros o de la Policía de Investigaciones, resultan coincidentes en señalar los mismos detalles. Entre los deponentes, fueron de especial impacto los relatos de Waldo Leiva (civil, cuatro semanas detenido en el regimiento, después enviado al estadio), Silvia Leiva, hija del anterior (civil, nueve días detenida en el regimiento, enviada al estadio), Víctor Cáceres (civil, tres semanas detenido en el regimiento, enviado al estadio), Elsa Llanca (civil, hermana de un desaparecido, ingresó en dos ocasiones al regimiento), Rolando Vidal (funcionario de la Policía, ingresó por lo menos una vez al regimiento), Aníbal Barrera (oficial del Ejército, vivió 29 meses en el regimiento).

Todos narraron castigos y humillaciones similares: los prisioneros mostraban cortes, hematomas y fracturas en las extremidades y hasta en el rostro; el hambre era generalizada y, de forma habitual, los alimentos además de ser escasos estaban en mal estado, con hongos y gusanos; la higiene era pésima, no había agua y la comida se servía en

unas latas mugrientas y oxidadas; tanto los hombres como las mujeres vestían ropas muy deterioradas, que los oficiales se habían ocupado de romper y ensuciar; a los golpes se sumaban insultos, menosprecio, burlas. «Íbamos en harapos», apunta uno de esos testimonios. Otro: «eran llevados a rastras por los soldados». Otro más: «a un pelao lo sancionaron por quebrar la culata de su fusil al golpear la espalda de una detenida».

La lectura de esos relatos provoca una fuerte reminiscencia de la atmósfera reinante en los campos establecidos por los nazis en la propia Alemania, pues se trata de una aproximación bastante directa al universo concentracionario descrito por David Rousset, sobreviviente él mismo de Buchenwald. Aunque en Chile casi no se ha señalado esa evocación, en ella hay una verdad hecha con recuerdos e impresiones muy vívidas. Una mujer detrás de un alambrado, enflaquecida hasta el paroxismo y vestida en harapos, era lo que era en 1973 en Puente Alto, y también lo que había sido otra mujer en Buchenwald, en 1943. No es simplemente una asociación de imágenes, sino una identificación de connotaciones profundas, que establece con exactitud la ignominia del vínculo entre ambos fenómenos. Muchos chilenos consideran ofensivo y fuera de lugar afirmar que en su país hubo un holocausto, pero las palabras ponen de manifiesto circunstancias: en aquellas primeras semanas del gobierno militar de Pinochet, se realizó por parte de las Fuerzas Armadas una gran matanza de seres humanos, y eso es un holocausto.

Ahí estaban pues, en Puente Alto o en Buchenwald, los prisioneros que iban a ser trasladados a un estadio, a otro campo de concentración, a la orilla de un río, a una cámara de gas, quién lo sabría. Los dos buses se hallaban estacionados un poco más adelante del gallinero. Se oían apenas algunos quejidos, y el ambiente era de una sordidez tóxica. Un oficial apareció con unos papeles, leyó en voz alta una lista de nombres, y los mencionados fueron retirados del corral. Los ponían en una fila y en todos los casos los amarraban con el preso que estuviera al lado. Como Socorro portaba en el momento del arresto sus documentos verdaderos, la llamaron por su nombre y apellido.

Un rato después la hicieron subir a uno de los ómnibus entre

insultos y culatazos, atada por la muñeca a una mujer chilena, a quien nunca había visto ni en el vagón ni en el patio. Las ubicaron en unos asientos de la parte delantera, y de inmediato les ordenaron guardar silencio y mantener la vista baja. El ómnibus estaba limpio. Para Socorro fue raro encontrarse de pronto en un sitio sin mugre, sin tener que respirar ese polvo blanco que flotaba en el aire del vagón. No estaba tirada en el suelo. Era raro y agradable, aunque fue breve. Duró unos minutos apenas, durante los cuales ella levantó la cabeza en varias ocasiones, miró por la ventanilla hacia el gallinero, observó cómo subían otros presos, siempre de a pares y amarrados, hombre con hombre, mujer con mujer.

Vio subir a Gonzalo junto a un hombre calvo y algo rechoncho. Socorro quedó impresionada cuando vio a su compañero de travesía: tenía las ropas rasgadas y cubiertas con manchas de sangre reseca, ya acartonada. Ella podría haber creído que era barro, que era el fango de los revolcones en el gallinero del regimiento, pero al instante supo que esos lamparones en la camisa y en el montgomery eran de sangre. Y la cabeza, el pelo y la frente de Gonzalo tenían las mismas costras. Su cara estaba como torcida, con la piel de color morado, tan hinchada que parecía a punto de reventar.

Por fin subió Cristina, quien también mostraba señales de castigos. Iba atada a una mujer flaquita, de tez cobriza y pelo negro lacio. En otras circunstancias podía causar gracia el contraste entre la melena enrulada de Cristina y el pelo brillante y liso de quien la acompañaba, pero Socorro casi no reparó en eso porque detrás de las mujeres subieron al ómnibus Juan Povaschuk y Ariel Arcos, ambos muy golpeados. Iban atados el uno al otro y tenían dificultades para moverse. No los había visto antes en el regimiento, ni siquiera en el corral, de modo que recién en ese momento Socorro descubrió que seguían con vida, que también habían caído prisioneros y que estaban presos en el mismo cuartel. Supuso que los habían atrapado en la montaña. Ariel y Juan fueron a sentarse detrás de ella. A Enrique Pagardoy no lo llevaron al bus: separado del lote, se encontraba contra una pared, fuera del gallinero.

Luego apareció un oficial de boina, nunca identificado, que subió al transporte con un revólver en la mano. Socorro recordaría siempre ese

momento de terror, cuando tenía el cañón del arma apoyado en su cabeza:

—Si miras te vuelo los sesos.

Escuchó las voces, aquella conversación breve y definitiva a sus espaldas. El oficial preguntó a los gritos, dirigiéndose a Juan:

—¿Apellido?

—Povaschuk —respondió Juan.

El de la boina reaccionó al instante, aunque es imposible saber si lo hizo de forma espontánea o fue un paso de comedia que ya tenía ensayado:

—¡Povaschuk! —exclamó—. Ruso de mierda, conchatumadre.

Socorro se mantuvo inmóvil, con la mirada baja. Enseguida, con tono indignado, el oficial formuló al aire una pregunta inútil:

—¿Y qué hace aquí arriba este ruso?

Insistió:

—¿Eh? ¿Qué mierda hace este ruso acá?

El diálogo fue reconstruido en sede judicial tanto por Socorro como por Gonzalo, ambos testigos directos del mismo, y ratificado después en varias ocasiones. Al margen de alguna palabra de más o de menos, debe considerarse un recuerdo bastante preciso.

Acaso el elemento más significativo de esa breve conversación entre el oficial de boina y el prisionero, fue que en esa instancia Juan Povaschuk dio su nombre verdadero. Los demás, salvo la propia Socorro, estaban aferrados a sus identidades ficticias y a los nombres y apellidos que figuraban en los documentos falsos. Resulta razonable suponer que ese dato ya estaba en poder de los militares antes de que Juan fuera subido al bus, y que él sabía la inutilidad de ocultarlo. Otra vez vuelve, espectral, la sombra del futuro Plan Cóndor. Otra vez el eco de la pregunta ladrada por un carabinero en el galpón de Lo Valdés:

—¿Dónde está el rucio?

El oficial ordenó que bajaran del ómnibus a Povaschuk, y junto con él tuvo que descender Ariel Arcos, quien estaba atado a su mano y a su destino. Los llevaron a ambos para un costado del patio, y los colocaron contra la pared donde estaba Pagardoy. Los tres se miraron, pero al parecer no pudieron intercambiar palabra. Al rato, el oficial de

boina dio la orden de salida a la comitiva, así que ese bus, conducido por un cabo del Ejército llamado Arturo Tamayo Véliz, partió hacia el estadio Nacional con una escolta militar en la retaguardia. Los tres uruguayos sobrevivientes viajaron en ese transporte. Los otros tres quedaron contra aquella pared.

X

«Strong intensity earthquake. Date/time: 5 October 1973, 05:45:27 UTC. Magnitude: 6.5. Depth: 14.0 km – Epicenter latitude / longitude: 32.987°S / 71.916°W (South Pacific Ocean, Chile). Nearest volcano: Tupungatito (202 km). Nearby towns: 27.3 km west northwest of Valparaíso. 34.2 km west of Viña del Mar. 73 km northwest of San Antonio. 129 km west northwest of Santiago de Chile. 143 km west northwest of Puente Alto».

Reporte del terremoto del 5 de octubre de 1973, emitido por el *United States Geological Survey*

«Y entonces erguidas como si un pensamiento las
moviese desde los mismos nevados desde las mismas
piedras desde los mismos vacíos comenzaron su
marcha sin ley las impresionantes cordilleras de Chile»

Raúl Zurita, *Anteparaíso*

Durante décadas la locución «el brazo de la justicia» fue para Mateo Durruty apenas una imagen ridícula, una serie de conceptos hilvanados por el comunismo internacional con los que se pretendía hacer propaganda y asustar a los tontos: «La tierra habla», «Ni olvido ni perdón», «Verdad y reconciliación». Puras cabezas de pescado, decía él. Bajo la protección de Pinochet, el comandante había construido con esmero una fervorosa versión de su propia impunidad. Como si tratara de convencerse a sí mismo, lo dijo en voz alta en varias ocasiones, cuando ya era coronel retirado del Ejército:

—Somos intocables.

Aducía que los servicios prestados a la patria por las Fuerzas Armadas eran tan relevantes que cualquier pretensión punitiva sería considerada una suprema ingratitud. Y argumentaba: «Ganamos una guerra, y en la guerra los perdedores no tienen nada que reclamar».

Es probable que, en algún momento, Durruty se haya creído su propio discurso. Que pensara, con el transcurso de los años, que aquella patria suya se había vestido para siempre de uniforme. Hasta el viejo himno del regimiento lo pregonaba con orgullo en su estribillo:

> ¡La patria nos reclama,
> corramos compañeros!
> ¡Y viva el regimiento
> de Ferrocarrileros!

Lo importante era que rimaba. Esa copla era tontísima, pero resultaba fácil de aprender para la tropa, siempre escasa de entendederas. En el desarrollo de los diferentes juicios que lo tuvieron como principal imputado, el coronel se preocupó por establecer con los funcionarios del tribunal, con los actuarios del caso y aun con los propios magistrados, una distancia insalvable armada de silencios, mínimos desplantes y frases que reflejaban su menosprecio por el sistema de justicia. Sin que nadie se lo pidiera, él mismo solía explicar esa conducta con una frase que lo definía en cuerpo y alma:

—Yo soy militar.

Un día tuvo la ocurrencia de entonar el estribillo del himno de los Ferrocarrileros en la sala del juez Billard. Dijo que fue para ilustrar a uno de los actuarios sobre la esencia del espíritu castrense del regimiento. Durruty había llegado a esa comandancia en diciembre de 1972 con el grado de teniente coronel, y fue trasladado al Comando en Jefe del Ejército tres años más tarde, ya ascendido a coronel. El 4 de diciembre de 1975 entregó el mando de la unidad y a los pocos meses lo enviaron en misión de servicio a los Estados Unidos. Fue un premio, con buen salario y grandes viáticos. Realizó un curso en el Colegio Interamericano de Defensa y, según un documento del Estado Mayor General, durante su estadía en Washington colaboró «con la misión de tareas de inteligencia».

La severa rutina militar de los comienzos se había convertido en un suave tránsito. Pasaba el tiempo y todo para él era dulce. Regresó a Chile, se retiró de las Fuerzas Armadas y consiguió un importante puesto en la Universidad de Santiago. Cada tanto recordaba los magníficos paisajes del Cajón del Maipo, sus mariposas. A veces los imaginaba del otro lado de su ventana. Lo que no imaginó fue que, después de la dictadura, su tarea en aquel cuartel de las afueras iba a arruinarle los paisajes y los recuerdos.

El primer gesto de repudio social le llegaría aun antes de que Pinochet se retirara de la Presidencia, y desde el ámbito menos pensado: la masonería de la que formaba parte. Fue como un relámpago en su diáfano cielo de patriota. En 1989, cuando el gobierno dictatorial entraba ya en la fase final, el coronel Durruty fue cuestionado por uno de sus hermanos de la Gran Logia de Chile, el arquitecto Claudio Martínez Cerda, quien era un alto funcionario de la Gendarmería. Los cuestionamientos tenían que ver, justamente, con su papel como jefe militar de los Ferrocarrileros y las violaciones a los derechos humanos allí ocurridas. Martínez Cerda lo expresó sin ambages en una carta dirigida al Soberano Gran Comendador de la logia: «Un hermano de mi madre, el más querido de mis tíos, estuvo preso y fue torturado en ese cuartel». Se refería al profesor Adrián del Carmen Cerda, quien en 1973 era el director de la Escuela Industrial de Puente Alto.

Adrián del Carmen Cerda tenía 48 años en el momento de su arresto, y aunque permaneció apenas siete días prisionero en el regimiento de Ferrocarrileros, las marcas físicas y emocionales de aquella experiencia le quedaron para toda la vida. Lo torturaron, lo tuvieron de rodillas junto con otros presos durante horas, no le daban de comer y lo hacían dormir en una letrina. Según le contó el profesor Cerda a su sobrino, Durruty se paseaba muy orondo entre los arrodillados. La saña de los militares en Puente Alto fue tal, que cuando Cerda llegó como detenido al estadio Nacional sintió cierto alivio.

Muchos años después, su sobrino Claudio Martínez Cerda se encontró, en una reunión del capítulo masónico al que pertenecía, con la desagradable novedad de que Mateo Durruty era uno de los hermanos y que, para colmo, había sido designado presidente del grupo. Como señal de rechazo, Claudio pidió cambiar de capítulo, le envió la carta al Soberano y dejó de asistir a las reuniones. La situación, que se prolongó durante más de un año, trascendió el ámbito discreto de ese grupo y fue incómoda para toda la institución, así que el Soberano mantuvo un encuentro fraterno con el hermano Claudio y le solicitó que se reuniera con el hermano Mateo para limar las asperezas que pudiera haber entre ambos.

A regañadientes, Claudio Martínez aceptó. El lugar, que fue elegido por Durruty, era un restaurante ubicado en pleno centro de Santiago, en el segundo piso de una galería sobre la calle Agustinas. Fue a las dos de la tarde del miércoles 6 de febrero de 1991. Por esas fechas, el presidente Patricio Aylwin hacía malabares para apaciguar a los leones cívico-militares, y apenas un mes y medio antes Augusto Pinochet, quien continuaba como comandante en jefe del Ejército y era capitán general de Chile, había acuartelado a las tropas para mostrar quién seguía mandando. El ambiente social era de incertidumbre, exaltación de algunos y temor de muchos. Al llegar Claudio a la cita, Durruty le tendió fraternalmente la mano:

—Buenas tardes, querido hermano.

Martínez lo saludó con frialdad, sin atenerse al uso de los masones:

—Buenas tardes.

El restaurante era pobretón, muy parecido a lo que en Chile se llama

popularmente casino, un autoservicio donde se ofrecen meriendas y almuerzos a los empleados del lugar. Claudio recuerda que la comida —servida en bandejas— fue retirada por ellos del mostrador y pagada individualmente. Hacía calor y Durruty iba en mangas de camisa. Se sentaron en una mesa larga junto a otros comensales desconocidos. No era un lugar que resaltara por su pulcritud, y la privacidad allí era inexistente.

—Su situación es seria —le dijo Durruty a modo de prólogo.

—La suya también.

—Si no vuelve a la logia, hace peligrar su carrera masónica.

Claudio Martínez se quedó pensando en ese extraño concepto formulado por su interlocutor: «carrera masónica». Al parecer Durruty guardaba una idea militar de la masonería. Seguro que para él los grados masones no eran simbólicos, sino que expresaban poder. Las distancias resultaban insalvables. El coronel tenía entonces sesenta y dos años, y él treinta y ocho. El excomandante creía ser su superior y allí, en esa cantina ridícula pretendía comportarse como tal.

—Esto lo puede perjudicar mucho en el futuro —dijo Durruty. Fue una advertencia que intentó sonar amistosa.

Quizá con su paciencia colmada ya desde el primer momento, Claudio Martínez hizo un gesto que pudo ser de cansancio o de indignación. Nada tenía sentido, así que abandonó las cavilaciones y enfrentó a ese veterano cejudo y de ojos claros.

—Vamos al grano —dijo—. Estoy aquí porque el Soberano me lo pidió: sucede que mi tío estuvo preso cuando usted era comandante del regimiento de Puente Alto. Y allí la pasó muy mal, fue torturado. Mi familia sufrió mucho en esos días.

Durruty masticó su bocado y se mantuvo unos segundos a la expectativa. No parecía alterado.

—¿Cómo se llama su tío? —preguntó después con brusquedad.

—Adrián Cerda, era el director de la Escuela Industrial, en Puente Alto.

El excomandante miró hacia el fondo del salón, como si buscara ahí, en aquella pared descascarada, alguna pista para mejorar su memoria. Alrededor había conversaciones, ruido de cubiertos y golpes de bandejas que sonaban a lata.

—No lo recuerdo —dijo por fin.

—¿Cómo no lo va a recordar? Ustedes se conocían. En Puente Alto…

Durruty lo interrumpió con un susurro:

—Es que fue un tiempo terrible. Pasaban disparando ráfagas de ametralladora.

Claudio Martínez se sintió ofendido y reaccionó. Sin querer, subió bastante el tono de voz:

—¿Usted está diciendo que mi tío pasaba disparando ráfagas de ametralladora?

Hubo un repentino silencio en el comedor. Esas dos palabras: «ráfagas» y «ametralladora», todavía sonaban peligrosísimas en Chile, y resultaban por completo inadecuadas para ser pronunciadas en público. Algunos comensales pararon la oreja y otros, más atrevidos, se pusieron a observar la escena sin disimulo. Durruty se mostró nervioso y procuró bajar la tensión. Durante unos minutos se dedicó a su almuerzo, y simuló que todo estaba bien. Después habló, pero lo hizo a media voz, sin alzar la vista:

—Han pasado veinte años.

—Dieciocho —puntualizó Claudio.

—Lo que yo digo es que usted está arriesgando su carrera masónica.

—No se trata de eso. Ocurre que yo no puedo compartir nada con usted. Es por respeto a mi familia.

—Usted no sabe lo que fueron esos días.

—Sí lo sé —dijo Claudio—. Mi tío me ha contado.

—A su tío yo no lo conozco —replicó Durruty, desafiante.

Actuaba como si se hubiera puesto de nuevo el uniforme para proclamar ante su interlocutor que así eran las cosas y que así iban a ser en el futuro. El coronel le sostuvo la mirada a Claudio Martínez, con una insolencia patente. El impune le decía a su hermano masón, sin palabras, que tuviera cuidado.

—Mire —dijo Claudio—: yo estoy aquí porque el Soberano me lo pidió. Ya cumplí con mi compromiso, que era hablar con usted. Así que es todo. No hay nada más para decir.

—¿Y la masonería?

—Mi vuelta a la logia es un asunto mío y de mi conciencia.

La presunta fraternidad entre aquellos dos hombres no existía. Tal

como había anunciado Claudio, eso era todo. La conversación fue inútil y el almuerzo amargo. Ambos se pusieron de pie —varios comensales los miraban—, dejaron las bandejas en la mesa y se fueron de allí. Al llegar a la puerta se despidieron en silencio y cada uno se marchó por su lado. El militar hacia su casa en Las Condes, donde pasaba los días con una placidez sin apremios, y el civil para su oficina en la Gendarmería de Chile.

En ese tiempo el horno no estaba para bollos, y Claudio Martínez lo sabía. Su comportamiento fue muy valeroso, porque al enfrentar a Durruty arriesgó su carrera. En esa época Pinochet aún cortaba el bacalao sin contemplaciones: hubiera bastado una llamada telefónica para que Martínez se quedara sin trabajo. Y, por si eso fuera poco, el funcionario de la Gendarmería puso su cabeza en la guillotina de los nostálgicos, que cada tanto se cargaban a alguien sin rendir cuentas ni dar explicaciones. Los muchachos de la Central Nacional de Informaciones, que era la misma DINA de antaño con otro nombre, andaban a los tiros por el centro de Santiago a cara descubierta. Seis oficiales en activo de ese servicio habían matado, poco antes de las elecciones, a Jécar Nehgme, un dirigente del MIR de 28 años que apoyaba la candidatura de Aylwin a la Presidencia.

No debe descartarse que luego de almorzar con Claudio Martínez Cerda, en esa calurosa tarde de febrero, dieciséis años después de haber entregado el mando del regimiento de Puente Alto, tras su retiro del Ejército y su fructífera actividad administrativa en el ámbito privado, amado por los suyos, reconocido por sus pares y galardonado por sus jefes, el excomandante Mateo Durruty haya sentido por primera vez en su vida el sobresalto de semejante amenaza. Era como si de pronto el brazo de la justicia —aquella imagen que siempre le había parecido ridícula— se hubiera estirado hacia él para alcanzarlo.

La caravana, que partió de Puente Alto sobre las seis de la tarde, estaba compuesta por dos buses y un *jeep* artillado que cerraba la comitiva. En cada bus viajaban, además de los prisioneros, dos soldados que cumplían funciones de custodia. El *jeep* llevaba otros dos soldados, más el ametralladorista instalado en la parte trasera. La

orden, impartida a viva voz al operador de la ametralladora, era simple: ante cualquier intento de fuga debía disparar primero contra quienes descendieran de los ómnibus y luego contra los vehículos, para así «sofocar la asonada».

Todo el grupo se hallaba bajo el mando de un oficial, quien iba en el primer ómnibus. Pese a que nada pudo ser probado durante el juicio, un dato proporcionado por Gabriel Montero al tribunal resultó significativo: uno de los oficiales a cargo de esos traslados era el entonces subteniente Jorge Van Der Schraft, quien operaba en la compañía de montaña del regimiento y que, en esa época, ya había realizado diversas misiones en el Cajón del Maipo. En su primer testimonio Van Der Schraft negó haber llevado prisioneros a Santiago, pero dos años después, tras ser citado a comparecer nuevamente, y advertido de que si no decía la verdad cometería un delito, él reconoció que «en una ocasión» sí había trasladado prisioneros en un ómnibus desde Puente Alto hasta el estadio Nacional.

Pese a sus olvidos, Var Der Schraft pudo reconstruir con notable precisión los detalles de aquella jornada: «Debo decir que ahora recuerdo que en el mes de noviembre de 1973 (me puede fallar la memoria) se me designó para que trasladara detenidos en un bus al estadio Nacional. Yo fui designado a cargo del bus, y eso fue como a las 18 horas. Los detenidos eran hombres y supongo que de nacionalidad chilena. Eran aproximadamente veinticinco personas. No tuve conocimiento de que vinieran extranjeros en el bus. Llegamos al estadio y se nos pidió santo y seña para ingresar. Lo hicimos por la entrada que da a Maratón».

Así que Van Der Schraft primero dijo no recordar nada, pero después sí recordó que había trasladado prisioneros, que eran todos hombres, que fue a las seis de la tarde, que en total llevaba veinticinco personas, y que el bus ingresó al predio del estadio por la entrada de la calle Maratón. Y también recordó que fue en noviembre de 1973 o quizá antes, pues podía fallarle la memoria, según dijo. Para el tribunal resultó curiosa la ubicación temporal del traslado «en el mes de noviembre», ya que el estadio recibió prisioneros solo hasta el día 8 de ese mes. Por lo tanto, la mala memoria del deponente era, en ese aspecto, notablemente precisa: ubicaba la escena de treinta y cinco

años atrás en una semana específica, en un lugar preciso y a una hora precisa.

El ómnibus con dos decenas de prisioneros, incluidos los tres uruguayos, ingresó a los accesos del estadio Nacional, ya de noche, por la entrada de Maratón. Allí fueron recibidos por un par de oficiales del Ejército, y separados los hombres de las mujeres. Por las dudas, antes de quitarles las ataduras, a Gonzalo y al que estaba amarrado a su lado les dieron algunos golpes. Después los llevaron con otros detenidos por pasillos y túneles y más pasillos y escaleras que bajaban, y de nuevo pasillos y escaleras que volvían a bajar. Los metieron en un lugar oscuro y húmedo donde había más gente. Gonzalo apenas si atinó a dejarse caer en un rincón, agotado y dolorido, sin tener idea del sitio en el que se encontraba.

A las mujeres las condujeron hacia uno de los vestuarios en el sector de la piscina. A esas instalaciones en Chile se les llama camarines. El comportamiento de los soldados con ellas fue similar al que tuvieron con Gonzalo y los demás hombres de la comitiva: empujones, culatazos y una larga caminata, primero por el perímetro exterior del estadio y luego casi a tientas por los pasadizos que había en el lugar. El ambiente era, para las detenidas, de un terror irreal, pues las luces encendidas del estadio convertían toda aquella zona en una alocada sucesión de encandilamientos, sombras, ladridos y tropezones. Había mucha tropa, soldados armados a guerra, guardias con perros y carabineros con cachiporras. Se oían gritos en unos altavoces lejanos y, ya en los pasillos interiores, se oían llantos y quejidos. Lo peor llegó con el estruendo de las detonaciones. Eran descargas de fusilería que parecían rajar las paredes de hormigón.

Reconstruir lo ocurrido en esas primeras horas vividas por los uruguayos en el estadio Nacional es una tarea opaca, pues no existe documentación oficial de ningún tipo. Para la justicia chilena, el relato de aquel grupo debía culminar en el momento en que los tres sobrevivientes abandonaron el cuartel de Puente Alto, ya que la razón del proceso era el «secuestro calificado» de Ariel, Juan y Enrique, los tres que no viajaron. Por lo tanto, cuando el ómnibus partió hacia Santiago, quizá el 29 de septiembre al atardecer, la atención del magistrado quedó fijada en el regimiento de Ferrocarrileros y se

focalizó en esos tres muchachos que fueron dejados contra una pared en el patio. Ese era el eje de la pesquisa, el núcleo que daba sentido al trabajo realizado durante años por el tribunal que entendió en la querella.

Hay, sin embargo, pistas y testimonios; hay memorias lastimadas, recuerdos que parpadean un instante y se extinguen; hay frases sueltas que siguen dando vueltas por las tribunas del estadio. Con el tiempo, de a poco, empezaron a aparecer aquí y allá los relatos de algunas víctimas. Eran, en todos los casos, historias fragmentadas que mostraban rasgos infernales. Es cierto que describir la estadía de los prisioneros en el estadio Nacional como un infierno es apelar a un lugar común repetido hasta la náusea, pero quizá sea la manera más decente, la más directa y comprensible de hacerlo, pues así lo refieren quienes allí padecieron.

—Era el infierno.

Y se ha convertido en un lugar común porque el estadio fue el lugar compartido por entre quince y veinte mil personas, hombres y mujeres de Chile y otros países, jóvenes, ancianos y niños, izquierdistas y no, allendistas y no, empleados y obreros y bailarines y traficantes de drogas y ministros y periodistas. Una comunidad construida con el barro del horror más puro.

Lo que allí ocurrió es conocido. Más que un infierno, fue durante cincuenta y ocho días una sucesión de muchos infiernos. En ese predio había de todo: la cancha, la pista de atletismo a su alrededor, los vestuarios bajo las tribunas del coliseo, una serie de habitaciones de diferente tamaño destinadas a depósito y mantenimiento, las salas de sanidad deportiva, algunas oficinas, los baños, los pasillos, los larguísimos pasillos y los llamados «caracoles» y las escaleras. Y el velódromo, y las instalaciones anexas de la piscina olímpica, con sus propios vestuarios, habitaciones de mantenimiento, sala de sanidad y más oficinas. Todos esos sitios fueron acondicionados para concentrar prisioneros, interrogarlos, torturarlos y aun matarlos, así que el estadio y sus adyacencias, sus gradas y los vestuarios, el velódromo contiguo, los muros perimetrales de algunos espacios, el césped del campo de juego, las bóvedas debajo de las tribunas, la pista de atletismo alrededor de la cancha, la marquesina y el disco negro ubicado frente

a ella, la piscina y sus vestuarios, el portón de ingreso N.º 8 y el enjardinado exterior del complejo deportivo se convirtieron en estaciones infernales. La lista es tan dolorosa como su recuerdo y tan amarga como su olvido. Cada puesto tenía una connotación específica, siempre aciaga.

A uno de esos lugares fue a dar el cuerpo reventado de Gonzalo Fernández. El tiempo que permaneció en ese sector del estadio, casi sin moverse y con períodos de inconsciencia, puede estimarse entre dos y tres días con sus noches, aunque allí no había día ni noche porque todo era oscuridad y, en algunos momentos, sombras que se movían a su alrededor. Durante esa convalecencia, unos prisioneros chilenos se ocuparon de aliviarle en algo el sufrimiento: le dieron agua, intentaron alimentarlo, lo abrigaron y limpiaron sus heridas más serias. Nunca supo quiénes eran.

Posiblemente estaba en algún recodo ubicado debajo de la tribuna norte, allí donde había pasillos que daban a habitaciones ciegas, lugares con arena en los que cientos de detenidos eran obligados a hacer sus necesidades sin privacidad ni higiene de ningún tipo. Los gases desprendidos por la putrefacción de las heces, el olor a amoníaco de los orines y la ausencia de una adecuada ventilación provocaban que el simple acto de respirar se volviera un suplicio. La sensación, descrita por muchos, era de ardor en la garganta y quemazón en los pulmones.

Y estaban los bichos: piojos, pulgas, cucarachas, arañas, moscas, ratas y unos gusanos pequeños de color blanco que aparecían retorciéndose sobre los excrementos. El hacinamiento a la hora de dormir en los vestuarios, la falta de higiene en los cuerpos y la escasa ventilación de aquellos espacios subterráneos provocaron, en pocos días, un aumento exponencial de esa fauna. En alguna ocasión pudo verse a prisioneros que se entretenían en cazar cucarachas o roedores, lo que también daba una idea del deterioro psicológico de los detenidos. La situación sanitaria era en extremo delicada, pues si se desataba un foco epidémico entre los presos, el mismo podía fácilmente saltar a los soldados que los custodiaban y de ahí pasar a la población de la ciudad.

Esto llevó a las autoridades a organizar distintas campañas de

fumigación, algunas para desinfectar los vestuarios y pasillos del estadio, y otras sobre los propios detenidos, para purgar sus cuerpos. En dos ocasiones por lo menos, a muchos presos los llevaron hasta uno de los pasillos subterráneos, allí los hicieron formar una fila contra la pared y luego procedieron a rociarlos con germicidas. Quienes realizaban esa labor, ante la mirada vigilante de los soldados, eran unas mujeres vestidas de blanco con brazaletes de la Cruz Roja.

La participación de voluntarias de la Cruz Roja chilena en el campo de prisioneros del estadio Nacional fue, después, severamente cuestionada. Una de las jefas del contingente usaba uniforme militar y ostentaba el grado de teniente. En los hechos, por omisión y en algún caso por acción, tal parece que aquellas damas no actuaban como debían: no fueron capaces de ver los cuerpos reventados ni los cadáveres amontonados en los pasillos, y si los vieron no se lo comentaron a nadie; por órdenes superiores, las naranjas que llegaban para paliar el hambre de los detenidos, ellas las distribuían entre los oficiales; los cigarrillos, donados casi siempre por diplomáticos europeos a título personal, las tales señoras los lanzaban por encima de los alambrados, esperando una rebatiña.

La representación local tampoco estuvo a la altura de las circunstancias ni respetó los «Principios fundamentales» que rigen el funcionamiento de la Cruz Roja Internacional. El 9 de octubre el Comité Nacional del movimiento emitió un comunicado en el que expresaba: «Desde el mismo día 11 de septiembre la Cruz Roja Chilena se encuentra en labor permanente, por lo cual está en contacto con los hechos ocurridos en todo el país. En este periodo no ha sido necesario reforzar los turnos hospitalarios ni tampoco ha habido peticiones de urgencia en los bancos de sangre. Por tanto, desmiente en forma categórica las noticias falsas que pretenden hacer aparecer a nuestro país como un campo de batalla».

Dos semanas después la Junta de Gobierno en pleno recibió al Comité Nacional de la Cruz Roja Chilena. En el acta secreta de la reunión se indica que, a través del presidente de dicha organización, un médico y general retirado de la Fuerza Aérea llamado Agustín Inostroza, «se expresa adhesión a la Junta y se informa de los planes previstos de apoyo material y humano a la acción del gobierno».

Durante esas primeras noches de octubre, en Santiago se desarrollaba con intensidad la guerra de los colores, iniciada apenas cinco días después del golpe. Por orden del propio Pinochet, las autoridades militares dispusieron la eliminación de los murales pintados en muchas paredes de la ciudad, todos considerados emblemáticos de la izquierda y las ideas revolucionarias. Los había en los murallones que canalizan el río Mapocho, en Marcoleta, en el hospital Barros Luco y también en Vicuña Mackenna, cerca de Puente Alto. Uno de esos murales, realizado por Roberto Matta en conjunto con integrantes de las brigadas Ramona Parra, estaba sobre la avenida Santa Rosa, en La Granja. Se titulaba *El primer gol del pueblo chileno* y medía veinticinco metros de largo por cinco de alto. Las paredes con consignas eran miles, los coloridos murales de las brigadas integradas por militantes de las Juventudes Comunistas eran decenas. También estaban las obras de las brigadas Inti Peredo y Elmo Catalán, ambas del Partido Socialista.

A partir del 11 de septiembre quedó claro que esa profusión, anterior incluso al gobierno de Allende, acumulada durante años de trabajo artístico y político, resultaba inaceptable para el nuevo gobierno. En las paredes los dibujos mostraban puños en alto, banderas, mujeres en actitud de lucha, hoces y martillos, obreros y campesinos, espigas de trigo, estrellas. Sus colores eran vivos, los trazos nítidos, el mensaje directo. Se decidió que todo eso era basura, un símbolo del pasado que debía ser convertido en polvo o, en último caso, disimulado en el paisaje. A una enorme escultura abstracta de metal situada en la parte exterior del edificio de la UNCTAD III, una obra del artista Félix Maruenda titulada *Chimenea*, se la consideró «comunistoide» porque estaba pintada de rojo. No se podía quitar, ya que formaba parte del sistema de ventilación del edificio, así que la solución para semejante problema nació del ingenio militar: la camuflaron con pintura de un verde desmayado que la volvió casi invisible.

De los muros se encargaron primero algunos destacamentos del Ejército, luego los empleados de las comunas, más tarde un grupo de

prisioneros políticos y, por último, conscriptos vestidos de civil. Pintura blanca, brocha gorda. Al principio solían hacerlo por las noches, al amparo del toque de queda. Cuando se trabajaba de día, muchos transeúntes aplaudían la acción de los blanqueadores; de noche, en cambio, hubo un par de ataques a balazos contra quienes realizaban esa tarea.

La iniciativa había partido del laboratorio de guerra psicológica de la Armada, que reclutó a un grupo de civiles para que cubriera con pintura las paredes y muros céntricos pintados con consignas contra el golpe de Estado, varias de las cuales calificaban a Pinochet de asesino y traidor. El diario *El Mercurio* publicó el 17 de septiembre un amplio fotorreportaje en el que se subrayaba el carácter «ciudadano» de la tarea. En una de las imágenes se veía a dos hombres tapando una leyenda de la Central Única de Trabajadores (CUT). El pie de foto apuntaba: «La población comenzó ayer a colaborar en las faenas de limpieza en la ciudad. Este espontáneo gesto de cooperación de la comunidad se ha advertido en todos los planos de la actividad nacional».

En Puente Alto, el gobernador Durruty tomó medidas similares, aunque algo tardíamente. La excusa de una columna guerrillera en las montañas le volvió a funcionar: él dijo que esa amenaza le dificultaba la organización del personal. De todas formas, con la ayuda de algunos empleados de la gobernación, para fines de octubre un grupo de conscriptos ya había borrado todos los murales y muchas de las consignas. En dos o tres lugares los grafitis estaban escritos con pintura de alquitrán, lo que al principio hizo imposible su ocultamiento mediante un simple encalado. Esas consignas, cubiertas con cal por los soldados, a las pocas horas volvían a aparecer: primero apenas adivinadas por detrás del blanco y después, al día siguiente, casi como si se tratara de un bajorrelieve. Hasta más bonitas quedaban.

A un oficial del regimiento se le ocurrió entonces que, si los lemas estaban pintados con alquitrán, lo mejor era emplear el mismo producto para cubrirlos. De ese modo varios muros de Puente Alto un día amanecieron pintados de un negro mortuorio. Años después nació la leyenda: se decía que eran los paredones donde se había fusilado

gente en 1973. Así, siguiendo la tradición fabuladora del regimiento, el magín popular le dio a la negrura de esos muros una connotación que nunca tuvieron.

El operativo de Durruty, pese a la pequeñez de su escala, fue una acabada expresión del espíritu imperante en los gobiernos locales por todo el país. Inspirados en las directrices militares, muchas nuevas autoridades asumieron sus cargos con la promesa de borrar para siempre los coloridos dibujos de los muralistas. Hubo una competencia por ver quién era más radical en la tarea. El gobernador de Tarapacá vetó el uso del color rojo en las fachadas de casas y edificios. Otras medidas fueron de carácter nacional e incluyeron la prohibición de usar determinados tonos de verde en las vestimentas, y la de emplear «en todo o en parte los símbolos patrios», aunque fueran alterados sus colores. Con esa medida, la estrella de cinco puntas quedó proscripta.

Eso era afuera. Dentro del estadio todo fue oscuro desde el primer momento, de modo que el jefe del campo de prisioneros no se vio en la necesidad de tomar ninguna medida. Los grafitis que algunos prisioneros hicieron, a riesgo de sus propias vidas, apenas si eran rasguños en el cemento de las paredes, realizados con trocitos de metal o vidrio. Sin embargo, esos petroglifos desesperados, tan breves como el tiempo durante el que podía burlarse la vigilancia de los soldados, perduraron. Uno decía, dice: NELSON 22 IX 73. Debajo, con la misma letra: ANA Y NELSON. Otro son unas iniciales o una sigla con una fecha: RJJ 12 IX 73. Otro: ROSI. Hay uno que tiene dibujada una clave de música en un pergamino que parece un pentagrama, y debajo se lee, con dificultad: SSF 16 IX 73. Y así. Medio siglo después, aún se conservan. Siguen allí, preservados, en la zona de la llamada «escotilla N.° 8».

En general, la paleta imperante en aquellas instalaciones desde la ocupación militar fue de una severidad que pretendía acompañar la conducta hacia quienes estaban detenidos. Los uniformes de los jerarcas eran de un celeste grisáceo, y los que usaba la tropa tenían un tinte verdoso, desvaído a causa del uso y la suciedad. La marca ubicada en el campo de juego como punto de reunión para quienes eran convocados por los altavoces era un disco negro. Clavados en algunas áreas del complejo, había también unos pequeños banderines

de color púrpura, que delimitaban ciertas áreas de vigilancia de pelotones y compañías. Las gradas tenían el gris del cemento.

Pero el pasto era verde. El césped de la cancha lucía un verde espléndido, como preparado para alguna final de campeonato. Cuando Gonzalo Fernández logró salir por primera vez de las profundidades y ver la luz del día, todavía rengo, con la cara inflada y las encías sangrantes, se encontró sentado en una de las tribunas, bajo un cielo sin nubes, con un sol radiante y, ahí enfrente, un campo tan verde como jamás imaginó que pudiera existir.

Le ordenaron cubrirse la cabeza. Alcanzó a ver que había más gente en las gradas, otros presos como él, todos hombres. Vio soldados de casco y fusil, vio un revuelo del otro lado de la cancha, frente a una especie de palco techado. Pudo sentir la brisa que traía el olor del pasto, y sintió que tal vez no fuera a morir allí después de todo. A pesar de los grises había colores de vida.

Varios soles entibiaron a Gonzalo aquella mañana: con sorpresa, de pronto descubrió que aún vestía su trajinado abrigo de la montaña. Lo tenía puesto y no se había dado cuenta. El montgomery estaba roto y mugriento, con pegotes de sangre y barro, pero lo abrigaba. Y de pronto, como si de nuevo amaneciera, se acordó del dinero escondido. Con disimulo comenzó a tantear en el forro, poco a poco, centímetro a centímetro, con paciencia infinita, primero con una mano y luego con la otra. Hasta que sintió el rollito allá al fondo, en el dobladillo, justo en la espalda.

Se mareó con la sorpresa. Le resultaba difícil creer que fuera verdad. Pese a la expedición por las montañas en el Cajón del Maipo, a las torturas en Puente Alto y a las prolijas revisiones a las que había sido sometido una y otra vez, pese a que en varias ocasiones lo habían desnudado para castigarlo y humillarlo, pese a todo los billetes escondidos antes de partir de El Ingenio aún estaban ahí. Él no sabía qué significaba eso exactamente, aunque intuyó que haber conservado la plata era un prodigio que lo ayudaría a sobrevivir. No había servido de nada en la montaña, pero en un ambiente urbano y rodeado de enemigos, era como tener algún tipo de salvoconducto. Al fin y al cabo, la cándida acción de ocultar los billetes en el forro del abrigo acabaría por ser una pieza clave en su hazaña posterior.

Raúl Zurita escribiría después que las cordilleras marchaban. «Su marcha sin ley», escribió Zurita para mostrar lo que ocurría con «las impresionantes cordilleras de Chile». Los presos del estadio no podían ver las montañas, ni aun las más cercanas a Santiago, pero sabían que estaban allí. Todos los chilenos sabían que las montañas estaban allí, y también los extranjeros que vivían en el país, los perseguidos y los que permanecían encerrados en sus casas y los que se habían asilado en las embajadas y las embarazadas que no atinaban a escapar y los que buscaban con desesperación algún refugio, y los turistas sorprendidos por el golpe del 11 de septiembre que aún no habían podido marcharse, y los niños sin escuela, y los ciegos y los ancianos y los soldados con sus uniformes salpicados de sangre. De sur a norte, todos sabían que las montañas estaban, y que seguirían allí, fijas en sus vidas y en sus muertes.

Durruty también lo sabía. A comienzos de octubre, tres semanas después de asumir el poder en su comarca, el comandante ya actuaba como un sátrapa. Para empezar, además de ordenar varios fusilamientos, resolvió despedir a los allendistas que trabajaban en las oficinas departamentales, incluidos quienes ejercían cargos electos. Destituía alcaldes, designaba directores, sancionaba a cualquiera y, por las dudas, mandaba arrestar a los que ponían mala cara o murmuraban a escondidas. Sin perder tiempo metió mano en la estructura de todos los organismos bajo su jurisdicción, desde las escuelas primarias de Puente Alto hasta el sistema de agua potable que abastecía a Santiago.

Nombró un nuevo alcalde para San José de Maipo, pues el anterior se hallaba imposibilitado de cumplir sus funciones, ya que había sido arrestado el 11 de septiembre por orden del propio Durruty. En su lugar designó a un coronel retirado del Ejército, quien asumió el cargo entre discursos y fusiles. En Puente Alto colocó a una amiga suya, entusiasta pinochetista desde el primer minuto. Lo mismo ocurrió con la dirección del principal instituto de educación pública de la localidad: a la directora, muy querida en toda la zona, la hizo renunciar y en su lugar nombró a Herman Peralta.

El regimiento era su brazo armado. Funcionaba a pleno como un

centro de represión muy bien organizado, a tal punto que desde otras reparticiones militares enviaron prisioneros para que recibieran allí el tratamiento adecuado. La doctrina de Durruty para «imponer la voluntad al adversario» se aplicó bajo su dirección en todo el territorio del departamento sin contemplaciones. El 4 de octubre, en una de sus primeras comparecencias públicas, el comandante de los Ferrocarrileros advirtió con un breve discurso que aquello recién empezaba y que nadie ni nada lo detendría: «Ni las montañas podrán con nosotros».

Fue una frase profética. Pocas horas después, a las 2:45 de la madrugada del 5 de octubre de 1973, la tierra tembló. Un sismo de intensidad moderada afectó la zona central de Chile, sacudió durante cuarenta y dos segundos a Valparaíso y Santiago, y se sintió también en Puente Alto, aunque los daños reportados allí fueron escasos. Cerca de El Ingenio hubo algunos deslizamientos de roca. Los vagones del regimiento, donde pernoctaban decenas de prisioneros, vibraron con el temblor y provocaron el desprendimiento de placas de yeso adheridas a las paredes y a los techos de los coches-calabozos. Una nube de polvo de aljez sofocó a los detenidos, quienes pedían auxilio a gritos porque no podían respirar.

Algunos puentealtinos, que no veían con buenos ojos ni a Pinochet ni a Durruty, creyeron que ese pequeño terremoto era una advertencia de la naturaleza frente al atrevido reto lanzado por el gobernador. Les parecía que exclamar «Ni las montañas podrán con nosotros» era un exceso que bordeaba la herejía. Otros, partidarios de los golpistas, lo tomaron como un diálogo cómplice —nada menos— entre el jerarca y la divinidad, una especie de contrapunto entre la tierra y el cielo. Los ilustrados del pueblo, de uno y otro bando, discutieron sobre esa coincidencia. Fue un debate de confitería, a susurros y entre entendidos. La gente común de Puente Alto nunca conoció los dichos de Durruty, así que a nadie se le ocurrió establecer ninguna vinculación entre su persona y el sismo. Tantas veces había temblado la tierra, que cualquier especulación al respecto la consideraban propia de pijes y holgazanes.

Pero la tierra siguió temblando, y con ella el cielo. Hubo algunas réplicas durante la tarde, y al día siguiente todos los cielos de Chile se

partieron en dos y se abrieron en abismo durante ese día y esa noche, y muchos desdichados debieron comprender que así se presentaba ante ellos el fin de los tiempos. El apocalipsis llegó vestido con ropas de exterminio, y marchó con pasos que retumbaban aun sobre la hierba húmeda de los campos, y su voz fue muchas voces y su cuerpo muchos brazos y su fuego muchas bocas de aniquilación. La ola de fusilamientos y desapariciones arreció el 6 de octubre. Fue como si el terremoto hubiera sido una señal para que se redoblara el frenesí represivo.

A un grupo de detenidos se les aplicó la ley de fuga, ametrallándolos por la espalda en el campo de prisioneros de Cerro Chena. Fue el 6 de octubre de 1973. Los nombres de las víctimas: Héctor Hernández, Javier Pacheco, Alfredo Acevedo, Raúl Castro, Pedro Oyarzún, Hernán Chamorro, Gustavo Martínez, Manuel González, Joel Silva, Arturo Koyck, Ramón Vivanco, Adiel Monsalves, Francisco Viera y José Morales. Sin respiro, ese mismo día a Zenón Sáez lo desaparecieron en la ciudad de Coronel, a Segundo González lo mataron en las cercanías de Catillo, a Miguel Román lo ahorcaron en el estadio Nacional, a Reynaldo Huentequeo lo fusilaron en Río Bueno, a Frank Mardones lo balearon en Coronel, a Eduardo Quinteros lo desaparecieron del Hospital San Borja junto con su hermano Abelardo Quinteros y su amigo Raúl San Martín, a Celedonio Sepúlveda lo desaparecieron del mismo hospital, a Orlando Galdames lo mataron a palos en La Ligua, a Andrés Rojas lo fusilaron en el desierto de Calama, a Guillermo Bravo lo fusilaron en una esquina de Santiago, a Hernán Quilagaiza lo desaparecieron de la Casa Schwager de Coronel, a Reinaldo Aguirre lo balearon en Tocopilla junto con Freddy Araya, Luis Segovia, Claudio Tognola y Carlos Garay, a María Andrade la mataron de un balazo en Talca, a Eduardo Toro lo desaparecieron en Plaza Italia, a Manuel Rubilar, José Liborio Rubilar, José Lorenzo Rubilar, Alejandro Albornoz, Daniel Albornoz, Guillermo Albornoz, Miguel Albornoz y Luis Godoy los balearon en Mulchén, a José del Canto lo ametrallaron en el barrio San Camilo, a Benjamín Videla lo desaparecieron del Orfeón de Carabineros, a Walter Materos lo ejecutaron de un balazo en Santiago. Todos muertos el 6 de octubre.

La lista es extensa. La cosecha negra de aquel día fue tan abundante

como indiscriminada, pues las tropas hicieron tabla rasa. Entre las víctimas había militantes comunistas y simpatizantes de Pinochet, obreros de la construcción, amas de casa, profesoras universitarias, campesinos y mineros, adolescentes y veteranos, dos estudiantes de secundaria, un travesti, dos cogoteros y un agente de los servicios de inteligencia. De los muertos o desaparecidos de esa jornada, el menor tenía 17 años y el mayor 48. Ese día, el libro de ingresos del Servicio Médico Legal de Santiago registró en solo tres horas de trabajo —de nueve de la mañana a doce del mediodía— la recepción de veintinueve baleados. Los camiones militares llegaban y dejaban los cuerpos tirados en la entrada, todavía tibios. Dos de ellos aún vivían. Fue como si el 6 de octubre de 1973 los cielos se hubieran comido a la humanidad entera.

En todo el predio del estadio Nacional los cielos devoraban gente desde el 11 de septiembre. Sin embargo, en medio de aquel continuado pavor, los prisioneros, los soldados y hasta los oficiales al mando reaccionaron con desesperación cuando la tierra empezó a sacudirse. Fue como si el temblor hubiera emparejado en la madrugada, durante los cuarenta y dos segundos que duró, a las víctimas con los victimarios. Varios contingentes de detenidos fueron sacados de los vestuarios hacia la cancha, ante el miedo de que la estructura colapsara y los aplastara. Todos corrían: prisioneros, soldados, oficiales.

Socorro y Cristina vivieron ese momento en uno de los vestuarios de la piscina, donde había más de cien mujeres bajo custodia, entre ellas otras seis uruguayas, varias brasileñas y por lo menos una boliviana. Hubo gritos, llantos y la sensación de que todo iba a derrumbarse. Algunas prisioneras se arrodillaban para rezar y otras exigían que las dejaran salir de allí. Sin experiencia en terremotos, las dos muchachas del Cajón del Maipo observaban aquel espectáculo con desconcierto, pues les parecía absurdo. Muchos años después, al rememorar el trance, Socorro confesó:

—Estábamos medio dormidas, pero nos resultaba ridículo tanto terror. Veníamos de pasar por situaciones tan extremas que eso nos parecía poca cosa.

Con todo, los recuerdos de Socorro son difusos. A tal punto que ella

tiene fijada la fecha del temblor en la madrugada del 26 de septiembre. Sin embargo, ese día no hubo ningún sismo en el centro de Chile, ni grande ni pequeño, y la propia Socorro todavía estaba con Cristina y sus compañeros en la montaña, rumbo a la frontera. Ella lo sabe, pero porfía, como si ese truco con la secuencia de los hechos pudiera menguar en algo su congoja.

En el vestuario N.° 3 debió de pasar Gonzalo Fernández la sacudida, pero no la recuerda. Tiene unas vagas impresiones del asunto, más bien por comentarios que, al otro día —algún otro día—, escuchó de sus compañeros prisioneros. Su foco de interés estaba puesto en la tribuna principal, donde le habían dicho que se agrupaban los uruguayos presos. Era difícil pasar de una tribuna a otra, porque alguno de los soldados que estaban en la cancha podía descubrir la maniobra, y si eso ocurría la orden que tenían los centinelas era tirar a matar. En dos ocasiones lo hicieron, y después se demoraron horas en enviar camilleros para recoger los cadáveres.

La hazaña de Gonzalo consistió en llegar hasta la tribuna donde estaban los demás uruguayos. Se jugó la vida en eso, pero lo logró y así pudo informarles de la presencia de sus dos compañeras en alguna parte del estadio, y también de la ausencia de Arcos, Pagardoy y Povaschuk, retenidos en Puente Alto. Su información permitió a su vez pasarle esos datos al embajador de Suecia y a la uruguaya Belela Herrera, lo que en buena medida contribuyó a la salvación de Socorro y Cristina, aunque de nada sirvió con los tres presos en el regimiento de Ferrocarrileros.

Después, el gesto de Gonzalo sería calificado por varios prisioneros como una proeza. En ese momento él aprovechó lo que tenía. Su aspecto adolescente, el miedo propio y ajeno, su rapidez mental y los billetes escondidos en el forro del abrigo lo ayudaron. Con el dinero sobornó a algunos guardias y compró cigarrillos en el mercado negro del estadio, que luego usó como moneda de cambio para circular por determinados sectores. En otros casos pasó por sitios en los que había soldados de guardia con el fusil en ristre, pero lo hizo con un tino tal que nadie reparó en su tránsito. Era como si en ciertos momentos tuviera la capacidad de volverse invisible. Así logró llegar hasta la famosa marquesina en torno a la cual se congregaban sus compatriotas

en pequeños grupos, pues estaban rigurosamente prohibidas las reuniones de más de cinco personas.

Ese desplazamiento fue posible por la audacia del joven tupamaro, y también por el monumental caos administrativo y funcional que reinaba en el campo de prisioneros. Nadie sabía muy bien qué hacer con los arrestados que llegaban a cada rato en tandas de treinta o cuarenta, casi siempre en ómnibus confiscados. Los presos bajaban de los vehículos con las manos en la nuca, los milicos atinaban a golpearlos, los escribientes a registrar sus nombres y apellidos, los oficiales a gritarles. Algunos eran fotografiados, frente y perfil, como se hacía con los delincuentes. Después todo era confusión.

Varios estudiosos de ese episodio nefando llamado «estadio Nacional» han señalado que tal confusión fue deliberada, y que tuvo como objetivo entreverar las pistas y dejar la menor cantidad posible de rastros de las atrocidades que se cometían. Una de las estratagemas empleadas de forma frecuente por los mandos era realizar, en la noche, lo que llamaban «simulacros de defensa del perímetro» ante un hipotético ataque terrorista. Sonaban sirenas, las luces parpadeaban, los soldados corrían a ocupar sus puestos, se oían ráfagas. En la tarde del 11 de octubre hubo una balacera para repeler un supuesto ataque del MIR que en realidad nunca existió.

El uruguayo Julio Baraibar, que estaba preso desde el 17 de septiembre, empezó a sospechar que tales ejercicios ocultaban otras actividades. Una noche, dos de sus compatriotas lograron asomarse por el portillo del vestuario donde estaban encerrados. Así pudieron ver cómo ametrallaban personas durante el supuesto simulacro. Baraibar lo recordaba siempre con gran amargura:

—Vimos pasar como a veinticinco prisioneros en fila. Eran chilenos. Algunos compañeros nuestros reconocieron en esa comitiva a figuras importantes del Partido Socialista. Después empezó uno de esos simulacros. Entre varios hicimos una escalera humana y así algunos se asomaron a aquel ventanuco que estaba a ras del césped. Vieron que a los presos los hacían correr y les tiraban. Vieron los cuerpos acribillados ahí mismo, frente a sus ojos.

Y los estadounidenses Adam Schesch y Pat Garrett, quienes fueron de los primeros extranjeros internados en el campo, aseguraron haber

sido testigos de «entre cuatrocientas y quinientas ejecuciones, realizadas con armas automáticas, contra grupos de entre diez y veinte personas, entre los días 14 y 17 de septiembre».

Esas cifras fueron brindadas por Schesch y su esposa ante un subcomité del Senado de Estados Unidos, apenas una semana después de haber sido liberados del estadio Nacional. Muchos las han considerado exageradas, producto del grave trauma psíquico que ambos sufrían a raíz de sus experiencias como represaliados de Pinochet, o porque las cifras eran imprecisas, o porque se trataba de «números redondos», y es sabido que los números redondos tienden a enmascarar la inexactitud de los datos.

Durante la audiencia en el Capitolio los dos testigos fueron interrogados —con la cortesía correspondiente— por varios senadores, quienes escarbaron en las heridas sin compasión. El senador Edward Kennedy, que presidía la sesión, fue especialmente incisivo. Al comienzo de la audiencia, la señora Garrett afirmó que «entre la tardecita del viernes 14 y la noche del lunes 17 hubo más de cuatrocientas ejecuciones». Ella aclaró que no vio los ametrallamientos, sino que los oyó. En ese punto el senador Kennedy la interrumpió:

—¿Cómo sabe que eran cuatrocientos?

—Los contamos.

Kennedy pareció sorprendido. Se tomó unos segundos para reflexionar, miró hacia donde se encontraban la señora Garrett y el señor Schesch, y luego formuló su pregunta con un tono de incredulidad, o quizá de horror ante la escena que se imaginaba:

—¿Lo que me dice es que ustedes contaban a la gente?

—Sí, lo hicimos —respondió Adam.

El senador insistió con la cifra de cuatrocientos ejecutados, que de acuerdo a sus propias palabras era «abrumadora». Volvió a la carga, no muy convencido de lo que acababa de escuchar:

—Hasta donde usted sabe, señora Garrett, y de acuerdo a sus propias observaciones, ¿no pudo sacar ninguna conclusión sobre si otras personas fueron asesinadas después del martes 18 de septiembre?

—Nosotros…

—Sí o no —la apuró Kennedy.

—No, senador. Nosotros no vimos eso.

Como siempre ha ocurrido con los pogromos y otras matanzas, también en este caso las cifras fueron motivo de controversia. La Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación concluyó que en el estadio habían sido fusiladas un total de cuarenta y una personas. Según algunos prestigiosos centros de investigación, en cambio, la cantidad de ejecutados durante los cincuenta y ocho días en que el predio funcionó como campo de prisioneros llegó a cien. Otros, como Schesch y su esposa, dieron testimonio de varios cientos de fusilados, y mantuvieron sus dichos aun décadas después del golpe: «La mayoría fueron ametrallados en los primeros cuatro días, entre el 12 y el 15 de septiembre».

Pascale Bonnefoy, la más diligente investigadora del tema, admitió en una entrevista las dificultades en establecer datos precisos respecto a ese punto: «Habitualmente mataban gente dentro y dejaban los cuerpos en la calle, o los sacaban a la calle para fusilarlos. Nunca dejaron muchos rastros de las muertes que sucedían en el estadio. Yo hablé con oficiales que decían: "Teníamos pilas de cadáveres que debíamos tirar a la calle"». Bonnefoy fue concluyente: «Ese número de cuarenta y un muertos no refleja la realidad. Podrían ser centenares».

Es cierto. Ese número no refleja la realidad porque en aquel momento la realidad era sepultada, entre otros sitios, en el llamado Patio 29, una parcela casi abandonada del Cementerio General de Santiago. El lugar ocupa unos cuatro mil metros cuadrados a los fondos del camposanto, en el último de los rincones. Destinado originalmente a inhumar allí a los más pobres entre los pobres, a los miserables, indigentes y desamparados, a los vagabundos que fallecían en las calles sin que nadie los reclamara, ese patio fue utilizado desde el mismo día del golpe para descubrir tumbas y enterrar allíz cuerpos como NN.

Eran víctimas de la represión, en la mayoría de los casos hombres y mujeres plenamente identificados, muertos por bala o tortura y no entregados a sus familias. Muchos cadáveres eran recogidos en las calles, o de las orillas del Mapocho. Está probado que los tiraban al río

para que la corriente se los llevara. Luego, uno o dos días después, algunos empleados del Servicio Médico Legal eran convocados a recoger cuerpos que aparecían varados en la orilla o flotando por Renca o por Quinta Normal. Los sacaban con ganchos, como podían. Luego los llevaban en una camioneta para la morgue y de allí al cementerio. En los primeros días, de acuerdo con registros del propio Servicio Médico Legal, se retiraron más de sesenta cadáveres del río.

Hay en el Patio 29 un total de 1421 tumbas marcadas, aunque el catastro oficial registra 1422. Tras la retirada de Pinochet del gobierno, se comenzó un trabajo de búsqueda y exhumación de restos, con la convicción de que ahí podían encontrarse los cuerpos de muchas personas denunciadas como detenidas desaparecidas. Se abrieron de nuevo los huecos en la tierra, a pico y pala se excavaron ciento siete sepulturas señaladas como NN. Esas tumbas resultaron ser fosas comunes en las que habían sido enterrados los fusilados de los primeros días, las mujeres reventadas en los cuarteles, los cuerpos descoyuntados de quienes morían tras sufrir los tormentos más brutales. Y después, como esa práctica se hizo costumbre, durante varios años allí fueron sepultadas personas asesinadas en los calabozos de la DINA.

Cierto es que en otros cementerios chilenos se inhumó de forma clandestina a víctimas de la represión, cada una de ellas como NN, fórmula que se creía perfecta para no dejar huellas. Sin embargo, el Patio 29 del Cementerio General de Santiago ha sido el símbolo definitivo de todas las abyecciones imaginables. Al desprecio por la vida de los prisioneros se sumaba el desprecio por sus identidades cuando morían, y luego por los propios cuerpos, por sus restos. Y después por las familias, a las que no se les brindaba ninguna información. Desprecio y más desprecio. Un coronel del Ejército lo confesó con ironía: «Yo qué sé dónde están. Se los habrá tragado la tierra». Y eso fue lo que ocurrió. Tales prácticas de las autoridades militares se fundaron en la convicción de que no habría memoria y que nadie se atrevería a escarbar en el pasado para desenterrar a un *nomen nescio*.

Pero no fue así. A la sordina se corrió el rumor, y tempranamente se hicieron denuncias. Neldy González Acevedo, quien era la cuidadora

del Patio 29 en septiembre de 1973, fue una testigo privilegiada del accionar militar en el cementerio. Desde su caseta de resguardo podía observar sin ser vista todos los movimientos, y cómo los soldados o las camionetas de la morgue descargaban cuerpos y los arrojaban en fosas recién abiertas por los sepultureros. Después que los vehículos se iban, los sepultureros regresaban y tapaban esas fosas con tierra. Neldy tenía informaciones precisas, las que aportó ante la justicia cuando fue capaz de superar el miedo:

—Yo vi cuando venían de a dos, cuando venían desnudos, cuando venían tiesos, como congelados. Y eso no fue todo lo que vi. Yo lo vi todo en el mundo.

Entre el 2 y el 14 de septiembre de 1991, un año y medio después de que Pinochet abandonara la Presidencia de Chile, con una orden judicial se removió la tierra en esa enorme parcela. El primer día se hallaron diecinueve cuerpos en once tumbas. El segundo día fueron once en nueve tumbas. El tercero quince en doce. Y así. Se escarbó lo suficiente durante dos semanas y se hallaron 124 cuerpos, muchos de ellos mutilados. Una década después, y tras un tortuoso proceso no exento de vilezas, algunos restos pudieron ser identificados y sus familias hallaron un poco de dignidad para esos huesos.

El Patio 29 es un lugar de apariencia sombría y triste, cada tanto ganado por la maleza, envuelto en el esmog de la ciudad de los vivos. El paisaje muestra una sucesión de cruces clavadas en la tierra, hechas con varillas y planchuelas de hierro ya oxidadas. Son dieciocho filas con setenta y nueve tumbas por fila, excepto en la última donde hay setenta y ocho. El sitio no cuenta con veredas para transitar entre los túmulos, el espacio es estrecho y cuando llueve se forman barriales.

Hay que caminar casi sobre las tumbas por ese desierto de cruces. Es una explanada más bien fea, puro hierro y escombros, que guarda sin embargo una dignidad despojada de cualquier retórica. El lugar fue declarado monumento histórico nacional en julio del año 2006, como forma de reparar en algo el ultraje cometido por el Estado, y también para dar cumplimiento a un imperativo moral del nuevo gobierno del país. Michelle Bachelet, la presidenta recién asumida, bien que sabía de esos dolores. A comienzos de 1974, cuando ella era una militante clandestina de 22 años, había visto cómo los cielos chilenos devoraban

a su padre.

El cielo se engullía a la gente y la tierra seguía temblando. Raúl Zurita tuvo esa visión. Escribió, repitió: «Lejos, en esas perdidas cordilleras de Chile». Ese mismo día, el viernes 5 de octubre, se registraron varias réplicas del sismo, todas de menor intensidad. Hubo una al mediodía y otra al atardecer. Y al día siguiente hubo otra, y una más el miércoles 10. No daba tregua el dolor; podría proyectarse en una pantalla gigante, tan grande como el cielo de Nueva York o como el desierto de Atacama, allí donde Zurita lo pondría años después. Tan vasto el dolor como las perdidas cordilleras.

Los presos del estadio comenzaron a sentir el andar de las montañas. Todos lo sintieron. Y fuera de allí también. Los vecinos de Puente Alto, los mineros de Chuqui, las moteras, los albañiles, las niñas ya huérfanas y sus madres ya viudas, y los desesperados. Y los indeseables, esos apestados con la lepra roja del comunismo, el socialismo, el extremismo, el terrorismo, el mirismo y el allendismo. Y los extranjeros perseguidos, y los encerrados, los asilados. Y quienes les daban cobijo. Y los que aguardaban en vano. Hasta los muertos debieron de percibir aquellos cimbronazos. En toda la galaxia empezó a sentirse el andar de las impresionantes cordilleras de Chile.

XI

«Todavía faltan algunos funcionarios o dirigentes de la administración anterior que aún no se han presentado a rendir cuentas a la justicia. Yo pido a toda la ciudadanía y al pueblo chileno que, en su propio beneficio, para salvar su propia vida y seguridad, nos ayuden a indicar dónde están».

Declaración del general Gustavo Leigh, Junta de Gobierno, 29 de septiembre de 1973

«Llegado el 11 de septiembre de 1973, Edelstam protegió y ayudó a más de quinientas personas, perseguidos políticos chilenos y refugiados uruguayos y bolivianos, que se encontraban detenidos en el estadio Nacional, tristemente utilizado como centro de detención y tortura. Pero no solo prestó sus buenos oficios: fue él mismo quien trasladó a los refugiados en vehículos de la embajada hasta el aeropuerto. Tuvo que enfrentarse en varias oportunidades con las fuerzas de seguridad y los militares para lograr sus objetivos humanitarios, y lo hizo siempre con vehemencia y con una altura diplomática inigualable».

Fernando Ayala, embajador de Chile en Italia, Homenaje a Harald Edelstam, Roma, 9 de noviembre de 2017

Mediante testimonios o declaraciones juradas, a lo largo del juicio se sembraron en el tribunal versiones dispares sobre el destino de los tres jóvenes uruguayos desaparecidos. Eso propició confusiones, desconcierto en los familiares, expectativas no satisfechas de la querella y un importante empleo de tiempo y recursos por parte de las autoridades judiciales y también de la Policía de Investigaciones. Se revisaron archivos, se emitieron decretos y se pidieron informes. Fueron de especial relevancia los dichos de Aníbal Barrera, que servía en el regimiento en 1973, y Víctor Cáceres Riquelme, quien era el alcalde de San José de Maipo cuando ocurrió el golpe de Estado.

Aníbal Barrera, el subteniente que había fusilado a Eusebio Rodríguez, declaró ante el juez que «aproximadamente en el mes de octubre llegaron dos mujeres jóvenes de nacionalidad uruguaya, de quienes se decía que eran tupamaras. Yo las vi y luego de un tiempo supe que las habían fusilado al interior del regimiento junto con un hombre, también de nacionalidad uruguaya. Supe que quien dio la orden de fusilar a estas personas fue el mayor Francisco Martínez Benavides. Esto a mí no me consta. Me lo comentó un compañero de curso de nombre José Miguel Latorre, en el casino de oficiales». Barrera dijo también que «el encargado de llevar a cabo las ejecuciones fue Gabriel Montero».

El Poni Latorre, como buen oficial de inteligencia, se especializaba en copuchar. Era una máquina de esparcir rumores y chismes. Para eso parece que utilizó en numerosas ocasiones a su amigo Aníbal Barrera. Sin embargo, no resultaba del todo evidente que aquellos datos fueran erróneos, destinados a poner en circulación información falsa. Se abrieron las dudas en el tribunal: ¿era descabellado pensar que Latorre le contara una confidencia a su amigo Barrera? ¿Barrera recordaba en el año 2005 con exactitud lo que le había comentado el Poni, en el casino de oficiales, una noche cualquiera de 1973? ¿Podrían existir distorsiones provocadas no por la mala fe de Latorre o de Barrera sino simplemente por el paso de los años? ¿Pudo haber invertido el exoficial los datos de aquella confidencia? ¿Las dos mujeres y uno de

los uruguayos para el estadio, los otros tres fusilados?

No es inverosímil suponer que el deponente haya padecido semejantes embrollos varias décadas después de escuchar algo susurrado como un secreto. Quizá el Poni le dijo la verdad:

—A las dos mujeres y a uno de los hombres se los llevaron para el estadio. A los otros tres los fusiló Montero por orden de Martínez Benavides.

Y Barrera, treinta y dos años después, recordó la confidencia al revés:

—A las dos mujeres y a uno de los hombres los fusiló Montero por orden de Martínez Benavides. A los otros tres se los llevaron para el estadio.

Para enredar aún más las cosas y aumentar el desconcierto, en el año 2021 los recuerdos de Barrera resultaron ser parecidos a lo expresado en su testimonio de 2005, aunque con variantes de gran significación: «Un subteniente, ya fallecido (se refiere a Latorre Pinochet), me contó que los uruguayos habían sido enviados al estadio Nacional, pero que en el trayecto fueron bajados del vehículo y ametrallados por orden del entonces mayor Martínez Benavides».

Las diferencias entre sus dos versiones son sustanciales. En 2005 Barrera declaró que los uruguayos habían sido «fusilados al interior del regimiento». Eso se lo había contado de manera confidencial el Poni Latorre. Dieciséis años después, en mayo de 2021 y por fuera de toda instancia legal, puso por escrito que «en el trayecto fueron bajados y ametrallados», y que eso se lo contó «un subteniente ya fallecido», aludiendo a Latorre. En la primera versión la responsabilidad directa de esas muertes se hallaba limitada a los militares del cuartel; en la segunda el asesinato se produjo «en el trayecto» y, por lo tanto, los culpables pudieron haber sido otros, aunque la orden haya sido dada, de acuerdo con ambas versiones, por Martínez Benavides.

Ya en el año 2009, en plena batalla legal para salvarse de una condena, Martínez Benavides se había defendido de la acusación. Aquella vez lo hizo con alevosía. Era un general retirado, se las daba de empresario agrícola y se veía afectado por un cierto aire aristocrático, quizá porque deseaba lucir su antecedente como

embajador de Pinochet en Turquía. Hay en el sumario un documento que lo retrata como un hombre «aseado, cortés, con tino social. De afectividad normal, cercana y concordante».

MARTÍNEZ BENAVIDES: Se dice que los detuvieron en el Cajón del Maipo y que habrían desaparecido en Puente Alto. Yo no sé nada de ese asunto. Ignoro si hubo detenidos extranjeros en el regimiento. Lo que sé es porque me enteré a lo largo del proceso.

PREGUNTA: ¿Quién lo involucra?

MARTÍNEZ BENAVIDES: Un teniente dice que yo habría ordenado el fusilamiento de estas personas en el cuartel. No es así. Hay cuarenta testigos que no vieron nada. El teniente es de una personalidad muy especial: terminó con alcoholismo y siendo capitán fue expulsado del Ejército.

PREGUNTA: Esos ciudadanos uruguayos, ¿fueron encontrados con armas?

MARTÍNEZ BENAVIDES: Lo ignoro. No lo sé.

PREGUNTA: ¿En esos días existía alguna orden de fusilar a las personas encontradas con armamento?

MARTÍNEZ BENAVIDES: No.

Por lo menos en esa última respuesta el exjefe de batallón faltó a la verdad. Su superior, el comandante Durruty, había fusilado a Eusebio Rodríguez el 14 de septiembre invocando, precisamente, esa orden. Martínez Benavides dijo que recordaba el episodio: el supuesto consejo de guerra, la condena a muerte de Eusebio y su posterior fusilamiento. Además, varios bandos emitidos por la Junta de Gobierno en los primeros días del nuevo régimen advertían con claridad que quienes fueran sorprendidos con armas, municiones o explosivos, serían «sometidos al rigor de la justicia militar». Uno de esos bandos, dado a conocer el miércoles 12 de septiembre, otorgaba un plazo perentorio hasta las tres de la tarde de ese mismo día para entregar las armas. Se señalaba que quienes mantuvieran una actitud beligerante serían eliminados, y se advertía que «los que fueran tomados prisioneros serán fusilados en el acto».

Aníbal Barrera Ortega dijo en 2005 que a los uruguayos los habían fusilado, y en 2021 que los habían ametrallado. No es lo mismo fusilar que ametrallar. Las dos acciones implican homicidios, pero ametrallar

a un grupo de prisioneros supone un acto de crueldad no pautado, alevoso y fuera de control. Para ejecutarlo se necesita un grado de salvajismo extremo, algo por demás frecuente en los militares chilenos a partir del 11 de septiembre. Los testimonios de los propios soldados abundan en descripciones de ese tipo. En muchos relatos se asegura que a la tropa «le daban pastillas» y que los pelaos «se la pasaban drogados».

¿Y después? Fusilados por un pelotón o ametrallados en un sitio eriazo, queda pendiente el tema de los cuerpos. ¿Qué hicieron con los cuerpos? ¿Cuáles son las hipótesis más probables? Preguntado sobre el punto, Aníbal Barrera considera que casi todo es posible: «¿Es razonable pensar que los hayan tirado al río? Bueno, pensarlo es razonable, ya que eso se repitió mucho: cadáveres lanzados a ríos y al mar. ¿Es posible que los hayan enterrado como NN en cualquier cementerio? Sí, en ambos casos, pensarlo es razonable. Ahora bien, no tengo ninguna certeza en el caso de los uruguayos. La versión que se me entregó indica que cuando eran trasladados al estadio fueron bajados en algún lugar y ametrallados. En ese trayecto no hay ríos. La conjetura más viable es que hayan sido enterrados».

Los militares no cavaban fosas. Dejaban los cuerpos abandonados en cualquier sitio o, en algunos casos, los hacían sepultar sin identificación en un cementerio. La posibilidad de que Povaschuk, Arcos y Pagardoy, tras ser bajados «en algún lugar», hayan sido ametrallados y luego sepultados como NN existe y es, como apunta Barrera, viable. Pero si fue así es evidente que no pudo haber sido «en cualquier cementerio», sino en alguno de los dos emplazados en la zona de operaciones, disponibles para enterramientos clandestinos, con tumbas vacías, fosas comunes y administradores cómplices. Un lugar factible es el cementerio General de Santiago y su tenebroso Patio 29, muy usado para esos fines en aquella época. Sin embargo, la hipótesis más razonable apunta al antiguo cementerio municipal de Puente Alto, ubicado en Bajos de Mena. Fue puesto en funcionamiento en 1886, privatizado ciento veinte años más tarde y, a partir de entonces, llamado Cementerio Católico Bajos de Mena. Se halla a dos kilómetros de la sede del regimiento de Ferrocarrileros, sobre la misma avenida Eyzaguirre, pertenece al Arzobispado de Santiago y desde

2006 es gestionado por una sociedad anónima.

Allí, después del 11 de septiembre de 1973, se realizaron entierros de personas no identificadas que llegaban del Servicio Médico Legal o de las postas médicas de la zona. A Eusebio Rodríguez, el Guarén, fusilado en el cerro La Ballena por un pelotón de Ferrocarrileros al mando del propio Aníbal Barrera, lo sepultaron como NN en Bajos de Mena el mismo día de su ejecución. Hay un edificio de nichos, ubicado en el sector norte del cementerio, que se construyó encima de dos fosas comunes que estaban selladas a cal y canto, sin información ni registro de los restos que yacían en ellas. En una investigación del antropólogo chileno Marcelo Maureira se transcribe lo declarado por varios trabajadores del camposanto en el año 2012: «Antiguamente venían de los hospitales y arrojaban cuerpos y restos de personas en la fosa común». Un viejo empleado de la necrópolis, quien además es vecino del lugar, asegura que allí, debajo de esos nichos, «hay sepultados detenidos desaparecidos».

Nada dice tanto de aquel Chile del horror como el tratamiento que los militares les dieron a sus víctimas aun después de muertas. Dice del nuevo régimen, pero también de la sociedad en la que eso sucedía. La impunidad volvió a manifestarse más adelante, en 1978, cuando se planificaron operaciones secretas para manipular los cuerpos. Las maniobras fueron ordenadas por Pinochet personalmente, bajo el nombre en clave «Retiro de Televisores». Se sabe ahora que hacían explotar los cadáveres, que los desmembraban antes de enterrarlos y que, luego de varios años, volvían a buscarlos y a desenterrarlos para cambiarlos de lugar o para lanzarlos al mar o, a veces, incomprensiblemente, para dejarlos en el mismo sitio.

Una de esas maniobras se descubrió en enero del año 2001, cuando una jueza de Santiago se puso a indagar presuntas inhumaciones ilegales en un cuartel llamado Fuerte Arteaga, en la provincia de Chacabuco. Esa investigación corrió pareja con el inicio de la querella por la desaparición de los uruguayos: apenas setenta días separaron el comienzo de ambas acciones judiciales, sin aparente vínculo entre sí. El relato oficial de los hechos ocurridos en Fuerte Arteaga es el siguiente:

«El 23 de diciembre de 1978 personal del Departamento II de

Inteligencia, perteneciente al regimiento de Artillería Motorizado Tacna, llegó a Fuerte Arteaga para proceder a la remoción de una fosa clandestina ubicada en un antiguo pozo seco, en donde el 13 de septiembre de 1973 habían sido enterrados asesores y miembros de la escolta del presidente Salvador Allende, detenidos en el palacio de La Moneda. Para ubicar el pozo, uno de los presentes, el suboficial Eliseo Cornejo Escobar, señaló el sitio exacto en donde se encontraban dichos cuerpos. Una vez en el lugar, se procedió a cavar con una pala mecánica. A unos seis metros de profundidad se encontraron los cadáveres prácticamente enteros. Se habían mantenido en buen estado al estar en tierra arcillosa, lo que habría retardado notablemente su descomposición. Una vez extraídos los restos, los pusieron en sacos de estopa, de a uno para que no se desarmaran. En total se utilizaron unos quince sacos, que se cargaron en un camión Unimog. Esta acción se realizó entre las diez de la mañana y las diez de la noche, bajo la supervisión del comandante del regimiento de la época, Hernán Canales Varas. El camión trasladó los sacos hasta un estacionamiento ubicado al costado oriente de la carretera San Martín. Alrededor de las 22 horas llegó un helicóptero del Ejército, que aterrizó en el estacionamiento. Los sacos que contenían restos humanos fueron embarcados en esa aeronave, que despegó para arrojarlos al mar. Sin embargo, algunos restos quedaron en la caja del camión. Luego fueron llevados hasta unos cerros cercanos, en una zona conocida como Las Tórtolas, y sepultados allí. Se trató de un entierro secundario, es decir que algunos cadáveres fueron desenterrados, metidos en bolsas, subidos al camión, después transportados en ese mismo camión hasta la zona de Las Tórtolas y allí vueltos a enterrar».

Barrera Ortega afirma que todo es posible en el caso de los tres uruguayos. Que hayan sido lanzados al río o sepultados clandestinamente. El proceder de los militares, dueños de un poder absoluto en aquella época, vuelve ahora inescrutable el destino de los cuerpos de quienes aún se hallan desaparecidos. Quizá el exoficial sepa más de lo que ha dicho, pero eso ya no importa. La única pista que dio es demasiado tenue como para abrigar esperanzas: «En ese trayecto no hay ríos. La conjetura más viable es que hayan sido enterrados».

Distinta es la versión de Víctor Cáceres, el alcalde de San José de Maipo que estuvo preso en el regimiento por las mismas fechas que los uruguayos, antes de ser trasladado al estadio Nacional. Él brindó una declaración algo confusa, pero inquietante. Afirmó ante el juez Billard haber escuchado un diálogo en el cuartel de Puente Alto:

—Tres voces decían que habían detenido en San José de Maipo a unos uruguayos que eran tupamaros y que habían venido a Chile para matar a militares y carabineros. Escuché también voces con acento uruguayo que decían que eso no era cierto y que estaban de paso por el país, que no tenían filiación política. Luego una de las voces dijo que se los llevaran, que los iban a fusilar.

Sin embargo, Cáceres también le aseguró al magistrado que después había visto con vida en el estadio Nacional a los uruguayos, y reconoció por las fotografías a Juan Povaschuk.

—Estoy seguro —dijo—. Yo conversé con ellos. Les pregunté si eran los mismos que habían pasado por el regimiento de Puente Alto y me dijeron que sí. Ellos me preguntaron si yo era el alcalde de San José de Maipo y yo les dije que sí. Conversé varias veces con ellos.

No pudo aportar fechas, pero sí brindó detalles muy precisos sobre el contacto:

—En una oportunidad, recuerdo que estaba en un sector donde ponían a los que serían trasladados del estadio, ya fuera a otro campo de detenidos, a la cárcel o a Investigaciones. Estaban separados por unas heladeras de Coca Cola, en el sector norte del estadio, y vi que había varios extranjeros: bolivianos, brasileños y uruguayos. Ese sector estaba a cargo de un mayor Acuña, que leía los nombres de las personas destinadas. Ahí vi a los ciudadanos uruguayos que antes habían estado en el regimiento de Puente Alto.

Los datos proporcionados por Cáceres eran importantísimos, aunque no del todo fiables porque incurrió en algunas incoherencias, producto quizá del tiempo transcurrido y de los traumas sufridos tras su arresto, los que al parecer le generaron cierta compulsión fabuladora. Para la querella, la declaración de Cáceres era significativa porque podía arrojar luz —una débil luz— sobre el itinerario de los tres

desaparecidos, y para la defensa de Durruty también, porque podía probar la inocencia del comandante en esas desapariciones que le imputaban: si los tres habían llegado al estadio con vida, era claro que el jefe del regimiento no tenía nada que ver con los crímenes.

Varios de los elementos mencionados por Cáceres se comprobaron de manera fehaciente. El sector asignado a los presos que salían del estadio con otros destinos era el que él dijo, el mecanismo de nombrar en voz alta a los que se iban era como él dijo, las heladeras de Coca Cola estaban, como él dijo, en esa área de la tribuna norte (escotilla N.° 17). También se verificó, como él dijo, la presencia de extranjeros del otro lado de unos portones de rejas que separaban a los detenidos. Aunque esos datos no probaban nada, hasta ahí todo encajaba.

Pero, cuando el juez dispuso la búsqueda del mencionado «mayor Acuña», aquel oficial que nombraba a los presos en voz alta, se encontró con informes contradictorios y obstáculos extraños. A fines de septiembre de 2005, justo cuando se cumplían treinta y dos años de la desaparición de los uruguayos, el jefe de la brigada de detectives encargada de la búsqueda del mayor Acuña reportó al tribunal que «informes policiales de esta Brigada determinaron que, para esa fecha, en el centro de detención del estadio Nacional habría ejercido funciones un mayor del Ejército llamado Sergio Acuña Jahn». Ante eso, el juez Billard fue por más y le solicitó al Ejército los datos del oficial Sergio Acuña Jahn. El jefe de Estado Mayor le respondió una semana después, con seca cortesía: «Se informa a usted que, revisados los archivos institucionales, se pudo constatar que no se registra ningún oficial de nombre Sergio Acuña Jahn que haya prestado servicios a la institución».

De modo que en el juicio aún había lugar para un fantasma más. La existencia del mayor Sergio Acuña Jahn en el estadio fue avalada en varios procesos judiciales, por lo menos en dos investigaciones académicas y también por testimonios de exprisioneros. Uno de esos prisioneros, Gregorio Suárez Bustos, quien estuvo allí detenido desde el 12 de septiembre hasta el 31 de octubre, lo identificó con nombre y apellidos y lo describió como «un hombre muy educado, culto y con un extraordinario sentido del humor. Estimado y respetado por los prisioneros, no solo por su trato respetuoso y sus actitudes

humanitarias, sino también por algo fundamental para cualquier preso político: él leía las listas de quienes saldrían en libertad». Pascale Bonnefoy, en su libro de investigación titulado *Terrorismo de estadio*, confeccionó un detallado organigrama en el que aparece el mayor de intendencia Sergio Acuña Jahn como subordinado directo del mayor Rudy Alvarado, quien era el jefe de administración.

Varias sentencias judiciales mencionan a Acuña Jahn como uno de los militares que, con el grado de mayor, operaban en el estadio. Entre esas sentencias destacan las referidas a los asesinatos de los ciudadanos estadounidenses Charles Horman y Frank Teruggi (rol N.° 2182 del año 1998, episodio titulado «Estadio Nacional») y la del secuestro calificado y aplicación de tormentos durante más de un año a Luis Alberto Corvalán Castillo, hijo del secretario general del Partido Comunista de Chile (rol N.° 3210 del año 2009, episodio «Luis Corvalán Castillo»).

Aparecieron tres oficiales de apellido Acuña en el Ejército, entre ellos un tal Jorge Godofredo Acuña Hahn. ¿Podría ser ese el mayor Acuña Jahn del estadio? Pese a la notable similitud en los apellidos, Jorge Godofredo debía descartarse, ya que en septiembre de 1973 tenía 23 años recién cumplidos y de ninguna manera podría haber alcanzado, a esa edad, el grado de mayor. De todas formas, fue interrogado por la Policía y declaró que él no había sido comisionado al estadio Nacional —ni siquiera a Santiago— en esa época: «Del 01 de enero de 1973 a enero de 1974 estuve siempre en la zona de Cauquenes, sin ser movido de ese lugar». Su versión sería refrendada de forma irrevocable recién en abril de 2020, cuando la justicia lo condenó a tres años y un día de prisión como cómplice de cuatro asesinatos cometidos por el Ejército el 4 de octubre de 1973 en Cauquenes, donde estaba destacado con el grado de subteniente. Jorge Godofredo Acuña no era el mayor del estadio.

Otro oficial del Ejército, cuyo nombre completo era Jorge Tomás Acuña Gutiérrez, fue rastreado, ubicado e interrogado, con similares resultados a la pesquisa anterior. En septiembre de 1973 era también subteniente, tenía 23 años y estaba destinado a un regimiento en Antofagasta, a mil trescientos kilómetros al norte de la capital. Mostró documentos que confirmaban sus dichos. El vaso se colmó con otro

Acuña: Humberto Francisco Acuña Langtry. Sin embargo, por razones no explicadas la pista del «mayor Acuña» del estadio Nacional no se siguió. En el sumario, la última mención al asunto tiene fecha 20 de marzo de 2006. A Humberto Acuña Langtry nunca lo interrogaron, pese a que era ubicable.

Las distintas versiones sobre el destino de los tres uruguayos aparecieron en el sumario sin ton ni son: que los fusilaron en el regimiento, que los mandaron al estadio, que los ametrallaron a orillas del río Maipo, que se fueron para Suecia, que los vieron aquí, que los vieron allá. Que uno escuchó tal cosa, que otro escuchó tal otra. Que fue a fines de septiembre o a comienzos de octubre o quizá en noviembre.

Uno de esos desatinos, notable por su elaborada estructura —armada con retazos de distintos rumores—, dejó en evidencia la distorsión que el tiempo, las circunstancias y las maniobras de desinformación provocaron en la memoria individual de los testigos. Como si fuera una historia con opciones múltiples, el deponente escribió su propio guion de oídas y de acuerdo a sus fantasías. Fue a fines del año 2008, cuando un exenfermero del cuartel llamado Luis Alarcón declaró ante la justicia:

—Recuerdo el caso de dos mujeres uruguayas traídas por carabineros del retén San Gabriel, a quienes habían detenido en San José de Maipo. Una de ellas era joven, de unos veintiocho años, morena. Como a la semana del golpe militar, porque le había dado un ataque de epilepsia, la habían llevado a la enfermería. Yo la atendí y le pusimos una inyección. Ingresó en buenas condiciones y era acompañada por otra señora mayor, también uruguaya. En ningún momento la niña, que era muy buenamoza, y la señora que la acompañaba, me dijeron que había sido sometida a abusos sexuales. Solamente fue atendida una vez por un ataque de epilepsia. Después, como a la semana, me enteré de que a las mujeres las trasladaban junto a otros detenidos al estadio Nacional, pero el capitán a cargo desobedeció y los había dejado a todos en la Embajada de Suecia para que se asilaran. Se presentó con su personal en el estadio. El comentario que escuché después es que en ese bus iban hombres y mujeres de nacionalidad uruguaya, los cuales, repito, fueron dejados

en la Embajada de Suecia. Según supe después, al capitán que dejó a los detenidos en la Embajada de Suecia lo sentaron en una mesa con un revólver y supuestamente se habría suicidado porque si no lo mataban. Y eso fue en el estadio Nacional, todo por el incumplimiento de una orden.

Había en el relato inconsistencias obvias, pero la principal característica de la declaración del enfermero Alarcón —realizada de buena fe— era la articulación de una serie de historias escuchadas treinta y cinco años antes, todas con apariencia razonable, que contenían elementos de verdad pero que, en conjunto, resultaban por completo falaces: las dos uruguayas sí habían estado en el regimiento, una de ellas en la enfermería, aunque en ningún momento se la atendió por un ataque de epilepsia. Los uruguayos sí fueron trasladados en un bus que partió de Puente Alto rumbo al estadio Nacional, aunque no todos viajaron en ese bus. Ningún capitán dejó a los detenidos en la Embajada de Suecia, aunque finalmente los uruguayos prisioneros en el estadio acabarían liberados y bajo la protección del embajador sueco. Hubo un oficial muerto a causa de esa liberación, pero no era un capitán sino un mayor, su muerte no ocurrió en el estadio sino en la Academia de Guerra y no se suicidó, sino que fue asesinado.

En vista de las insanables diferencias entre los distintos testimonios y la imposibilidad material de seguir cada una de las pistas surgidas, el tribunal optó por aplicar el principio de la economía procesal y ceñirse a los hechos que podían llegar a probarse. Para el juez Billard no había ninguna prueba de que los tres tupamaros desaparecidos hubieran salido con vida del cuartel de Ferrocarrileros, como sí las había de su ingreso. ¿Por qué no fueron enviados con los otros tres ciudadanos uruguayos al estadio? ¿Quién tomo la decisión de bajar a dos de ellos del ómnibus el 29 de septiembre, justo antes de que el transporte partiera? ¿Qué había pasado con esos prisioneros? Esas preguntas debía responderlas Mateo Durruty, pero el excomandante se aferraba como un náufrago a la única tabla que veía flotar en aquel mar de crímenes:

—Nunca hubo extranjeros detenidos en mi regimiento.

Sin embargo, era una ilusión. La tabla ya se había hundido. Había

documentos, órdenes de servicio, felicitaciones del mando. Doce testigos, todos «exhortados a decir verdad» por el magistrado, afirmaban lo contrario a lo dicho por Durruty. Los uruguayos sí estuvieron allí. Entre esos testigos estaban las víctimas sobrevivientes de la expedición a las montañas, y había militares que fueron sus carceleros, y civiles que estuvieron presos en el regimiento, y carabineros que participaron en el arresto en Lo Valdés y en el traslado desde San José de Maipo, y detectives de la Policía que los vieron en el cuartel, y un enfermero de la compañía sanitaria de los Ferrocarrileros.

Todas esas personas dijeron haber tenido algún tipo de contacto con los uruguayos presos en Puente Alto. Hasta el general Manuel Contreras lo anotaba en su escrito a la Corte Suprema: Arcos, Povaschuk y Pagardoy, detenidos en el regimiento de Ferrocarrileros, lanzados al río Maipo en el Cajón del Maipo el 29 de septiembre de 1973.

Durruty no tenía argumentos ni capacidad de maniobra. Ya procesado, a esas alturas era evidente que iba a terminar en la cárcel. La estrategia de «culpable pero libre» se desmoronaba. Poco a poco los suyos lo habían ido abandonando. Primero fueron sus antiguos hombres de confianza en el regimiento, varios con carreras militares de mayor relumbre que la suya (un general, dos brigadieres). Después les tocó el turno a los supuestos amigos en el área de la gobernación, a los poderosos de Puente Alto y de Pirque. Y por último al general Contreras, el hombre que conocía todos los secretos, quien le había disparado dos cañonazos demoledores. El primero fue en el juzgado de Crimen de Puente Alto, cuando declaró que Durruty mentía para eludir su responsabilidad militar. «Eso se llama traición», sentenció el Mamo en aquella ocasión. El segundo cañonazo era el escrito remitido a la Corte Suprema, con palabras que resonaban una y otra vez en el tribunal: «Arcos, Pagardoy, Povaschuk. Lanzados al río Maipo en el Cajón del Maipo el 29 de septiembre de 1973».

El excomandante estaba solo y se sentía viejo, pero no quería rendirse. Ya retirado de toda actividad, pasaba los días recluido en su casa de Las Condes, aunque cada tanto confiaba en su buena estrella y salía (lentes oscuros, barba prolija, gorro de visera a cuadritos) a dar breves paseos en un automóvil manejado por un pariente. Así se le

iban los años. A veces la cabeza le daba vueltas, debía buscar donde sentarse, las piernas no le respondían. Estaba viejo, lo habían juzgado, procesado y condenado. Decía que los chilenos eran unos ingratos. Lo acosaban los jueces, los fiscales, las menciones en los periódicos. Lo atormentaba la noche. Y como tenía miedo de que lo metieran preso, decidió buscarse otros abogados.

Antes de marcharse de Uruguay, Fernando Mazzeo había cometido, por entusiasmo y con ingenuidad, un error que indicaba un exceso de confianza y una escasa percepción del riesgo que podía correr su familia. Consideró un deber militante informar a uno de sus compañeros tupamaros que, en la ya allanada casa de sus padres, se conservaban ocultas unas armas «expropiadas tiempo atrás a un coronel del Ejército». Fernando creía que la revolución iba a seguir su marcha triunfal, y pensó que esas escopetas eran importantes para continuar la lucha. Con el ánimo exaltado dio la dirección y dibujó un plano de la vivienda, el sótano y el sitio exacto en el que estaban enterradas las escopetas.

Ocurrió lo peor: ese tupamaro le pasó el papel a otro tupamaro, con la dirección precisa de la casa en la calle Lenguas. Quien recibió la información lo que hizo fue pasársela a otro militante, y ese a otro, y así. Al final, el papel cayó en las manos equivocadas, y los militares del noveno de Caballería, esta vez al mando de un teniente, llegaron de nuevo hasta aquella vivienda, fueron directo al sótano y desenterraron las armas.

—Un sedicioso.

—Nosotros no sabíamos.

—Su hijo es un criminal peligroso.

—Es un chiquilín.

—Va a terminar muerto.

—No tenemos noticias.

—Muerto —repitió el teniente.

Lilita no sabía si creer o no creer. Después de todo, pensó ella, era probable que esas armas hubieran sido puestas en el sótano por los propios milicos, que eran capaces de cualquier cochinada. Cuando se

fueron los soldados se lo dijo a su marido: las acusaciones debían de ser puras mentiras. Omar calló, pero él sabía ciertas cosas que hasta ese momento no había conversado con su mujer porque eran excesivas para el estado anímico de Lilita. En la última visita a su médico —quien sin ser psiquiatra le prescribía recetas como si lo fuera— las recomendaciones habían sido tajantes: «serenidad y rutina». El médico explicó que, a partir de determinada edad, «en las damas sobre todo» la estabilidad emocional era algo muy frágil.

Omar se guardó el secreto de su hijo porque tenía un enorme potencial destructivo: una tarde de mayo, cuando ya estaba clandestino, Fernando se había animado a ir hasta su casa a buscar un par de zapatos para un tal Arturo, uno de sus compañeros que andaba descalzo. Huido en el último instante de un allanamiento, Arturo debió escapar por las azoteas sin zapatos ni medias. Era imposible que ese muchacho pudiera circular por la ciudad con los pies al aire. Los patrullajes eran constantes, las revisiones meticulosas. Lo iban a atrapar. El pobre estaba regalado.

Cuando Fernando, luego de tomar todas las precauciones posibles, llegó a su casa, el que abrió la puerta de calle fue Omar. Tras los estremecimientos mutuos y los abrazos, las lágrimas de las mujeres y el alborozo de los niños, su madre se ocupó de prepararle algo para comer. Apurado, más que nada por el temor a una delación de algún vecino, Fernando dijo la verdad:

—Vine a buscar unos zapatos y me voy.

Enseguida agregó que no quería comprometer a la familia. Sus padres cruzaron miradas y Omar empezó a negar con la cabeza, casi con desesperación.

—Vos de acá no te vas —dijo.

—Tengo que irme.

—No te voy a dejar salir de casa.

La discusión subió de tono. Lilita intervino para rogarle a su hijo que se quedara, y Luisa optó por llevar a los niños a mirar la televisión. El asunto fue zanjado de padre a hijo, cara a cara en la pieza del fondo, lejos de otros oídos y miradas. Ya entre dos luces, Omar le dijo que no podía irse, que no debía hacerle eso a su madre, que la angustia era inmensa, que quizá acabara muerto porque los

milicos… Fernando lo paró en seco. Sacó un revólver de la cintura y lo colocó muy despacio encima de una pequeña mesita que había allí, junto a ellos. Habló con gran serenidad:

—Vamos a hacer la revolución —dijo—. No pienso caer prisionero y no puedo quedarme.

Ante la enormidad de eso, Omar apenas si atinó a guardar silencio durante unos minutos, como para tomar aire y pensar en Lilita, en la ansiedad y la angustia y las pastillas de Lilita.

—¿Y si te pasa algo?

—A todos nos va a pasar algo —respondió Fernando—. Algunas veces hasta en Montevideo pasa algo.

Omar carraspeó antes de hablar:

—Solo te pido una cosa: volvé a casa cuando quieras, a la hora que quieras. Este es tu hogar. Pero nunca más vengas armado.

Su hijo se lo prometió. Ya sin nada que decirse, ambos regresaron al salón principal de la casa y hubo otra vez lágrimas, abrazos de despedida y promesas de silencio. Hasta Luisa se comprometió a mantener la boca cerrada. Cuando Fernando se fue, Lilita tuvo reproches para su marido, que no había sido capaz de imponerse y evitar que el chiquilín siguiera con esas andanzas, que ella no conocía pero que era capaz de imaginar. En aquel momento Omar nada dijo del revólver, porque prefirió cargar con los reproches antes que sacudir aquel árbol quebradizo que era el alma de su mujer. Recién se lo contó varios meses después, cuando empezaron los calores de octubre y las únicas noticias que llegaban de Chile estaban relacionadas con un terremoto que, al parecer, no había provocado víctimas.

Para el 9 de octubre eran cincuenta y nueve los uruguayos prisioneros en el estadio: ocho mujeres y cincuenta y un hombres. Había cincuenta varones concentrados en los alrededores de la marquesina, pero en otro sector del campo, recluido con los presos chilenos, se encontraba un socialista de origen uruguayo del que nadie tenía noticias. Residía en Chile desde 1964, se llamaba Guaraní Pereda y cuando lo detuvieron trabajaba en la secretaría de gobierno, en La

Moneda.

A su vez, dos bailarines de *ballet* que se hallaban en Santiago el 11 de septiembre y que también habían sido arrestados, lograron salir del campo de prisioneros a finales de ese mes y abandonaron el país hacia Uruguay, expulsados. Otro bailarín detenido en las mismas circunstancias, Juan Techera, decidió quedarse junto con el resto hasta el final.

Los cincuenta y ocho agrupados en dos racimos (uno de hombres, otro de mujeres), debieron ingeniárselas para sobrevivir. Antes que nada, debían evitar que los fusilaran, luego ponerse a agilizar las negociaciones para lograr la libertad y al mismo tiempo resolver el problema de la alimentación, que era grave. Los militares les daban apenas algunos porotos en un caldo aguado, una vez cada veinticuatro horas, y no a todos. Muchos se quedaban sin comer. En varias ocasiones la ración consistió en un puñado de arroz crudo.

Unas cuantas chilenas, de las casi cien presas que había en el vestuario de la piscina, recibían cada tanto —gracias a contactos, coqueteos y otros intercambios con los centinelas— paquetes de comida enviados por sus familias. Pero esas mujeres se negaban a compartir lo recibido, de modo que algunas prisioneras se alimentaban bastante bien, otras bastante mal y otras casi no se alimentaban. Socorro y Cristina pertenecían a ese último grupo: estaban débiles y padecían de calambres y sopores provocados por la falta de comida.

—El hambre nos comía a nosotras.

Se estaban muriendo de a poquito. Así fue como un día, cuando se les ordenó a las presas desalojar el camarín y subir a las gradas, cada una con una manta de la ONU cubriéndole la cabeza, ellas dos lograron retrasarse del conjunto y, al quedar solas en el vestuario, se dedicaron a comer todo lo que encontraron. Arrasaron. Socorro lo recuerda con amargura, quizá con culpa:

—Durante unos minutos comimos sin parar. Robamos la comida de las otras presas. Lo hicimos, sí, y por eso pudimos alimentarnos un poco. Unas galletitas de un bolso, una manzana de un paquete, esas cosas. No soportábamos más.

El robo de comida en el vestuario lo pudieron llevar a cabo porque el control solía relajarse en esa zona del campo. Es probable que los

soldados consideraran inútil vigilar a esas mujeres, aunque los oficiales y los encargados de los interrogatorios se ensañaran aún más con ellas que con los hombres. La flojera de los centinelas propició que un día Cristina y Socorro pudieran aprovechar un descuido y acercarse, con las mantas grises cubriendo sus cabezas, hasta la tribuna principal del estadio. Allí ubicaron a varios uruguayos en la zona de la marquesina. Durante un par de horas ningún guardia se percató de que había dos mujeres en ese sector destinado únicamente a los hombres.

De ese modo se reencontraron con algunos de sus compañeros. Intercambiaron frases, datos, se alegraron, lloraron, compartieron sus angustias. Faltaban Juan, Ariel y Enrique. Quizá los hubieran trasladado después y estuvieran metidos en algún camarín, confundidos entre los miles de presos que se veían desparramados en las tribunas. Pero lo más probable, lo que ellas temían, era que hubiesen quedado en el cuartel de Puente Alto.

Ese día, a Socorro y Cristina las descubrió un sargento. Indignado, el tipo reprendió a los guardias, los insultó, los amenazó con sanciones y dispuso que esas dos mujeres infiltradas en el sector de los hombres fueran llevadas de nuevo al vestuario de la piscina, previo paso por una habitación vacía donde el propio sargento se quedó a solas con ellas y las obligó a desnudarse.

Entre las ocho prisioneras uruguayas confinadas en el sector femenino había tres religiosas pertenecientes a la congregación de las Hermanitas de la Asunción. Cuando las arrestaron se encontraban en Chile cumpliendo misiones sociales en barrios pobres de la capital. Una de ellas, la hermana Hilda, fue castigada con especial dureza por los carceleros del estadio. En varias ocasiones se la llevaron del camarín para devolverla horas más tarde, gravemente ultrajada. La razón de ese ensañamiento tenía que ver con el temple que ella mostraba y con el consuelo que les brindaba a las presas más abatidas. Trataba de levantarles el ánimo, les susurraba cantos y oraciones, hacía chistes para que rieran. Se llamaba Hilda Elena Meikle, era montevideana, tenía 42 años y había ingresado a la vida religiosa en 1952. Logró salvarse de los verdugos en el estadio Nacional, abandonó Chile hacia Argentina y continuó su obra. En el invierno de 1977, en plena dictadura del desaparecedor Videla, fue asesinada a balazos,

junto con otras nueve personas, en un rancherío de Granadero Baigorria, una localidad de la provincia de Santa Fe ubicada a orillas del Paraná. Los informes del Ejército argentino indicaron que se trató de «la aniquilación de un comando guerrillero».

En el sector de la marquesina, donde se hallaban agrupados los uruguayos varones, la situación con los alimentos era igual de crítica que en la zona de las mujeres, pero las posibilidades de rebuscarse eran un poquito mayores. La principal fuente de abastecimiento estaba en unos tachos de basura usados para desechar los restos de la comida que servían a los oficiales del campo. La llamada «dieta reforzada» de los presos consistía en cáscaras de naranja, recortes de pan, algunos huesos de pollo y ciertas verduras crudas en descomposición, todo en cantidades insignificantes.

Los uruguayos del estadio formaron pequeños comandos dedicados a la recolección clandestina de esas sobras. Lo hacían durante el día, mientras estaban en la tribuna. En unos casos contaron con la complicidad de los centinelas de turno, y en otros usaron distintas estratagemas para distraerlos mientras un prisionero procedía a robar los restos de la basura. Los miembros de esos comandos emplearon todos los métodos y artimañas posibles, pues algunos de sus compañeros ya estaban débiles y desfallecían. Regresar a la marquesina sin nada no era una opción.

Se trataba de una actividad de alto riesgo. Uno de los que desarrolló esa tarea contó que lo tuvieron en la mira durante un operativo para conseguir comida, mientras revolvía un tacho de desperdicios. Por hambre y desesperación se distrajo y, cuando alzó la vista, vio a pocos pasos a un soldado que le apuntaba con su fusil. Era claro que podía disparar, y que no erraría el tiro porque estaba muy cerca. Él consideró la posibilidad de apartarse despacio del tacho, pero enseguida pensó que eso no haría más que dejar en evidencia su miedo y envalentonar al soldado. Lo que hizo, en cambio, fue tomar de la basura lo primero que encontró —una tira de grasa cruda, cubierta de moscas y medio podrida— y darle tarascones enloquecidos, arrancar jirones con los dientes y comerlos sin masticar mientras contemplaba

desafiante al soldado que le apuntaba. Al cabo de unos segundos, el soldado miró para los costados, comprobó que no había otros centinelas allí, bajó el fusil y se alejó caminando gradas abajo.

Es probable que al recolector de comida le haya tocado un conscripto de alma caritativa, uno de esos que cuando podían arrimaban una lata con agua o un trozo de pan a los presos. Hubo conductas similares entre la tropa del campo, pero fueron la excepción. La mayoría de los soldados enviados al estadio no hicieron más que seguir las instrucciones de los suboficiales y, muchas veces, rebasarlas por su propia cuenta para actuar con una insania compuesta de brutalidad y resentimiento. Se diría que disfrutaban de ver a toda esa gente lastimada y consumida por la falta de alimentos. Humillados por sus sargentos, aterrorizados por los oficiales con prédicas apocalípticas, los reclutas veían a los prisioneros del campo como a enemigos que poseían, según sus jefes, una doble condición: eran socialmente privilegiados, y además formaban parte de un plan terrorista y sanguinario. El odio estaba servido.

Entre los uruguayos el deterioro físico y emocional era notorio. Al hambre que padecían se le sumaban la suciedad, la incertidumbre y, en varios casos, los castigos físicos. Unos casi no podían moverse, sufrían calambres y presentaban cuadros febriles. Otros empezaron con problemas de visión, diarreas incontenibles y estados nauseosos. También se producían episodios de deshidratación que eran resueltos robando agua de los baños. La escasa comida y la falta de higiene, la violencia permanente, el impacto psicológico tras presenciar palizas, violaciones y asesinatos de forma cotidiana y la ausencia de esperanza, fueron condiciones que, sumadas, provocaron estragos en los prisioneros.

La lucha por la comida era salvaje. Al rememorar aquellos días, Julio Baraibar contó un episodio revelador de la crueldad explícita de esa situación que se vivía en el estadio. Relató que se vio forzado a rechazar la solicitud de un preso boliviano para compartir la comida. El hombre le dijo que era médico y que estaba a cargo de todos sus compatriotas. Fue a rogarles a los uruguayos para repartir los alimentos de la basura y así paliar el hambre de los que estaban más débiles. Baraibar, quien era el encargado de cualquier tipo de

negociación, se negó a compartir nada:

—Me juego la vida —dijo.

No solo Cristina y Socorro robaron comida. También los varones se apropiaban de los bienes de otros prisioneros, aunque lo hacían de una forma más astuta y sórdida. Recorrían los puestos de entrega de paquetes que enviaban familiares de los prisioneros, y detectaban qué paquetes no eran reclamados. Eso podía suceder por dos motivos: el destinatario ya había sido puesto en libertad, o estaba muerto o reventado en algún camarín. Así que los uruguayos anotaban los nombres, al día siguiente se hacían pasar por esas personas y retiraban los paquetes con comida, prendas de abrigo pequeñas como bufandas o medias, y alguna otra cosa. Eran siempre bultos chicos, pues los administradores del campo no admitían nada más grande que una caja de zapatos. Pero en ocasiones hallaron galletas, embutidos, caramelos. Y también cartas, fotos de niños, recuerdos.

En medio del agobio por tantas mezquindades propias y ajenas, un día pareció despuntar la esperanza, cuando comenzaron a llegar al estadio diplomáticos de varios países tras obtener los permisos correspondientes de las más altas autoridades del país. Se dijo que Pinochet no quería otorgar ningún consentimiento, pero que al final se impuso el criterio más razonado de Ismael Huerta, el canciller. Entre los diplomáticos que fueron al estadio estaban el embajador sueco Harald Edelstam, el encargado de negocios de Finlandia, Tapani Brotherus y el coronel Pedro Aranco, agregado militar de la Embajada uruguaya. También concurrió una funcionaria del Comité para las Migraciones Europeas llamada Josefina Prytyka, y Belela Herrera, quien era entonces la esposa de César Charlone, el encargado de negocios de Uruguay en Chile. En los hechos, Belela Herrera ya ayudaba en las tareas del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados.

Durante una de esas visitas, el prisionero Julio Baraibar logró llegar hasta el embajador sueco para entregarle una lista con los nombres y apellidos de cada uno de los cincuenta y ocho uruguayos que tenía registrados como prisioneros. Sin muchas vueltas ni recato le dijo a Edelstam en voz alta que, si no los sacaba del estadio, los militares iban a matar a los cincuenta y ocho.

—Nos van a fusilar a todos.

—¿Y usted de dónde es?

—Soy uruguayo, somos de Uruguay.

—Bueno, ya veremos…

—Si usted no hace nada nos van a matar.

Mientras eso sucedía en el acceso al palco presidencial del estadio, en la zona del velódromo anexo se desarrollaba una de las cotidianas sesiones de torturas, las que eran aplicadas por especialistas chilenos, y también por varios extranjeros llegados al país para eso. Había brasileños pertenecientes al Departamento de Orden Político y Social (DOPS), funcionarios de la Policía Federal Argentina (PFA) y cinco o seis uruguayos.

Uno de los que era conducido casi a diario a las salas de tormentos —no en el velódromo sino en los subsuelos del estadio— era Barreiro, para quien los mandos tenían órdenes precisas: debía extraérsele toda la información posible y después eliminarlo. Sin embargo, su inclusión en la nómina de los cincuenta y ocho, que ya estaba en poder del embajador sueco, volvió complicado un fusilamiento expeditivo. Decidieron que, en su momento, debía pasar a la justicia militar para ser juzgado por un consejo de guerra.

El encono se explicaba por la gran calidad de los documentos falsos que portaba al momento de su arresto. Los oficiales encargados de investigar a Barreiro querían conocer quiénes eran los autores de esas falsificaciones. Pero había un dato aún más relevante que los interrogadores no conocían: ese tupamaro guardaba en su memoria un mapa mental con la ubicación exacta de treinta y cinco locales clandestinos en Chile. La mayoría de esos sitios no estaba en el radar de los servicios de inteligencia y en ellos había gente escondida. De haber cedido en la tortura, muchos militantes uruguayos, chilenos, argentinos y bolivianos que aún permanecían ocultos en esos lugares habrían sido eliminados.

Entre el cieno de ese olvido Gonzalo ha rescatado un elemento grotesco de aquella tropa dedicada a descalabrar prisioneros: «Aunque estaba prohibido, uno igual miraba. Algo miraba. En el velódromo la cosa era sofisticada y todo estaba muy bien organizado. Los que torturaban vestían uniforme, y su identificación consistía en un

brazalete con el dibujo de un animalito estampado. Distintos bichitos. Había tipos que llevaban un brazalete que tenía un conejo, otros un osito, un chanchito, una tortuga. Se agrupaban en equipos definidos por el brazalete. Estaban los torturadores del chanchito, los del osito, los del conejito y así. Había muchos animales».

Los prisioneros eran trasladados en lotes desde las graderías del estadio al velódromo. Debían recorrer unos cuatrocientos metros, por un camino que bordeaba una de las tribunas para apartarse luego en dirección sur, siempre dentro del predio. Iban en fila india, con la manta gris de la ONU colocada encima de la cabeza. Era una paradoja: las mantas habían sido donadas por Naciones Unidas como un gesto de solidaridad, para abrigar a los presos. Tenían hasta el emblema de la ONU. Pero ahí, en esas caminatas, cada detenido iba atento a que no se le cayera la manta solidaria que le tapaba la cabeza, porque la pena para esa falta era un balazo. Prohibido mirar. Todos los presos estaban al tanto de que el castigo se había aplicado en varias ocasiones. Preso que se descubría, preso que moría.

Luego, ya instalados en el interior del velódromo, los detenidos padecían plantones de varias horas, cada uno con la manta sobre su cabeza, todos vigilados por soldados armados. Hasta que les tocaba el turno y los llevaban a uno de los recintos conocidos como «caracoles». Se accedía por un túnel anexo a los camarines de la piscina, con baños y otras habitaciones, donde se aplicaban los tormentos, se efectuaban los interrogatorios y, en ocasiones, se despachaba a los interrogados hacia el muro posterior para la ejecución. A muchos presos los llevaban por lo menos dos veces al velódromo. La primera era de ablande. Luego del suplicio eran separados del resto y devueltos al estadio. Los dejaban descansar y les daban la oportunidad de pensar en la delación como salida a tanto sufrimiento. Al día siguiente, los elegidos volvían a realizar la caminata desde el estadio hasta el velódromo. Eso ocurría en las horas diurnas, varias veces por día, todos los días.

A Gonzalo Fernández, quien seguía aferrado a su identidad falsa de alguien llamado Daniel Castellanos, lo trasladaron en tres ocasiones a la pista de ciclismo. Junto con él fueron, las tres veces, algunos chilenos muy conocidos, entre ellos el exministro de Allende Jorge

Godoy y el periodista Manuel Cabieses. En la memoria de Gonzalo quedó fijado un detalle de esas sesiones:

—Ahí participaron uruguayos. Los pude escuchar cuando dirigían los interrogatorios, aunque no los pude ver porque me tenían encapuchado.

Un informe del Departamento de Defensa de EE.UU. rotulado como «*Confidential*», apunta que en esas sesiones participaron por lo menos dos tenientes coroneles y un mayor del Ejército uruguayo, despachados hacia Chile el 14 de septiembre. El enlace del grupo de tareas era un capitán llamado Osvaldo Castromán, quien viajaba de forma habitual entre Montevideo y Santiago con documentación y actas de interrogatorios. Por la parte chilena, el coronel del arma de Ingenieros Aquiles López Barrenechea había volado en secreto a Uruguay el 18 de septiembre, enviado por el propio Pinochet, para reunirse con el general Hugo Chiappe Pose.

Al parecer, los expertos uruguayos dirigían además sesiones con prisioneros chilenos, como en el caso de Cabieses y del ministro Godoy. Al artista plástico Carlos Capelán, un montevideano que vivía en el archipiélago de Chiloé cuando el golpe, primero lo metieron preso en Quellón, luego en Puerto Montt, después lo desaparecieron y por último lo hicieron aparecer en el estadio Nacional. Él también ha asegurado que muchos chilenos fueron torturados en el velódromo por agentes uruguayos, a los que calificó como «profesionales».

Es difícil imaginar la congoja de los cautivos cuando realizaban esa caminata por segunda o tercera vez. Sabían lo que les esperaba y no tenían ninguna posibilidad de escapar. Ni siquiera podían soñar con intentarlo, pues la manta sobre la cabeza provocaba un estado de desorientación absoluta. Muchos refieren que perdían la noción del tiempo, y no estaban seguros si era de día o de noche. Pese a que Barreiro nunca fue llevado al velódromo, las palizas y los golpes de electricidad para él eran los mismos —o acaso peores—, y se repitieron sin interrupción durante varias jornadas ahí mismo, no lejos de la marquesina. Se salvó de milagro. Cuando dejaron de torturarlo, era un despojo apenas identificable.

Otros prisioneros recuerdan que la piel de su rostro era de color azul con unos extraños surcos amarillentos. No podía mantenerse en pie,

presentaba extensos derrames en los ojos y moretones en todo el cuerpo. La inflamación de sus testículos fue calificada por Julio Baraibar como «monstruosa». En ese estado fue visto el día 10 de octubre por una delegación de funcionarios de la Embajada uruguaya en Chile, que había concurrido al estadio para negociar algún tipo de solución al encarcelamiento de los compatriotas que aún permanecían prisioneros.

La intención era devolverlos a Uruguay, pero ninguno podía regresar a Montevideo porque, en ese caso, cambiarían los padecimientos del estadio Nacional por aquellos de los cuarteles uruguayos, que acaso fueran peores. El jefe del campo dijo que solo podían ser entregados a los representantes acreditados de su propio país en Santiago, siempre y cuando abandonaran de inmediato Chile con destino a Uruguay. Una vez más, fue Julio Baraibar quien ideó una solución: «los militares nos entregan a las autoridades diplomáticas uruguayas y, luego de salir del estadio, esas autoridades uruguayas nos entregan a los representantes del gobierno sueco».

Eso no iba a suceder. El coronel Espinoza le comunicó a Baraibar, quien oficiaba de manera formal como delegado de los detenidos uruguayos, que la Junta de Gobierno había dispuesto que ocho de esos presos fueran pasados a la justicia militar para ser juzgados por delitos gravísimos. El oficial designado como jefe de la sección Extranjería del estadio era un recién llegado: un mayor del arma de infantería llamado Mario Lavanderos, que de inmediato comenzó a operar y a tomar decisiones importantes. Él mostró desde el principio una actitud menos rigurosa hacia los uruguayos. Nunca lo explicitó, pero en algunos de sus gestos se hizo evidente que no tenía ningún interés especial en retener en el campo a esos extranjeros indeseables.

En ocasiones, tanto Espinoza como Lavanderos conversaron con Baraibar y supieron hacerlo con cierta amabilidad. Le otorgaban algún permiso para circular por determinado sector, le preguntaban cosas de su vida en Chile, trataban de saber cuántos de los uruguayos prisioneros eran «terroristas de verdad». Pero Lavanderos se destacaba por ser casi cortés. Con cierta ingenuidad hacía el típico papel del policía bueno, dejándole a Espinoza el papel de policía malo. Esas conductas se explican por la multiplicidad de mandos en el estadio, y

también por la incertidumbre generalizada de los militares con respecto al futuro del centro de detenidos. Nadie sabía qué hacer con esos miles de prisioneros, ni siquiera con los cadáveres que, a veces, eran colocados en uno de los vomitorios con la orden de que algún camión del Ejército se los llevara para dejarlos en cualquier descampado.

Los uruguayos intuían que, si una parte mayoritaria del grupo era liberada, los que quedaran en el estadio serían pasados por las armas. Ese era el destino de los ocho reclamados por Espinoza a instancias de la Junta Militar. Aquel 9 de octubre, entonces, el número mágico era el cincuenta y ocho. No podía haber ningún tipo de transacción, y esa fue la voluntad unánime de los prisioneros. Baraibar se la comunicó en distintas instancias al propio Espinoza, al embajador Edelstam, a Belela Herrera y, por último, al mayor Lavanderos:

—O nos vamos todos o no se va ninguno.

Las gestiones fueron una pulseada que se prolongó por varios días. Un subibaja incierto. Por momentos parecía que se iban todos. Por momentos que no zafaría ninguno.

Los que allá estuvieron recuerdan. Aun sus olvidos son una forma de recordar. Aquellos jóvenes se empeñan en volver. Eso también ocurría en los días y las noches del estadio, en el clandestinaje de las poblaciones, y siguió pasando después, y pasa ahora. Es una memoria que se sacude en la confusión de los simulacros y en el silencio posterior, con el sol en las tribunas, con el hambre y el olor de la pólvora. Allí, entonces, volvían a ese pasado como vuelven una vez y otra, aunque no sean capaces de recordar en qué pasado se ubica ese retorno, aunque Daniel y Cristina no hablen, aunque Fernando entrevere las fechas y asegure que la memoria engaña. Esos recuerdos están dañados, pero están.

—Nuestros recuerdos están rotos.

Los recuerdos rotos no pueden recomponerse del todo, quizá porque ese todo no existe. La memoria no da tregua. Cada uno vivió el abrumador desconcierto chileno con el alma en un puño al sentir tanto dolor propio y ajeno. Era el peligro, y era también el derrumbe. Era la

derrota convertida en una nada que se instalaba como algo definitivo. Por eso no dicen, o dicen poco: con frecuencia el corazón los deja mudos.

—Tuvieron que morir tres para que viviéramos tres.

Tantos años después, los fragmentos aparecen aquí y allá, en conversaciones de café, en mensajes de wasap, en charlas telefónicas, en libros viejos. Cuando deja de lloviznar en la memoria, las bocas dicen. Se levanta la niebla y entonces las manos escriben. Las palabras no necesariamente cambian con el tiempo; a veces permanecen. Lo hacen como pueden. Por momentos salen chuecas, con ellas se arman oraciones deformes, dobladas por el dolor, con artículos cambiados, verbos mal conjugados, sin pausa ni aire. Para enderezar ese lenguaje habría que torcer la memoria.

Una voz subraya el hilván del tiempo, con más abatimiento que nostalgia:

—Los días cada uno igualito a cada otro.

Alguien menciona que poco antes de llegar al galpón de Lo Valdés miró unas manos lastimadas. ¿Qué puede hacer con esas manos quien huye sin saber a qué destino?

—manos destrozadas pantalones rotos rodillas llenas de sangre desesperanza no tenemos abrigo sin comida casi en las mochilas unos fideos las montañas unos fideítos.

Se busca con paciencia, de a pedazos, cada palabra. Se espera que ella se anime a ser dicha:

—agotados sabíamos que faltaban cien kilómetros para llegar cien kilómetros más nos pusimos a dormir amontonados un frío nos dormimos nos despiertan los gritos de los carabineros ya estaba amanecido.

—silbido seco fue antes que el ruido del balazo oigo eso la bala silba al lado de mi oreja una bala y enseguida llega el estampido esa bala me doy cuenta ahora nos matan mi bala la mía de mi muerte.

—Durante años quedamos mudos secos.

—Nosotros los vencidos.

—tirado por ahí cuando lo llevan con los otros no puede caminar había gente unas corbatas se pusieron a hablar de las torturas él no entendía apenas se aguantaba de pie uno dijo mostrá dale mostrá

mostrales los huevos a los señores entre dos lo ayudaron a bajarse los pantalones y enseñó sus testículos eran dos berenjenas.

A veces las palabras hallan un cauce organizado con imágenes que, cada tanto, afloran con claridad. Es la memoria de uno y la de los muchos que narra desde el vacío:

—Estábamos en Barrancas, en una cola para comprar pan. Una cola de una cuadra y media. Vimos a un soldado matar a un perro porque le ladraba, y enseguida matar a un hombre porque le recriminó haber matado al perro. La cola siguió como si nada. Todos nos quedamos calladitos. El cuerpo del hombre ahí tirado, en la calle. Y el perro muerto. Nosotros quietitos. Vimos fusilamientos. Vimos pasar camiones cargados de cadáveres. Compartimos té de yuyos, pan con palta. Fue nuestro único alimento durante muchos días.

—El paisaje del Cajón del Maipo era maravilloso. Y allí estaban los soldados en pleno allanamiento. Pasé y seguí mi camino.

—Escuché los gritos del embajador. Les gritaba a los milicos en el estadio, a los oficiales, tropa, lo que fuera. Con los fusiles lo empujaban y él les gritaba. El tipo era de una valentía inaudita. Yo iba hacia el vestuario con la voz de Edelstam a mis espaldas, que confrontaba a los soldados: ¡Asesinos, fascistas! ¡Ustedes son unos asesinos!

—nos protegimos entre nosotras siempre estábamos juntas cada vez que nos sacaban a las gradas nosotras de la mano íbamos yendo

—pensé que les habían avisado para algo tiene que haber servido con el silencio que hay en la montaña Ariel y Juan tuvieron que oír esos tiros cuando nos hicieron el fusilamiento los carabineros sin querer les avisan lo que pasa habrán oído digo porque te fusilan y chau

—un cuerpo en un cuartucho del estadio desnudo hecho un ovillo como si fuera a nacer la viva imagen de la derrota

La viva imagen es la imagen viva. Estremecen esas palabras porque así pudo ser vista aquella derrota y así puede ser imaginada: un ser desnudo y apaleado, pero dispuesto a nacer otra vez.

—La memoria engaña mucho. Capaz que se confunden las fechas. Estuvimos hasta noviembre clandestinos en la ciudad. Santiago era una ciudad ensangrentada. La manera de ayudar era saliendo. Me sentí

huérfano.

Palabras, unas torcidas y otras tajeadas. Verdades que resisten el tiempo y la oscuridad, que permanecen con los pesares. Y también con los silencios clavados a esta historia. Daniel y Cristina nunca hablaron, pero quizá sus reservas no sean la evidencia de un recuerdo negado, sino de una lucidez que todavía arde y así se expresa.

XII

«La urgencia por quemar los libros se dio gracias a un reportaje de Canal 13 en el que mostraban, debajo de las Torres de San Borja, cómo quemaban los libros. Las cámaras puestas ahí sobre la fogata. Ese era el mejor llamado para que cada uno quemara los suyos. Yo empecé a quemar por colección: los libros políticos, los clásicos del pensamiento social, los que yo consideraba que eran los más peligrosos: el Manifiesto Comunista».

ARTURO NAVARRO, EN *LA MEMORIA DE LAS CENIZAS*, SANTIAGO, 2013

En abril de 2005 Aníbal Barrera había lanzado la imputación en el tribunal: «Los uruguayos fueron fusilados por orden de Martínez Benavidez». Varios años después de esa declaración, Francisco Martínez Benavides se defendió desprestigiando a su acusador: «Es un alcohólico expulsado del Ejército». Pese a estar procesado, Martínez Benavides seguía siendo general del Ejército de Chile, y sabía que podía declarar lo que quisiera. Por eso atacó la credibilidad de Aníbal Barrera, porque quiso y porque pudo. Su afirmación era una verdad a medias, es decir una mentira, pero él debió de sentirse confiado, hasta orgulloso.

El cuartel de los Ferrocarrileros no solo fue cuna de desatinadas leyendas, incluida aquella del balazo que, tras rebotar, impactó en las partes nobles del sargento Urbina, sino que se convirtió también en un nido propicio para que empollaran algunos paladines dudosos. El más notorio fue Carol Urzúa, quien empezó de comandante en el regimiento en Puente Alto, le entregó el mando a Mateo Durruty a fines de 1972, se marchó a culminar su carrera en la capital y terminó en plena dictadura ya como general del Ejército e intendente de Santiago, hasta que un comando del MIR lo elevó, con abundante munición y supina torpeza, a los altares del martirio. Pero hubo otros paladines, hubo varios.

Uno de ellos fue Aníbal Barrera. Vista de lejos, su trayectoria resulta tan desconcertante como la del proyectil que dio en la entrepierna de Urbina. Nacido en Santiago, hijo único, joven de carácter inquieto y quizá ambicioso, ingresó a la Universidad de Chile para estudiar Derecho en 1965. Al año siguiente se cambió para Ingeniería, y al otro año para Filosofía, donde aguantó dos cursos completos. Finalmente saltó de la filosofía al ejército, entró en la Escuela Militar y se graduó en 1971. Hay quienes piensan que en la universidad Barrera era un sapo. Su primer destino: Tejas Verdes. De allí a los Ferrocarrileros de Puente Alto y luego, en 1974, otra vez a Tejas Verdes, donde operó como oficial de Inteligencia.

De acuerdo a su propio relato, entre las muchas tareas realizadas en

aquel fortín estuvo la de custodiar los recreos de Pinochet y su esposa Lucía Hiriart cuando iban a Bucalemu, y hasta tomar la once con ellos en alguna ocasión. Merendar con el mandatario en la hacienda era un privilegio, y eso pudo parecer una ventaja para su futura carrera militar. Sin embargo, su perfil castrense debió de estar mal aspectado, porque a la vuelta de los años todo cambió. Para fines de 1980, aunque la dictadura iba viento en popa y Pinochet seguía yendo a Bucalemu, el entonces capitán Barrera se sintió hastiado. Tal vez porque había visto grandes trapacerías, o porque se le despertó el gusanito democrático, o quizá porque era un hombre de mala bebida.

Pese a ser militar, no tuvo que disparar ni un tiro para convertirse en héroe de la noche a la mañana. Sin embargo, es de suponer que su figura nunca ingresará en uno de los varios panteones que ha dispuesto la patria chilena para sus egregios, y esto más que nada por cuestiones de procedimiento: ningún acto de heroísmo se convalida del todo si se produce durante una borrachera. El propio Barrera lo contó para su propia gloria y la de quienes tuvieron el privilegio de escucharlo en el tribunal:

—El 20 de noviembre de 1980 yo estaba como alumno en la Academia de Guerra y me correspondió participar en la despedida de un oficial, para lo cual nos juntamos en la biblioteca de la academia. Estábamos todos muy tensos por los estudios, de manera que los cuarenta y dos alumnos terminamos todos borrachos, pero muy borrachos. En esa oportunidad inicié una discusión con el mayor Arenas, a quien le dije, en estado de ebriedad, que el Ejército estaba haciendo el papel de una empresa de vigilantes para tutelar los intereses de la oligarquía chilena. Me reprendió, me dijo que después íbamos a conversar. Posteriormente decidimos seguir la fiesta en el Club Militar. Partió una caravana como de veinte vehículos desde La Reina al Club Militar. En plena avenida Príncipe de Gales me bajé del vehículo, vistiendo mi uniforme, y empecé a gritar: «¡Muera Pinochet! ¡Muera la derecha! ¡Despierten chilenos!».

Los chilenos de La Reina no se despertaron, pero el oficial que iba con Barrera por la avenida Príncipe de Gales sí: la curda se le fue en un parpadeo. El tipo se apellidaba Quiroga y quedó pasmado con lo que acababa de ver y escuchar. Un oficial, vestido de uniforme

completo y que además era su condiscípulo en la academia, había dado mueras a Pinochet en plena calle, con el puño cerrado y gesto belicoso. ¿Sería un socialista encubierto? En ese momento Quiroga nada dijo, pero es seguro que en su interior sintió, además del miedo ante semejantes blasfemias, el retintín de una oportunidad. No tuvo que pensarlo mucho porque era cizañero por naturaleza. A la mañana siguiente informó del hecho a sus superiores. Le pidieron un «reporte circunstanciado».

Quiroga fue detallista. Dio pelos y señales: nombre y apellidos del blasfemo, vestimenta, gestos, hora y lugar del hecho, palabra por palabra de lo dicho en la ocasión. De inmediato se inició un sumario y Barrera quedó arrestado en el propio recinto de la academia. Las actuaciones fueron enrevesadas y tardaron meses, en parte por el embrollo testimonial —ya que todos parecían haberse emborrachado durante «la noche de autos»—, y en parte porque Aníbal Barrera era considerado por los mandos un hombre de confianza, con un respetable historial como voluntario en misiones difíciles, y que además había servido en la custodia del general Pinochet en Bucalemu.

El resultado último de aquella festichola de excesos y alboroto contra la dictadura lo ha resumido el propio implicado con una frase que suena a fusilamiento administrativo:

—Salí de baja en 1981.

Nada posterior sobresale en las vidas del mayor Arenas, de Quiroga el delator o de los restantes treinta y nueve alumnos que aquella noche bebieron demasiado mientras celebraban la despedida de un oficial en la Academia de Guerra. El único que estuvo en trance de pasar a la posteridad fue el capitán Aníbal Barrera, quien de forma tácita se proclamó en la ocasión paladín de la lucha por la recuperación de la democracia o, cuando menos, patrono de la libertad en la comuna de La Reina.

Como casi siempre ocurre con las declaraciones de militares ante la justicia, las palabras que en su oportunidad pronunciara Francisco Martínez Benavides respecto a Barrera revelaron apenas una parte de la verdad. Él, tal vez para protegerse, dijo que Barrera había sido expulsado del Ejército por alcoholismo. Era una versión engañosa de

los hechos, realizada además con mala fe. El capitán Barrera fue expulsado del Ejército porque estaba harto, y estaba harto porque desde el 11 de septiembre, cuando era apenas un subteniente, el propio Martínez Benavides lo había puesto a hacer el trabajo sucio casi sin que se diera cuenta.

En años recientes a Barrera lo han señalado con el dedo. Quienes lo hicieron a veces dieron la cara, a veces no. Las acusaciones lo vinculan a violaciones de los derechos humanos durante sus años en el Ejército. Le dijeron de todo, desde asesino hasta viejo culiao. Él negó las denuncias y ha exhibido su condición de «exonerado político», pero su prosa nunca fue transparente. En la prensa dijo que «supo de la orden dada por un oficial del regimiento para seleccionar el pelotón» que fusiló a Eusebio Rodríguez, alias el Guarén. Pero omitió decir que fue él mismo quien dirigió el pelotón de fusilamiento. Dijo que fue oficial de Inteligencia en Tejas Verdes en los tiempos más duros de la dictadura. «Aquellos días de aquelarre», escribió. ¿Qué quiso decir? Dijo que trabajó «en la custodia perimétrica del general Pinochet». ¿Lo hizo? Dijo amar «el glorioso olor de la pólvora quemada». ¿Qué significa eso? Dijo que se ofreció para ocupar la primera línea de combate «en la (casi) guerra contra Argentina» en 1978, y que allí estuvo, en un lugar llamado Piedra del Indio. ¿Estuvo?

El excapitán Aníbal Barrera aparece vinculado al caso de los uruguayos desaparecidos en Puente Alto por su pertenencia al regimiento de Ferrocarrileros en aquel momento, por sus declaraciones ante el tribunal que investigó el episodio y por sus dichos, tanto públicos como privados, realizados en distintos momentos de su vida. Una vida que él, además, eligió que fuera pública, notoria y expuesta.

Él ha sido tan vidrioso en sus dichos como en su vida militar, pero resulta evidente que hizo mucho y vio demasiado. Tuvo que amenazar a sus propios camaradas, tuvo que matar gente, tuvo que escuchar secretos criminales y callarlos, tuvo que tragar culebras para continuar con su carrera en el Ejército y pensar en un cierto futuro. En el regimiento de Ferrocarrileros debió acatar órdenes abyectas y contribuir con su esfuerzo al nuevo orden social que nacía con Pinochet. Y desde ese lugar de hórrido privilegio, bajo las botas de Durruty y Martínez Benavides, aquel subteniente pudo apreciar cómo

las grandes fortunas de Puente Alto se sentaban presurosas a la mesa del banquete. Entre eso y su baja del Ejército mediaron ocho años y una cantidad nunca precisada de botellas de aguardiente.

En la mañana del 9 de octubre de 1973 una caravana de ocho camiones con sus cajas cubiertas por lonas entró a Puente Alto, avanzó por la avenida Concha y Toro, dobló por Eyzaguirre y terminó estacionada junto a los portones de La Papelera, la industria más importante de la localidad. Aunque iban conducidos por militares, los camiones eran civiles y no llevaban escolta, de modo que a los transeúntes no les llamó la atención.

Pese a los infortunios provocados por el golpe de Estado, la papelera de Puente Alto había vuelto a funcionar al máximo de su capacidad. Fabricaban bobinas para rotativas, papel satinado, resmas de distintos gramajes, cartón y también grandes volúmenes de celulosa destinada al exterior. En los hechos la empresa era monopólica, así que abastecía a la totalidad del mercado interno y elaboraba todos los productos de ese rubro de exportación, el segundo más importante del país, solo superado por el cobre.

Aquel primer grupo de camiones era la vanguardia de un operativo logístico mayor, cuyo objetivo primordial consistía en sacar de circulación millones de libros considerados subversivos o pornográficos, y convertirlos en pulpa de papel. El coordinador en el punto de destino era el gobernador militar Mateo Durruty, quien actuaba siguiendo las directivas del general Herman Brady, un masón como él que se declaraba escandalizado por «la basura lúbrica de muchos libros». Durante los días siguientes se hicieron decenas o quizá cientos de viajes de camiones a La Papelera. Esos camiones llegaban cargados a tope con volúmenes que habían sido confiscados en organismos públicos, librerías, editoriales y bibliotecas de Santiago y alrededores. El regimiento de Ferrocarrileros tomó algunos recaudos de seguridad y proporcionó mano de obra benévola para descargar los camiones y estibar las montañas de libros condenados a la picadora.

Durante esa semana los conscriptos recibieron, a la fuerza, un cursillo de cultura filosófica, literaria y científica. Pero sobre todo

aprendieron, a puro músculo, la lección acerca de lo que el gobernador Durruty consideraba «vínculos dañinos» entre la palabra escrita y el orden social. Los pelaos acarreaban una y otra vez, desde la caja de los camiones hasta la rampa de ingreso a la fábrica, paquetes y cajones, Dickens, Storni, Onetti, entraban y salían, sudaban, Arguedas, Carpentier, Rulfo, decenas de miles de cajas, de paquetes, de atados desprolijos y también de libros sueltos, Colette, Kant, algunos ya descuadernados, hojas desparramadas, tapas pisoteadas, Bombal, Hesse, así iban y venían los pelaos del regimiento de Puente Alto, enérgicos ante la mirada de unos sargentos que, cada tanto, echaban garabatos para que no decayera el ritmo de trabajo.

Los reclutas maldecían a los autores sin conocerlos, sin haberlos leído nunca, muchos sin siquiera saber leer. Y lo hacían porque esos hombres y esas mujeres habían escrito semejante ponzoña. Los pelaos entregaban su mejor esfuerzo para que todas esas inmundicias fueran depositadas con rapidez en el altar purificador de la máquina trituradora. El procedimiento era un ejemplo de la novísima eficiencia chilena. Describirlo es como redactar un antipoema a lo Nicanor Parra. De las bibliotecas y los almacenes los libros iban a los camiones, de allí a la estiba y luego a la máquina de confeti. El material resultante marchaba, ya inofensivo, a unos enormes tanques con soda cáustica y peróxido de hidrógeno, donde se completaba el tránsito.

La Junta de Gobierno había resuelto modificar la política respecto a los libros. Al principio, tras el golpe, los militares se dedicaron a quemarlos, y lo hicieron a la luz del día y ante las cámaras de televisión que transmitían en directo. Eso generó en el exterior un enorme impacto, con mala prensa, paralelismos con el régimen nazi y acusaciones de oscurantismo. Uno de los episodios más publicitados de esas quemas había ocurrido el 23 de septiembre en una calle de la remodelación San Borja, en el centro de Santiago. Allí, tropas del Ejército encendieron una hoguera, la que fue alimentada con libros, revistas, folletos, discos, afiches y banderas durante horas, a la vista de todos. Era una puesta en escena similar al *Bücherverbrennung* alemán de 1933. El reportero Koen Wessing tomó muchas fotografías. La quema fue el mismo día del fallecimiento de Pablo Neruda. El premio Nobel estaba muerto. El dolor fue general. La indignación inmediata.

Al buscar una solución para ese espinoso asunto, la Junta también procuró obtener algunos recursos, así que vendió a granel y a precio vil los ejemplares confiscados a la empresa de Puente Alto, que estaba en aprietos económicos a raíz de su guerra privada con la Unidad Popular. Se armó un plan detallado para proceder al retiro de todos los libros almacenados en depósitos de editoriales, en bibliotecas universitarias y en otros centros culturales, y enviarlos en camiones para hacer pulpa y obtener materia prima a bajo costo. En los hechos, los libros quemados en los primeros días eran una parte insignificante del total a destruir, pues durante el gobierno de Allende se habían fundado editoriales estatales y privadas, las que fabricaron decenas de millones de libros. También hubo importaciones, en grandes cantidades, desde la Unión Soviética, China, Cuba y otros países socialistas.

Tras el golpe de Estado y las hogueras, atribuidas por el general Gustavo Leigh al «entusiasmo patriótico de los soldados», se ordenó el decomiso formal de libros y otros materiales considerados sediciosos. En pocos días se juntaron miles de toneladas. Solamente de los depósitos de la estatal Quimantú, la mayor empresa editorial del país, se retiraron unos cinco millones de ejemplares.

El teniente coronel Durruty se puso contento, porque ese operativo del superior gobierno le permitía adelantar un paso en su proyecto de pedirles a sus amigos de La Papelera una donación para «mejorar las condiciones de vida de las familias más humildes de la provincia». La donación se concretó a comienzos de 1974 y fue de treinta millones de escudos, equivalentes a unos cuarenta mil dólares. Fue un negocio redondo: el gobernador pudo hacer algunas obras con ese dinero y quedó como un gestor avispado, y el gobierno comenzó a sofocar un punto de irritación internacional que incluía denuncias ante Naciones Unidas y pronunciamientos en los diarios más influyentes.

El 28 de septiembre, el *New York Times* ya le había dedicado una amplia cobertura al tema. En su página dos reproducía varias opiniones representativas de la literatura estadounidense. La Authors League of America, que agrupaba a unos cinco mil escritores, envió a través de su presidente un telegrama a la Sociedad de Escritores de Chile, en el que manifestaba su solidaridad y el rechazo a «la quema

de libros y represión a los escritores por el nuevo gobierno de Chile». En esa página del *NYT* también se daba cuenta de una carta enviada a Augusto Pinochet por Barney Rosset, inclaudicable defensor de la libertad editorial y propietario de Grove Press, casa editora en Estados Unidos de varios libros de Neruda. Como era su costumbre, Rosset no se anduvo con vueltas: «Señor Pinochet: la humanidad está aterrada ante su infame pillaje». *Le Monde* en París y el *Times* en Londres daban cuenta de los saqueos y las fogatas que ardían en plena calle.

Pero quizá la consecuencia más dolorosa de la quema de libros en las torres de San Borja fue el pánico de muchos ciudadanos comunes y corrientes a conservar los libros que tenían en sus casas. Ese miedo los llevó a organizar la quema clandestina de sus propias bibliotecas. Los abrumaba el temor de ir presos en caso de un allanamiento. Miles de personas, a todo lo largo de Chile, se pusieron a quemar sus libros a escondidas y en silencio, a convertirlos en humo y cenizas, a hacer el trabajo de los dictadores. La pira de San Borja acabó por ser un éxito para Pinochet.

Para fines de 2007, aunque el único procesado era Mateo Durruty, varios de sus excolaboradores más cercanos caminaban por la cornisa. Los abogados de Martínez Benavides, Lander Uriarte, Vargas Avendaño, Moisés Retamal y Gabriel Montero (los cinco ya eran oficiales superiores en retiro) debían lidiar con un cúmulo de pruebas que situaban a sus defendidos como actores, fueran partícipes directos o cómplices, del secuestro calificado de Povaschuk, Arcos y Pagardoy. Treinta y cuatro años después del episodio, la culpa proyectaba su sombra sobre esos militares jubilados, renuentes a cualquier tipo de colaboración con los tribunales.

Aquel «brazo de la justicia» del que Durruty descreía y se burlaba, lo había atrapado hacía tiempo. Su movida, para evitar la prisión, fue declararse enfermo y contratar a un nuevo equipo legal encabezado por Javier Arévalo, un penalista que era profesor en la Universidad de Chile. La estrategia que diseñó Arévalo fue diferente a la establecida por sus antecesores, y consistió básicamente en una larga argumentación destinada a pedir que se revocara el procesamiento de

su defendido. Según él, la responsabilidad de Durruty por el hecho de haber estado al mando del regimiento era «un concepto que, a los ojos del derecho penal contemporáneo, se opone frontalmente con el principio de culpabilidad». Su presentación tenía diecinueve páginas y mostraba profundos conocimientos jurídicos, con citas de diversas eminencias y reflexiones de insignes docentes. El juez Billard le respondió en una línea: «A lo principal, en virtud al mérito de los antecedentes, no ha lugar».

El escrito del penalista Arévalo era enjundioso, pero sin proponérselo dejaba mal parado a su defendido, pese a que pretendía endilgarle toda la responsabilidad al mayor Ítalo Ferreti, aquel subjefe de Ferrocarrileros sin virtudes para el mando. En su entusiasmo, el abogado dedicaba cinco páginas completas a detallar el cúmulo de actividades que Durruty llevaba a cabo en su doble condición de comandante del regimiento y gobernador militar. La enumeración era extensa, y mostraba a un teniente coronel que lo controlaba todo en su territorio. Iba a Santiago con frecuencia, sostenía reuniones con ministros, discutía con empresarios, recorría las zonas más alejadas de su provincia, atendía al público para ayudar a resolver los problemas, despachaba con los directores departamentales y con los alcaldes, fiscalizaba las labores de los empleados municipales, de las cuadrillas de caminería, de los gasfiteros y albañiles en las poblaciones. Y, por si eso fuera poco, al finalizar cada jornada regresaba al regimiento para que se le informara de «los asuntos de mayor relevancia» en el cuartel. En esa parte del escrito el abogado abría el paraguas de su defendido: «En los hechos, el regimiento de Puente Alto estaba a cargo del denominado segundo comandante, que en la época era Ferreti. Era el segundo comandante quien tenía a su cargo la marcha interna del regimiento y resolvía los asuntos propios del día a día».

Aunque no se planteara de forma explícita, del escrito se desprendía con claridad que Mateo Durruty era la autoridad máxima de la zona, tanto en el ámbito civil como militar. Su don de mando y su energía lo colocaban en una situación de privilegio para conocer cada cosa que ocurría en Puente Alto, en Pirque, en La Florida o en todo el Cajón del Maipo. Incluso para saber qué necesidades de caminería y suministro de agua potable podían tener pequeños caseríos metidos en las

montañas como El Toyo o El Volcán. Era inexplicable que no estuviera al tanto de lo ocurrido con los uruguayos en su propio cuartel, lugar en el cual, además, pernoctaba de forma habitual.

La afirmación de que Durruty no controlaba el regimiento resultó insostenible. Había decenas de declaraciones ante el tribunal que decían lo contrario. Y las pruebas mostraban que, para las autoridades civiles y los vecinos, él era sobre todo el comandante de los Ferrocarrileros. En las notas de revistas y periódicos locales que cubrían su agenda, en sus visitas de cortesía al hospital de Puente Alto, en las recorridas que realizaba por las poblaciones y en su asistencia a actos protocolares, siempre aparecía vestido de uniforme. Una página publicada en *Puente Alto al día*, en la que el gobernador hacía un repaso de su gestión, se titulaba «Una entrevista con mi coronel».

Y por si eso fuera poco, él mismo había machacado una y otra vez sobre el punto. Su vanidad a lo largo del juicio pudo más que su instinto. De acuerdo con su propio testimonio, brindado ante las autoridades judiciales, nada escapaba a su control, ni siquiera las labores de inteligencia: «El jefe de la sección segunda de mi regimiento en 1973 era el teniente José Miguel Latorre Pinochet, quien se entendía directamente conmigo. Él hacía lo que yo le ordenaba y me daba cuenta de cada uno de sus actos» (comparecencia de Durruty en julio de 2003). Y también: «Yo tenía múltiples obligaciones, además de las propias de mi cargo como comandante del regimiento y director del ferrocarril militar, relacionadas con mi desempeño como gobernador de la provincia. Ello no iba en desmedro de la marcha del regimiento, porque ya todo estaba organizado, y los oficiales y el personal en general sabían los procedimientos a seguir y el modo en que me gustaba que se trabajara. Todo funcionaba perfectamente» (comparecencia de Durruty en enero de 2006).

A veces parecía que la memoria le fallaba, pero las lagunas que provocaban esas fallas eran inconsistentes, lo que hacía sospechar que se trataba de una simulación. Recordaba los nombres y apellidos de todos los que integraron el supuesto consejo de guerra que resolvió fusilar a Eusebio Rodríguez, alias el Guarén, en septiembre de 1973, pero no recordaba nada de lo sucedido dos semanas después, cuando los seis uruguayos fueron ingresados al regimiento. Podía recordar los

treinta millones donados por La Papelera a comienzos de 1974, pero no la presencia de quinientos prisioneros en el gallinero del cuartel. Revivía sin dificultad sus paseos matinales por el costado de la piscina que había cerca de la casa que ocupaba en la unidad de Ferrocarrileros, los cuarenta pasos que lo llevaban hasta su despacho, sus cotidianas conversaciones con Martínez Benavides, pero no se acordaba de los malos tratos y las torturas que se practicaban contra los detenidos en esa misma unidad y en esas mismas fechas.

Esas inconsistencias tenían una única explicación: los embustes del inculpado. En un proceso desarrollado durante más de una década, era difícil que unas afirmaciones falsas no contradijeran otras afirmaciones falsas, que una mentira no derrumbara otras mentiras, que un relato fantasioso no quedara al descubierto al construir otro relato fantasioso. En 1991 Durruty le dijo a su hermano de la masonería Claudio Martínez Cerda, en un decadente casino de la calle Agustinas, que tras el golpe de Estado Puente Alto era una zona de guerra:

—Fue un tiempo terrible. Pasaban disparando ráfagas de ametralladora.

Al juez Billard, en cambio, en marzo de 2007 le aseguró que, luego del golpe, no se habían verificado incidentes destacados:

—Prácticamente no hubo resistencia.

En julio de 2003 había detallado ante el tribunal de Santiago sus contactos con personal de la CIA:

—Trabajé como enlace de la misión diplomática de Estados Unidos en Chile, y en ese lugar tuve contacto con gente de la CIA.

En enero de 2006, por el contrario, declaró ante el tribunal de San Miguel que las versiones que lo relacionaban con la CIA eran falsas:

—Yo nunca tuve contacto con gente de la CIA.

En ese mismo tribunal negó haber ordenado labores de espionaje en la zona:

—Lo que se hacía de inteligencia en el regimiento tenía que ver con el tiempo atmosférico, los problemas derivados de la topografía, esas cosas.

Tres años antes, al juez Calvo le había explicado en detalle su plan de espionaje:

—Con el fin de infiltrar el Cajón del Maipo y obtener información,

inventé un club de pesca y caza en la unidad.

Los gazapos podrían multiplicarse por diez o por cien. El brazo de la justicia no solamente era lo bastante largo como para atrapar a Durruty, sino que había puesto todos los dichos del imputado por escrito, en folios que mostraban su firma. El excomandante podía negar lo declarado por otros, pero le resultaba difícil agraviarse con sus propias afirmaciones. Ninguna estrategia de su defensa sería capaz de desarmar esa trampa montada por él mismo.

Lo esperaron en uno de los pasillos que había debajo de la tribuna principal del estadio, a un costado de la marquesina. Eran tres uruguayos, listos para emboscar a otro uruguayo. Ninguno de los tres asaltantes tenía armas, pero uno de ellos se sentía lo bastante animoso como para quebrarle el cuello al contrincante sin mucho esfuerzo. Comenzaba a caer la tarde y ese día no se habían oído descargas de fusilería, lo cual significaba que la máquina de matar estaba en reposo. La víctima de la emboscada iba a transitar por ese pasillo. Los otros lo sabían. El que relató el episodio —de varias maneras diferentes— fue Julio Baraibar, quien le había estudiado la rutina con paciencia para no fallar.

El tipo apareció en aquel pasillo en penumbras. Su aspecto era incongruente con la situación. Se veía que estaba bien alimentado, tenía ropas finas, zapatos caros, y lucía en el pecho una cadena que parecía de oro. Cincuentón, pinta de bacán. Se llamaba Adolfo. Ese uruguayo no era un traidor ni un infiltrado ni un informante del coronel Espinoza. Era un narco aquerenciado desde hacía treinta años en Chile, que había caído preso el 27 de septiembre en su casa. Vivió en Iquique y luego en Arica y en Santiago. Hizo fortuna. El escritor Antonio Gil lo retrata en uno de sus textos: «Camisa de nylon y un vaso de whisky en cada mano». Las especialidades de Adolfo eran las esmeraldas y el polvo de cocaína. Eso, más la amistad con un tal Vincent Rizzo, de la *famiglia* Genovese de Nueva York, lo hacían un tipo de cuidado.

Sin embargo, tales credenciales no le alcanzaron para zafar de la cacería de extranjeros. Lo metieron preso en un depósito de la Fuerza

Aérea y luego lo trasladaron a una comisaría de Carabineros. Casi enseguida descubrieron que estaba requerido por la justicia de Estados Unidos, pero en aquellas primeras instancias las autoridades chilenas no analizaban esas minucias. Si era uruguayo lo ametrallaban o lo mandaban para el estadio.

Los otros presos ubicados durante el día en la zona de la marquesina lo habían observado con atención durante varias jornadas. El hombre tenía contactos, se movía, conseguía cosas que parecían imposibles: una llamada telefónica internacional, cigarrillos Camel, una pata de pollo. Era obvio que andaba con mucho dinero encima. Con esa plata sobornaba a centinelas y supervisores, iba y venía por la tribuna principal, se hacía el generoso y repartía caramelos. Nadie podía entender de qué manera había logrado conservar su buen fajo de billetes y tenerlo consigo allí. Cargaba trescientos o cuatrocientos dólares, y los escondía en su cuerpo, en los lugares más insólitos. Como personaje pintoresco no estaba mal, pero los uruguayos que luchaban a cada instante por seguir con vida consideraron de justicia que Adolfo se integrara plenamente al grupo.

Aquella tardecita él dio dos pasos y de inmediato percibió el peligro. Los asaltantes no se mostraron demasiado violentos. Apenas lo suficiente como para que el tipo prestara atención a sus requerimientos. Uno le puso sus manos de picapedrero en la garganta y se pegó a la víctima para arrinconarla contra la pared. Otro le habló en voz baja:

—¿A quién le das la coima?

Adolfo actuó con distinción. Parecía divertido con el ataque. Era como si supiera que eso iba a pasar tarde o temprano.

—Se la doy a dos oficinistas —dijo con resignación—. Pero quédense tranquilos. No me voy a escapar.

—Acá somos un grupo. Los uruguayos estamos juntos.

—Y vos sos uruguayo —agregó otro de los asaltantes.

—Necesitamos comida.

—Plata.

—Contactos.

—Cigarrillos.

De a poco, Adolfo fue apartando las manos que le apretaban el

cuello. Con naturalidad, adoptó una postura de conversador amable, casi sincero.

—Estamos todos presos —razonó el picapedrero—. Vos también…

—Tranquilos —dijo el mafioso—. Yo me porto bien, no hay problema. Díganme lo que necesitan.

—Lo tuyo.

Por primera vez, Adolfo pareció sobresaltarse:

—¿Todo?

—Plata y contactos. A partir de ahora vas a estar siempre con uno de nosotros. ¿Está bien?

—Claro. Está muy bien.

Lo dejaron ir justo en el momento en que llamaban a recato a través de los altavoces del estadio. Todos los presos debían marchar hacia sus respectivos camarines, donde serían encerrados durante la noche. Así que Adolfo se fue por el pasillo. La operación aparentaba haber sido exitosa, pero recién a la mañana siguiente, cuando el mercado negro del estadio se pusiera en movimiento otra vez, ellos podrían comprobar si aquel hombre seguía las instrucciones o los denunciaba a los militares.

Como ha ocurrido siempre hasta en los encierros más viles, también en el estadio Nacional de Chile floreció, en pocos días, un mercado negro tan sórdido como útil. Había más de ocho mil presos, y resultaba imposible tener a esa multitud bajo control. Pese a la vigilancia, a los fusiles y las ametralladoras, pese a las torturas y la incertidumbre —o acaso por todo eso—, para finales de septiembre los prisioneros y los soldados y oficiales ya traficaban en las gradas, en los pasajes subterráneos, en los vestuarios de la piscina y también, por supuesto, en la zona de la marquesina que era ocupada por los uruguayos.

Lo más difícil de conseguir era la comida, pero en el mercado clandestino del estadio se podía enviar o recibir mensajes, comprar cigarrillos, información, ropa, jabón y algunos medicamentos. A veces se pagaba con dinero, a veces se canjeaban unos bienes por otros, a veces se recibía mercadería a cambio de servicios sexuales, y en ocasiones a cambio de protección. No era el tipo de amparo que podían ofrecer los diplomáticos, sino el que brindaban los presos

organizados en grupos, ya fueran políticos o de otro tipo. Muchos militantes y algunos dirigentes del Partido Socialista chileno estaban bien estructurados, tenían contactos con la oficialidad, y en determinadas circunstancias vendían protección a personas que no pertenecían a ningún partido ni tenían nada que ver con el allendismo. Lo mismo hicieron unos brasileños para cuidarse entre sí. Lo único importante era sobrevivir.

Los uruguayos le vendieron a ese tal Adolfo toda la protección, y a buen precio. Lo convencieron —o eso creyeron— de que nada le iba a suceder si permanecía junto a ellos, que unido al grupo podía gestionar una libertad más o menos inmediata, que las negociaciones diplomáticas estaban avanzadas y que él podría irse a vivir a Europa o a donde quisiera. A cambio, recibieron del narco bastante dinero y los nombres de dos funcionarios administrativos de la Policía de Investigaciones que trabajaban en la sección Extranjería del estadio, a quienes se podía sobornar casi para cualquier cosa. Entre otras tareas, esos funcionarios llevaban las planillas con los nombres y los datos de los extranjeros detenidos, de los fallecidos y de los liberados. Un preso podía estar vivo, estar muerto o no estar, de acuerdo a la impericia dactilográfica de esos verdugos de escritorio.

Al aceptar los sobornos, los dos oficinistas de la Policía jugaban con fuego, y lo sabían. Sus descuidos fueron tales que después se sospechó, por parte de las autoridades militares, que los habían realizado a propósito para proteger a muchos terroristas. No parecía ser simple ineptitud con las máquinas de escribir. Se hallaron apellidos cambiados, presos sin registrar, nombres repetidos para que el total fuera correcto. Esas y otras irregularidades aparecieron cuando se investigó el asunto. Según versiones serias, aunque nunca confirmadas, ambos fueron fusilados el 17 de octubre tras un juicio sumarísimo.

A partir de la leva de Adolfo, los uruguayos tuvieron el camino despejado para sobornar a los oficinistas y así, centímetro a centímetro, ir acercándose a los portones de salida del campo de prisioneros. Pese a que la maniobra era muy arriesgada, ya no les quedaban otras opciones. Si bien esos portones estaban ahí, demasiado cerca, toda la zona era vigilada por centenares de soldados y carabineros. El recinto estaba sellado con plomo, y hubiera sido una

locura intentar un escape.

Los presos suponían que contaban con la solidaridad y el auxilio del embajador sueco, con la postura más o menos componedora de algunos funcionarios de la Embajada uruguaya y con el apoyo secreto de Belela Herrera, la esposa del encargado de negocios de Uruguay en Chile. Baraibar insistía ante el jefe del estadio para que actuara a favor de «una solución negociada», y el nuevo jefe de la sección Extranjería, el mayor Lavanderos, se mostró proclive a eso. Sin embargo, las torturas y los asesinatos continuaban. Baraibar machacaba: «O todos o ninguno». Era una carrera contra el tiempo. En cualquier momento se llevaban a alguno y lo ejecutaban. Había que ver si los presos uruguayos podían llegar a los portones del estadio antes de que el pelotón de fusilamiento llegara a la marquesina.

Uno de los abogados defensores de los militares definió el estado del proceso con una metáfora náutica: «Es un barco demasiado grande y difícil de maniobrar, que además navega en aguas pocos profundas».

—Va a encallar —predijo—. Por falta de pruebas va a encallar.

Pero se equivocó. Con fecha 2 de enero de 2009, el juez Joaquín Billard tomó la decisión de procesar con prisión al general Francisco Martínez Benavides, al brigadier Lander Uriarte y al suboficial René Cruces, todos en situación de retiro. A los tres los imputó como autores del secuestro de los uruguayos. Diez meses más tarde, en octubre, el magistrado hizo lo propio con el brigadier Gabriel Montero y con los coroneles Moisés Retamal y Guillermo Vargas Avendaño. Al igual que ya había ocurrido con el comandante Durruty, todos los procesados fueron resguardados en el regimiento de Policía Militar N.º 1 de Santiago, todos pidieron de inmediato la excarcelación bajo fianza, y a todos se les concedió sin demora. El monto fijado para cada fianza fue de trescientos mil pesos.

La mosca blanca de ese grupo era el suboficial René Cruces, el típico milico de cuartel que había desarrollado toda su actividad en el regimiento de Ferrocarrileros, desde que ingresó al Ejército en 1953 hasta que se retiró en 1980. Cuando ocurrió el golpe de Estado, Cruces era sargento y se dispuso a hacer lo único que sabía hacer: recibir

órdenes de los oficiales, dar órdenes a los conscriptos y atropellar a los civiles. Lo pusieron a trabajar en la sección de inteligencia, que estaba al mando del Poni Latorre, y en esa condición participó en muchas ocasiones en allanamientos, interrogatorios y palizas, tanto en la jurisdicción de Puente Alto como en otros lugares. Por fuerza, tenía que saber lo sucedido con los uruguayos.

En el 2009 los demás procesados disfrutaban de sus retiros. Tenían buenas pensiones, veraneaban en Viña, iban a Portillo en invierno, y se consideraban a sí mismos respetables vecinos de Las Condes. El viejo sargento Cruces, en cambio, vivía en la calle Los Loros, en Puente Alto. Nunca había sido ambicioso, aunque siempre se manejó con la astucia necesaria para caerles en gracia a sus superiores y obtener de esa manera insignificantes prebendas, que él agradecía con lealtad. También trabajó a partir de 1975 para la policía política del general Contreras, la DINA, pero lo hizo —dicen los expedientes judiciales— «de forma ilegal y reservada». La responsabilidad de René Cruces en el crimen de los uruguayos tuvo que ser relevante. Sin embargo, a pesar de todo logró zafar. Guardó aquel secreto y nunca dijo lo que sabía. La última noticia judicial referida a su persona fue un procedimiento de interdicción por demencia, presentado en el juzgado civil de Puente Alto y sentenciado en noviembre de 2019. Cruces tenía, para esa fecha, 87 años.

La anotación final en el tomo IV del expediente tramitado bajo la dirección del juez Billard es un apunte manuscrito que dice: «Certifico que en esta fecha se hizo entrega de oficio para ser prontuariado a Gabriel Montero Uranga, quien firma para constancia. Santiago, 16 de noviembre de 2009». Debajo de esa frase está la rúbrica del ex boina verde que en su juventud se había hecho pasar por boina negra. Una firma rara, poco elegante, con tres lazos que suben y bajan apenas en el papel y se unen entre sí mediante unas líneas temblorosas. Parece el electrocardiograma de un moribundo.

Así, con una sencilla fórmula burocrática, culminaron las actuaciones de aquella instancia. Ese era el cuaderno de bitácora de toda la navegación. Ahí estaba el pronunciamiento del juez, con un relato bastante pormenorizado de cómo los uruguayos del Cajón del Maipo habían sido perseguidos y capturados, quiénes participaron en

los procedimientos, en qué lugar sucedió cada cosa, dónde y en qué momento se les perdió la pista a los tres desaparecidos.

El agujero negro de las desapariciones seguía allí. Sin embargo, había un universo entero atrapado en esas páginas. Estaban documentados las pruebas obtenidas, los testimonios volcados por decenas de personas, la actuación de la Policía de Investigaciones para localizar e interrogar a quienes podían aportar algo, por mínimo que fuese, al conocimiento de los hechos. Estaban las comparecencias de cada procesado. Estaban las vigilias de los querellantes, de los familiares de las víctimas y sus abogados. Y todo ese universo, construido con palabras, iba a resumirse en la fórmula que consistía en un trámite, una notificación y una rúbrica.

Habrían de pasar otros tres años para que se diera a conocer el fallo de Joaquín Billard, tras un enorme cúmulo de actuaciones de las partes, recusaciones, peritajes, solicitudes en diversas instancias y operaciones mediáticas. Para 2012, tanto en Chile como en Uruguay muchas cosas habían cambiado, pero muchas seguían igual que siempre. Pinochet estaba tan muerto como en el día de su sepelio, Bachelet había completado su primer mandato y el regimiento de Ferrocarrileros no existía más. En Uruguay la justicia logró entrar a los cuarteles para desenterrar algunos cadáveres de desaparecidos, Pepe Mujica era coronado como el presidente más pobre del mundo y el dictador Juan María Bordaberry había fallecido en estado de prisión domiciliaria. En ambos países se realizaban huelgas, se pronunciaban discursos y se repartían promesas: casas para los sin techo, comida para los hambrientos, trabajo para los desocupados, menos impuestos y más servicios, carne barata, fibra óptica.

Para 2012 todo lo nuevo parecía viejo. Fechada en Santiago el 10 de septiembre de ese año, la sentencia dictada por Joaquín Billard detallaba en veinticinco páginas cada una de las actuaciones realizadas desde el primer día del juicio, y daba por acreditada la participación de Mateo Durruty, como jefe del regimiento de Ferrocarrileros, en la detención y desaparición de los uruguayos. De forma sorprendente, Billard señaló en el fallo que «los elementos de cargo no permiten a este sentenciador adquirir la convicción requerida respecto a la participación directa y causal de los demás encartados en la comisión

del delito». Por lo tanto, resolvió la absolución de todos los militares que él mismo había procesado, con la excepción de Durruty, a quien condenó «por su participación en calidad de autor del delito de secuestro calificado en las personas de Ariel Arcos Latorre, Juan Povaschuk Galeazzo y Enrique Pagardoy Saquieres, a contar a finales del mes de septiembre de 1973 hasta la fecha, a la pena de seis años de presidio mayor en su grado mínimo».

Parecía demasiado poco: una bicoca. Treinta y nueve años de desaparición de tres personas se sancionaban con seis años de cárcel «en su grado mínimo» a un anciano. De inmediato hubo apelaciones de la defensa para que se absolviera al condenado, o se modificara la tipificación del ilícito, o se le otorgara una amnistía o, en todo caso, se consagrara la prescripción del delito. Y hubo apelación de los querellantes para que se impusiera una pena más severa, la máxima posible, y para que también se condenara a los otros acusados como culpables de las desapariciones. Uno de los argumentos más potentes establecía las «numerosas falsedades» verificadas en las declaraciones de muchos militares comparecientes, ya fueran acusados o simples testigos.

Se recibieron todos los argumentos y se agotaron todas las instancias. La defensa de Durruty insistió en que, por el hecho de haber sido jefe del regimiento, el comandante no podía asumir la responsabilidad por lo ocurrido. Y los abogados de quienes fueron exonerados en la primera instancia ya habían argumentado el principio de la obediencia debida como tesis central para defender a sus patrocinados.

Después vino el tiempo muerto del tribunal que entendería en las apelaciones. Misteriosos eran los caminos que recorrería el expediente una vez llegado a ese puerto. Aquel barco, que para algunos no podía navegar en aguas tan poco profundas, era como un buque cuya tripulación se encontraba a la espera en la zona, no muy lejos de la dársena, al alcance de una señal: dos pitazos y de nuevo todos a bordo, listos para una nueva navegación. ¿Cuánto tiempo había que esperar? Nadie lo sabía, pues los integrantes del tribunal que estudiaba el caso no tenían una fecha límite para expedirse. Y no mostraban prisa.

Era el tribunal de la segunda sala de la Corte de Apelaciones de

Santiago. Estaba integrado por tres magistrados, y lo presidía el ministro Juan Cristóbal Mera, un hombre muy vinculado a la masonería y de talante ultraconservador. Su padre, Rafael Mera, había sido ministro de la Corte en Valparaíso durante el gobierno de Pinochet. Con esos antecedentes, más sus propias decisiones previas en ese mismo tribunal, los familiares de las víctimas y los abogados querellantes no tenían ninguna expectativa. Los defensores de Durruty y los otros inculpados, por el contrario, echaron las campanas a vuelo pues creían que el fallo iba a ser favorable para ellos. Algunos llegaron a pensar incluso en una absolución completa del propio Durruty. «No hay pruebas materiales», repetían.

El buque de la causa permanecía fondeado en la rada del tribunal de apelaciones y cada cual atendía su propio juego. El tiempo muerto estaba bien vivo para esos militares, pues mientras los reclamos no fueran resueltos ellos seguirían en libertad. La perspectiva, en caso de un improbable pronunciamiento adverso, era apelar ante la Corte Suprema. Después, si la mala suerte continuaba, deberían resignarse y marchar con sus petates al penal de Punta Peuco, una cárcel especialmente construida para los violadores de derechos humanos que resultaran condenados por la justicia.

La posibilidad, si bien no era halagüeña, tampoco resultaba atemorizante. Ubicado en Tiltil, a unos cuarenta kilómetros del centro de Santiago, el penal era un lugar confortable, diseñado especialmente para que los uniformados no sufrieran las privaciones de los presos llamados «comunes». Cuando fue inaugurado en 1995, quien tuvo a su cargo la organización del penal fue Claudio Martínez Cerda —el arquitecto masón enfrentado a Durruty—, que había sido nombrado un par de años antes como Director Nacional de la Gendarmería de Chile.

Claudio Martínez se fue de la institución en 1997, pero esa obra lo sobrevivió largamente. Había en Punta Peuco cuatro módulos separados, cada uno con su respectivo cuarto de estar, una cocina amplia, salón con biblioteca y duchas. Las celdas eran en realidad habitaciones individuales con refrigerador, servicio de Internet, cama de plaza y media, baño privado. Se podían utilizar diversos electrodomésticos, equipos de radio, televisores y computadoras. En el

penal había jardines, canteros con flores y una cancha de tenis. En el verano, los presos más favorecidos instalaban allí sus gazebos, con sillas playeras y barbacoas de metal para agasajar a quienes los iban a visitar. Toda una tropa de gendarmes que estaban, en lo formal, para desempeñar las tareas de custodia y vigilancia, en la práctica se comportaban como el personal de servicio de los presos. Les cocinaban, hacían la limpieza, lavaban sus ropas. A los oficiales encarcelados en el módulo N.° 1 los saludaban cuadrándose y con la venia correspondiente.

El emplazamiento del penal en Tiltil fue leído por algunos como un sarcasmo de mal gusto. Dos siglos antes, allí mismo había sido asesinado Manuel Rodríguez, acaso el más popular y rebelde de los luchadores por la independencia de Chile. O'Higgins lo quería mandar al destierro, y se lo dijo. Le explicó que, de otra forma, iban a tener que fusilarlo. Y así fue. Rodríguez se negó a marcharse y terminó sus días con una bala de arcabuz en la espalda. Muerto de noche y a traición por un grupo de soldados, sus restos nunca fueron hallados. Se tejieron leyendas, cuentos de aparecidos, memorias falsas. Hubo controversias sobre los huesos de un desconocido sepultado en el Cementerio General de Santiago y reclamos de sus descendientes, pero el rastro se perdió una y otra vez. Y justo allí, a tiro de piedra del sitio donde fue ejecutado el guerrillero en 1818, se resolvió acomodar, casi doscientos años después, a un puñado de militares condenados por haber organizado y participado en fusilamientos ilegales, asesinatos por la espalda y otros crímenes.

Por fin, la sirena del buque fantasma lanzó su señal el 23 de mayo de 2014, veinte meses después de haber tocado puerto. El tribunal se había expedido. Cada uno acudió al llamado y ocupó su puesto. Sin importar el resultado, no era un fallo que fuera a estremecer a la opinión pública. Mateo Durruty no era el Mamo Contreras, ni el regimiento de Ferrocarrileros había sido Villa Grimaldi. Sin embargo, hay ocasiones en que lo grande se descubre en lo pequeño. La decisión de los magistrados sería de enorme significación en muchos juicios posteriores. Lo que en el fondo volvía a dirimirse en la segunda sala de

la Corte de Apelaciones de Santiago era si un jefe militar debía hacerse siempre responsable de lo ocurrido bajo su mando, y si los subordinados podían alegar siempre la obediencia debida como eximente del delito cometido. Ahí estaba el fallo, once páginas a doble espacio, tres mil seiscientas quince palabras, tres muchachos desaparecidos cuarenta y un años antes.

Tanto tiempo después, resulta imposible establecer con precisión quiénes se hallaban esa tarde en la puerta de salida del estadio. Tampoco se ha logrado esclarecer el mecanismo que permitió el rescate. Cada protagonista tiene su propia historia, a menudo discordante con las otras. Los prisioneros uruguayos que iban a ser liberados han brindado distintas versiones, todas avaladas por la autoridad que les otorga el haber estado en el lugar de los hechos: unos dieron unos nombres, otros dieron otros. Hubo quienes no recordaron nada o casi nada, y quienes dijeron estar cien por ciento seguros de cómo fueron las cosas en cada momento.

En varias ocasiones Julio Baraibar ha asegurado que Belela Herrera fue figura principalísima aquella tarde, pero la propia Belela lo niega, y atribuye el error a una confusión del testigo. Sin embargo, ella no ha querido revelar dónde se encontraba en ese momento, aunque admite que sí, que estaba «por ahí, en la vuelta» y que su tarea tenía «mucha vinculación» con el operativo de liberación de los uruguayos.

Lo mismo sucede con la presencia del embajador sueco. De acuerdo a la minuciosa investigación de Pascale Bonnefoy, Edelstam no estaba presente en el momento de la liberación de los uruguayos, sino que había enviado a un representante, el señor Bengt Oldenburg, con la lista de quienes debían ser puestos en libertad. Pero varios de los que fueron rescatados ese día han asegurado que el embajador sí estaba, y brindaron detalles de la actividad desplegada por Edelstam en ese momento. Barreiro lo recuerda plantado junto a la puerta de salida, y Baraibar aseguró que incluso pudo hablar con él. Socorro y Gonzalo no han sido capaces de reconstruir el momento.

La lista de los uruguayos que debían quedar libres es otro de los puntos en discordia. Una versión indica que la misma fue el resultado

de una serie de reuniones, la última de ellas celebrada entre el embajador sueco y el ministro del Interior del régimen, el general Bonilla. Otra asegura que se trató de una transacción de Edelstam con el primer director de Extranjería del campo de prisioneros, el mayor Carlos Meirelles, y que su sucesor, el mayor Mario Lavanderos, apenas si cumplió con lo estipulado previamente. Una tercera versión combina la astucia diplomática de Edelstam con el soborno a los policías de Investigaciones que hacían el trabajo burocrático en el estadio, soborno logrado gracias a la colaboración del narco Adolfo. Y hay todavía una cuarta versión, la menos factible de todas, que detalla una falsificación de esa lista por parte del propio embajador de Suecia, con sellos oficiales chilenos y firmas de jerarcas que le daban aspecto de auténtica.

Esas imprecisiones y vaguedades —y otras muchas, omitidas por unos y analizadas en detalle por otros, antes y ahora— expresan con singular claridad el fenomenal impacto que la experiencia del campo de prisioneros tuvo en todos los participantes del episodio. Por supuesto que para los presos fue así, pero también lo fue para quienes bregaron de distintas maneras por salvar vidas en aquellas semanas. A veces, una simple conversación telefónica desarrollada de forma apacible a ambos lados de la línea, podía significar la libertad o la muerte de alguien; a veces, una cena entre personas distinguidas del ambiente diplomático se saldaba, después de los postres, con la negativa a concederle asilo a un perseguido, que en los hechos implicaba una dura sentencia.

Para todos los involucrados fue una experiencia perturbadora, y ninguno de los que participó en las negociaciones, ya fuera de cerca o de lejos, salió indemne. Algunos dejaron la piel en esas semanas frenéticas, y tal entrega acabó por costarles el matrimonio, la salud, el trabajo y hasta la vida. La argentina Josefina Prytyka lo expresó con dos palabras que transmiten la hondura dramática de aquellas jornadas: «Fue enloquecedor».

La consigna era que salían todos o no salía ninguno. Harald Edelstam negoció durante una semana larga, con la ayuda de Belela

Herrera y otros diplomáticos, la salida de los cincuenta y ocho uruguayos que estaban presos en el estadio. Lo hizo con el primer director de Extranjería, el mayor Meirelles, y luego con quien lo reemplazó, el mayor Lavanderos. Pese a que el jefe del campo era contrario a la liberación de ocho de los recluidos porque estaban a disposición de tribunales militares, el acuerdo último fue ese: se irían todos.

Aunque nadie sabía bien cómo se implementaría la salida del recinto, ya estaba pactado que en la puerta misma de la escotilla serían recibidos de manera formal por dos funcionarios de la legación uruguaya. Luego, en la explanada exterior del estadio, los recién liberados serían entregados al gobierno sueco, representado por su embajador en Chile. De inmediato todos serían trasladados a un edificio con inmunidad diplomática.

A partir de los testimonios, con bastante seguridad puede decirse que esa tarde en el estadio estaban presentes, además de Edelstam, la cónsul uruguaya Irma Saldías, la argentina Josefina Prytyka y el agregado militar de Uruguay, el coronel Aranco. A Edelstam lo acompañaba el señor Oldenburg, quien había llegado unos días antes desde Buenos Aires. En el patio exterior ya se encontraban los ómnibus que debía trasladar a los liberados y varios automóviles con matrícula diplomática, todos vigilados de cerca por los soldados a cargo de la custodia perimetral de esa zona. Próximo a la escotilla por donde debían salir los prisioneros se había estacionado el Volvo color marfil del embajador sueco. En su interior, un funcionario de esa legación filmaba clandestinamente todo lo que ocurría.

Si no pasaba nada raro, los ocho uruguayos marcados para ser puestos a disposición de la justicia militar chilena se irían con el resto. Para eso Baraibar había sobornado a los dos oficinistas que manejaban las listas de presos: cincuenta dólares en efectivo y las llaves de varios apartamentos arrendados en Santiago, de donde los tipos podrían llevarse muebles, electrodomésticos y todo lo que quisieran. Quizá nada anómalo ocurriese, aunque la incertidumbre, cultivada con esmero por los militares chilenos en todos los ámbitos, llevaba a pensar que muchas cosas extrañas podían suceder: se trataba de efectuar con la mayor discreción posible un operativo de rescate. El

procedimiento se había postergado un día a último momento, y luego otro día más, y otro, sin que nadie tuviera claro el motivo de esos retrasos. Por fin, el martes 16 de octubre los uruguayos fueron llamados por altavoces para reunirse en el área de la administración del campo, y de allí marcharon, escoltados por varios soldados, hacia una de las salidas.

Era un corredor de unos veinte metros de largo y luego un túnel que iba desde ese pasillo hasta el exterior. En el extremo del pasillo había una mesa y tres sillas. Ahí se hallaban, ya sentados y dispuestos para la tarea, los dos oficinistas sobornados por Baraibar. No llevaban uniforme, y su pose burocrática les daba el aspecto de simples empleados. Parados detrás se encontraban varios oficiales. También de pie, un poco más apartados, estaban Harald Edelstam, Josefina Prytyka y el mayor Lavanderos, jefe de la sección Extranjería del campo. Afuera, en el área del estacionamiento, se veían los ómnibus con sus puertas ya abiertas.

Edelstam era un tipo delgado, alto y de maneras elegantes. Iba vestido con un terno color arena, y parecía un príncipe. Josefina, menuda y vivaz, recorría con la mirada aquel tugurio sin disimular la desconfianza. A sus treinta y nueve años, con una larga experiencia en el ambiente de las organizaciones internacionales, ella conocía todas las mañas y se las arreglaba para sortear todos los peligros. Un poco separado se hallaba el coronel Aranco, quien actuó en todo momento con seriedad y comedimiento. A su lado, imperturbable, el mayor Lavanderos. Joven, adusto, con su tenida de combate y revólver al cinto, hacía el papel de fiscal general del operativo. Casi al final del pasillo se ubicaron el sueco Oldenburg y la cónsul uruguaya. A ese grupo se agregó prontamente Julio Baraibar, el delegado de los detenidos. La delgadez de aquel cuerpo era subrayada por su estatura. Baraibar medía 1,90 y en treinta días de encierro había perdido veinticinco kilos.

Primero llegaron los hombres desde el sector de la marquesina, y unos minutos después las mujeres, llevadas desde el vestuario de la piscina donde habían estado encerradas. Hubo murmullos, saludos, mínimos gestos de alegría. Hicieron una fila y los contaron a todos en voz baja: cincuenta y ocho. Después llegaron, por otro pasillo, trece

ciudadanos bolivianos. El aspecto de los detenidos era patético. Todos estaban débiles y en andrajos, algunos con marcas visibles de golpes y tajos en el rostro. Varias de las mujeres, cuando llegaron al pasillo y se encontraron con aquel grupo de bichicomes, no pudieron contener el llanto, quizá porque vieron en sus compañeros, como en un espejo, la calamidad de sus propios sufrimientos y privaciones. A Baraibar aquellas lágrimas lo pusieron nervioso, pues sabía que el acuerdo alcanzado era de una fragilidad extrema, y que cualquier desborde emocional, ya fuera un grito o un insulto, podía desbaratar la operación. Ni siquiera imaginaba qué actitud iba a asumir Lavanderos.

Ahí estaba Socorro con todo su miedo, de la mano de Cristina. A pocos pasos de ellas se encontraba Daniel y, un poco más lejos en la fila, Gonzalo con su aspecto de niño menesteroso. Entre los uruguayos presos había estudiantes, artesanos, revolucionarios profesionales, bailarines, religiosas consagradas, un exjugador de fútbol, un violinista, un mafioso, un actor de teatro. Era imposible prever las reacciones de cada una de esas personas al estar allí, a un paso de la libertad, después de vivir en una prisión en la que mataban gente todos los días.

Los dos oficinistas sobornados debían comportarse a la perfección. Iban a controlar los nombres de la lista y no podían realizar ningún comentario o gesto que generara sospechas. Nadie supo nunca si Edelstam, a su vez, había hecho lo mismo o algo similar con Lavanderos o con su antecesor Meirelles, pero la causa de aquellas repentinas postergaciones para la salida quedó clara en cuanto la fila comenzó a moverse: ese día el coronel Espinoza no estaba en el estadio y Lavanderos actuaba con las manos libres.

En un gesto que la pinta de cuerpo entero, un momento antes de iniciarse el procedimiento Josefina Prytyka dio dos pasos y se sentó en la silla que quedaba libre entre los oficinistas, destinada presuntamente al jefe de Extranjería. Lavanderos no dijo nada, Edelstam sonrió y ella se dispuso a controlar, segundo a segundo, aquel sencillo trámite del que dependía la vida de los presos y, también, las de los demás presentes. El peligro era real porque no había norma ni ley ni protección diplomática que no hubiera sido violentada por los militares. Un movimiento en falso y todos podían

terminar ametrallados.

Era simple: uno de los oficinistas diría en voz alta el nombre del prisionero, este saldría de la fila y, al pasar por delante de la mesa, su nombre sería marcado con una cruz. La señora Prytyka anotaría cada nombre. El beneficiado se iría caminando hacia uno de los ómnibus estacionados a no más de veinte metros, aún dentro del perímetro alambrado del estadio. Afuera había más soldados, un nido de ametralladoras protegido con sacos de arena, y varios carabineros con perros apostados en las cercanías. Todo iba bien, hasta que Lavanderos observó en la fila a Barreiro. Se encontraba muy lastimado, el deterioro de su estado era notorio, y entre dos de sus compañeros lo ayudaban a mantenerse de pie. Lavanderos fue tajante:

—Ese no sale.

Baraibar se alarmó:

—¿Cómo que no sale?

Edelstam comenzó a protestar de inmediato. Los demás guardaban silencio. Era evidente que las marcas de las torturas en el cuerpo de ese prisionero serían una prueba irrefutable de lo que sucedía en el estadio. Debían esperar a que se recuperara para liberarlo. Los funcionarios miraron a Lavanderos, quien negó con la cabeza. Bengt Oldenburg protestó con vehemencia, parte en español y parte en sueco. Josefina Prytyka expresó su disgusto, y dijo que era inadmisible no cumplir con lo ya acordado.

—El derecho internacional sigue existiendo —dijo el embajador.

—Va a salir —le respondió Lavanderos en un tono conciliador—. Ese prisionero va a salir, pero no ahora. Tenga un poco de paciencia. Él se queda, y si usted no está de acuerdo, los regresamos a todos a sus lugares de reclusión y terminamos con esto.

Fue la señora Prytyka quien le preguntó a Baraibar qué opinaba. Todo pendía de un hilo. Una situación demasiado volátil como para prolongarla. Baraibar consultó con el propio Barreiro y luego, al vuelo, con los demás uruguayos que estaban en la fila. La respuesta de estos fue unánime:

—O todos o ninguno.

Barreiro no estuvo de acuerdo. Era preferible que salieran todos menos él a que no saliera nadie. En el lugar se aposentó un silencio

agorero. Baraibar consideró inapropiado realizar cualquier comentario, y Lavanderos carraspeó como para indicar que el asunto debía resolverse sin más demora. Después se puso las manos a la espalda y formuló la pregunta:

—¿Y bien?

Alguien le respondió desde la fila:

—O todos o ninguno.

Lavanderos se encogió de hombros, dio unos pasos y se plantó frente a la mesa colocada en el pasillo. Ya estaba decidido. Entre dos soldados se llevaron de nuevo a Barreiro hacia el interior del estadio. Después, el mayor les hizo una seña con la cabeza a los dos oficinistas para que abandonaran el lugar. Ellos recogieron los papeles y comenzaron a incorporarse. Entonces se escuchó una voz de mujer:

—Un momento.

Para sorpresa general, el fallo de la apelación fue condenatorio de todos los encartados con la excepción del sargento René Cruces, a quien se le concedió el sobreseimiento y regresó muy tranquilo a seguir con las rutinas de jubilado en su casa de la calle Los Loros. Contra el pronóstico de uno de los abogados defensores, aquel buque no había encallado, y a partir de ese momento comenzaba a navegar por aguas profundas. Los oficiales responsables del cuartel de Puente Alto recibieron un duro revés, aunque fue con el voto en contra del presidente del tribunal, Juan Cristóbal Mera, quien se inclinó de forma vehemente por mantener la resolución del juez Billard en todas sus partes.

Esa sentencia de segunda instancia podía llegar a ser revocada por la Corte Suprema, pero en los hechos colocaba una lápida sobre cada uno de los oficiales: «Con el mérito del estudio pormenorizado de las piezas de autos, se concluye más allá de toda duda razonable que todos los imputados tuvieron participación en el secuestro, tortura y desaparición de los tres ciudadanos uruguayos».

El tribunal cortó grueso: «Se revoca la sentencia en aquella parte que absuelve a los encartados Uriarte, Montero, Martínez Benavides, Retamal y Vargas Avendaño, y en su lugar se los condena como

autores de los delitos de secuestro calificado de Ariel Arcos, Juan Povaschuk y Enrique Pagardoy, hecho ocurrido a partir de finales del mes de septiembre de 1973, hasta la fecha, a la pena de seis años de presidio mayor en su grado mínimo, y accesorias legales de inhabilitación absoluta perpetua para cargos y oficios públicos y derechos políticos, la de inhabilitación absoluta para profesiones titulares mientras dure el tiempo de la condena, y al pago de las costas de la causa. Atendida la extensión de la pena impuesta a los sentenciados, no se les concede ningún beneficio establecido en la ley, sirviéndoles de abono el tiempo que permanecieron privados de libertad según consta en autos. Se confirma la sentencia apelada en aquella parte en que condena a Mateo Durruty Blanco a la pena de seis años de presidio mayor en su grado mínimo y accesorias legales como autor del delito de secuestro calificado de Arcos, Povaschuk y Pagardoy».

Tampoco era mucho para los querellantes y los familiares de las víctimas. Los criminales la habían sacado barata. Se consideró una victoria que la justicia hubiera reconocido la existencia de por lo menos seis oficiales del Ejército responsables de aquellos hechos, pero se opinó que las sanciones eran demasiado benévolas. La cuenta seguía siendo la misma, más el incremento del tiempo transcurrido desde el fallo de Billard: tres muchachos desaparecidos durante cuarenta y un años valían seis condenas de seis años cada una, todas en suspenso hasta que se pronunciara la Corte Suprema.

Pese a las objeciones, aquel documento era importante, porque en varios pasajes se pronunciaba sobre cuestiones que, tantos años después de la dictadura, aún estaban a flor de piel en la sociedad chilena. Una de ellas, acaso la más delicada, tenía que ver con el argumento de la obediencia debida en las Fuerzas Armadas, según el cual los subalternos debían cumplir siempre y en todo momento las órdenes dadas por un superior. El tribunal, por el contrario, señaló que «la situación que previene el artículo 212 del Código de Justicia Militar no es aplicable, por cuanto si el inferior que ha recibido la orden sabe que dicha actuación tiende notoriamente a la perpetración de un delito, podrá suspender el cumplimiento de tal orden».

Era un tema lleno de espinas y rencores. Seis años antes, en febrero

de 2008, el general Gonzalo Santelices, quien estaba al mando de la Guarnición de la Región Metropolitana, tuvo que renunciar a su carrera militar tras ser acusado de participar en catorce asesinatos cometidos en 1973, durante la llamada «caravana de la muerte». Santelices se fue del Ejército, pero no se quedó callado. A los periodistas les dijo que renunció porque entendía que había una injusticia básica en esa trama de la cual, supuestamente, era víctima: «Tras el golpe de Estado era impensable para nosotros, como subtenientes recién egresados, desobedecer las órdenes de un superior. La pena para eso era la muerte por fusilamiento».

El dilema planteado por el general Santelices tuvo la virtud de ser cristalino. Así habían ocurrido los hechos en el Chile de Pinochet: si un joven oficial desobedecía las órdenes el muerto era él, y si las obedecía los muertos eran otros. Sergio Laurenti, quien era director de Amnistía Internacional, le respondió de inmediato: «La obediencia debida es inadmisible como defensa». La presidenta Bachelet trató de ponerle paños fríos al debate a través de su ministro general de Gobierno: «No estoy de acuerdo con la tesis de la obediencia debida, pero en aquel tiempo estos oficiales eran muy jóvenes y debían cumplir las órdenes. De lo contrario sus vidas corrían peligro». Para avivar aún más la discusión, la comisión de Derechos Humanos de la Cámara de Diputados le envió un oficio al ministro de Defensa en el que manifestaba la inconveniencia de que Santelices siguiera en las filas del Ejército. Con todas las cartas sobre la mesa, a Santelices no le había quedado otra salida que pasar a retiro.

Su situación no era excepcional. En pleno siglo veintiuno, diecisiete años después de la dictadura, eran cientos los altos oficiales que, en su juventud, habían participado en asesinatos, desapariciones y torturas. Unos pocos habían sido juzgados y condenados, muchos pasaron por procesos de investigación que no culminaron en sentencia, y la mayoría jamás debió rendir cuentas. Continuaron con sus carreras militares y se convirtieron en oficiales superiores, en importantes jefes con mando de tropa y hasta en generales de primera línea.

El episodio de Santelices tuvo múltiples repercusiones y en realidad no se saldó nunca, así que en 2014 el pronunciamiento del tribunal de apelaciones sobre los oficiales de Puente Alto lo que hizo fue subrayar

una vez más el equívoco de aquel argumento tan extendido de la obediencia debida. Todos los condenados presentaron escritos ante la Corte Suprema, aunque sus abogados sabían que esas peticiones de revisión de las sentencias serían rechazadas, pues los agravios a estudiar en tal instancia debían estar relacionados con la rectitud de los procedimientos jurídicos y no con los asuntos ventilados en el juicio. El recurso de casación le impedía a la Corte remover los hechos del pleito.

Sin embargo, había un beneficio extra que a esos viejos militares les resultaba de enorme utilidad: el tiempo. Mientras no hubiera un pronunciamiento definitivo de la Corte Suprema ellos conservarían la libertad. Y la Corte solía ser lerda para pronunciarse. En ese sentido, las edades de varios de los condenados aportaban peso propio a la decisión: Mateo Durruty tenía 84 años, Martínez Benavides 79 y Lander Uriarte 78. Los tres acreditaban problemas de salud tanto físicos como mentales, y habían sido sometidos a diferentes evaluaciones por parte del Instituto Médico Legal, con resultados inciertos o no concluyentes.

Los benjamines del grupo eran Guillermo Vargas Avendaño, que tenía 65 años, Gabriel Montero con la misma edad y Moisés Retamal, quien al momento de apelar ante la Corte tenía 64 años. Más allá de las diferencias, esa era la movida para todos: seguir en libertad y dejar que el tiempo corriera. Luego deberían hilar fino con el asunto de la senectud y sus correspondientes dolencias. Después se vería.

El coronel Durruty tomó sus previsiones. Dijo que las piernas no le respondían y que se le olvidaban hasta los nombres de sus nietos. Comentó que un médico lo tenía certificado por haber sufrido varios microinfartos cerebrales, y que eso era un asunto grave. Pidió que le hicieran estudios, y proclamó que siempre había sido «un hombre recto y justo». Alguien le sugirió el nombre de un especialista con muchos lauros, que tenía consulta en el Hospital Militar. Un psiquiatra de confianza, le dijeron. El exgobernador no se mostró muy entusiasta: ya lo había intentado unos años antes y la conclusión del especialista fue decepcionante: «Sin enfermedad mental, demencia o daño orgánico cerebral significativo. Olvidos benignos de senescente normal».

Pero en 2014 la situación era muy distinta, porque el Director del Hospital Militar de Santiago era el general de brigada Juan Durruty Ortúzar, uno de sus hijos. Se trataba de un hombre con larga trayectoria en las Fuerzas Armadas: había ingresado en 1983 como capitán de Sanidad y médico cirujano. Luego se especializó en Traumatología, se tituló en Ciencias Militares por la Academia de Guerra del Ejército, obtuvo el grado de coronel en 2008 y el de general en 2013. Para el año 2014 integraba el Alto Mando y era director general del hospital.

Su padre tiene que haber entendido que tal posición podía llegar a serle de gran utilidad. Mientras, debía aguardar el pronunciamiento de la Corte Suprema y hacer todo lo posible para desacreditar el proceso judicial en su conjunto, desde el mismo comienzo. Eso lo podrían hacer sus abogados, pero también los abogados de la contraparte, así que era necesario andarse con cuidado. El tiro podía salir por la culata.

El proceso había padecido múltiples trastornos, omisiones y errores de procedimiento, y eso era tentador. En una misma bolsa cabían la remoción del juez Calvo, la tardanza en ubicar testigos, la nula colaboración de las Fuerzas Armadas, los testimonios discrepantes, las fracturas en la cronología de los hechos, la impunidad con la que mintieron encausados y testigos, y hasta la desobediencia del principal implicado a la hora de cumplir con las limitaciones de su libertad provisoria. Quince años después de iniciada la causa, en Chile la justicia transicional seguía vivita y coleando. Aquel «animal travieso al servicio de los poderosos» aún se mostraba enérgico. Iba y venía, daba saltos por los pasillos del remozado Palacio de los Tribunales, se metía en los despachos, abría los cajones de los magistrados, susurraba al oído de las ilustrísimas señorías. Un animal que cada tanto, por si acaso, mostraba los colmillos: «Miren que muerdo».

Tal vez por eso, a lo largo del juicio habían aparecido torpezas inexplicables en la investigación, que obstaculizaron la búsqueda de la verdad: a Mateo Durruty el magistrado ni siquiera lo apercibió por no cumplir con su obligación de firmar periódicamente el libro de excarcelados; a Lander Uriarte no se le preguntó por sus labores de Inteligencia en el regimiento, ni por el falso ataque terrorista del día 12 de septiembre que él supuestamente había contribuido a repeler; a

la esposa de Durruty, la abogada Lucía Ortúzar, no la citaron a declarar, pese a que ella tenía su domicilio en la «casa fiscal» ubicada en el cuartel, podía ser una testigo relevante y estaba apta para brindar testimonio; al sargento Juan Urbina no se le preguntó por las misiones en helicóptero al Cajón del Maipo junto con Gabriel Montero, ni por su trabajo en la sección de Inteligencia del regimiento; a Gabriel Montero no se le preguntó si era verdad que Martínez Benavides le había ordenado fusilar a los uruguayos, y si él había cumplido con lo ordenado por su superior; a Martínez Benavides no se le preguntó si había dado esa orden o no la había dado, y si la misma se había cumplido o no; a Vargas Avendaño no se lo inquirió por las directrices de inteligencia que recibía, de forma cotidiana, de su jefe de batallón; al general Manuel Contreras nunca se lo citó a declarar para que explicara de dónde había obtenido la información sobre los tres uruguayos, a los que él situaba como «lanzados al río Maipo en el Cajón del Maipo» el 29 de noviembre de 1973. Y si ese dato se presumía falso, tampoco se realizó ninguna diligencia en el cementerio Bajos de Mena, emplazado a dos kilómetros del regimiento, pese a que existían notorios antecedentes de personas ejecutadas por esas fechas y sepultadas allí como NN. Si el proceso judicial tenía como eje la desaparición de los tres uruguayos, hubiera sido lógico que el tribunal ordenara su búsqueda, ya fuera que estuviesen vivos o muertos. Pero nada de eso se hizo.

Aquella era la situación cuando los recursos de casación llegaron a la Corte Suprema. Junto con los montones de mentiras dichas durante el juicio, había algunas verdades que de por sí soportaban todo el peso de las condenas. No parecía probable que esos fallos pudieran ser revocados porque no existía una argumentación razonable para desarrollar: los tres uruguayos ingresaron al cuartel y de allí desaparecieron para siempre. De cualquier manera y, perdidos por perdidos, los abogados de Durruty ensayaron una última maniobra para librarlo de la cárcel.

Los segundos transcurrían muy rápido para unos y muy despacio para otros. Y, con cada segundo que pasaba, aquella indefinición se

tornaba más peligrosa. Desde el pórtico de acceso los prisioneros alcanzaban a ver la explanada, el sendero que llevaba hacia el exterior y, un poco más lejos, del otro lado de los alambrados, el tránsito que circulaba por la avenida Grecia. Era como mirar un planeta lejano lleno de vida. Automóviles que iban y venían, buses cargados de gente, un vendedor ambulante parado en la acera, el sol que se reflejaba en los carteles indicadores. Varios presos confesaron después que en ese momento los había embargado una profunda melancolía, al comprobar que todo continuaba igual que antes y que el paisaje era el mismo, como si nada hubiera ocurrido, como si ellos no estuvieran ahí, entre la vida y la muerte.

La porfía de Lavanderos para impedir que Barreiro saliera en libertad y la de los cincuenta y siete presos restantes para reclamarla amenazaban con salirse de control. Uno de los prisioneros recuerda que algunos soldados comenzaron a moverse inquietos, al tiempo que se acomodaban las cananas y tanteaban los cargadores. Eran señales de impaciencia y nerviosismo. Y un grupo de soldados impacientes y nerviosos, metidos en un recinto como ese, solo podía despertar preocupación: armados con fusiles automáticos, casi todos eran jóvenes sin experiencia, y ninguno de los oficiales sabía bien si lo que allí sucedía estaba autorizado por la jefatura. El mayor Lavanderos, a cargo del procedimiento, se hallaba presente y todo se hacía bajo su supervisión, pero el coronel Espinoza, que era la autoridad máxima del campo, no estaba.

A pesar de la tensión provocada por la negativa de los presos a marcharse del estadio sin uno de sus compañeros, Lavanderos podría haber seguido con el trámite sin muchas complicaciones. Sin embargo, es probable que la ausencia de Espinoza haya pesado en su evaluación de los hechos. Y quizá fue por ese motivo que decidió cancelar el proceso de liberación de los uruguayos. Entonces, justo cuando les ordenó a los dos oficinistas que recogieran los papeles y se levantaran de la mesa, se escuchó aquella voz de mujer:

—Un momento.

Todo quedó en suspenso durante varios segundos. Quien había hablado era Josefina Prytyka. Se notaba su desesperación ante el fracaso de ese operativo de rescate, y su miedo por el futuro de los

prisioneros. Sin embargo, con gran presencia de ánimo ella se apartó de la mesa y caminó unos pocos pasos hasta quedar cerca de los presos. A su vez, se cuidó de que Lavanderos y los demás oficiales pudieran entenderla con claridad. Les habló a los detenidos en voz alta para referirse a la situación de Barreiro.

—Lo mejor es que se vayan —dijo—. Yo juro ante todos ustedes que a ese hombre lo voy a cuidar personalmente. Y les prometo que lo voy a sacar de aquí tan pronto como sea posible.

Hubo un silencio, un momento de duda y enseguida un murmullo. Alguien advirtió:

—O se van ahora o no se irán nunca.

Otra vez, el clima en el grupo fue, durante un par de minutos, muy volátil. Se pudo oír, incluso, un insulto dicho entre dientes por una de las presas. Aunque Barreiro figuraba en la lista manipulada por los oficinistas, él era uno de los ocho uruguayos vetados por Espinoza porque debían pasar a la justicia militar, al igual que Daniel Fernández, el séptimo integrante de la patrulla perdida en el Cajón del Maipo. De acuerdo a los informes, esos ocho serían presentados ante un consejo de guerra para ser juzgados por delitos de terrorismo. Pintaba mal, pero la promesa de la funcionaria internacional modificó los pronósticos, pues ella acababa de juramentarse ante los prisioneros, ante autoridades diplomáticas suecas y uruguayas, y ante el propio Lavanderos, quien en ese momento actuaba como si fuera el jefe militar de la plaza. Hubo un largo silencio.

Finalmente, el procedimiento de liberación de los detenidos continuó. En poco más de diez minutos todos, hombres y mujeres de nacionalidad uruguaya y boliviana, ya estaban arriba de los ómnibus. Lavanderos se despidió de los funcionarios diplomáticos y se retiró con sus hombres del lugar. Los oficinistas recogieron sus papeles y se fueron. Los últimos en irse del estadio fueron Harald Edelstam y Josefina Prytyka. Los ómnibus, con cincuenta y siete pasajeros uruguayos y trece bolivianos, salieron despacio por avenida Grecia, y luego doblaron por Pedro de Valdivia para abandonar Ñuñoa rumbo a Vitacura.

Y esa podría ser la escena final de una película sobre el operativo de rescate: unos ómnibus cargados de hombres y mujeres que han ganado

la libertad y que, con algarabía, festejan entre abrazos y cantos. Se ve el rostro sonriente de Socorro, ella besa a Daniel; Gonzalo y Cristina baten palmas. Todo es alegría. Corte. Plano panorámico, la cámara gana altura y la imagen muestra la avenida y la caravana que se aleja. En la pantalla aparecen, al fondo, las cumbres nevadas de la cordillera de los Andes. Paisaje majestuoso, música emotiva. Corren créditos y se encienden las luces de la sala. Fin.

Pero no era una película. No era el fin y nada fue de esa manera. Después que los uruguayos abandonaron el estadio, ocurrieron hechos gravísimos que no pueden omitirse porque no deben olvidarse. A la mañana siguiente, el 17 de octubre, a una hora que no se ha precisado, el coronel Espinoza llegó a la comandancia del campo de prisioneros y allí fue informado de las novedades del día anterior. Entre muchas, figuraba la liberación de ciento setenta y cuatro personas. En ese total había extranjeros de Bolivia y Uruguay. Era una cifra normal para un día normal: en una jornada de trabajo solía ser más o menos así. Se daba ingreso a cien o ciento veinte arrestados y salían doscientos o un poco menos. El flujo de gente era constante y dificultaba los controles administrativos.

Pero cuando Espinoza se puso a analizar las listas de los extranjeros dejados en libertad, descubrió que, de los ocho uruguayos marcados para pasar a la justicia militar, siete se habían ido junto con el resto. Deberían haber salido cincuenta y habían salido cincuenta y siete. La hoja con la relación de nombres estaba firmada por un funcionario de Investigaciones de la Policía, y al lado una rúbrica que, quizá, fuera la del nuevo jefe de la sección Extranjería, el mayor Lavanderos.

A partir de ese momento es poco lo que se sabe sobre el asunto. Lavanderos se reunió con Espinoza, concluyó su jornada de trabajo, pasó por el archivo de la sección Extranjería a las 20 horas y luego se retiró del estadio. Su chofer lo llevó al centro de la ciudad, a un edificio contiguo a la Academia de Guerra, donde pernoctaba. Tenía treinta y siete años, era soltero, alumno de tercer año de la academia y con todas las posibilidades de llegar al grado de teniente coronel en 1974. Antes de ser destinado a Santiago, había sido jefe de una compañía de cazadores en Arica.

Esa noche, sobre las 21:30, Lavanderos ingresó al casino de oficiales

de la academia para cenar, y allí compartió mesa con el teniente coronel David Reyes, de quien era amigo, y con los mayores Fernando Hormazábal y Emilio Moraga. Sobre las 23 horas Hormazábal y Moraga se retiraron del recinto, y Lavanderos quedó en compañía de Reyes, que acababa de ser nombrado jefe de Operaciones Psicológicas del Estado Mayor. Según testigos, durante la velada hubo una discusión entre ambos. Reyes había bebido varias botellas de vino. A las tres de la madrugada, cuando solo quedaban ellos dos en el casino y el mozo que los atendía ya estaba durmiendo debajo del mostrador, el comandante Reyes desenfundó su pistola Browning, la apoyó en la boca de su amigo y disparó. La muerte de Lavanderos fue instantánea.

La noticia corrió rápido, a tal punto que al día siguiente en la tarde el embajador Edelstam fue avisado del asunto por un coronel del Ejército. Poco después se lo informó, de manera discreta, a Julio Baraibar. La versión oficial indicaba que Lavanderos se había suicidado. Todos los uruguayos estaban alojados en un edificio de la avenida Alonso de Córdova, donde antes funcionaba la oficina comercial de la legación cubana, ahora bajo bandera sueca. Transido, Edelstam también le comunicó a Baraibar que los dos oficinistas sobornados en el estadio habían sido fusilados, y que los salvoconductos entregados a los cincuenta y siete uruguayos quedaban revocados. La situación pasó de la alegría por la libertad obtenida, a la incertidumbre acerca del futuro. Al transmitir la conversación con ese coronel, el embajador no le ocultó ningún detalle a Baraibar. Pidió que nadie se asomara a las ventanas del edificio porque desde afuera podían dispararles.

—Los militares están muy enojados —dijo con preocupación—. Me aseguraron que ustedes nunca van a salir de Chile. Que se van a pudrir acá.

XIII

«Después de conversaciones con el Representante Regional para América Latina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, llegamos a un acuerdo general y plenamente satisfactorio al aceptar su cooperación en las soluciones prácticas que pueden presentarse con los refugiados que se han acogido a la hospitalidad chilena».

Ismael Huerta, canciller de Chile, discurso ante la onu, Nueva York, 9 de octubre de 1973

«En los casos contemplados en el Art. 418 del Código de Justicia Militar, como tiempo o estado de guerra, y cuando así lo requieran los altos intereses de la seguridad del Estado, el Gobierno podrá disponer la expulsión del país de extranjeros o nacionales, por decreto fundado que llevará las firmas de los Ministros del Interior y de Defensa Nacional».

Decreto Ley n.° 81, 11 de octubre de 1973. Augusto Pinochet, presidente de la Junta de Gobierno

Mientras los ómnibus con cincuenta y siete uruguayos y trece bolivianos se alejaban del estadio por la avenida Pedro de Valdivia, el prisionero Barreiro iba escoltado por dos soldados rumbo a los sótanos. Con varias paradas intermedias, lo hicieron recorrer pasillos y túneles, y luego bajar por unas escaleras de concreto hasta un lugar que él recuerda por su lobreguez:

—Era una catacumba.

Ahí quedó, junto a un grupo de detenidos de otras nacionalidades, todos lastimados y hambrientos, en una habitación más bien pequeña, con deficiente ventilación y en penumbras. Debía dormir en el suelo, aunque durante el día lo hacían salir a una de las tribunas. En las gradas, y pese a la manta con la que le ordenaban cubrirse la cabeza, igual lograba robarle un poco de sol a los centinelas y respirar mejor que abajo, en los subsuelos. Eso resultaba especialmente reconfortante cuando el viento soplaba desde el este y hasta el estadio llegaban los aires de la cordillera. Con la brisa se podía fantasear: en ocasiones se olía la tierra húmeda, las flores de los jardines, aromas que eran inventados por la imaginación del cautivo.

A Barreiro no lo torturaron más, y eso le permitió recuperarse un poco y evaluar los quebrantos sobre su propio cuerpo, que era lo único que podía hacer para pensar de forma positiva en un futuro que se presentaba, por lo menos, incierto. Estaba muy golpeado, pero la habilidad de los interrogadores había consistido, al parecer, en no quebrarle ningún hueso. En general, los detenidos en el campo de prisioneros del estadio intentaban determinar, tras las palizas y las sesiones de electricidad, las posibles lesiones internas sufridas. Hay decenas de testimonios sobre eso: sangre en la orina, pérdidas en la visión, trastornos del equilibrio, dolores al respirar. Él no tenía ninguno de tales síntomas, que solían ser indicativos de daños severos, pero a medida que avanzaba la desinflamación de sus testículos comenzó a percibir allí un olor pútrido, desagradable e inquietante.

Nada pudo hacer sino esperar, pues solicitar atención médica en el estadio hubiera sido como pedir un pase a la cámara de tormentos. Él

no tenía certeza de lo que sucedía en las oficinas del campo, pero la funcionaria que había prometido cuidarlo cumplió al pie de la letra con su juramento. Josefina Prytyka concurrió diariamente al estadio, siempre acompañada por algún otro integrante del Comité para las Migraciones, y allí molestó tanto como pudo a los jerarcas de la comandancia. Llena de energía y determinación, a los ojos de los militares se volvió una mujer impertinente, y logró arrancarles palabras y promesas casi cotidianas. Le dijeron que el prisionero se encontraba en buen estado de salud y que sería puesto en libertad a la brevedad.

En alguna ocasión la señora Prytyka obtuvo pistas prometedoras respecto a la fecha de liberación del preso que había quedado bajo su cuidado, pero nunca un compromiso oficial al respecto. Al coronel Espinoza logró saludarlo en un par de oportunidades y lo trató con cortesía. Sin embargo, enterada como estaba de la muerte del mayor Lavanderos y de las versiones que hablaban de un asesinato, consideró que lo más atinado era no insistir de forma directa con Espinoza, y hacerlo a través de sus ayudantes. Ella sabía que cada una de esas consultas la colocaba en una situación delicada, acaso peligrosa. Pese a todo, desempeñó su tarea con una responsabilidad sin tacha y unos bríos que sus colegas calificaron de «arrolladores».

La propia Josefina siempre lo recordaba como un momento de gran tensión en su vida: «Fue un período de vivencias extremas, agotadoras. Imposible resumirlas en un par de hojas. Como es imposible también recordar ahora, treinta años después, todos los pormenores de esos acontecimientos que todavía siguen afectando a tantas familias, a tantos seres humanos. El trabajo contra reloj agota. Y cuando están involucradas las vidas de personas, la cosa ya pasa a ser enloquecedora. Las veinticuatro horas del día son insuficientes y hasta en sueños una sigue planificando, recorriendo listas de cosas pendientes, siguiendo mentalmente el correr de las horas para no quedarse en la cama ni un segundo más que lo necesario».

Quien había quedado bajo su amparo no dudó, casi medio siglo después, en considerarla su salvadora. Barreiro pudo soportar los últimos días de encierro porque sabía que lo más probable era que lo dejaran en libertad. Se enteró, por correveidiles del estadio, que «una

alta jerarca de la ONU» iba todos los días a preguntar por su estado de salud. En realidad, Josefina Prytyka no era una alta jerarca, y no trabajaba en la ONU sino en el entonces llamado Comité Intergubernamental para las Migraciones Europeas, el CIME. A partir del 22 de septiembre habían llegado a Chile, procedentes de diversos organismos, decenas de voluntarios que se pusieron a colaborar con ACNUR, como forma de contribuir a resolver la protección de los miles de refugiados perseguidos por Pinochet. En el contingente de internacionalistas llegados a Santiago había gente del CIME, organización para la que trabajaba Josefina.

Un día, alrededor del 23 o 24 de octubre, llamaron a Barreiro por los altavoces y lo condujeron hacia uno de los portones. Él estaba entreverado con la cuenta de las noches transcurridas en su encierro. Por momentos creía que se encontraba allí desde hacía meses, y en ocasiones percibía como que era un recién llegado a esos horrores. Cuando lo colocaron frente a la escotilla de salida pudo ver una camioneta de Carabineros estacionada, con sus puertas abiertas. Hacía calor. Un militar le dijo que iba a quedar libre. Si mientras transitaba por los pasillos subterráneos, flanqueado por dos soldados, el prisionero había imaginado que lo dejarían en libertad, cuando vio el vehículo policial estacionado justo delante del portón, la esperanza se esfumó al instante y el miedo asomó de golpe en forma de afligida pregunta: ¿otra vez?

Lo hicieron subir a la camioneta de Carabineros y, sin decir palabra, lo trasladaron hasta la casa de retiros San Francisco Javier, un edificio de ladrillos crudos y líneas adustas ubicado en la calle Crescente Errázuriz. Fue un trayecto de unos pocos minutos recorrido en silencio. Esa casa de ejercicios espirituales se había abierto como refugio unos días antes, bajo bandera suiza y con el rango de Embajada, para hospedar transitoriamente a los extranjeros liberados del estadio Nacional que tenían orden de expulsión del país. A los carabineros encargados de tales traslados les resultaba cómodo y práctico, pues estaba a unas pocas cuadras del estadio.

De ese modo, en menos de quince minutos, el último de los cincuenta y ocho presos uruguayos de la lista pasó de estar cubierto con una manta en las gradas del estadio a ser recibido en un lugar

confortable que, formalmente, era territorio suizo. Los anfitriones lo trataron desde el principio con sencillez y fraternidad. Disponía de una cama, abrigo, comida y cierta seguridad. No tenía más ropa que la que llevaba puesta, la misma que vestía cuando lo detuvieron los carabineros de la 5.ª comisaría, pero eso era lo menos importante.

Pese a las amenazas, los uruguayos recién liberados sentían que era apropiado tener esperanzas, así que se pusieron a hacer proyectos para el futuro. Unos planes eran razonables y tomaban en cuenta la realidad. Otros, por el contrario, se empeñaban en ir contra la corriente: hubo ideas alocadas, tales como la organización de una resistencia armada para el caso de que los militares, que rodeaban el edificio, intentaran asaltarlo. Esos pujos de rebeldía no prosperaron, entre otras razones porque allí no había armas, ni forma de resistir un ataque militar. Lo que sí había, en el sótano, era una importante cantidad de botellas de ron Havana Club, y una estiba de cajas de habanos con las vitolas de Partagás y Cohíba.

Como todos padecían una debilidad extrema por los prolongados ayunos y las golpizas, se tomó la decisión —protestada por varios— de sellar el sótano para evitar la ingesta de alcohol y los problemas de salud y de convivencia que eso podría acarrear. Desde el punto de vista formal, la resolución fue dispuesta por una funcionaria de la Embajada sueca, aunque ella no hizo más que seguir las directrices de Baraibar. Los exprisioneros se dedicaron entonces a comer, curarse las heridas y darse largos baños en las duchas del lugar.

También pudieron hablar tanto como quisieron. En grupos más o menos pequeños y bullangueros confraternizaron. Intercambiaban anécdotas, festejaban chistes viejos, y algunos se animaron a mostrar sus tristezas. Todos dejaban correr el tiempo. Dormir les resultaba difícil, por las zozobras vividas y porque el edificio permanecía iluminado con potentes reflectores durante las noches. Con la luz del día se hacían visibles las ametralladoras emplazadas en lugares cercanos.

Desde el principio quedó claro que no todos los liberados estaban dispuestos a irse a Suecia ni a permanecer encerrados en esas oficinas

de manera indefinida. Por distintas razones, algunos resolvieron pedir asilo en Argentina, donde Perón acababa de asumir como presidente, o viajar a Uruguay, donde los aguardaban sus familias y no corrían ningún riesgo de ser arrestados. Tres o cuatro se trasladaron prontamente a Buenos Aires, utilizando para eso un documento extendido por la Junta de Gobierno llamado «salvoconducto de cortesía». Y, en unos pocos casos, fueron los familiares quienes marcharon desde Uruguay a Chile para encontrarse con sus seres queridos. Uno de esos casos fue el de la madre de Socorro, quien rompió un récord de velocidad: llegó a Santiago en la tarde del 17 de octubre, menos de veinticuatro horas después de que su hija saliera del campo de prisioneros.

Entre quienes optaron por el camino del retorno a Montevideo estaba el narco Adolfo. Su nombre completo era Adolfo Sobocki Tobias. Había nacido en una aldea polaca, en el seno de una familia judía, en 1923. Emigrado de pequeño a Montevideo, se vinculó al hampa cuando llegó a Chile, a los veinte años. Después hizo dinero, formó bandas, sociedades, telarañas que cubrían Chile, Perú, México y Estados Unidos. Al momento de su arresto era propietario de un hotel en Arica, otro en Santiago, y capo de una fraternidad criminal que actuaba en la capital y en el norte del país.

Lo reclamaba Frank S. Hogan, fiscal de distrito de Manhattan, quien lo había acusado formalmente de introducir unos quinientos kilos de cocaína en Estados Unidos, entre otros delitos. Pero Sobocki estaba junto a decenas de uruguayos recién liberados del estadio y al amparo del embajador sueco. Con la conmoción general que se vivía en el país, para los estadounidenses hubiese sido fácil llevárselo de ahí. Fácil, pero traumático. Y el Departamento de Estado no quería de ninguna manera ensuciarse más de lo que ya estaba con los problemas chilenos. Así que personal del *Bureau of Narcotics and Dangerous Drugs* (que se había convertido formalmente, un par de meses antes, en la DEA, aunque aún casi nadie conocía esa sigla), con la ayuda de la Embajada uruguaya en Santiago y la complicidad de la Cancillería local, montó una operación de inteligencia para trasladarlo de forma discreta a

Estados Unidos.

Creyeron embaucar al narco: lo convencieron de que todo estaba en orden y que nada obstaculizaría su regreso a Montevideo. Primero se le extendió un salvoconducto especial para que abandonara el lugar donde se encontraba hacinado con decenas de personas —todas izquierdistas—, y pasara a alojarse en una dependencia de la legación de Uruguay. Él expresó felicidad y agradecimiento, aunque también comentó que debía calcular cuánto dinero había perdido en esas semanas de pausa en sus negocios. Estaba inquieto, además, porque por esas fechas debía de nacerle su quinto hijo (fue una hija), pero no tenía ninguna información sobre la familia.

A los pocos días le dijeron que había un vuelo hacia Uruguay y que, con unos dólares entregados por debajo de la mesa a un tipo de la compañía aérea, podía conseguir un asiento y alejarse rápido de esa ciudad militarizada. Adolfo pareció morder el anzuelo. Se hizo comprar ropa nueva, repartió generosas propinas, compró su pasaje y se embarcó hacia el país que consideraba su verdadera patria. Según comentó, en Montevideo estaban las raíces de sus primeros afectos, los amigos de la infancia y de la educación sentimental que, contaba orgulloso, había recibido en la zona de Palermo gracias a una bataclana húngara llamada Marisa.

Las apariencias engañan. Dicen que cayó como un chorlito: al aterrizar en Carrasco, el señor Sobocki ni siquiera pudo pasar por la oficina de Migraciones. Sin mucho trámite lo detuvieron en la escalerilla del avión, lo llevaron para una oficina custodiada por soldados, le hicieron firmar unos papeles y lo subieron a otro avión, uno de Pan American, que voló directo a Nueva York. Iba escoltado por dos agentes estadounidenses y dos uruguayos. Fue una extradición ilegal.

Un cable confidencial transmitido desde la Embajada de Estados Unidos en Santiago al Departamento de Estado, desnudaba los mecanismos de aquella pequeña operación con gran exactitud: «Adolfo Soboski [sic], ciudadano uruguayo y principal figura del narcotráfico, fue expulsado por las autoridades chilenas por tener estatus de inmigración ilegal y pasó a la Embajada uruguaya, de la cual salió con un salvoconducto hacia Uruguay. En una operación coordinada entre

Estados Unidos, Chile y Uruguay, Soboski viajó directamente desde Montevideo a Nueva York, donde fue arrestado y puesto bajo custodia de la DEA».

Julio Baraibar leyó en la prensa que, luego de ingresar a presidio en Estados Unidos, el narco había pagado una fianza astronómica para quedar en libertad vigilada, y que a partir de ese momento se le perdió la pista para siempre. Para 1990 ya corrían varias leyendas. Una indicaba que lo habían cosido a puñaladas en la cárcel de Rikers. Otra decía que aún manejaba sus negocios desde Arica con una identidad falsa. Una tercera, muy florida en detalles exóticos, refería su fallecimiento, rodeado de hijos y nietos, en una isla del Caribe.

Eran puras fantasías. El Departamento de Estado nunca brindó información pública respecto al convicto. En realidad, lo que hizo Adolfo fue colaborar con los tribunales de Estados Unidos y, sobre todo, con la DEA (dio datos firmes sobre las actividades de Vincent Rizzo y Jorge Dabed en Nueva York, y las del «Negro» Durazo en México). Estuvo preso un tiempo, luego fue dejado en libertad condicional y, tras el cese de la caución, pudo regresar a Montevideo, donde murió de causas naturales.

El giro final de esta camandulera historia fue brindado casi cincuenta años después por varios testimonios de quienes estuvieron presos con Sobocki en el estadio Nacional. Todos aseguran que, en realidad, él tenía meticulosamente planeado cada uno de los pasos que debía dar para salvarse de lo que, imaginaba, sería un pelotón de fusilamiento si se quedaba en Chile. Ese plan se lo contó sin tapujos a algunos prisioneros, cuando nadie sabía qué suerte podía correr cada quien y Adolfo era un recluso más en aquella multitud. Miguel Ángel Ortiz, uno de los uruguayos cautivos en el estadio Nacional, recuerda el momento con nitidez:

—Un día estábamos en las gradas y Sobocki nos dijo que su plan era volver a Uruguay, que desde Uruguay lo iban a extraditar a Estados Unidos, que allá iba a colaborar con la justicia, que lo iban a meter preso, que luego pagaría una fianza y que así podía librarse de los peores castigos y después zafar. Lo dijo así, sin vueltas: «Yo esto lo arreglo con medio palo verde».

—Medio palo verde —repitió.

Y todo le salió a pedir de boca, tal como había planeado. En la Embajada de Estados Unidos se jactaban de haberlo engañado, en Uruguay se enorgullecían de haber contribuido a extraditarlo, en el estadio Nacional la mayoría de los uruguayos imaginaban que lo habían reclutado para la causa. En realidad, parece que Sobocki engañó a unos y a otros, hizo en cada momento aquello que le resultaba más conveniente y supo fingir ingenuidad o zoncera para su propio provecho.

En un artículo aparecido en la página 12 del *New York Times* el 23 de octubre de 1973, se daba cuenta de la comparecencia del extraditado Adolfo Sobocki Tobias ante el juez federal Edward Weinfeld, un magistrado irreprochable que era famoso por trabajar de la mañana a la noche en cada uno de sus casos, sin pedir jamás tregua ni otorgar aplazamientos. El fiscal del caso solicitó una fianza de dos millones y medio de dólares para evitar que Sobocki se fugara. El honorable Weinfeld consideró que ese monto era excesivo, pues se trataba de un ciudadano extranjero que aún no había designado a su abogado defensor. Así que resolvió rebajar aquella cifra astronómica y fijar el resguardo en quinientos mil dólares.

—Medio palo verde.

Fernando Mazzeo y los demás uruguayos de El Pantano vivieron en distintos ranchos, en Barrancas, durante siete, ocho semanas. ¿O fueron nueve o diez? Lo hicieron en una de las muchas poblaciones creadas en esa zona de Pudahuel desde fines de los años sesenta. El nombre oficial de la comuna era Las Barrancas, y dentro de sus límites se hallaban agrupamientos urbanos muy precarios, la mayoría de los cuales había surgido de la toma de terrenos propiciada por el MIR y, en algún caso, por sectores del Partido Socialista o del Partido Comunista, primero durante el gobierno de Frei y luego con el de Allende. Los nombres de esos campamentos, ubicados a lo largo del Camino de San Pablo, proclamaban los ideales de sus pobladores y, sobre todo, de los dirigentes más activos. Estaban los campamentos Violeta Parra, Puro Chile, Che Guevara, La Estrella y otros.

El diario chileno *La prensa*, en un artículo publicado el 3 de enero de

1971 (apenas dos meses después de que Allende asumiera su mandato presidencial) describía con trazos elocuentes uno de esos sitios: «Detrás de zarzamoras de tres metros de alto, encima de una tierra árida y rodeada de potreros, está el campamento Che Guevara. Mil doscientas familias viven hacinadas en chozas de tablas, carpas y techumbres de fonolas, esparcidas sobre unas tres hectáreas de terrenos que se tomaron el 24 de agosto». Tres años después de la ocupación de esas tierras, tras el golpe, el panorama seguía siendo el mismo.

La primera noche los uruguayos pernoctaron en una vivienda en la que había dieciséis personas —todas buscadas por los militares— metidas en una habitación de cuatro metros por tres. Tablones en las paredes, techo de chapa. Permanecieron en un agobiante duermevela, a oscuras y en silencio, pues no podía descartarse que algún vecino fuera soplón de los golpistas. Cada tanto se oían disparos, sirenas, órdenes gritadas en las sombras, el sobrevuelo de un helicóptero. El paisaje sonoro en Barrancas era casi idéntico al que oían en Providencia durante la noche previa a la evacuación del local. Percutía parejo en todo el país.

En esa casa se quedaron seis uruguayos, ya que Rita y sus cinco hijos pudieron alojarse en otra vivienda. Los demás clandestinos en ese lugar eran chilenos, quienes a la tarde siguiente fueron llevados unos pasajes más adelante, al hogar de una familia de militantes del MIR. Sin embargo, tal desahogo supuso para el grupo un alivio apenas momentáneo, porque las batidas eran incesantes. Por seguridad tuvieron que repartirse en diversos alojamientos, tan humildes y provisorios como aquel. La población donde se encontraban era una sucesión desordenada de callejuelas y senderos de tierra, ranchos y casas de madera donde prevalecía la indigencia.

Aquel minúsculo contingente de uruguayos era difícil de acomodar, porque lo integraban tupamaros y porque incluía a una muchacha embarazada y a Yenny con Carolina, su pequeña hija. No solo era comprometedor alojarlos a todos juntos, sino que resultaba engorroso. Un llanto infantil en la madrugada pondría en peligro a muchas personas. Así que vivieron a salto de mata sin tener idea de cómo zafar del brete. Una noche dormían en un lugar y a la noche siguiente en

otro. A veces se conseguía albergue durante varios días para uno o dos de los fugitivos. Los demás iban a otras casas, siempre dentro de ese enorme ranchería que había en Barrancas, a hurtadillas y esquivando la vigilancia del Ejército y los Carabineros.

Allí pasaron hambre y miedo, vieron cómo los soldados asesinaban a muchas personas, cometieron ellos mismos no pocos errores. En ese período contactaron con alguien de la Orga para saber qué debía hacerse en tales circunstancias, cuál era el paso siguiente, dónde podían ir. Muy pronto llegaron a la conclusión de que ya no quedaba nada por hacer. Sin embargo, lo intentaron.

En tres ocasiones organizaron incursiones rápidas al centro de la ciudad, uno o dos de los clandestinos, con el objetivo de hallar alguna salida para una situación que se tornaba insostenible. El panorama era desolador: de los chilenos que habían pernoctado junto a ellos en la población, ocho acabaron fusilados allí mismo, en un callejón vecino. A otros los mataron en la Casa de la Cultura de Barrancas, un chalé ubicado sobre la avenida San Pablo que era usado como lugar de detención por el Ejército. Arrestados en un allanamiento el 30 de septiembre, fueron ejecutados pocas horas después sin trámite legal alguno. Los uruguayos, atrapados en aquel atolladero sangriento, intentaron sin éxito forzar un escape, si no para todos por lo menos para algunos.

Un día trataron de colar a Yenny Itté y a su hija en la sede de la Embajada argentina para salvarlas de lo que, parecía obvio, iba a ocurrirles si se quedaban de brazos cruzados. Pero el intento no funcionó. Hubo una riña junto al portón de entrada de la Embajada, en la avenida Vicuña Mackenna: forcejeos, manotazos de los carabineros de guardia, gritos de la madre, amenazas, llantos de la nena. Al final, de forma inexplicable, los uniformados que custodiaban la sede diplomática dejaron ir a Yenny con su hija. No les permitieron entrar a la Embajada, pero no las detuvieron. Al parecer se contentaron con frustrar el ingreso. Fernando presenció todo el altercado, sin poder hacer nada, a pocos metros del lugar.

Por fin, uno de los heraldos que había llegado hasta El Pantano en la tarde del 12 de septiembre, logró contactarse nuevamente con el grupo y avisar que ese era el momento propicio para buscar refugio. Quizá la

última oportunidad, dijo, porque el gobierno de Pinochet se asentaba y no hacía más que apretar las clavijas. Facilitó una dirección (avenida Ricardo Lyon 565) y allá fueron, unos primero y otros después, de la forma más disimulada posible, desde la lejana Barrancas hasta la zona más coqueta de Providencia. Fernando recuerda:

—Por esa parte de Santiago había que andar con un gorro hasta las orejas, no decir ni una palabra, la vista baja. Los milicos estaban entrenados. Por la forma en que mirábamos detectaban que éramos extranjeros.

El trámite para solicitar refugio era, para esos jóvenes despavoridos, un misterio que solo podía develarse en la práctica. Tendrían que ir a la dirección indicada, donde supuestamente operaba el Comité para los Refugiados (en realidad era la sede de Diaconía, una organización religiosa) y ver qué ocurría. Unos sospechaban una trampa, otros un dato erróneo. Al parecer nadie creía que en verdad se tratara de un lugar de refugio.

—No me puedo acordar de los detalles, pero sé que no hubo ciencia en el asunto. Se trataba de probar si era cierto el dato. Fui a la dirección indicada, me cuidé de que no hubiera vigilancia policial en los alrededores, toqué el timbre y cuando me atendieron dije: «vengo a pedir refugio». Me preguntaron cómo me llamaba y contesté que mi nombre completo era Martín José Galván Torres.

De la misma forma actuaron los demás, de a uno o en parejas, durante ese día y el siguiente. Fueron nueve los uruguayos que lograron subirse en el último minuto al operativo de rescate de extranjeros en Santiago. El grupo de El Pantano quedó disuelto de forma definitiva. Aún hoy es difícil para sus integrantes establecer con certeza las fechas en las que abandonaron la zona de Barrancas, pidieron amparo y fueron enviados a los refugios. Fernando tiene, no obstante, un ancla en medio de tanta confusión: el terremoto del cinco de octubre. Esa madrugada él estaba durmiendo, por primera vez en varias semanas, en una cama de verdad y en una casa confortable. Por alguna razón que no recuerda, fue a pernoctar a la vivienda de unos chilenos que eran militantes del MIR, en un barrio de clase media de Santiago. Ahí lo sorprendió el sismo.

A la mañana siguiente regresó a la población y estuvo por lo menos

otros treinta días en Barrancas, de aquí para allá, comiendo de vez en cuando y durmiendo a los saltos. Casi siempre se guareció en la casa de Lucho, un zapatero remendón, casado y con dos hijos pequeños, que lo alojó con plena conciencia de los riesgos que corría. En cualquier caso, la espera fue de varias semanas. De acuerdo a la memoria de Fernando, su ingreso a la sede del Comité de Refugiados y el traslado al campamento de Pirque ocurrió bien entrado noviembre. En Barrancas ya todos tenían claro que no existía nada parecido a una resistencia, y que la única forma de hacer algo era abandonar Chile cuanto antes.

—La mejor manera de ayudar a los chilenos era irnos de allí.

La ausencia de noticias sobre el destino de los demás tupamaros se compensaba, cada tanto, por versiones no demasiado confiables que les llegaban a través de jóvenes habitantes de la población que decían ser militantes del MIR, decían tener contactos, decían conocer los pedidos de asilo en las embajadas, las huidas a través de la cordillera, la forma milagrosa en que un fulano había escapado de los militares. En la mayoría de los casos se trataba de historias ficticias o en todo caso exageradas, destinadas a levantarles el ánimo y, quizá, a estimularlos para que se marcharan de una buena vez.

Esas historias, falsas pero reconfortantes, de manera mágica levantaban vuelo en Santiago, cruzaban la cordillera de los Andes y los valles mendocinos, seguían por las llanuras de Río Cuarto y Junín, pasaban sobre Buenos Aires y surcaban el Río de la Plata para alcanzar Montevideo y anidar en muchos hogares que vivían con gran angustia la falta de noticias sobre sus seres queridos. Así llegaron, también, a la casa de la calle Lenguas. Por lo general se instalaban en el patio de la claraboya, entre las cretonas y los filodendros, como si las versiones más alocadas encontraran allí, bajo la sombra de las plantas, el mejor ambiente para prosperar. Venían de todos lados y de ninguna parte, sin nombres, sin datos, con referencias vagas, a veces exóticas: que muchos cruzaron a pie hacia Argentina, que otros muchos se refugiaron en una embajada, que estaban sanos y salvos, que se fueron antes del golpe. Que había un montón en La Habana, y otro montón en Mendoza, y otro en Buenos Aires.

Se mencionaban lugares, pero no fechas; circunstancias, pero no

personas; proezas notables o mínimas, pero nunca fracasos. Esos rumores eran un placebo contra la desesperación. Para Lilita se trataba de cuentos piadosos, insuficientes y casi ofensivos. Siempre que alguien se refería a uno de esos montones de redimidos ella terminaba iracunda, fuera de sí, preguntando por el otro montón de uruguayos, el cuarto o quinto montón, aquel compuesto por los que no habían logrado cruzar a pie la frontera ni refugiarse en una embajada ni marcharse de Chile antes del golpe de Pinochet. Aquellos que, como su hijo, no estaban en La Habana ni en Mendoza ni en Buenos Aires, los que no aparecían por ninguna parte.

La incertidumbre de la familia se prolongó durante casi tres meses. Recién a principios de diciembre Fernando pudo enviar, desde la ciudad de Ystad, un telegrama en el que informaba que había llegado a Suecia desde Chile y que estaba bien. Por cortesía de la Casa Real, se hallaba alojado con otros refugiados en el Saltsjöbad, un hotel cinco estrellas situado en la costa del Báltico. Prometía escribir una carta con detalles sobre su peripecia.

Las comunicaciones eran pésimas. En el Uruguay de aquel tiempo el teléfono en los hogares aún era considerado un bien suntuario. El servicio no era caro, pero resultaba muy difícil para una familia común y corriente obtener una línea. En la calle Lenguas y sus alrededores, pese a hallarse en un punto neurálgico de la ciudad (a tres cuadras del imponente edificio del Parlamento, a cuatro de las facultades de Medicina y de Química) solo había un par de familias con teléfono. De modo que en la casa de Lilita no tenían teléfono. Llamar a Fernando por servicio de larga distancia a Suecia era caro y además arriesgado. No quedaba otro remedio que esperar las cartas del hijo andariego.

Ya habría tiempo para cartas y cuentos. Lo único importante era que el primogénito estaba a salvo. Está en Europa, decía radiante Lilita, mientras fumaba sin parar y agitaba los brazos, renacida y feliz, algo desaforada; lejos de esos animales, gritaba; a buen resguardo de los milicos golpistas y asesinos, decía. Cuando aquel telegrama llegó, por unos días pareció que todo podía encaminarse de nuevo para la familia. Era como si una fuerza superior hubiera lanzado al aire una moneda y no quedara más que aguardar su caída, su tintineo en las

baldosas del patio, quizá un rebote y enseguida una rodada breve, para saber entonces si había sido cara o cruz, fortuna o desdicha.

Omar siguió con su trabajo de empleado administrativo en un sanatorio, Lilita volvió a las pastillas y los niños a sus juegos veraniegos. En ocasiones, la empleada salía a barrer la vereda y se la veía hablar sola en voz muy baja, como si rezara, tal vez pensando en aquel muchacho —su predilecto entre los siete hijos de la patrona— que había ido a parar tan lejos del hogar. Ya no faltaba ninguno. A pesar de las tristezas y apreturas estaban de nuevo los siete muchachos, uno lejos y los otros cerca, pero estaban. En Uruguay se vivía una dictadura, las finanzas domésticas eran un desastre y el miedo rondaba por allí a toda hora. De cualquier forma, cada quien pensó que, pese a las calamidades, con un poco de buena voluntad era posible imaginar un futuro.

Sin embargo, la moneda fue a caer del lado malo. Cuando ese futuro llegó tuvo el sabor amargo de lo irreparable. La declinación de la hacienda familiar era lenta pero notoria y el fracaso, que siempre supura, estaba a la vuelta de la esquina. Con el paso del tiempo, los problemas no hicieron más que agravarse. La hermosa casa de La Aguada perdió poco a poco el encanto y también el revoque de algunas paredes. Se apagó el bullicio de los niños, menguó la energía de la dóberman, las plantas se descuidaron, aparecieron manchas de humedad bajo la claraboya, en la cocina y en uno de los dormitorios.

Pese a tantas adversidades, Lilita mostró una voluntad indoblegable para no hundirse por completo y, sobre todo, para no arrastrar a ninguno de los suyos con ella. Así como caía se levantaba para volver a marchar. Ya con cincuenta años encima y retirada por baja médica del banco donde había servido durante dos décadas, consiguió un trabajo como administradora y asesora contable en una empresa de alimentos enlatados. Con eso contribuyó a mantener la línea de flotación de toda la familia, y una cierta armonía de la que participaba, a la distancia, el hijo exiliado. La vida seguía, unas veces radiante y otras veces oscura. Pero seguía.

Y siguió. Una tarde de verano alguien dejó abierta la puerta de la pajarera del fondo. Los cardenales volaron, y volaron los zorzales, los dorados, los mistos y los boyeros. Eran unas treinta aves, y se fueron

todas. La enorme jaula quedó vacía. De acuerdo al cuento de la señora Bonomi, una anciana que vivía en la casa lindera, esos pájaros coloridos y cantores se quedaron dando vueltas en la cuadra durante horas, se posaron en los cables de la electricidad, en las ramas de los árboles que sombreaban la calle, en los pretiles de las viviendas aledañas y en las veredas. Revolotearon y gorjearon hasta el atardecer con gran alboroto. Después se fueron para siempre.

Al igual que ocurría con sus familias en Uruguay, la falta de información y los rumores también fueron padecidos por los cincuenta y siete que estaban refugiados en la sede de la oficina de asuntos comerciales de Cuba bajo jurisdicción sueca. Aunque ya no los atormentaban los soldados, la libertad seguía siendo una ilusión. El avión de la compañía SAS se hallaba a la espera en el aeropuerto de Pudahuel desde el 18 de octubre, pero en el cercano aeródromo de Los Cerrillos aguardaba otro avión, enviado por la Fuerza Aérea Uruguaya, para llevarse a los cincuenta y siete hacia Montevideo. Los días pasaban y el gobierno chileno se mantenía firme en su negativa a otorgar los salvoconductos para que pudieran abandonar el refugio y marcharse a Europa. El Ejército parecía dispuesto a cumplir la amenaza transmitida en su momento al embajador Edelstam: «Se van a pudrir aquí en Chile».

Durante varios días las negociaciones con las autoridades fueron incesantes y por momentos ríspidas. Involucraron al embajador de Suecia, a representantes diplomáticos de Francia, Holanda y Suiza y al comisionado de la ONU para los refugiados, Ernest Schlatter. Los chilenos reclamaban la entrega de aquellos liberados del estadio que tenían «requisitoria de la justicia militar». Y ese era un tipo de justicia que dependía sobre todo de la puntería de los reclutas.

Mientras de eso se hablaba en los salones oficiales y a la sordina, en las vigiladas calles de Santiago la uruguaya Belela Herrera y la argentina Josefina Prytyka iban y venían con gente, documentos, reclamos, búsquedas y encomiendas secretas. En un diminuto Fiat 600 de color rojo Herrera buscaba, encontraba y recogía a perseguidos por el régimen, y con ellos atravesaba la ciudad para llevarlos a sitios

seguros, o meterlos directamente en alguna sede diplomática. Para eso recibió la ayuda decisiva del maestro Miguel Soler, un pedagogo uruguayo de gran prestigio internacional que trabajaba para la Unesco.

Josefina Prytyka era empeñosa. Belela Herrera la califica como «un ángel de la guarda» en aquella situación dramática. Ella se hacía un tiempo cada día, en general por las mañanas, para llegar hasta el estadio Nacional a interesarse por el estado de salud del uruguayo Fernando Barreiro. Era una forma de presionar a los militares, por lo menos para que no continuaran los castigos físicos a ese detenido. En el campo de prisionero a veces la atendían con deferencia, a veces la destrataban y en una ocasión ni siquiera la dejaron ingresar al predio.

De los tres uruguayos retenidos en el regimiento de Puente Alto no había ninguna noticia, y eso presagiaba lo peor. Edelstam se lo confesó a Baraibar en una conversación a fines de octubre. Con desaliento le comentó que ya no sabía cómo formular nuevos reclamos: «Me han dicho que en esa zona hay muchos desaparecidos, y al parecer todas esas personas están muertas», dijo. Según supo el embajador por una confidencia de otro diplomático, el comandante del regimiento de Puente Alto se había ganado en pocas semanas fama de cruel, una característica aplaudida y muy festejada por la propia jefatura del gobierno.

Esa confidencia a la que se refería Edelstam le fue revelada por el embajador francés en Santiago, Pierre de Menthon, un borgoñón de pocas pulgas que también se las ingeniaba para ayudar de manera irrestricta a los perseguidos. En compañía de dos jóvenes holandeses, él había tanteado la posibilidad de abrir nuevos refugios en distintos puntos de Santiago y sus alrededores, entre otros uno que comenzaría a funcionar pocos días después en Pirque. Allí tuvo ocasión de medir el ambiente represivo en la gobernación de Puente Alto, y supo por algunos vecinos que toda la zona vivía bajo el terror impuesto por el comandante Mateo Durruty. Cuando habló con su colega sueco se mostró pesimista sobre la situación de los tres uruguayos prisioneros en el cuartel de Ferrocarrileros. Así que el diálogo de Edelstam con Baraibar fue breve y tuvo un tono fatalista:

—Al parecer los desaparecidos están muertos.

—¿En Puente Alto mismo?

—En toda la zona, hasta en las montañas.

La angustia de Julio Baraibar se tradujo en una pregunta absurda:

—¿Cómo pueden estar muertos?

Edelstam guardó silencio. Al cabo de unos segundos se despidió con pesadumbre.

—Seguiré intentando —dijo.

Un día la perspectiva mejoró. Eran tiempos de perplejidad, pero la noticia de que los militares darían el brazo a torcer y otorgarían los salvoconductos fue tomada, al principio, con cierta suspicacia. Al mismo tiempo se supo que Barreiro, ya liberado, se encontraba junto con otro uruguayo, ambos en buen estado sanitario y en un refugio bajo protección suiza, y que el avión de SAS tenía ordenado hasta el *catering* para el vuelo transatlántico. Fueron momentos de gran expectativa y de renovada esperanza, aunque algo no encajaba y Baraibar sospechó una tramoya. Josefina Prytyka había cumplido con su promesa al pie de la letra, y todos la consideraron una heroína de aquella gesta silenciosa, que se fraguó a partes iguales entre vericuetos burocráticos e intrigas de espionaje.

De a poco, el nudo parecía desatarse. Sin embargo, la conducta del gobierno chileno era, en general, de una virulencia que no se condecía con esa actitud. Edelstam especuló con las necesidades económicas del nuevo régimen. Decía que el país estaba en bancarrota, y que la posibilidad de mantener abiertos canales comerciales con varias naciones europeas —todas poderosas— podía ser una buena razón para mostrarse flexibles en ese asunto que involucraba a los uruguayos retenidos en Santiago y a un grupo de embajadores de países influyentes: Francia, Suiza, Alemania, Holanda y la propia Suecia.

Edelstam le comentó esa especulación a Julio Baraibar, quizá para tranquilizarlo y, a través de él, calmar a toda aquella gente que vivía cada minuto con enorme preocupación. Le aclaró que se trataba apenas de una hipótesis, pero que eso no iba a modificar los hechos. Sin embargo, Baraibar consideró que, tras esa movida de los militares, podía esconderse una última jugarreta. «Algo siniestro», dijo.

No se equivocaba. Al jefe del campo de prisioneros del estadio Nacional le gustaba ganar siempre y como fuera, así que había

cambiado secretamente su objetivo para colocar a uno de aquellos uruguayos en la mira. Se lo llevaría en el último minuto y en las mismas narices del embajador sueco. Los perpetradores designados para ese operativo eran funcionarios de la Dirección de Investigaciones. La víctima elegida era el propio Julio Baraibar.

En el refugio de San Francisco Javier se encontraba, además de Barreiro, el también uruguayo Guaraní Pereda, quien había sido llevado a ese lugar desde el estadio Nacional, con un decreto de «expulsión inmediata» del país. El 29 de octubre ambos fueron trasladados hasta el edificio donde estaban los otros cincuenta y siete liberados. Fue un momento de júbilo, porque todos entendieron que la llegada de los dos últimos presos era una señal clara del inminente viaje. Esa misma noche les informaron que volarían a Suecia a la mañana siguiente, y que solo harían una escala técnica en Río de Janeiro.

Los integrantes de la patrulla perdida del Cajón del Maipo vivieron aquella víspera con la desesperación de no tener noticias de sus compañeros retenidos en el cuartel de Puente Alto. A medida que se acercaba el momento de partir, sentían que, una vez más, los dejaban atrás. No tenían forma de modificar esa situación, pero la impotencia se traducía en frustraciones sin cuento. Socorro apenas si pudo dormir la noche previa, cuando todo parecía resuelto y definido. No hay ninguna pista de que lo hayan hablado entre ellos, y ninguno de los sobrevivientes ha querido referirse a ese asunto.

El operativo de traslado hacia el aeropuerto de Pudahuel fue menos complejo y espectacular de lo que habían imaginado los refugiados: apenas dos minibuses, una pequeña escolta, y varios acompañantes de la Embajada sueca y de la Cruz Roja, quienes iban como garantes de que no ocurriera nada a último momento. En la entrada del aeropuerto los estaría esperando Harald Edelstam con un par de funcionarios suecos. Él marchaba adelante, en su propio automóvil. Aunque no tenía los resquemores de Baraibar respecto a una jugada sucia por parte de los militares, igual consideraba que su deber era asegurarles a esos jóvenes una partida lo más decorosa posible.

En Pudahuel hubo controles por parte del Ejército primero, de Carabineros después y de la Policía de Investigaciones al final. A cada viajero se le confeccionó una especie de carné identificatorio que contenía algunos datos: nombre, lugar de nacimiento, nacionalidad. Se le agregaba una fotografía tomada en el momento con una cámara Polaroid. Cada carné acompañaba el correspondiente salvoconducto, que en realidad era una orden de expulsión. Con esos papeles era posible realizar dos lecturas contrapuestas: para las autoridades locales los salvoconductos demostraban la magnanimidad del nuevo gobierno, que autorizaba la salida del país de un grupo de terroristas extranjeros; para las autoridades suecas esos mismos salvoconductos documentaban la villanía de un régimen policiaco que expulsaba de forma indiscriminada a mujeres, hombres y niños.

Los refugiados comenzaron a embarcar en el avión, un DC-8 de Skandinavian. Algunos subían la escalerilla rápido, con un apuro nacido de la ansiedad. Otros, en cambio, aún estaban en malas condiciones físicas y debieron ser auxiliados para hacerlo. Las azafatas se desvivían por atender a los que se iban acomodando en los asientos. Transcurrieron unos minutos. El único que quedaba en tierra era Julio Baraibar, quien tras despedirse del embajador Edelstam y de su ayudante Bengt Oldenburg, se encaminó hacia la escalerilla. Las turbinas ya incrementaban su potencia. Fue entonces que ocurrió el incidente. Confuso y violento, ese último episodio puso la cuota de amargura y tensión que Edelstam quería evitar a toda costa. Sin duda fue el más grave de todos los protagonizados hasta ese momento por el diplomático sueco.

Cuando Edelstam se retiró y Baraibar ya se aprestaba a subir al avión, varios funcionarios chilenos vestidos de civil se le acercaron y le dijeron que querían «realizar un último chequeo». Uno de los tipos utilizaba un *walkie-talkie* para comunicar la situación: primero informó que «estaba todo listo», pero no recibió respuesta. Solo el ruido de la estática. Al cabo de unos segundos insistió en repetir la frase, pero agregó un dato relevante: «Espero el móvil». Poco después, más nervioso, se desacató a través del aparato: «¡Chucha la huevada, al tiro el móvil, culiaos!».

Baraibar comprendió que esa era la jugada siniestra que él había

intuido: iban a secuestrarlo. Se lo querían llevar de allí, y si lo lograban iba a terminar asesinado. Intentó resistirse, hubo forcejeos, gritos, puñetazos. Muchos de los uruguayos vieron la escena desde las ventanillas del avión, primero incrédulos y luego muy alterados. Los que podían caminar abandonaron sus asientos y trataron de bajar hacia la pista, con gran vocerío. En la plataforma, un *marshall* daba indicaciones desesperadas al piloto del avión mientras el sonido de las turbinas crecía con un zumbido ensordecedor.

En ese momento reapareció Edelstam, quien se había percatado de lo que ocurría cuando abandonaba el aeropuerto, ya listo para regresar al centro de la ciudad. Llegó corriendo, dando grandes zancadas, vociferando en sueco con una determinación tal que hizo dudar a los policías chilenos. Se entabló una pelea. Se rompieron algunos vidrios. Dos tipos tironeaban a Baraibar de un brazo y Edelstam del otro, hasta que el embajador atinó a pasarle un brazo por el cuello, como si fuera a estrangularlo. Era evidente que no lo iba a soltar:

—¡Ahora él es territorio sueco! —exclamó.

Había decenas de personas presenciando el tumulto. Cuando el auto en el que iban a secuestrar a Baraibar llegó, se detuvo casi al borde de la pista, quizá porque quien lo conducía vio que aquel operativo, además de un fracaso, era una chambonada grotesca. Por fin, los funcionarios aflojaron y de mala manera echaron unos insultos antes de marcharse. Baraibar y Edelstam quedaron unos segundos de pie, jadeantes. Ahí estaban los dos: uno tenía sesenta años, el otro veintisiete. El sueco iba vestido de impecable traje y corbata al tono, y el uruguayo con una camisa arrugada y un pantalón con los bajos descosidos que le quedaba grande. Ambos eran muy altos, flacos y de risa fácil; ambos de una decencia absoluta. Se miraron sin entender demasiado lo ocurrido, pero con la certeza de que entre ellos acababa de nacer una amistad indestructible.

El avión despegó. Los tres uruguayos retenidos en el regimiento de Puente Alto se esfumaron para siempre. Ninguna gestión condujo a nada. Para quienes resultaron golpeados por aquellas desapariciones, primero fue la incertidumbre, que duró meses o años. Después, junto

con la certeza de la tragedia, vinieron las lágrimas y el duelo.

En ocasiones, de tanto en tanto, la justicia ha asomado y con ella todo cobra otro sentido. La tragedia empieza a compartirse, las lágrimas alivian, el duelo es menos oscuro. Y se cuenta la historia, una historia. De ese modo podría leerse, con buena fe, el pronunciamiento de la Corte Suprema de Chile, dado a conocer en abril de 2015, en el que se resolvió de manera definitiva el pleito iniciado quince años antes por los familiares de los desaparecidos.

Con su habitual lenguaje taxativo, las señorías ilustrísimas dieron a conocer el veredicto. Sin embargo, pese a todos los esfuerzos no hubo un punto de cierre. No podía haberlo porque los tres uruguayos del Cajón del Maipo continuaban ausentes. Y siguen así, en algún sitio, en todas partes. El defectuoso proceso judicial acabó enfrentado al inmenso vacío de la desaparición. No hay todavía respuesta para la más grave de todas las preguntas: ¿dónde están?

Establece el dictamen en su conclusión: «Se rechazan los recursos de casación de los condenados Francisco Martínez Benavides, Guillermo Vargas Avendaño, Lander Uriarte, Gabriel Montero, Moisés Retamal y Mateo Durruty, en contra de la sentencia de veintitrés de mayo de dos mil catorce, que corre a fojas 2476, la que, en consecuencia, no es nula. Regístrese y devuélvase con sus agregados. Redacción a cargo del ministro Brito. Pronunciada por la Segunda Sala integrada por los ministros Milton Juica, Hugo Dolmestch, Carlos Künsemüller, Haroldo Brito y Lamberto Cisternas. Autorizada por la Ministro de Fe de esta Corte Suprema. En Santiago de Chile, a los trece días de abril de 2015».

Más allá de algunas maniobras desesperadas, que apenas si lograron postergar lo inevitable durante unas jornadas —se entrecruzaron declaraciones juradas, solicitudes, consultas médicas—, luego del fallo definitivo de la Corte y cumplidas las formalidades requeridas por cada una de las partes, los condenados ingresaron al presidio de Punta Peuco para cumplir sus penas. Habían transcurrido cuarenta y dos años de los crímenes y las culpas estaban claras. Lo que nunca quedó del todo claro es si los seis convictos fueron a la cárcel, o solo cinco lo hicieron.

Es una duda que integra por derecho propio el capítulo final del

embrollo pinochetero, aunque parece un fragmento expurgado de aquella *Estrella distante* de Bolaño: «Entra la noche, sale la noche». ¿Realmente fue preso el coronel Mateo Durruty por los crímenes que cometió, o pudo librarse de la cárcel en el último minuto mediante una jugarreta? ¿Fue él quien entró a Punta Peuco? ¿El que salió de Punta Peuco? ¿Quién puede responder a esas preguntas? Resultan de una opacidad extraña tanto la información oficial referida al asunto como las contradicciones de diversos organismos del Estado en ese tema. Hay una neblina que no acaba de despejarse.

En una planilla de las jubilaciones servidas por la Defensa Nacional (Capredena) con datos de 2016, Durruty figura como recluido en el penal de Punta Peuco y cobrando su pensión de coronel retirado, pero en el «Listado nacional de reclusos vinculados a causas de Derechos Humanos», emitido en esas mismas fechas por la Gendarmería de Chile, su nombre no aparece. Allí figuran los otros cinco condenados del regimiento de Ferrocarrileros, pero él no. El juez Joaquín Billard, sentenciador de primera instancia, dijo que «seguramente» estaría preso, pero el abogado Cristian Cruz, quien fue parte principalísima de la querella, aseguró que el reo Mateo Durruty Blanco nunca pisó la cárcel: «Su defensa logró acreditar locura y él no entró a cumplir la pena. Metió a sus subordinados en el baile y él zafó».

Los testimonios también son ambiguos: unos dicen que sí, otros dicen que no. Se comenta que hubo una maniobra de alto vuelo, que Mateo Durruty debía ingresar a la cárcel en 2015, pero que no lo hizo; que figuró como preso sin estarlo, y que se quedó en su casa hasta el fin de sus días. Otros opinan que esas son habladurías a las que nadie debería prestar atención.

El coronel Durruty pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en una habitación especialmente acondicionada en su domicilio de Las Condes. Fue en el invierno, cualquier día de invierno de cualquier año. A él le daba lo mismo. El frío y la insidia eran iguales. En su cuarto tenía los banderines del Santiago Morning, el club de sus amores. Al lado unos trofeos de atletismo que había ganado en su juventud. Disponía de una cama hospitalaria articulada a la que llamaba «catre

clínico». Decía que valía una fortuna y, quizá para desquitar la inversión, casi siempre estaba allí acostado. De a ratos se entretenía apretando los botones del control eléctrico para modificar la posición de la cama: un poquito más alta, un poco más baja, más reclinada, menos reclinada.

La empleada lo atendía con esmero. Él la llamaba invariablemente «mi asistenta» y elogiaba a la mujer ante quien fuera con dos calificativos: servicial y leal. La asistenta solía acompañarlo a la hora del almuerzo, a veces le daba de comer, cucharada a cucharada, el puré de calabaza con el picadillo de carne y, entre bocado y bocado, un poco de jugo de naranjas recién exprimidas. Después una tisana, casi siempre agüita de manzanilla, y luego la siesta. El silencio de la casa, la quietud de Las Condes, el catre clínico.

No era una vida entretenida, pero él la sobrellevaba. Tomaba sus pastillas, en ocasiones se daba algún gusto con dulces, y dejaba que el tiempo corriera. Uno de los varones de la familia dijo que Durruty «se quedaba quieto, con los ojos cerrados por algunos minutos. Se imaginaba situaciones como reales. Parecía que soñaba». Así transcurrían los años de aquel anciano de barba blanca que se quejaba de la humedad, de dolores en las piernas, de la mala memoria que padecía y de los gallos esos que salían por la tele.

—A cada cual peor —protestaba.

Pese a todo, recordaba. La pérdida de memoria de Mateo Durruty, según se había establecido mediante un peritaje, podía afectar eventos del pasado inmediato, la orientación concreta de tiempo y espacio, pero no los recuerdos lejanos, que estaban intactos. Esos recuerdos aparecían vívidos, desbordantes de detalles y eran narrados por el coronel con un lenguaje «en el que la sintaxis y la prosodia se hallan conservadas».

Durante aquel peritaje, la psicóloga Claudia Pozo, que actuaba como forense del Instituto Médico Legal, realizó varios apuntes acerca de la conducta de Durruty. Uno estuvo vinculado con un gesto que revelaba lo que parecía ser una gran capacidad de simulación del anciano: «Llama la atención que el evaluado señale explícitamente las dificultades que tiene para pararse de la silla de ruedas y caminar, pues al final de la entrevista se levanta enérgicamente de la silla.

Después de realizar dicha acción parece dudar por un segundo, mirando a la evaluadora, para luego sentarse rápidamente, quejándose sobre lo mucho que le cuesta pararse».

La lectura de ese párrafo escrito por la psicóloga lleva de forma necesaria a rememorar la farsa montada por Augusto Pinochet y su *troupe* durante la detención en Londres. Allá, la silla de ruedas en la que el dictador iba de un lado para otro era el símbolo de su desprotección, un estandarte de la vejatoria conducta de los británicos al mantener detenido a un anciano que, se decía, estaba muy enfermo y no podía valerse por sí mismo. Y el remate, inolvidable, cuando el avión de la FACH aterrizó en Chile y esa silla de ruedas, con el carcamal encima, se movió apenas unos metros por la pista del aeropuerto hasta que, para sorpresa del público, don Augusto se puso de pie, sonrió complacido, abrazó al general Izurieta y luego, tan campante, caminó al encuentro de quienes lo estaban esperando.

Años después, en el peritaje al que se sometió Durruty no hubo cámaras de televisión ni aplausos partidarios ni burlas políticas, pero la táctica empleada resultó ser idéntica a la de Pinochet. La psicóloga fue contundente en su dictamen, al asegurar que el coronel se encontraba lúcido y con su memoria plenamente conservada, aunque él mismo se empeñara en demostrar lo contrario. El informe también señaló que el evaluado no exponía «un deterioro cognitivo de relevancia para los hechos de la presente causa. Es capaz de comprender su situación procesal».

Algunos detalles percibidos por la experta forense en el comportamiento del reo terminaron de despejar cualquier duda que ella tuviera acerca de lo que llamó «su situación procesal». Uno de esos detalles fue un giro irónico empleado por Durruty en la conversación, del cual la psicóloga tomó nota. Al leer su reporte se hace evidente que dicha ironía fue captada por la especialista en toda su profundidad y, quizá, con el callado asombro de quien acababa de escuchar la confesión de un criminal.

Las confidencias más repulsivas a veces salen a la luz de forma críptica, aunque siempre muestran un costado que termina por ser explícito. En algunos casos los hechos se mencionan como carentes de significación o como sinsentidos dolorosos. Y también ocurre que, de

tanto en tanto, durante una charla privada o incluso en el transcurso de una pericia psicológica, esas confidencias afloran con toda su fuerza y se expresan de manera salvaje, aunque suelen ir envueltas en la seda de un sueño o de un lapsus.

En la conversación con la forense, el coronel Durruty accedió a comentar los delitos por los que estaba procesado y condenado, que eran los de secuestro, desaparición y homicidio. No hubo ninguna rispidez en el diálogo, ninguna salida de tono del militar, nada que demostrara su disgusto por la injusticia de la que se creía víctima. Tampoco mostró arrepentimiento por actos del pasado. Era como si estuviera hablando de las penurias sufridas por algún conocido, alguien digno de compasión con quien, sin embargo, no tenía ningún vínculo. Un nadie que se había colado sin autorización en la charla de ese día:

—Yo nunca supe de eso —dijo Durruty al referirse a los crímenes—. Al parecer, a uno lo arrojaron al río Maipo. Yo supe de esas cosas por el ministro Daniel Calvo, aquel que lo echaron después por un problema gay, qué sé yo. Como no sabía lo que pasaba, hice una reunión con algunos oficiales y todos me dijeron que no sabían absolutamente nada. Como a las ocho ellos se fueron, y después llegó mi hijo con un teniente, y me dijo: «Le mintieron, mi coronel. Todos sabían lo que había pasado».

—Es un delito muy grave —comentó la psicóloga.

—Bueno, dicen que técnicamente todavía es un secuestro.

—Así es. Un delito que aún se está cometiendo.

Entonces Durruty dijo:

—Sí, claro. Ja, ja. Un secuestro: tengo al sujeto secuestrado en mi casa y duerme conmigo en mi cama.

La psicóloga forense subrayó en el informe de la pericia que en dicho diálogo el coronel Durruty «ironizó sobre la acusación que recae en su contra». Pero quizá debajo de esa ironía lo que había era una verdad enorme y abarcadora, una confidencia dicha con todas las letras, palabra por palabra, sin subterfugios. Una confesión auténtica, aunque carente de validez jurídica:

—¿Dónde está el secuestrado?

—Lo tengo en mi casa.

—¿Dónde están los desaparecidos?

—Duermen conmigo, en mi cama.

El olvido lame las heridas, pero no las cura. Se puede suponer que aquel viejo militar, autoritario y de trato desagradable, padecía cada noche la visita de esos intrusos con los que tuvo que compartir su propia cama, espectros del pasado que se metían sin pedir permiso en el catre clínico donde transcurrían sus horas en espera del final. Era lo que deseaba, lo único que deseaba: el final. Sus horas se habían hundido en la nada. El tiempo no era, y su inexistencia lo condenaba a la confusión. Debió de recordar el entusiasmo de su amigo de la Embajada americana:

—*That would be very heroic.*

En la tranquilidad de la casa tal vez viviera su decrepitud con esas visiones. Durante el día atormentado por el miedo de ir a una cárcel infamante, y durante la noche por la abrumadora compañía de aquellas sombras que ni siquiera eran muertos, porque los cadáveres estaban desaparecidos desde hacía décadas.

—Arrojado al río Maipo, en el Cajón del Maipo. Arrojado al río Maipo, en el Cajón del Maipo. Arrojado al río Maipo, en el cajón del Maipo.

—El brazo de la justicia —murmuró con sorna.

Puede ser que en eso haya consistido su penitencia. Es probable que mientras alguien andaba por ahí, fregando en la cocina de la vivienda, el coronel Durruty permaneciera quieto en su habitación, como si soñara despierto, como si los visitantes de la noche pudieran también llegar a plena luz del día. Ellos entraron en el dormitorio y se quedaron a los pies del catre clínico, que estaba alzado en la cabecera para evitarle dolores al postrado. El control eléctrico del catre estaba lejos, sobre una mesa de luz, así que en esa posición el viejo no podía esquivar la mirada de los jóvenes que lo observaban con una curiosidad llena de asco. Los tres juntos. Sin estar, ahí estaban. Derrotados y, por eso mismo, victoriosos.

Se quedaron envueltos en un silencio leve. Era invierno, hacía frío y en Las Condes se respiraba quietud y bonanza. El pasado era un eterno presente. Entonces la puerta se abrió con suavidad y apareció la asistenta, o el trasgo de quien alguna vez había sido su asistenta. La

piel, más tersa que nunca, parecía de cera. Tenía el pelo revuelto y sus ojos eran dos charcos negros. Miró al coronel con una mueca de fatalidad, acaso de desprecio, y le habló con voz mandona:

—Vamos.

XIV

«Hay regiones desventuradas como personajes de cuento. Cenicientas que todo se lo merecen por su belleza y sus virtudes, pero que han de permanecer años largos y oprimidos en la cocina de la casa, entre tiznes y cenizas. Una de esas regiones es el Cajón del Maipo».

EDUARDO BARRIOS, CRÓNICA EN *LAS ÚLTIMAS NOTICIAS*, SANTIAGO, 16 DE FEBRERO DE 1935

Los registros oficiales, generados con extrema lentitud tras la recuperación de la democracia, concluyeron que el golpe encabezado por Augusto Pinochet provocó la desaparición de por lo menos 1496 personas. Casi todos los estudiosos de ese período coinciden en señalar que los desaparecidos fueron más, muchos más. Como ha ocurrido en otros países, la cifra establecida en Chile fue el resultado de un largo proceso de negociación entre el sistema político y las Fuerzas Armadas. A muchas personas desaparecidas a raíz de la represión ni siquiera se les concedió un número: no cuentan. Por distintas razones se les ha negado el derecho a formar parte de ese grupo reconocido por el Estado. Son los desaparecidos entre los desaparecidos, víctimas cuya ausencia no fue denunciada ni por sus familias, ni por sus amigos ni por sus compañeros de trabajo o de estudio. Anónimos, condenados al olvido. ¿Son cien, doscientos, quinientos? Nadie lo sabe. En esos papeles en blanco, formando parte de esa tristísima no-lista, hubo una uruguaya.

Del total de personas desaparecidas documentado por las autoridades, sesenta eran extranjeros y de ellos, nueve eran ciudadanos uruguayos: Ariel Arcos, Mónica Benaroyo, Juan Cendán, Julio Fernández, Alberto Fontela, Nelsa Gadea, Arazatí López, Enrique Pagardoy y Juan Povaschuk. Ha sido probado, y reconocido por el Estado chileno, que todos fueron capturados por agentes estatales en las horas o los días posteriores al 11 de septiembre.

Solo se ha recuperado parte del cuerpo de Mónica Benaroyo, hallado de casualidad en 2008 en una zona desértica llamada Pampa de Chaca, cerca de Arica, a mil seiscientos kilómetros al norte de Santiago. La justicia no tenía reporte de su ausencia, pues ni siquiera había sido denunciada como desaparecida. Pese a las sólidas pruebas forenses recolectadas, antes de la repatriación de sus restos a Uruguay se tomaron todos los recaudos científicos y legales para confirmar de forma inequívoca que no había error posible y que en verdad se trataba de Mónica Benaroyo. Se buscaba así evitar otro episodio desdichado, como el presunto hallazgo de Arazatí López.

Ocurrió en 1994. La identificación negligente de osamentas, realizada por el Servicio Médico Legal chileno, provocó que unos restos retirados del Patio 29 del Cementerio General de Santiago fueran registrados como pertenecientes a Arazatí López, trasladados a Montevideo, velados por sus familiares y compañeros, y sepultados con ese nombre en un nicho del cementerio del Buceo. Sin embargo, al tiempo se ventiló la desgraciada verdad del asunto: decenas de cuerpos exhumados por orden judicial del Patio 29 habían sido identificados de forma errónea. Las denuncias sobre el comportamiento de los forenses durante esos estudios fueron escalofriantes. Según testigos de los trabajos, había bolsas de arpillera llenas de cráneos, huesos entreverados, esqueletos armados al tuntún, una desidia generalizada.

Los análisis de ADN acabarían probando que los huesos enviados a Uruguay no correspondían a Arazatí. Fue un tiempo de más incertidumbre y más dolor para la familia, que iba de duelo en duelo. Los despojos recibidos por error en Uruguay se convirtieron entonces en los restos peregrinos de alguna víctima desconocida de Pinochet, un NN sin tumba y sin paz. Fueron exhumados de nuevo —ahora del cementerio del Buceo en Montevideo— en diciembre del año 2009, trasladados de regreso a Chile y entregados al Poder Judicial de aquel país.

Solo Mónica apareció. Unos restos. Solo ella: Mónica Cristina Benaroyo Pencu, a quien todos llamaban Monique, nacida en Bucarest en 1925, hija del embajador de Persia ante el rey de Rumania, ciudadana uruguaya desde 1965, licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad de la República, afiliada al Partido Comunista Uruguayo (carné N.° 61906), políglota, soltera y sin hijos, empleada como traductora en una fábrica de condensadores en la ciudad de Arica. La arrestaron pocos días después del golpe y la mataron en un cuartel de aquella ciudad, muy probablemente el 25, 26 o 27 de septiembre de 1973. Sus asesinos la enterraron a las apuradas en el desierto. El tiempo, el viento y la levedad de la arena, hicieron que al fin el cuerpo quedara expuesto. Así la encontraron. Un esqueleto sin cabeza, con la piel de sus manos milagrosamente conservada. En un laboratorio pudieron hidratar esa piel, tomar huellas digitales y obtener una primera pista.

La pesquisa identificatoria fue minuciosa, demoró veinte meses e incluyó el estudio de ADN nuclear y mitocondrial de la única hermana de Mónica, Fernanda Benaroyo Pencu, quien ya anciana vivía en Estados Unidos, y su comparación con los restos hallados en el desierto. Los resultados fueron concluyentes: «Informe pericial de identificación por genética forense protocolo 83-08 UE realizado por el perito Dr. Manuel Paredes y dirigido a Su Ilustrísima Señoría señor Javier Moya Cuadra, ministro en visita de la Corte de Apelaciones de Arica. Causa Rol N.° 64.428-3. Conclusión general: Los restos óseos asociados a la víctima 10003 corresponden a Mónica Benaroyo Pencu, con una probabilidad de 99,9774 por ciento».

Finalmente, la urna con sus restos fue sepultada en Uruguay, en un cementerio privado ubicado en las afuera de Montevideo, el día 18 de agosto de 2010. Fue una ceremonia discretísima a la que asistieron su hermana Fernanda, el ingeniero Enrique Coman, también de origen rumano, quien había sido un amigo de la familia desde la infancia, y dos funcionarios del gobierno uruguayo. Los autores materiales del crimen —militares del regimiento Rancagua de Arica— fueron identificados y procesados con prisión en 2019 por un tribunal chileno, cuarenta y seis años después de cometido el delito.

Los demás uruguayos no aparecieron, no aparecen. Forman parte de esos mil cuatrocientos noventa y seis desaparecidos que, con toda seguridad, son más: hay otros nombres sin nombre, otros rostros sin rostro. Están desaparecidos. Desaparecidos, pero están. En alguna parte, en todas partes están. Por eso los desaparecidos son, porque su ser es estar. Después no hay nada. Después será siempre ahora. Después no existe. Ha pasado medio siglo, pasará un siglo entero y aún entonces será ahora. Muchos recuerdos se disolvieron en el paisaje, son el paisaje. Momentos perdidos en la niebla del atardecer chileno, entre los fogonazos de la fusilería y las sombras que avanzaron con la noche. Nadie sabe qué quedará de estas historias. Hay verdades que todavía deben ser reveladas. Ahí están los abismos de la cordillera, las noches del estadio Nacional, aquel río.

La zona del Cajón del Maipo se ha convertido en un centro turístico

visitado por miles de personas durante los meses de temperaturas más benévolas. Van a las montañas por unas horas, a pasearse en la inmensidad de la cordillera. Ahí tienen a su disposición la blancura de la nieve, la oscuridad de los precipicios. Andan en modernos automóviles, en camionetas todoterreno, en buses con ventanillas panorámicas. Llegan, cada quien con su iPhone, ávidos por dejar atrás la ciudad y asomarse a esos esplendores de la naturaleza para tomarse una selfi.

Donde antes había un camino lleno de baches, ahora se extiende una carretera asfaltada con buena señalización, que se adentra en el desfiladero hasta más allá de El Volcán. A lo largo de la ruta hay paradores, restaurantes, centros de spa y estaciones de recreo. Esos lugares tienen nombres evocadores de una sensibilidad mística, gozosa de la naturaleza, aunque a veces no guardan relación con el rubro y suenan artificiosos. Hay una pizzería que se llama «Montaña Sagrada», un hotel denominado «Santuario del Río» y un kiosco que vende golosinas y cigarrillos, de nombre «Annapurna». También hay puestos en los que se ofrecen unas cajitas con raciones de marcha para los senderistas. Cada tanto los deslaves en los cerros provocan pequeñas catástrofes en la zona.

El Ingenio sigue siendo una localidad privilegiada para solaz de la clase alta, una especie de arcadia con predios enjardinados y vigilados. Se han construido dos buenos accesos, tras cruzar un sólido puente sobre el río. El tren a El Volcán fue discontinuado y la vía férrea se desmontó. A modo de atracción turística, se restauraron las instalaciones en la estación de El Melocotón y un insignificante tramo de vía anexo, para diversión de los visitantes. Apenas si se mantienen un par de túneles y algunas cabañas.

Unos kilómetros más adelante, el pueblo El Volcán agoniza. Su población en marzo del año 2020, justo antes de que comenzara la pandemia, era de 45 habitantes. Puente Alto, en cambio, está plenamente integrado como parte del conurbano capitalino, con todos los ajetreos de una gran ciudad más los problemas crónicos de sus arrabales. Existe una línea de metro que llega hasta la plaza central.

En el año 2009 el estadio Nacional de Santiago fue remozado. Sus instalaciones se modernizaron con asientos individuales en las tribunas

y otras mejoras. También se acondicionó el palco con su famosa marquesina. Sin embargo, un pequeño sector de la tribuna norte, justo contra el campo de juego, permanece intocado desde 1973. Cercado por un tejido de alambre, es un pedazo de memoria gris que queda a la vista de todo el estadio.

Abajo, por el pasillo que conduce a ese espacio, hay rejas oxidadas, viejas fotografías en blanco y negro, y aquellas inscripciones talladas en las paredes de concreto. Ahí están todavía las marcas de tanta desesperación, medio siglo después. Cuidadas como un tesoro esas señas, escritas con el código torcido de quienes se empeñaron en dejar su huella para después, para siempre:

ANA Y NELSON

ROSI

RJJ 12 IX 73

El regimiento de Ferrocarrileros de Puente Alto fue suprimido de la estructura castrense, y tanto sus efectivos como el armamento correspondiente acabaron distribuidos en otras unidades. Dicen que la información se destruyó. En los archivos militares, de acuerdo al jefe del Estado Mayor del Ejército, «la única documentación correspondiente al ex Regimiento Ingenieros Ferrocarrileros de Montaña N.° 7, es la Lista de Reserva de Comisario, la que tiene carácter secreto». Del edificio de la avenida Eyzaguirre no quedan ni los cimientos. Sus instalaciones fueron demolidas, y los terrenos loteados en el año 2006, mientras en Santiago se desarrollaba el juicio por la desaparición de los tres uruguayos. En el lugar se construyó un hipermercado de la cadena Tottus y se habilitó una playa de estacionamiento para ómnibus. Durante las revueltas populares de 2019, el centro comercial fue saqueado y vandalizado, y cesó su actividad de forma definitiva.

Para esa fecha el resto del predio era tierra abandonada, yuyales, algunos refugios de cartón y nailon en los que acampaban personas sin hogar. Por el lado de la avenida Eyzaguirre se mantenían en pie dos o tres tramos del muro de panderete, y en esos tramos había papeles pegados que anunciaban conciertos. Sobre ellos, unos coloridos grafitis dibujados con trazo rápido, y encima leyendas reivindicativas en letras negras. El arte rupestre de este tiempo, danza y huida.

Lo único que hasta hace poco se podía identificar de las antiguas construcciones era la piscina del cuartel. Con veinticinco metros de largo por nueve de ancho, parecía un fósil asomando entre los pastos resecos, un esqueleto que alguna vez fue azul. Deteriorada por el abandono, a simple vista se apreciaban profundas grietas en su estructura. Alrededor había escombros, tenía la viga superior quebrada y estaba llena de mugre.

Agradecimientos

A Fernando Barreiro, Socorro Crosa, Gonzalo Fernández y Fernando Mazzeo, cuatro de los uruguayos del Cajón del Maipo. Ellos fueron protagonistas de esta historia y se dispusieron, tantos años después, a remover memorias y olvidos para intervenir de manera decisiva en mi trabajo.

A quienes colaboraron con la búsqueda de información, me ayudaron a localizar personas, brindaron datos, puntos de vista, documentos y, en algunos casos, dieron testimonio directo de los hechos referidos en este libro: Hebert Abimorad, José Assandri, Nicolás Aguayo Alegría, Clara Aldrighi, Luciano Álvarez Espino, Nissin Arellano, Cecilia Arregui, Miguel Arregui, Julio Baraibar, Aníbal Barrera Ortega, Alejandra Basualto, Pascale Bonnefoy, Víctor Cáceres Riquelme, Ricardo Camarosano, Axel Caro, Cristian Cruz, Caroline Edelstam, Marcelo Estefanell, Marco Fajardo, Adolfo Fariña, Juan Fuentes, Ignacio Fuenzalida, Pat Garrett, Chas Gerretsen, Antonio Gil, Gimena Gómez, Claudio González, François Graña, Belela Herrera, Martha Labrucherie, Claudio Martínez Cerda, Gerardo Montero, Miguel Ortiz, Ronnie Ramírez, Mauricio Rosencof, Augusto Sanhueza, Ernesto San Julián, Amalia Valdés, Horacio Verzi, Silvia Vetrale, Pablo Vierci, Fernando Villagrán, Jorge Zabalza, Cherie Zalaquett.

A Ariel Caggiani, Edelvira Casal, Milton Giannoni, Jorge Irisity, Gonzalo Martner, Ana Sabrnak y Vivian Trías, que me ayudaron a sobrevivir en el Chile de aquel tiempo.

Y a Lu, siempre.

EL AUTOR

«La única certeza es la duda. El peor enemigo es el olvido».

Acorralados en Chile por las tropas de Pinochet, seis jóvenes uruguayos se lanzan a una expedición desesperada para escapar de sus perseguidores. Detrás vienen los comandos enemigos con helicópteros de combate y pelotones de fusilamiento. No hay lugar para el miedo ni tiempo para la espera. El palacio de La Moneda fue bombardeado. Salvador Allende está muerto. Ya comenzó la cacería.

Nosotros los vencidos narra hechos reales que aún hoy resultan espeluznantes. Es la crónica de una persecución que provoca el colapso de una familia, pero es también la búsqueda de tres jóvenes desaparecidos hace medio siglo, el testimonio bajo juramento de un asesino, la prueba en un juicio manchado por las mentiras y el escándalo.

Fernando Butazzoni regresa al Chile de su primera juventud y recorre otra vez los senderos de 1973. Dialoga con víctimas y verdugos,

encuentra documentos que se creían perdidos y destapa secretos militares. Vuelve así a respirar aquel aire envenenado para contar la historia de una derrota que se convierte, gracias a la escritura, en el sueño de una victoria.

FERNANDO BUTAZZONI

(Montevideo, 1953) es periodista, narrador y guionista de cine. Es autor de las novelas *El tigre y la nieve*, *Las cenizas del Cóndor*, *Una historia americana* y *Los que nunca olvidarán*, entre otras. Varias narraciones suyas se convirtieron en películas, y fueron galardonadas en importantes festivales. Ha recibido numerosos premios y distinciones honoríficas en Uruguay y el extranjero, como reconocimiento a su extensa obra literaria y cinematográfica.

© Max Argibay

Primera edición en castellano: marzo de 2023
Edición en formato digital: marzo de 2023

© 2023, Fernando Butazzoni
© 2023, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial
Colonia 950, piso 6. C.P. 11.100 Montevideo, Uruguay

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué
Foto de cubierta: Sobre un original anónimo depositado en el Museo de la Libertad de Copenhague

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-9915-673-86-8

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Nosotros los vencidos
Primera parte. Intemperies
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII

Segunda parte. Amparos
- VIII
- IX
- X
- XI
- XII
- XIII
- XIV

Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos